



LA PRINCESA HADA Y EL ALFA

GERTY RUDRAW

DESCENDIENTES DE CREPÚSCULO 1

LA PRINCESA HADA Y EL ALFA



GERTTY RUDRAW

Copyright 2024 - Todos los derechos reservados.

No es legal reproducir, duplicar o transmitir ninguna parte de este documento ni por medios electrónicos ni en formato impreso. Queda terminantemente prohibida la grabación de esta publicación y no se permite el almacenamiento de este documento a menos que se cuente con el permiso por escrito del editor, excepto para el uso de citas breves en una reseña literaria.

Este libro es una obra de ficción. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas, o lugares, sucesos o localizaciones es pura coincidencia.

✿ Creado con Vellum

ÍNDICE

[Capítulo 1: Los ojos del ángel](#)
[Capítulo 2: Hijos del Crepúsculo](#)
[Capítulo 3: Prisión o casa](#)
[Capítulo 4: Una red de mentiras](#)
[Capítulo 5: Sueños de fuga](#)
[Capítulo 6: Quédate conmigo](#)
[Capítulo 7: Historia familiar](#)
[Capítulo 8: Demasiado tarde](#)
[Capítulo 9: Coger el toro por los cuernos](#)
[Capítulo 10: Tras la puerta del sótano](#)
[Capítulo 11: Nunca más](#)
[Capítulo 12: Adicto](#)
[Capítulo 13: Un contacto en la corte de las hadas](#)
[Capítulo 14: La corte de la reina](#)
[Capítulo 15: Secuestrada](#)
[Capítulo 16: Compañeros de destino](#)
[Capítulo 17: Confesiones dolorosas](#)
[Capítulo 18: Una vida mortal](#)
[Capítulo 19: Como quieras](#)
[Capítulo 20: El ojo del cuervo](#)
[Capítulo 21: Declaración de guerra](#)
[Capítulo 22: La bruja, el cuervo y el lobo](#)
[Capítulo 23: Caminos de sombras](#)
[Capítulo 24: La última escapada](#)
[Capítulo 25: La tormenta y el cuervo blanco](#)
[Capítulo 26: Para siempre](#)
[Capítulo 27: Como si fuéramos uno](#)
[Capítulo 28: En solitario](#)
[Capítulo 29: Divisiones y alianzas](#)
[Capítulo 30: Superior a nosotros](#)
[Capítulo 31: Camino de la alianza](#)
[Capítulo 32: Más allá del portal](#)

CAPÍTULO 1: LOS OJOS DEL ÁNGEL



—Tienes que probar uno de estos —dice el atractivo joven que está junto a Ariel. La morena lo mira como si fuera un dios griego que ha bajado del Olimpo para posar sus ojos en ella.

El joven es atractivo; no puedo negarlo. Tiene el pelo oscuro, los ojos rasgados y la piel morena, con una barba perfectamente cuidada y un aroma envolvente que te hace sonreír con impotencia cuando le miras como si tuvieras un secreto que él conoce.

El misterioso desconocido aparece de la nada, acercándose en medio de una conversación entre amigos y, con su seductora voz, ha conseguido abrirse paso fácilmente entre las chicas que, de otro modo, le mirarían como a un intruso.

Ahora, Ariel, Melanie e Imogen le miran con hambre en los ojos y la sonrisa perdida en el alcohol, mientras Aleksandra, que está apoyada en mi hombro, le dedica una de sus características sonrisas.

Mientras habla, y un par de mis amigas se ríen como niñas, miro lo que nos ofrece. En la palma de su mano hay una pequeña pastilla azul que parece inofensiva, pero nada de lo que alguien te ofrece en un antro en mitad de la noche es inofensivo. Lo he aprendido de primera mano.

—¿Qué pasa? —pregunto ladeando ligeramente la cara, y mi característico pelo cobrizo cae sobre mi hombro desnudo, siguiendo el camino de los tirantes de mi vestido plateado.

El joven sonríe misteriosamente. Está claro que es un imán para las chicas. —Esto... esto es el paraíso en vida, cariño —responde con un marcado acento y un guiño.

Ariel y Melanie se ríen coquetamente. Creo que una de ellas se arriesgará a probar la droga, pero entonces Aleksandra me suelta el brazo y avanza hacia el hombre.

—Lo intentaré —dice con decisión.

Coge la pastilla, se la mete en la boca sin miramientos y se la traga. Siempre es así. Con su pelo chocolate cayéndole prácticamente hasta las caderas y sus espesas cejas, Alex es la definición de una persona intrépida, algo que siempre me ha dado un poco de envidia.

Cierra los ojos oscuros y una sonrisa de placer se dibuja en sus labios rojos como la sangre. Se pasa la lengua por el labio inferior y se vuelve para mirarme, como si estuviera en pleno orgasmo. —Mierda, Iv, tienes que probarlo. Esto es... es...

—Es como tocar el cielo con las manos —termina por ella el joven de ojos claros y pelo oscuro.

Alex suelta una risita, nada habitual en ella, y se acerca a mí. Me echa los brazos al cuello y yo la abrazo. Aleksandra es mi mejor amiga y, aunque tenemos caracteres muy diferentes, la quiero a muerte. La conozco desde que éramos pequeñas. Fuimos al mismo internado y solemos pasar juntas las vacaciones de verano y Navidad, así que rara vez estamos separadas.

Deja que su cara se apoye en mi hombro y empieza a murmurar lentamente la canción que suena en toda la discoteca. Ahora que la *abeja reina*, la más valiente de nosotras, ha probado la droga, mis otras amigas se animan.

El desconocido sonrío complacido. Hay algo en su expresión que me inquieta un poco. Es como ver la sonrisa que el lobo feroz tenía en los labios antes de comerse a Caperucita Roja.

No confío en él.

—¿Y tú, preciosa, no te animas? —pregunta, amablemente.

Me tiende otra pastillita azul y la tomo. La dejo reposar un momento entre los dedos, como si tuviera una granada a punto de estallar contra la palma abierta.

—Relájate —dice con confianza. Ariel se apoya en su hombro y se echa a reír.

—Te prometo que no te arrepentirás —dice Melanie, que empieza a reírse como una tonta.

Acerco lentamente la pastilla a mi boca, sintiendo que tal vez ha llegado el momento de salir de mi caparazón, de arriesgarme por una vez en la vida... Todos mis amigos han probado la misteriosa droguita, ¿por qué yo no?

Y entonces, un par de ojos azules captan los míos a lo lejos, desde el otro lado del club. Un tipo alto, vestido todo de negro, con el pelo tan claro que parece plateado y los ojos prácticamente del mismo color. Me mira fijamente y niega con la cabeza, como si me advirtiera de algo.

—Creo que será mejor que no —le digo al desconocido, sonriendo cuidadosamente para ocultar la tensión que siento.

Me mira con una ceja levantada. —¿Te da miedo la aventura, ovejita? Vamos, puedes intentarlo. Yo cuidaré de ti —promete.

—¡No! —respondo inmediatamente y le devuelvo la píldora—. Y no te preocupes; seré yo quien se ocupe de *ellas*.

Dejo con cuidado a Alex apoyada en el mullido sofá de la zona VIP. Imogen, Melanie y Ariel la imitan y estallan en carcajadas mientras se tumban, una sobre las piernas de la otra.

—Como quiera —dice el caballero, desinteresado. Entonces, algo parece llamar su atención y se vuelve hacia otra persona.

Miro a mis amigos, sabiendo que probablemente necesite algo para bajarles un poco los efectos de la droga. —Voy a por agua —le digo a Alex—. ¿Puedes quedarte aquí un momento?

—Claro... —Ella sonrío y me pone una mano en la cara. Me mira de esa forma tan sexy que hace que todos los universitarios se vuelvan locos por ella—. Eres un sol, Ivy, pero tienes que

soltarte... Diviértete un poco. —Ella suelta una carcajada y yo me aparto de su lado, decidiendo que es seguro dejarlas solas unos minutos.

A toda prisa, cruzo la sala hacia el bar. En medio del local, me fijo en un espejo que me devuelve el reflejo. Veo unas largas piernas desnudas, enfundadas en tacones altos, y una piel tan clara como la porcelana. Mi vestido de lentejuelas plateadas y la espesa melena ondulada que me llega por debajo de los omóplatos centellean entre los reflejos rojizos de las luces que bailan en medio de la pista de baile, todo ello traspasado por la mirada de unos ojos azul hielo que me analizan en silencio.

—No me equivocaba al pensar que no eres el tipo de chica que prueba las drogas en medio de una discoteca —aventura una voz a mi lado.

Dándome la vuelta del susto, me encuentro con el tipo alto que, hace unos momentos, me indicó que no probara las pastillas que nos ofrecía el misterioso desconocido.

—Yo no... ¿Pero qué te ha hecho suponerlo? —Pregunto con una ceja levantada.

Me sonrío. Debe de tener más o menos mi edad, aunque probablemente sea mayor. Es alto, con el pelo rubio platino y unos ojos de un azul tan claro que parecen de plata. Tiene la piel clara y suave, los labios finos y una sonrisa fácil que ilumina su rostro de forma muy natural.

Él mira en dirección a mis amigos y yo hago lo mismo, como para asegurarme de que siguen ahí.

—Me di cuenta por la forma en que mirabas la píldora —dice.

—¿Sabes lo que es? —pregunto para satisfacer mi curiosidad.

—Lo llaman Elixir. ¿No has oído hablar de él? Se ha puesto muy de moda en todo Londres.

Sacudo la cabeza. —Estudio en el extranjero, así que no me entero de lo que pasa en la ciudad.

—¿Es así? —Me dedica una sonrisa tranquila, pero en sus ojos puedo leer muchas cosas—. De todos modos, harías bien en mantenerte alejada. No es cualquier droga.

—¿Qué quieres decir? —pregunto, ligeramente preocupada por mis amigas.

—Te consume rápida y dolorosamente. Basta probarla una vez para volverse adicto —afirma.

Miro nerviosa a las chicas del sofá. —¿Significa eso que corren el riesgo de convertirse en adictas? —Pregunto, asustada.

Mis amigas son de las que prueban una o dos drogas de vez en cuando, pero ninguna es drogadicta.

El misterioso hombre de ojos plateados parece pensárselo un momento. —Cuida de ellas —me advierte—. Intenta mantenerlas alejados de la droga el mayor tiempo posible. En unas semanas, el peligro habrá pasado.

Asiento lentamente, pensando en las consecuencias de lo que parece haber sido un acto tan trivial como drogarse en medio de una fiesta.

El hombre sorbe una copa y me mira intrigado. Veo las preguntas en sus ojos y su sonrisa fácil antes de que pregunte: —¿Qué haces aquí, de todos modos?

—¿Qué quieres decir? —Frunzo el ceño ante el seductor pero entrometido desconocido.

Pido las botellas de agua en la barra mientras él sigue hablando. —No pareces el tipo de chica que se queda hasta tarde en un antro perdido en medio de la ciudad. Más bien del tipo que prefiere ir a ver una colección de arte al museo.

Me muerdo el labio y le miro. —¿Es tan obvio que no encajo en este tipo de sitio? —Respondo, medio en broma, medio en serio.

Me coge la mano suavemente, colocándola entre los dos, y las estudia. Mis dedos aún tienen manchas de pintura.

Sonríe como si hubiera probado su punto, y suspiro. —¿Estudias arte?

Sacudo la cabeza. —No, pero pienso hacerlo.

De un modo u otro, confesar la verdad que llevo oculta en mi interior me hace sentir bien. No estudio arte, pero siempre he querido hacerlo, y aunque sé que la decisión puede costarme el amor de mi padre, su herencia y probablemente todo en mi vida, no me importa. Estoy cansada de vivir en función de las expectativas de los demás. —Pienso irme en Año Nuevo a Francia a estudiar —comparto con una sonrisa. Es la primera vez que le digo esto a alguien.

—¡Eso suena bien! Por cierto, soy Everett—. Bebe otro trago de su vaso.

—¡Gracias! Soy Ivy.

—Bueno, Ivy, intenta estar lejos de Londres antes de fin de año. La Ciudad de la Muerte no está hecha para una chica como tú —dice.

Su expresión me hace fruncir el ceño. —¿Qué quieres decir con la Ciudad de la Muerte...? —Pregunto, pero entonces me doy la vuelta y se me hiela la sangre en las venas.

Aleksandra no está con las otras chicas, ni tampoco el tipo que les ofreció las drogas.

Mierda.

Escudriño el lugar con ansiedad, olvidándome por completo del atractivo chico con el que estaba flirteando. Lo dejo atrás y salgo corriendo, sin importarme ser maleducada. Solo necesito saber dónde están mis amigas.

El bolso y la chaqueta de Alex siguen en el asiento, pero ella no aparece por ninguna parte.

—Mierda, mierda, mierda... —Gruño con frustración.

Saco de mi bolso un pequeño kit que tengo desde los quince años, una de esas cosas que parecen accesorios, pero que en realidad son artículos de defensa personal, y camino apresuradamente por el club, buscando a mi amiga.

La veo al final del pasillo, saliendo por una salida de emergencia con alguien tirando de ella de la mano.

Sin preocuparme de nada más, corro en su dirección. La puerta pesa y tardo una eternidad en abrirla, pero cuando por fin lo consigo, me apresuro a entrar en el callejón de enfrente.

Fuera hace un frío que pela. La ciudad está en pleno invierno frío, así que las esquinas del callejón se arremolinan con nieve sucia y manchada de barro; hay un vertedero a mi derecha y a mi izquierda un muro de ladrillo rematado con alambre de espino.

Y allí, apoyada contra la pared de ladrillo, en medio del óxido, está Aleksandra. Está de pie mientras el tipo que les dio la droga la abraza. Le recorre el cuerpo con las manos y le hunde la boca en el cuello.

—¡Aléjate de mi amiga! —Grito.

Corro hacia él y le doy un puñetazo en la cara. El hombre se aparta y suelta un gruñido, tras lo cual le doy una patada en el estómago, como me enseñaron a hacer en las clases de defensa personal a las que he asistido desde que era pequeña.

Alex se balancea y me apresuro a cogerla en brazos.

—¿Estás bien? —pregunto asustada.

—No tenías que hacer eso, Iv... —dice roncamente, con los ojos cerrados.

Al examinarla más de cerca, descubro con horror que un río de sangre corre desde su cuello y baja por su hombro en medio de una herida abierta.

—¿Qué te ha hecho este cabrón? —Grito aterrorizada mientras le aparto el pelo, notando la sangre que cubre mis manos.

—Será mejor que... huyas— dice Alex entre susurros.

Un gruñido procedente del hombre corta entonces el ritmo apresurado de nuestra conversación. Me vuelvo para mirarle, pensando en usar gas pimienta si se atreve a acercarse a nosotros, pero descubro que una bestia se ha apoderado del apuesto joven que nos tentaba con drogas... como si fueran caramelos para un niño.

La criatura tiene la piel oscura, como quemada. Sus manos se han transformado en largas garras mientras que de su boca brotan largos y afilados colmillos; su hocico está manchado de sangre y las pupilas han desaparecido de sus ojos, dejándolos completamente negros.

Aterrorizada, la miro mientras un grito sale de mi boca. Caigo al suelo, congelada, y Aleksandra cae conmigo.

La criatura nos observa atentamente. Ya no queda nada del joven de la discoteca, pero en su lugar, este monstruo de pesadilla parece un híbrido entre algún tipo de murciélago y un humano... nos observa, olfatea el aire y avanza hacia nosotros con un gruñido clavado en el pecho.

Asustada, me pongo en pie, intentando levantar conmigo el peso de Alex, que se ha desmayado, pero no lo consigo. Al caer de nuevo, observo aterrorizada cómo el monstruo se acerca cada vez más a nosotros mientras cruje los colmillos. Su mirada permanece fija en el cuello de Alex y en mi propio pecho, manchado por la sangre de mi amiga.

Sonríe o nos regala lo más parecido a una sonrisa. Mis ojos se cierran aterrorizados y solo puedo pensar en que voy a morir.

Mi sueño de estudiar arte en París nunca se hará realidad.

El monstruo avanza hacia nosotros. Salta en el aire, y yo agarro el spray de pimienta, apuntándole a la cara...

En ese instante, la puerta del club se abre. La música atronadora penetra en el frío del callejón y giro la cabeza.

Todo lo que puedo ver es un rostro hermoso, como el de un ángel. Cabellos leonados y dorados, ojos de un verde intenso, me miran fijamente, cautivándome por un instante.

El joven, el ángel que ha aparecido misteriosamente en medio del callejón, mira entonces a la criatura que, al mismo tiempo, gruñe y arremete contra nosotros.

Cierro los ojos e inspiro lentamente.

Sé que voy a morir.

CAPÍTULO 2: HIJOS DEL CREPÚSCULO



ADAM

La chica es joven, probablemente de mi edad, con el pelo entre cobrizo y dorado que le cae rebelde sobre los hombros y por la espalda; tiene los labios carnosos y sonrosados, las mejillas sonrojadas y los ojos azules llenos de miedo.

Sé quién es con solo mirarla. No sé su nombre, ni la he visto nunca. Pero sé lo que es para mí. Esta humana de esencia dulce y floral es el alma que la luna puso en la tierra para complementar la mía.

Ella es mi otra mitad, mi compañera predestinada.

Y está a punto de morir a manos de un demonio.

La chica abre los labios y suelta un grito aterrador que me eriza la piel en cuanto lo percibo. El necrófago se ha abalanzado sobre ella y está a un solo movimiento de desgarrarle la garganta.

Antes de que pueda siquiera pensar, mi cuerpo reacciona. Los movimientos son medidos y precisos, así que no tardo en ponerme al día.

Salto sobre el necrófago, abalanzándome sobre él mientras la bestia gruñe. Mi mano comienza a cambiar en el momento en que rozo la piel de la bestia; las articulaciones se transforman, así como mis uñas, convirtiéndose en garras que se clavan en el cuerpo de la criatura, que inmediatamente comienza a sangrar. Un líquido negro y pestilente sale de su cuerpo y cubre mis dedos.

Caemos. A mis espaldas, la chica vuelve a gritar, pero decido ignorarla. El necrófago estira uno de sus brazos e intenta alcanzarme, pero lo detengo. Cojo la extremidad entre mis manos y, sin pensármelo dos veces, la retuerzo y la rompo, haciendo que la criatura suelte un gemido aterrador.

En respuesta, el necrófago levanta su otro brazo y me golpea directamente en el estómago, dejándome sin aliento. El impacto me lanza por los aires. Me estrello contra un montón de cubos de basura y la bestia se pone en pie, apoyando su peso sobre las patas traseras, mientras suelta un gruñido que casi me revienta los tímpanos.

—¿Necesitas ayuda? —pregunta una voz a mi lado.

Gruño al levantar la vista, pero una sonrisa relajada se dibuja en los labios de Everett. Me tiende una mano y me ayuda a ponerme en pie mientras analiza al necrófago con ojos tranquilos.

—Hola de nuevo —dice, guiñándole un ojo a la chica que yace en el suelo, mirándolo todo con expresión aterrorizada. Al observar el gesto, demasiado familiar, siento que mi lobo interior gruñe a media voz. Tendré que decirle que no puede acercarse a ella, ya que es mía.

Pero ahora mismo no es el mejor momento para eso, y mi hermano lo sabe. Se quita la chaqueta y mira a la bestia que nos ruge.

—Sabía que me ibas a causar problemas —dice Everett.

—Menos charla y más acción —replico con un gruñido.

Me abalanzo sobre el necrófago, sin prestar atención a mi hermano. La criatura no espera impasible a que vaya a su encuentro, sino que me enseña los dientes y salta contra mi cuerpo.

Le doy un puñetazo en la cara y el demonio me clava las uñas en el brazo. El eco del fuego infernal empieza a arder en mi piel mientras mis labios se curvan en un gruñido.

Everett nos alcanza en un momento. Sus manos están enfundadas en guantes especiales. Entrar en fase no es lo más aconsejable, estando en plena ciudad, pero eso no significa que vayamos desarmados.

Los guantes tienen uñas de plata y otros materiales, a los que son vulnerables casi todas las criaturas sobrenaturales. Con las manos abiertas, Everett arremete contra él y clava las afiladas garras en uno de los ojos de la criatura, haciendo que el monstruo emita un gemido aterrador antes de caer al suelo, intentando detener la hemorragia que le nubla la cara.

—Es mucho más fácil si utilizas las herramientas adecuadas —me reta mi hermano.

—No necesito juguetes para cumplir mi tarea —replico con un gruñido.

Doy una patada a la bestia con mis botas, que están recubiertas de acero, y uno de sus dientes cae de su boca. En cuanto lo hace, cojo el colmillo y se lo clavo en el corazón.

La criatura suelta un grito ahogado y, a mis espaldas, la chica hace lo mismo. Everett se acerca, mira a la bestia y saca con calma una pequeña pistola plateada de su chaqueta.

No pronuncia ningún discurso elaborado, sino que apunta a la cabeza de la criatura y dispara sin preámbulos. Los sesos del necrófago, pestilentes y oscuros, salpican las paredes y el suelo cuando la bestia deja de forcejear y sus miembros caen inertes contra la nieve sucia.

—¡Mierda! —Gimo mientras me pongo de pie—. Me has manchado la camisa. —Everett suelta una risita tranquila—. Por eso siempre voy de negro en las misiones.

Detrás de nosotros, oigo el ruido de algo que se cae, y me giro para ver a la chica del pelo cobrizo apoyada en un contenedor, intentando levantarse.

Me acerco y me agacho para ayudarla a levantarse. Me mira con ojos llenos de terror, pero aunque noto el miedo en su expresión, hay otras cosas que me detienen, que capturan mi mirada.

Me fijo en la forma de sus labios perfectamente perfilados y en el rastro casi imperceptible de pecas que cubren su piel. El aroma de su cuerpo es claro y va más allá del perfume con el que se cubre. Huele a flores, como un campo en plena primavera, iluminado por la luz del sol.

El pecho y las manos de la chica están llenos de sangre, pero enseguida me doy cuenta de que no es suya. Milagrosamente no la han herido.

—Me llamo Adam— le digo en voz baja, sabiendo que probablemente esté en estado de shock.

—¡Estás a salvo! —Everett dice desde detrás de mí.

Ella le mira y frunce ligeramente el ceño, pero él simplemente sonríe.

No me gusta que me robe protagonismo con ella, pero intento calmarme. Ahora mismo, no puedo reclamarla como mía.

Además, hay algo que me inquieta de ella, y es cuando la miro de cerca; puedo ver con claridad que es humana.

Los humanos... No son de fiar.

Tras un momento eterno, por fin me coge la mano. El pulso se le acelera en las venas, pero parece lúcida. Sus manos son delicadas y finas, pero su pulso se mantiene firme cuando se encuentra con el mío. —Soy Ivy —dice.

El timbre de su voz es suave y tranquilo y retumba en todo mi cuerpo, como una campana cuya resonancia alcanza todas las paredes de un templo.

—Ivy... —Repito casi para mis adentros.

—¿Cómo se llama tu amiga? —pregunta Everett, acercándose a nosotros.

Ayudo a Ivy a ponerse en pie mientras Everett observa a la morena. Sinceramente, prefiero que desvíe su atención hacia la chica inconsciente.

La analiza detenidamente, mueve la cara y se fija en la sangre. —La ha mordido el necrófago —afirma Everett mientras me mira.

—¿La transformó? —Pregunto.

—No. Pero está débil —responde mi hermano.

—¿Qué es un necrófago y qué le ha hecho a mi amigo? —pregunta Ivy, aterrorizada.

La miro y veo que tiembla de frío. Me quito la chaqueta y se la pongo sobre los hombros. Mi temperatura corporal es mucho más alta y apenas me permite sentir frío.

Se acurruca dentro de la chaqueta y me mira atentamente. Espera una respuesta de mi parte.

—Un necrófago es una criatura que ha perdido el control sobre su naturaleza —le explico escuetamente, sabiendo que probablemente no va a entender a qué me refiero.

—Son una especie de... —Everett frunce el ceño, tratando de encontrar la expresión adecuada.

—¿Monstruo? —se aventura Ivy.

Everett le dedica una sonrisa amable que parece calmar inmediatamente a la chica. Se le da mucho mejor socializar con la gente que a mí. —Estos monstruos se forman cuando consumes demasiada droga de la que te ofreció dentro de la discoteca.

—Elixir —digo con un gruñido, pronunciando lentamente el nombre de la droga. Everett asiente.

—La droga te roba todo sentido de humanidad. Transforma a sus consumidores en criaturas que solo piensan en aplastar y cortar.

Ivy se cubre los labios con manos temblorosas. Está a punto de echarse a llorar. Probablemente mi hermano ha sido demasiado directo en sus explicaciones.

—Mis amigos... —Ivy traga saliva y mira entre nosotros, con los ojos muy abiertos—. ¿Se van a convertir en... esas criaturas?

Everett sacude la cabeza y moja un paño que ha sacado del bolsillo con el contenido de una botellita. Frota el cuello de la muchacha con el paño, e inmediatamente se pone rojo de sangre.

—Tus amigas solo ingirieron una dosis. Pero aun así, harías bien en mantenerlas alejadas de los clubes durante un tiempo. Especialmente a ella —dice, señalando con la cabeza a la morena a la que se ha referido como Alex.

—Debería llevármelas a casa ya. A todas... —dice Ivy asustada.

—Te ayudaremos a llamar un taxi —aclara Everett, siempre cordial. Chasqueo la lengua.

—No tenemos tiempo para esto —digo con expresión cansada, sabiendo que aún queda mucho por hacer esta noche.

Everett me mira con una gruesa ceja levantada. —¡No podemos dejarla aquí sola después de todo lo que ha pasado!

Sé que tiene razón. No dejaré a Ivy. Ella es mi compañera, después de todo.

Miro a la chica con el rabillo del ojo y me fijo en su profunda y clara mirada azul.

Como por instinto, el lobo que llevo dentro palpita a su alrededor. Es una reacción involuntaria que recorre mi cuerpo bruscamente. Noto que quiero estrecharla entre mis brazos, morderle el cuello y marcarla mientras sus labios se abren en un gemido....

En respuesta, suelto un gruñido que solo oye Everett. Me mira, intrigado, y yo niego lentamente con la cabeza. Tengo las manos cerradas en puños y los dientes tan apretados que podría rompérmelos. Todo mi cuerpo palpita, rogándome que me acerque a esta débil humana que ha resultado ser mi compañera, pero me lo prohíbo.

La chica, Ivy, parece salir de un trance y se acerca a Everett. —¿Se va a poner bien? —pregunta sobre su amiga. Mi hermano asiente.

—Tendrá algo peor que una resaca por la mañana, pero se recuperará.

Se levanta, coge a la chica en brazos y me mira atentamente. —Deberíamos irnos, Adam —dice entonces.

—Te acompañaremos a tu coche y luego nos iremos —le informo a la chica.

Asiente y se acerca a mí. —Gracias —susurra.

Su mano roza brevemente la mía. El escalofrío resultante es aterrador. El calor de su piel hace que todas mis terminaciones nerviosas se pongan en alerta mientras mi aullido de lobo pide salir

de mi pecho. Lo oigo dentro de mí, suplicando por ella, buscando acercarse...

Cuando extendiendo la mano para cepillarle el pelo, la mirada de Everett se detiene en la mía. Alargo la mano lentamente, dándome cuenta de que probablemente estoy perdiendo el control, y entonces noto algo alrededor de su cuello.

Sin pararme a pensarlo, la agarro del brazo y le doy la vuelta. La chica me mira, entre sorprendida y asustada, pero no me importa. Despreocupadamente, muevo la mano hacia su escote y mis dedos rozan con la yema el borde de sus pechos.

Ivy contiene la respiración mientras Everett sigue mis movimientos con la mirada. Enredo las palmas de las manos en una cadena que lleva, que casi, casi se me escapa...

E inmediatamente mi piel empieza a arder.

—¡Mierda! —Digo, apartando la mano.

Ivy me mira extrañada. Retrocede, pero vuelvo a agarrarla del brazo. Como si no me importara nada, vuelvo a agarrar la cadena y siento que la piel de la palma empieza a arder, a ponerse en carne viva.

Pero me importa una mierda. Levanto la cadena y miro el colgante que cuelga en medio de la resina. Sobre él descansa una pequeña flor de pétalos curvados y color púrpura intenso, parecido a la lavanda.

La cadena en sí es una farsa. Es de plata, pero no de una plata cualquiera. Por el calor que produce al rozar mi piel, deduzco que no posee ni una sola impureza. Es plata pura, probablemente algún tipo de aleación trabajada por las hadas...

Everett chasquea la lengua. —Mierda —murmura.

—¿De dónde coño has sacado esto? —Le pregunto a la chica, gruñendo.

Ya no me importa nada. Lo que lleva al cuello no es un colgante ni una joya cualquiera; ni siquiera es el tipo de prenda que llevan los humanos supersticiosos para protegerse de los Hijos del Crepúsculo; es algo más. Es un arma real contra los de nuestra especie. El veneno está encapsulado en una hermosa prenda.

Ivy me mira aterrorizada. Tiene los ojos muy abiertos y la duda se dibuja en sus labios entreabiertos. —¡Dímelo! —exijo, agarrándola con tanta fuerza que probablemente le estoy haciendo daño. Su espalda choca contra la pared y me mira con el terror pintado en sus iris azules.

—Adam, déjala ir. Probablemente no sepa lo que es... —dice mi hermano, intentando calmarme.

—Nadie consigue joyas así en cualquier sitio —digo, molesta. Mis ojos se quedan clavados en los de Ivy—. ¡Dime dónde coño has conseguido esto!

Tarda un momento pero consigue decir entre tartamudeos. —Me lo dio... Me lo dio mi padre.

—¿Lo hizo? —Everett frunce el ceño.

—¿Cómo se llama tu padre? —Gruño.

—Me haces daño... ¡Me haces daño! —se queja.

—¡No seas tan grosero, Adam! —me reprende Everett, pero le ignoro.

—Responde a mi pregunta —le ordeno a la chica.

—¡Se llama Joseph! —se queja.

—¿Cuál es su apellido? —Sigo indagando, con un mal presentimiento atascado en la garganta.

—¡Basta, Adam! —ladra Everett a mi lado.

—¡Taylor! —dice, al borde de las lágrimas.

Me alejo entonces, soltándola, y la chica se agarra asustada al brazo por el que la sujetaba. Ya no me mira con ojos anhelantes, sino que el miedo se dibuja en todo su cuerpo.

Everett está a mi lado con cara de piedra. Le lleva tanto tiempo como a mí atar los cabos dentro de mi cabeza.

—Tu padre... es el doctor Joseph Taylor —digo despacio, sintiendo que un sabor amargo me llena la boca.

Ella asiente en silencio. —Me llamo Ivy... Ivy Taylor —dice al borde de las lágrimas.

—¡Mierda! —Everett dice, perdiendo el color de su cara.

Mis labios dibujan una sonrisa amarga y lenta ante la idea de estar emparejada con Ivy Taylor, la hija del doctor Taylor, el mayor cazador y asesino conocido por las criaturas que rondan el crepúsculo londinense.

—Eres la hija de un cazador... —dice Everett a mi lado.

—No de un simple cazador —argumento, sintiendo el odio brotar por todo mi cuerpo—. Sino del mejor cazador. El asesino más notorio de todo Londres, la criatura que todo Hijo del Crepúsculo desprecia...

Ivy me mira fijamente sin comprender el verdadero peso de mis palabras. La miro con odio.

Habría sido mejor dejarla morir.

CAPÍTULO 3: PRISIÓN O CASA



Puede que no me equivoque al pensar que Adam es un ángel, pero probablemente sea un ángel vengador o un ángel de la muerte. Su mirada permanece fija en la mía, y sé que no me equivoco al pensar que si las miradas mataran, él ya me habría asesinado a mí con la intensidad del verde de sus ojos.

Debe de haber una razón de peso para que me mire como lo hace, pero no sé cuál es. Hasta hace un momento, la mirada de esta hermosa criatura se posaba en mí con algo que rozaba el anhelo... Algo flota en el aire entre nosotros, aunque no puedo descifrar lo que es. Es una especie de poderoso magnetismo que se filtra por todas mis terminaciones nerviosas y me hace sentir electrizada junto a él, muy cerca del cielo. Exactamente como el atractivo chico del bar dijo que se sentía al ingerir la droga Elixir.

Pero ahora, ya no queda nada de ese magnetismo, y si ha sobrevivido, lo ha hecho envuelto en veneno.

Adam cierra la mandíbula con fuerza. Mientras lo miro, noto con dolor lo hermoso que es... mucho más alto que yo, con brazos fornidos y pelo ondulado, espeso y dorado; tiene un halo dorado en sus profundos ojos verde hoja de primavera y labios carnosos, como los de una escultura griega. Su terrible parecido con el dios Apolo me hace pensar en todas las historias sobre criaturas que quedaron impresionadas por la belleza del dios del sol y luego perecieron por el calor que desprendía el aura dorada de la deidad.

—Debes de estar confundido... —Le digo a Adam con voz pausada, intentando mantener la calma—. No sé de qué estás hablando o a qué te refieres cuando hablas de ese doctor... un asesino, pero te aseguro que no se trata de mi padre. Mi padre es un buen hombre.

Los labios de Adam se curvan en una sonrisa peligrosa. Es el tipo de sonrisa que tendría el dios de la muerte antes de acabar con toda la vida en la tierra.

—No hay nada bueno en el doctor Taylor —proclama Adam con un deje de odio en la voz—. Y te aseguro que no me equivoco. Tu collar te delata. —Mira fijamente la flor que descansa sobre mis pechos.

Recojo el amuleto y lo miro fijamente. Siempre me ha parecido un detalle inofensivo. Lo llevo porque es el único gesto dulce que expresa algún tipo de cercanía a mi padre. Siempre ha sido más bien una persona distante.

—¿Qué tan peligroso puede ser usar un amuleto de flores? —pregunto con cautela.

—Adam, está claro que no sabe de qué va todo esto —dice el otro tipo, el que me estaba tirando los tejos en el bar.

Probablemente sean gemelos. Excepto por el color y la forma de sus crines, y el color de sus ojos, hay muy pocas diferencias que yo perciba entre uno y otro.

Pero Adam no parece muy convencido de ello. —¿De verdad crees que la hija de un cazador no sabe que lleva un collar de acónito?

—Acónito, ¿ese es el nombre de la flor que tengo alrededor del cuello? —pregunto lentamente.

—¿Lo ves? Está claro que no sabe lo que es —le dice Everett a Adam, pero éste suelta un gruñido.

—Podría estar fingiendo. No sería la primera vez que uno de ellos lo hace para clavar un cuchillo de plata en el corazón de un lobo.

—¡No estoy fingiendo! —exclamo—. De verdad que no sé de qué me estás hablando. Mi padre no puede ser la persona a la que te refieres. —Estoy exasperada y llena de miedo, pero Adam niega mis palabras.

Solo Everett parece creerme.

—Adam, sé lo que te digo. Esta chica no sabe nada sobre los Hiños del Crepúsculo, los cazadores o el Dr. Taylor.

—Sigue siendo su hija —argumenta Adam—. Y eso en sí mismo es un delito suficientemente grave.

—No se puede culpar a un inocente por los actos de sus predecesores —reprende Everett.

—Tal vez no, pero puedo usarlo para hacer que ese hijo de...

—¿Qué quieres decir? —pregunta Everett, sin dejar que su hermano complete la frase.

Adam no parece oírle. Se acerca a mí y me agarra del brazo. Su tacto me eriza y me quema la piel lentamente, pero lo que antes me parecía un gesto deseable, ahora solo me infunde miedo.

—¡Vienes con nosotros! —Adam dice.

—¡No! —responde Everett inmediatamente, dando un paso en nuestra dirección.

—¡Lo hará! —dice Adam; aunque puedo percibir la ira que sigue minando su mirada—. Ese bastardo tiene prisioneros a muchos de los nuestros. Si quiere recuperar a su preciosa hija, tendrá que darnos algo a cambio.

Everett mira a su hermano durante un largo segundo con la duda brillando en sus ojos. Su mirada es inflexible, y parece que también hay algo de culpabilidad cuando me mira a mí. Pero finalmente asiente y un "De acuerdo" es todo lo que consigue decir.

Siento que se me cae el corazón al suelo y que me aplastan bajo el peso de sus pasos mientras nos llevan de vuelta al club. Intentando oponer algo de resistencia, lucho y les pregunto: —¿En

serio, vais a secuestrarme para pedir rescate a mi padre?

—No nos interesa el dinero —dice Adam con voz sombría—. Tu padre tiene a muchos de los míos y los quiero de vuelta.

—¡Mi padre no es un monstruo; te has equivocado de persona!

—Más bien lo es —responde en tono tajante—. Vives en un mundo artificial, con una persona que no conoces. Y lo siento por ti, pero alguien tiene que responder por sus crímenes. A ti te ha tocado la peor parte.

La ira es inquebrantable en su voz, y comprendo que no tengo escapatoria. Piensa hacer lo que dice y llevarme con él.

Pienso en huir, defenderme lo mejor que pueda y salir corriendo, pero Everett aún tiene a Aleksandra en brazos y no pienso irme sin ella.

—Bien —digo mirando a Adam con odio—. Pero mis amigos no tienen por qué formar parte de esta locura. —Intentando hacerle entrar en razón, miro a Everett, que parece el más razonable de los dos—. No puedes dejarlas solas en la discoteca. Podría pasarles algo. Por favor...

Everett mira a Adam y parece decidirse. Cuadra los hombros y dice: —Llamaré a un taxi para que venga a buscarlas y luego nos iremos.

—Bien, te espero en el coche. —Después de pensarlo un momento, Adam chasquea la lengua.

Everett asiente y se marcha. Después de verlo marcharse, Adam me pasa el brazo por los hombros y me estrecha contra su cuerpo.

El gesto parece íntimo, como si fuéramos una pareja normal. Pero sé que no lo somos y que solo lo hace para retenerme.

Pensando entonces en cómo escapar, decido mantener la calma. Le sigo el juego a Adam mientras Everett se ocupa de mis amigos. Los dos salimos del club y cruzamos la calle hasta una zona oscura donde hay un aparcamiento de metro.

Cuando llegamos, veo mi oportunidad de escapar. Lentamente, estiro una mano hacia arriba, fingiendo que me pica el cuello.

Entonces, sintiendo la cadena de plata, la agarro y tiro con fuerza, arrancándomela del cuello.

Inmediatamente la acerco a Adam, que gruñe cuando la cadena entra en contacto con su piel. Me suelta, y yo le doy un puñetazo en la cara, dejándole las marcas de mis uñas en la mejilla, y luego salgo corriendo.

Mi corazón late con fuerza mientras miro en todas direcciones calle abajo, esperando que haya alguien cerca que pueda ayudarme, alguien a quien gritar o pedir ayuda.

Pero Adam me atrapa mucho antes de que pueda escapar. Sus brazos me rodean la cintura y me atrae contra su cuerpo.

Grito y me tapa la boca. Me lleva hasta el coche y me deja caer en el asiento trasero.

—¡No puedes hacerme esto! —Digo, casi llorando y mirándole fijamente.

Me arrebató el collar de las manos. Al mirarlo, noto que los arañazos que le he hecho en la mejilla empiezan a curarse a una velocidad abrumadora. Cierra la puerta del coche y se da la vuelta para subir al asiento del conductor. En cuanto sube al coche, las marcas desaparecen.

Le miro y noto el olor a piel quemada que desprende la palma de la mano a causa del colgante. Adam suelta una maldición, deja caer el colgante en una pequeña bolsa negra y la guarda en la guantera.

Me mira por el retrovisor y noto el frío en el centro de sus ojos.

—¿Qué sois? —pregunto, aterrorizada y fascinada al mismo tiempo.

Me ignora. Después de un tiempo que parece eterno, Everett llega al coche. Para entonces, la herida que surcaba la mano de Adam también se ha curado.

—Ponle algo en los ojos —ordena Adam a Everett mientras le entrega un pañuelo negro.

Everett suspira y mira a su hermano con desprecio.

¿De verdad piensas seguir adelante con esto? —pregunta.

—Tiene a Connor, Megan, Angela y Charlotte. Charlotte tiene la edad de Sadie, y Connor solo tiene cinco años —escupe Adam.

Everett aprieta los puños. Se da la vuelta en el asiento del copiloto y me mira con dolor en los ojos. —No te muevas, por favor. —Sonríe a modo de disculpa.

Me venda los ojos y me ata las manos. Las lágrimas empiezan a resbalar por mis mejillas, empapando la tela mientras me castañetea los dientes.

Encienden la calefacción. Al poco, Adam acelera el coche y siento el movimiento mientras nos alejamos del club.

—Mi padre no es un monstruo —insisto con voz entrecortada.

—El dr. Taylor es un hombre mayor, con ojos azules y barba, además de pelo canoso. De piel clara, debe de tener unos cincuenta años. Tiene una pequeña cicatriz en la ceja izquierda y en la parte inferior de uno de sus labios —dice Everett, describiendo perfectamente a mi padre.

Permanezco en silencio, sintiendo que se me para el corazón mientras le escucho. —Esa es la descripción de mi padre, sí... —susurro.

Antes de que pueda responder, Adam suelta. —Everett y yo lo conocemos bien. Intentó asesinarnos dos veces.

—Tres veces —le corrige Everett.

—Eso es imposible... —aventuro.

—Lo que viste hoy es imposible —dice Everett—. Esa criatura en el callejón, el necrófago. Tú misma viste cómo ese joven se transformaba en esa bestia.

—Lo vi, pero...

—¿Y creías antes de esta noche que algo así podía existir, en el mundo, y mucho menos en pleno Londres?

Tardé un momento en contestar: —No.

—Entonces créeme cuando te digo que sabemos con certeza de quién estamos hablando —responde Everett con seguridad—. Tu padre no es quien crees.

Todo esto es demasiado para mí. Se me cae la cara, y las lágrimas abandonan la tela empapada mientras recorren mis mejillas y bajan por mi barbilla. Mi padre nunca ha sido una persona especialmente cariñosa, pero es un buen padre, y no puedo considerarlo un criminal que secuestra niños aunque insistan en confirmarme que lo es.

Justo cuando pienso en él, mi teléfono empieza a vibrar con una llamada. El teléfono está en silencio, así que no creo que lo cojan. En mi interior empiezan a saltar las alarmas e intento pensar en cómo activar la llamada, para que la persona al otro lado pueda oír la conversación. Tal vez pueda conseguir que Adam o Everett revelen algo sobre dónde me llevan, pero entonces...

Aunque parezca imposible, parecen percibir el teléfono. Uno de los dos se inclina, mete la mano en mi bolso y saca el teléfono.

—Dr. Taylor... Me preguntaba cuándo llamaría —dice Adam en tono de broma burlona, pero que en realidad destila veneno.

Se me para el corazón al pensar que es papá quien llama. Contengo la respiración mientras escucho la conversación.

Adam se ríe de algo que dice mi padre, su voz apenas un susurro: —No sabes quién soy, pero pronto lo sabrás. Tenemos a tu hija —le asegura. El silencio sigue a sus palabras. Imagino a mi padre al otro lado de la línea, negociando mi rescate...— No nos interesa su dinero. Tampoco le recomiendo que llame a la policía, a menos, claro, que desee revelar su identidad como asesino en masa y criminal.

Silencio otra vez. Adam no habla, pero algo me dice que mi padre tampoco.

—Le recomiendo que juegue a este juego con mucho cuidado, doctor. No dudaré en hacerle a su hija lo que usted nos ha hecho a nosotros durante generaciones a menos que responda a mis condiciones. —Otro silencio de Adam. Esta vez me parece oír a mi padre gritar, y entonces Adam dice—: Espere instrucciones. Nos pondremos en contacto contigo, te lo prometo.

Corta la llamada y entonces oigo algo: el sonido de plástico y cristales rompiéndose.

Con toda probabilidad, ha destrozado mi teléfono. Uno de los dos abre la ventanilla y entra frío en el coche. Al cabo de un momento, vuelven a cerrarla, así que deduzco que se han deshecho de los restos de mi móvil.

—¿Qué piensas hacer con ella? —pregunta Everett.

—Vigíla hasta que su padre responda a mis exigencias —afirma Adam.

—Bien —dice Everett rotundamente—. Pero no la retendremos como prisionera.

—Tampoco la mantendremos como invitada —argumenta Adam.

—¡No es una prisionera!

—Ella podría escapar —contraataca Adam.

—Te aseguro que no lo hará —afirma Everett.

Empiezo a respirar lentamente, intentando calmar mi ansiedad. El vehículo gira. Tras una eternidad, por fin me parece que reducimos la velocidad.

A través de la tela, no puedo ver dónde estamos, pero las luces parecen ser un poco más tenues ahora, así que creo que tal vez estamos en algún tipo de residencia.

Adam detiene por fin el coche. Les oigo salir del coche y entonces se abre una de las puertas.

—Yo me ocuparé de ella —dice Adam, y noto que aparta a Everett de mí. Sus manos firmes y fuertes me agarran y me levantan con sorprendente facilidad y ligereza.

Me carga, y el sonido a nuestro alrededor cambia, al igual que la temperatura, así que supongo que hemos llegado a su casa.

—Quítate la venda —dice Everett, suspirando.

—No quiero que vea la casa —se queja Adam.

—¿Por qué? ¿Delatará el gusto que tenemos por el azulejo? Vamos, no seas idiota. Para con esto.

Adam me deja en el suelo y Everett me quita la venda con cuidado; me suelta las manos y se aparta de mí con una sonrisa de disculpa.

Intento devolverle el gesto porque sé que puede ser mi mejor aliado. Si quiero escapar de esto con vida, tengo que jugar mis cartas sabiamente.

Al mirar a mi alrededor, me doy cuenta de que estamos sin duda en una mansión. El techo es alto y abovedado; las paredes, claras, y hay grandes ventanales que dibujan la escena de un patio al fondo, cubierto por un manto de nieve impoluta.

—Bienvenida a casa —dice Everett, tratando de aligerar el ambiente.

Pero Adam, a mi lado, no es tan amable.

—Hogar o prisión... es lo mismo. No saldrás de aquí en mucho tiempo. Al menos hasta que tu padre nos devuelva a todos los que ha secuestrado.

—¿Su padre? —dice una voz al pie de la escalera—. Que alguien me explique quién es el padre de esta chica y por qué se atreve a traer a una humana a mi casa.

CAPÍTULO 4: UNA RED DE MENTIRAS



ADAM

—**A**dam Paxton-Ajax, no me hagas repetir la pregunta. ¿Quién es esta mujer y por qué está en mi casa?

Levanto la vista, siguiendo la mirada de la mujer en lo alto de la escalera. No puede ser la madre de Everett y Adam, es lo primero que pienso, ya que parece demasiado joven. Tiene el pelo rubio y los ojos claros, la piel suave y un brillo decidido en la mirada.

Tiene los brazos cruzados y va en pijama. Detrás de ella hay una chica que no puede tener más de quince años.

Su parecido con Adam, y sobre todo con Everett, es innegable, así que creo que probablemente sea su hermana pequeña. La niña tiene grandes ojos azules, pelo corto rubio platino que le llega a las mejillas y un cuerpo delicado y menudo, como el de una bailarina.

La niña me mira con curiosidad, pero la otra mujer, que probablemente sea su hermana mayor, lo hace con un gesto tan feroz que incluso la ira de Adam palidece por un momento.

A mi lado, Adam suspira. Se pasa una mano por el pelo leonado y dice en tono tranquilo. —Es una prisionera. La trajimos aquí para negociar.

—¡No os atreveréis! —grita la mujer y baja corriendo las escaleras. Aunque es pequeña y mucho más baja que los dos chicos, éstos se sienten claramente intimidados al verla.

—Lo que dice Adam es cierto, pero lo ha explicado mal —empieza a decir Everett. Cuanto más cerca estoy de ellos, más claro me queda que, de los dos, él es el mejor con las palabras—. La chica se llama Ivy, Ivy Taylor. Es la hija del doctor Taylor.

En cuanto pronuncia el nombre de mi padre, la mujer da un paso atrás. Su mirada pasa del enfado al horror, como si le hubieran dicho que soy un tipo de serpiente rara y venenosa.

—¡Has traído a una cazadora a mi casa! —grita la mujer.

—¿De verdad crees que haría eso, mamá? —dice Adam con una ceja levantada. Me sorprende oír que la mujer es su madre y me resulta imposible creerlo. Apenas parece diez años mayor que ellos...

—Ivy no tiene ni idea de los cazadores ni de los Hijos del Crepúsculo —afirma Everett y procede a resumir los acontecimientos de la noche a su madre.

Escucha la historia con atención. Finalmente, deja que su mirada se pierda en algún lugar de mi cara, aparentemente decidiendo si soy de fiar o no.

Creo que tengo una buena oportunidad de escapar si logro convencerla. Está claro que incluso Adam respeta su opinión, así que me apresuro a decir: —Sus hijos me secuestraron, señora. — Mis palabras se quiebran por las lágrimas que escapan de mis ojos, pero intento mantener un tono firme.

Adam me mira con una advertencia destellando en sus iris verdes, pero le ignoro. —No sé de qué están hablando y no tengo ni idea de qué va esto, pero me han sacado a rastras del club y me retienen para pedirle un rescate a mi padre. Tienes que ayudarme. Esto no está bien.

La mujer se muerde el labio inferior. Inspira lentamente y luego parece recuperar la compostura. —Lo siento mucho, Ivy —dice, con voz firme y serena—. Ciertamente no apruebo las acciones de mis hijos, pero ellos te han traído aquí, y si eres quien dicen, entonces eres mucho más valiosa para nosotros de lo que crees.

—Pero... —Empiezo y ella me ignora.

—No te trataremos como a una prisionera —promete, mirando severamente a su hijo—. Pero tendrás que quedarte con nosotros. Prometo explicártelo mejor por la mañana. Entonces entenderás las razones de peso por las que debemos mantenerte con nosotros durante un tiempo.

Siento que la impotencia aflora en lo más profundo de mi pecho. Asiento con la cabeza, conteniendo las lágrimas, y a mi lado, Adam parece suspirar aliviado. —En cuanto a vosotros dos... —Mira a sus hijos con el ceño fruncido—. Tendremos una larga charla respecto a vuestras acciones y cómo podrían afectar a la manada. Por ahora, llevad a esta chica a una de las habitaciones de invitados y aseguraos de que tiene todo lo que pueda necesitar para pasar la noche tranquilamente.

Adam obedece de inmediato. Su mano roza suavemente mi brazo y siento que mi piel se eriza al instante. Sin poder evitarlo, me alejo de él, temerosa. Algo en su mirada parece debatirse entre las emociones que le genera una reacción tan simple por mi parte, pero finalmente, se limita a decir: "Vamos". Me conduce al segundo piso de la mansión.

Pasamos junto a la chica de pelo corto, que me saluda con una de sus manos. Parece asustada. Adam gira a la derecha y me conduce a través de una serie aparentemente interminable de puertas.

—Ustedes realmente piensan que mi padre es un monstruo —susurro.

—Porque lo es —afirma Adam.

Niego, incapaz de creer sus palabras. —Sé que no me crees, pero debes estar equivocándote de persona...

—Eres tú quien se equivoca —afirma con frialdad. Se detiene frente a una de las puertas y se coloca frente a mí. Al mirarle de cerca, noto con dolor que es mucho más hermoso de lo que había percibido antes. Pero hay algo extraño en su belleza, algo que me llama de un modo imposible y doloroso.

Siento que le odio y, al mismo tiempo, que no puedo alejarme de él. El sentimiento es tan

extraño que me da arcadas.

—El dr. Taylor es un experto en mantener fachadas. Lo sé bien porque mi familia se ha pasado la vida protegiendo a los nuestros de sus experimentos.

—No puede ser la misma persona... —empiezo a decir. Adam suspira exasperado.

—Solo... quédate quieta por esta noche. Por la mañana te lo explicaremos todo mejor y entenderás de qué va todo esto. Con suerte, pronto estarás en casa —afirma con amargura. Sus labios se curvan en lo que parece ser una mueca involuntaria—. Aunque, si yo fuera tú, me iría lejos. Si realmente no sabes nada de quién es tu padre... Bueno, no te gustará lo que tenemos que decirte.

Sacudo la cabeza, cruzada de brazos, y miro el suelo forrado de moqueta.

—No te preocupes, yo tampoco creería a un par de desconocidos que me han secuestrado si me dijeran que mis padres son los malos del cuento —dice una voz detrás de mí. Al girarme, encuentro a su hermana pequeña, que ha venido con un juego de mantas y algo de ropa limpia para prestarme.

—Sadie, no... —advierte Adam.

—¿Por qué no dejas que me encargue yo? Está claro que no haces más que asustar a Ivy —dice con amabilidad.

Adam aprieta las manos en puños pero, al cabo de un minuto, asiente. —De acuerdo. Pero ten cuidado con lo que le dices. Recuerda que su padre podría enterarse.

La chica asiente en dirección a Adam, y él se marcha sin volver a mirarme.

Le miro marcharse, sintiendo un extraño vacío en su ausencia que intento en vano disimular. La chica que está a mi lado, Sadie, sonríe con dulzura. —Tienes que disculpar a mi hermano mayor. Es un imbécil la mayor parte del tiempo, pero te aseguro que tiene buen corazón.

Me guía hasta la habitación, espaciosa y limpia. Deja la ropa sobre la cama y me mira como disculpándose. —No esperábamos visitas, pero pensé que algunas de mis prendas podrían ser útiles.

—Gracias —digo con voz torpe, cogiendo una camiseta del pijama.

—Sé que nada de esto es sencillo de asimilar —continúa, después de sentarse en la cama—. Pero te prometo que no somos los malos.

—¿Y por qué debería creer eso? Me secuestraron —digo con la voz ahogada por las lágrimas.

Sadie me mira con ojos empáticos. Después de un momento pregunta: —¿Sabes qué son los Hijos del Crepúsculo?

La pregunta me pilla desprevenida. Sacudo lentamente la cabeza. —He oído el término toda la noche, pero no tengo ni idea de lo que significa.

Asiente lentamente y comienza a decir: —La raza humana no es la única que puebla esta tierra. Durante décadas hemos estado aquí, unidos a vosotros, observando desde las sombras...

—¿Qué... qué eres exactamente...? —pregunto con ansiedad. Sadie se encoge de hombros.

—Algunos somos vampiros, otros brujos, o brujas... Unos pocos somos hadas. Y están los cambiantes lobo, por supuesto.

Sonríe a su manera. La miro incapaz de procesarlo todo. —Lo que estás diciendo... Estás hablando de fantasías.

—¿Ah, sí? —dice dulcemente. Sus ojos experimentan un breve cambio. Por un momento brillan de una forma especial.

Me doy la vuelta asustada y la chica se echa a reír. —Puedes calmarte. Estás a salvo, te lo juro. Es cierto que para los humanos somos criaturas de mito, pero gran parte de la información que poseen sobre nosotros es errónea.

—Así que... Tú... Adam y Everett son...

Sadie asiente. —Somos cambiantes. Todos aquí lo somos.

—Pero eso... eso no es... —Empiezo a tartamudear, así que guardo silencio un momento, meditando mis palabras. Exhalo un suspiro y luego digo—: Si lo que dices es cierto, ¿qué era esa cosa fuera de la discoteca?

—Un necrófago —dice Everett a mis espaldas, haciéndome saltar.

Me mira impasible mientras permanece de pie con los brazos cruzados y el hombro apoyado en el marco de la puerta. —Los engendros son mutaciones provocadas por la droga, Elixir. Ya te lo he explicado antes, ¿recuerdas? Asiento vagamente, y Everett hace lo mismo—. Exacto. Bueno, cuando una criatura de cualquier raza consume demasiada cantidad de esa droga, se transforma en un necrófago —explica Everett.

—La droga lleva unos meses en circulación —añade Sadie, continuando con la historia de su hermano—. Y aunque no sabemos quién la creó, está afectando al equilibrio existente entre todas las razas.

—¿Por qué? —Pregunto.

—Porque está exponiendo a los Hijos del Crepúsculo entre los humanos —explica Everett con paciencia—. Aunque a ti también te altera y te hace mutar, lo cierto es que muchos nos hemos vuelto adictos y ha causado un gran desastre entre los humanos al convertirlos en engendros. Sus cadáveres han sido encontrados por la policía, que está investigando los hechos de las curiosas criaturas que han confiscado.

—No he leído nada en las noticias... —Digo con voz entrecortada.

Sadie suelta una suave risita. —Ni tú tampoco. Nunca. Los humanos son expertos en ocultar lo que no les interesa que los demás sepan.

—Pero es que entonces... ¿Hay humanos que saben de vuestra existencia... y de los Hijos del Crepúsculo? —Los hermanos asienten.

—Los gobiernos de todos los países del mundo lo saben, al igual que muchas de las grandes instituciones gubernamentales y religiosas...

—Hay una rama especial entre los humanos que sabe lo que somos —añade entonces Sadie, con tono frío—. Los cazadores, que se dedican a asesinarlos.

—¿Por qué? —pregunto, incapaz de creer lo que oigo. Ella se encoge de hombros.

—Nos consideran criaturas sin corazón —afirma lentamente.

—Nos han cazado desde tiempos remotos. Seguro que has oído hablar de ellos. Cada cultura tiene los suyos, pero la caza de brujas en la ciudad de Salem, por ejemplo, debería darte una idea bastante aproximada de quiénes son y cómo actúan.

Pienso con horror en lo que me dicen los dos. —Y vosotros... Afirmáis que mi padre es uno de esos... cazadores...

—Los Taylors son probablemente la familia de cazadores más notoria de todo el Reino Unido —dice Everett, su rostro serio hace juego con su tono.

—Y el doctor Taylor... es el peor de todos —dice Sadie con miedo en la voz.

—¿Por qué? —Pregunto.

—Porque no solo nos asesina. El dr. Taylor se ha hecho famoso por secuestrar y diseccionar a los Hijos del Crepúsculo para experimentar con ellos.

—Eso no puede ser. Mi padre nunca...

—No nos ven como iguales —dice Sadie mientras sacude la cabeza.

—El doctor Taylor es dueño de una importante empresa farmacéutica, ¿no? —pregunta Everett. Asiento con la cabeza—. Así es. En el laboratorio tienen sujetos de prueba. Para él, somos como ellos. Solo sujetos de prueba. Nada más.

Se me revuelve el estómago. Me siento en la cama, con la negación en la cara. Sadie se levanta y me pone una mano en el hombro.

—Tiene prisioneros a muchos de nuestros amigos. No te haremos daño... pero por eso mis hermanos insistieron en traerte. Queremos recuperar a los nuestros. —El evidente dolor en su rostro me lastima.

La miro, sin saber qué más decir, y ella se aleja tranquilamente hasta llegar al lado de su hermano.

—Por ahora... intenta dormir —insta Everett suavemente—. Entiendo que es mucho para procesar en una noche, pero mañana las cosas estarán un poco más claras.

Me dedica una sonrisa genuina y ambos salen de la habitación, cerrando la puerta tras de sí.

Lentamente, salgo de la cama y me dirijo a las ventanas, las palpo, pero está claro que están herméticamente cerradas.

Con el ánimo por los suelos, me dejo caer de nuevo sobre las almohadas, sabiendo que no podré resistir ni una palabra más.

Todo este tiempo mi padre ha sido un asesino... Si lo que dicen es cierto, toda mi vida es una

mentira.

No es una verdad que esté dispuesta a afrontar. Con los ojos fuertemente cerrados, intento en vano contener las lágrimas y me voy a dormir, con la esperanza de encontrar un rayo de paz en algún lugar de mis sueños.

Pero en mi inconsciente, solo me persiguen las pesadillas.

CAPÍTULO 5: SUEÑOS DE FUGA



Un abismo oscuro se cierra a mi alrededor. El cielo es gris y, entre las nubes, veo rayos que perfilan el mundo a través del fuego.

Detrás de mí, oigo algo, el ritmo constante de un latido que me persigue. Me doy la vuelta, pensando que es un lobo enorme que me sigue, pero en su lugar descubro a mi padre, que sostiene una escopeta y me apunta con ella.

Sonríe. Intento decirle que soy su hija, que no dispare, pero entonces siento que me falta la voz y, cuando miro mi cuerpo, comprendo que los pasos que oía, los del lobo, no eran porque alguien me persiguiera, sino porque, de hecho, yo soy el lobo.

—Lo siento, cariño. Es por un bien mayor —afirma antes de disparar el arma.

Me despierto sobresaltada, sin aliento. Por impulso, me llevo la mano al pecho, pero descubro que no está manchada de sangre. Al menos, no la mía.

La noche anterior estaba tan cansada que incluso olvidé darme un baño, de lo que ahora me arrepiento, así que me levanto y me dirijo al baño, con la ropa que me ha tendido Sadie. Me falta el vestido por las manchas de sangre y tengo el maquillaje corrido.

Decido que si no me han hecho daño hasta ahora, no esperarán a que esté en la ducha para hacerlo, así que me tomo mi tiempo y me lavo el pelo para quitarme los restos de la sangre seca de Alex hasta que me siento un poco mejor conmigo misma.

Salgo y me pongo la ropa de Sadie. La camiseta me aprieta un poco sobre los pechos, pero la cubro con una sudadera. Me recojo el pelo húmedo y bajo dos pasos las escaleras tras salir de la habitación.

La casa está en silencio, pero es evidente que hay gente a mi alrededor. El aroma a beicon llena el aire, así que lo sigo hasta la cocina, donde encuentro a Everett y Sadie.

—Buenos días —dice Sadie sonriendo. Tiene un vaso de zumo de naranja en las manos y un cuenco de fruta—. ¿Quieres comer algo?

—Sí, por favor —digo tímidamente, acercándome a la mesa.

Mis ojos recorren la habitación limpia y espaciosa, pero en ninguna parte atisbo a Adam o a su madre.

—Adam salió temprano —dice Everett como si pudiera leerme la mente. Mis mejillas enrojecen y acepto un trozo de beicon para mantenerme ocupada.

—¿Te gusta? —pregunta Sadie—. Es tocino vegano.

—Está bueno —digo con calma y la miro, enarcando una ceja—. ¿Eres vegana?

—Mamá y yo sí —responde Sadie.

—Y por lo tanto, Adam y yo lo somos a la fuerza —añade Everett, medio en broma, medio en serio y con una sonrisa dibujada en los labios.

—Gracioso... —le digo.

—¿Es increíble que una familia de lobos renuncie a la carne? —dice Sadie riendo.

—En realidad, lo que pensé es que nunca había probado el tocino dulce.

—Oh —Sadie enrojece y se echa a reír—. Lo hacemos con jarabe de arce. Es el favorito de Adam.

Asiento en silencio y empiezo a comer, intentando no darle demasiadas vueltas a las cosas, pero al final, los recuerdos de anoche, unidos al sueño que tuve, se mezclan y me hacen preguntar: —Anoche dijiste muchas cosas sobre mi padre... sobre mi familia en general.

Sadie me mira con curiosidad, esperando a que termine de hablar. —Me preguntaba si tienes pruebas de lo que has dicho.

—¿Quieres que te demostremos lo que somos? —pregunta Everett, con aire divertido. Se cruza de brazos y levanta una ceja con interés—. Estoy seguro de que no os va a gustar verme en mi forma de lobo.

—Por no mencionar que cuando volvemos a cambiar, estamos desnudos —añade Sadie divertida.

Mis mejillas enrojecen y sacudo la cabeza. —Me refería más bien a lo que dicen de mi padre. Me gustaría saber si tienen alguna prueba que respalde lo que dicen.

Ambos me miran durante un largo momento y suspiro. —Sería más fácil creerlo todo si...

—Eso no será necesario —Adam entonces corta, desde la puerta—. Han venido por ti.

Le miro, sintiendo que hoy tengo una percepción diferente de él, aunque eso no impide que me sienta menos intimidada.

Adam lleva una camiseta azul oscuro ajustada y unos vaqueros desgastados. Su pelo rubio dorado está despeinado sobre la cara y sus musculosos brazos quedan al descubierto.

Al mirarlos, me doy cuenta de que, en realidad, ninguno de los dos lleva ropa especialmente abrigada. —¿No tenéis frío? —pregunto.

Adam levanta una ceja y se detiene frente a mí. Tras tomar un sorbo de zumo, afirma: —Nuestra temperatura corporal es diferente. Nos adaptamos mejor al clima.

Asiento lentamente, y entonces mi corazón se acelera. —¿Qué quieres decir con que han venido a por mí?

—Quiero decir exactamente lo que dije. Tu padre accedió a nuestras demandas. Nos ha devuelto a toda la gente que secuestró.

—¡Es maravilloso! —grita Sadie emocionada. Se le llenan los ojos de lágrimas.

—Mamá está con ellos ahora mismo —explica Adam—. Tengo que llevarte al lugar que tu padre ha indicado para que te recojan.

—Iré contigo —ofrece Everett inmediatamente.

—No —dice Adam—. Te necesito aquí para configurar todo. Tenemos que asegurarnos de que el perímetro se mantiene vigilado.

Una mueca tensa los labios de Everett, pero asiente sin rechistar.

—Entonces, ¿te vas...? —pregunta Sadie con una mueca.

—Es lo mejor —afirma Adam antes de que ella pueda responder. Sus ojos verdes se cruzan con los míos. Hay algo oculto en ellos cuando continúa—: Ella no pertenece a nuestro mundo.

Pero sus palabras no parecen importarle a su hermana. Se acerca y me abraza. —Cuídate —me dice.

Asiento, con el corazón acelerado. Everett pasa a mi lado y dice: —Lo siento... por todo esto.

—Está bien... Creo que ahora lo entiendo —digo con una sonrisa triste.

Asiente y se mete las manos en los bolsillos del pantalón. Adam me espera, y solo tardo un momento en levantarme y seguirle.

—Cuida de ella —dice Everett desde detrás de nosotros. Su tono suena autoritario. Adam asiente y nos conduce al garaje, donde una serie de coches, cada uno más lujoso que el anterior, descansan en orden.

Apaga la alarma de un deportivo negro y espera a que suba. En cuanto lo hago, él hace lo mismo.

Le veo arrancar el coche y nos ponemos en marcha. Mis ojos divisan un complejo residencial de enormes mansiones con patios abiertos. A lo lejos, percibo lo que parece ser un enorme muro que bordea una especie de bosque.

—No volveré a verte —digo, sin saber cómo han salido esas palabras de mi boca.

Suspira, sin apartar los ojos de la carretera, y acelera el coche. —Es lo mejor. No eres parte de nosotros.

Algo en sus palabras me duele. Siento como si me hubieran clavado una estaca en el pecho, y no lo entiendo. Desde que nos conocimos la noche anterior, Adam solo ha sido cruel y despreciable conmigo; no soy de las que se consideran masoquistas, pero al notar el incomprensible dolor que me asalta ante la idea de separarme de él, comprendo que tal vez lo sea en secreto.

Pero me niego a decírselo. En lugar de eso, mis ojos permanecen fijos en el cambiante paisaje

mientras dejamos atrás la residencia, conduciendo a través de lo que parece un pequeño bosquillo hasta que llegamos a una calle lateral, tras lo cual regresamos al ajetreado Londres.

—No sabía que existía un lugar así dentro de la ciudad... —Digo mirando detrás de mí, tratando de descifrar dónde estamos.

—Eso es porque no existe. En cierto modo, lo que has visto es un espejismo —responde secamente Adam.

—¿Cómo...? —Empiezo a preguntar, pero luego sacudo la cabeza, sabiendo que no va a darme más explicaciones.

Quince minutos después, Adam detiene el coche en el aparcamiento vacío de un pequeño centro comercial. Al otro lado del aparcamiento, veo uno de los coches de mi padre.

—Puedes irte —dice Adam sin mirarme.

No puedo evitar que mis ojos le busquen y, tras un largo instante, me devuelve la mirada. La dolorosamente corta distancia que nos separa provoca una extraña asfixia en mi interior.

De alguna manera, tengo la idea de que él también lo siente. Su cara parece agitada por algún tipo de dolor. —Yo... lo siento. Si lo que dicen de mi familia... de mi padre.... Si es verdad... —Digo en un susurro.

—Lo es —me dice Adam con obstinada resolución.

—Si lo es... lo... lo siento mucho...

—Solo... no seas como ellos —me dice. Sus ojos buscan los míos...

Por un momento pienso que va a cogerme la mano cuando sus dedos se acercan tanto a los míos, pero al cabo de un minuto parece pensárselo mejor. Se aparta y mira en otra dirección.

Entiendo la señal silenciosa que me invita a marcharme y salir del coche. Al otro lado del aparcamiento, oigo un grito.

—¡Ivy! —grita Alex, saliendo del coche.

Corro hacia ella, aliviada al ver que está bien, y abrazo a mi amiga con fuerza.

—Dios mío, qué exagerado. No me aprietes tanto o me dejarás sin aliento. —Se ríe.

La miro. Alex parece estar en perfecto estado, lo cual es un alivio. Mira en dirección al coche de Adam, y yo la imito, mientras oigo cómo acelera y se aleja.

—¿Y bien? —dice mi amiga en cuanto subimos al coche—. Quiero saberlo todo sobre ese tipo con el que estabas.

Sonríe de forma sugerente, lo que me lleva a pensar que realmente no tiene ni idea de lo que ha pasado.

—¿Cuánto recuerdas de anoche? —le pregunto. Me mira con una ceja oscura y perfecta levantada.

—Solo que me dejaste en un Uber para irte a follar con un desconocido —dice riendo.

—¡Yo no he hecho eso! —exclamo, ofendida.

—Ya, ya. No te hagas la santurrón conmigo. No me quejo. Si me hubiera enganchado, probablemente habría hecho lo mismo.

Alex acelera el motor del coche y sube el volumen de la música mientras conduce hacia mi casa.
—Entonces, ¿qué tan caliente era ese tipo?

Suspiro, sabiendo que no puedo decirle la verdad. —Mucho —respondo y suelto un largo suspiro.

—¿Y volverás a verle?

—Lo dudo —digo con sinceridad y dolor.

—Bien. En parte quizá sea mejor así. Los rollos de una noche no deberían ser más que eso. Si no, las cosas se complican.

Profundizar en el tema sería inútil en este momento, así que no digo nada. Entonces miro el vendaje sobre su cuello y pregunto con una mueca. —¿Cómo te encuentras?

Entiende lo que quiero decir y se encoge de hombros. —Como si un maldito vampiro me hubiera chupado la sangre —dice bromeando. Contengo una mueca, porque mi amiga no sabe lo cerca que está de la verdad, pero sigue hablando sin darse cuenta—. En realidad estoy bien. Me duele un poco la cabeza, pero eso es todo. Ha sido una noche loca, ¿no crees?

—Demasiado loco —afirmo frunciendo el ceño mientras ella dobla una esquina.

El coche se detiene frente a la imponente mansión de estilo colonial que ha pertenecido a mi familia durante generaciones. Aleksandra ha venido a pasar las vacaciones de invierno con nosotros, así que baja del coche y entra en la casa con confianza.

La sigo despacio, sintiéndome como un extraño en mi propia casa hasta que subo los escalones hasta la puerta que da al vestíbulo. Es entonces cuando veo a mi padre.

El dr. Joseph Taylor tiene el mismo aspecto de siempre. Tiene la barba pulcramente recortada y el pelo canoso peinado a la perfección. Lleva gafas y un impecable traje gris oscuro y me mira con ojos circunspectos y azules.

—Ivy, me gustaría hablar contigo un momento —dice mi padre.

Alex se despide de mí con la mano y se dirige hacia mi habitación, sin importarle lo más mínimo lo que mi padre tenga o no que decir. Probablemente se imagina que es solo una reprimenda por haber pasado la noche fuera, ya que la noche anterior nos escapamos para ir de marcha, ya que él no aprueba ese tipo de salidas.

Le sigo hasta su despacho y cierro la puerta tras de mí. El estudio es espacioso, con dos paredes cubiertas del suelo al techo de libros y obras de arte. En el centro de la habitación hay un enorme escritorio de madera, y detrás de mi padre hay ventanas que normalmente se mantienen cerradas.

—Tengo entendido que anoche sufriste un... incidente —dice con indiferencia.

—¿Así es como lo llamas? —pregunto levantando una ceja.

Se sienta y me mira con expresión aburrida. —Me gustaría conocer tus impresiones sobre lo que has vivido.

Le miro, sin saber por dónde empezar. Mis labios se abren y se cierran hasta que por fin consigo decir: —Dicen que eres un monstruo.

—Siempre hay quien nos considera los malos de la historia —es todo lo que dice.

—Dicen que experimentas con ellos. —Papá asiente pero no dice nada. Su silencio me anima a seguir hablando—. Dicen que somos una conocida familia de cazadores de criaturas nocturnas, que las secuestráis y experimentáis con ellas. Que las habéis cazado durante generaciones...

—El término correcto es 'Hijos del Crepúsculo', creo recordar. Al menos, así es como se llaman a sí mismos —dice papá, su desinterés es evidente.

Le miro, abrumada por la realidad. —Eres todo lo que dicen que eres, ¿verdad? —Grito al borde de las lágrimas.

Mi padre me mira con calma a pesar de mi arrebato. —Lo soy... en parte.

—¿Por qué? —Exijo, sintiendo mi voz ahogada por la presión en mi garganta.

—¿Por qué hago lo que hago? Es difícil de explicar. A grandes rasgos, te diré que no te han contado toda la verdad. —Papá se levanta de la silla y, con paso lento, se dirige a la estantería. Coge un libro, lo abre y me lo entrega—. Los Hijos del Crepúsculo han vivido entre los humanos desde el principio de los tiempos, pero no son criaturas pacíficas. Sus instintos les llevan en gran medida a cazarnos como si fuéramos mero ganado. Durante décadas, fueron nuestros amos y señores. Nos esclavizaron, torturaron y mutilaron hasta que finalmente una parte de la humanidad decidió entrenarse para darles batalla. De ahí surgimos los cazadores.

—Y ahora los tratas como dices que nos trataron a nosotros —escupo con desprecio.

Mi padre me mira con interés y luego afirma: —Seguro que te impresionó la belleza de esos chicos. ¿Eran... lobos, vampiros? —Mis mejillas enrojecen.

—Anoche vi un vampiro —admito, sin querer revelar nada sobre la familia de Adam. Papá asiente.

—La principal característica de esas criaturas es su belleza. Son seres increíblemente bellos. La evolución las ha hecho así para que sus presas se acerquen a ellas sin miedo, para que puedan cazarlas. —Me mira, esperando convencerme, y luego pregunta—: ¿O creías que era solo un caso de buenos genes? Porque me temo que no. Más bien, son los depredadores perfectos.

—Hablas de ellos como si no tuvieran alma —digo indignada.

—Eso es porque no la tienen. Puede que lo parezca, pero en el fondo siguen siendo las mismas criaturas de antaño. Si les diéramos la oportunidad, acabarían con la humanidad hasta extinguirla.

—¿Y esa es tu justificación para secuestrarlos y experimentar con ellos? —Digo con disgusto. Mi padre me mira, imperturbable.

—Así que eso es lo que te han contado. Bueno, sí, los secuestro —admite. Su afirmación me hace sentir bilis en el fondo de la garganta—. En realidad, experimento con cualquier espécimen que cae en mis manos. Aunque sus instintos son tan básicos como los de cualquier animal, sus cuerpos guardan secretos asombrosos. Magia, inmortalidad... la cura a infinitas enfermedades reside en su sangre. Gracias a mis estudios sobre la especie, he puesto fin a innumerables enfermedades que aquejan a los humanos.

—¿Cómo puedes justificarte así? —Pregunto, horrorizada—. Asesinar a alguien para salvar a otros...

—Es lo que siempre hemos hecho los seres vivos y lo que siempre haremos. Toda criatura en la naturaleza sobrevive solo beneficiándose de la presa más débil.

Sacudo la cabeza, sintiendo repulsión por mi padre. —Me he pasado todo este tiempo negando que seas el monstruo que dicen que eres...

—Y ahora descubres que soy exactamente lo que dicen. —Papá suspira—. Es un descubrimiento sobrecogedor, pero si te paras a pensar con coherencia, lo que te han contado de mí está mancillado por su percepción de las cosas. Confío en que seas lo bastante razonable como para formarte un juicio acertado sobre esta situación.

Vuelve a sentarse en su escritorio y yo le miro, llena de dolor.

—¿Por qué nunca me lo dijiste?

—No hacía falta. Pero ahora lo sabes, y confío en que sabrás asumir tu papel como la próxima generación de cazadores.

Sacudo la cabeza, sintiendo que las lágrimas resbalan de mis ojos.

Decido que ya he tenido bastante de esta conversación. Salgo del despacho y atravieso la casa hasta mi habitación.

—¿Cómo ha ido todo? —pregunta Alex, que está tumbada en la cama, mirando el móvil.

—Papá es un monstruo —afirmo con lágrimas en los ojos.

Me mira y levanta una ceja. —Es un poco frío, pero eso no lo convierte en un monstruo.

—Tú no entiendes... —empiezo a decir.

—Pero yo sí. —Suspira y se sienta en la cama—. Sabía que esto pasaría. Debería haberte dicho la verdad hace años.

—Espera —digo incrédula y la miro asombrada. —¿Lo sabías...?

Alex sonríe. —Te sorprendería saber cuántos de nosotros venimos de familias que se dedican a lo mismo.

Me guiña un ojo y se levanta. Se detiene a mi lado y me pone una mano en el hombro. —Por tu bien... ignora lo que te hayan dicho esas criaturas... Y date un tiempo para pensar. Cuando tengas la cabeza más despejada, hablaremos.

Me sonrío dulcemente, como si lo que insinúa no fuera gran cosa, y sale de la habitación.

Oigo la puerta cerrarse detrás de mí y siento que el silencio envuelve la habitación.

Dentro de mí, el dolor de lo que he descubierto empuja intentando salir, hasta que finalmente se manifiesta contra mis ojos como una marea que amenaza con no detenerse.

Mi padre es un monstruo y siempre lo ha sido. Mi mejor amiga no es mejor que él. Todo este tiempo, yo era la única que no lo sabía... Y ahora me piden que lo acepte y me una a él.

El recuerdo de los ojos de Adam destella en mi mente. Su mirada triste mientras me pedía que no fuera como ellos.

Me seco las lágrimas y empiezo a caminar por la habitación, recogiendo cosas, decidida a no dejar que su percepción del mundo empañe la mía.

Durante años pensé en huir, aunque sabía que me costaría todo, mi relación con mi padre, mi patrimonio, mis amigos... todo lo que conocía y a lo que estaba acostumbrada. Así que la decisión estaba tomada desde hacía años.

Planeo escaparme, solo que los planes han cambiado un poco. No planeo ir a París. Al menos, no por ahora.

El arte tendrá que esperar.

CAPÍTULO 6: QUÉDATE CONMIGO



ADAM

—**T**e pasa algo —dice Everett, sentado en el sofá de mi habitación mientras me mira con especulación.

Siempre he detestado la forma en que mi hermano me analiza en silencio. Everett posee la odiosa habilidad de sacar la deducción correcta sobre las personas con solo mirarlas.

—No sé de qué me hablas —le digo después de salir de la ducha. Voy al armario y empiezo a vestirme mientras él me sigue en silencio, con los ojos azul grisáceo fijos en mí.

—Sí, lo sabes. Todo este asunto con Ivy te hizo actuar raro —afirma.

Le ignoro o al menos lo intento. Me pongo los pantalones y camino por la habitación buscando mis zapatos mientras me pongo un jersey ligero. —Solo hice lo que tenía que hacer como alfa.

—Eso es mentira. Incluso Sadie se ha dado cuenta de que pareces diferente —dice Everett.

—Ella tiende a tener percepciones erróneas por tu culpa. Se cree todo lo que sale de tu boca.

La boca de Everett dibuja una mueca y me mira con los ojos entrecerrados, sin creerse lo que estoy diciendo. Y sé que seguirá indagando hasta descubrir qué me pasa.

Pero no puedo decírselo. Simplemente no puedo admitir delante de nadie que mi compañera, la compañera del nuevo alfa de la manada, ha resultado ser una chica humana que, para colmo, es hija del cazador más cruel de todo el país.

La idea suena casi risible, por no decir aterradora. Un secreto tan peligroso no puede revelarse a menos que sea una cuestión de vida o muerte. Para nosotros, los cambiantes, la pareja destinada es el nexo que nos define. Una pareja no es solo la persona destinada a ser tu interés amoroso, sino que, por definición, también es tu complemento. Esa chica humana, aunque ella no lo sepa, es mi otra mitad. Su mundo y el mío están irrevocablemente unidos, y si ella sale herida, yo saldré herido; si ella muere, yo moriré.

Mientras no la marque, estaremos a salvo. Más o menos, aunque podré sentirla en la distancia y la anhelaré en todo momento, no supondrá una amenaza real para ninguno de los dos. Es poco probable que su padre descubra que existe un vínculo entre nosotros porque esto es cosa de lobos. Incluso a nosotros nos cuesta identificar cuándo se forma el vínculo, y no es hasta que los que lo tienen lo revelan que nos damos cuenta, así que mientras Ivy y los demás no sepan nada....

Debo pensar primero en la manada; esa es la verdad. Por muy asfixiante que sea tenerla lejos, su

presencia nos pondría en peligro a todos. Pero mientras siga siendo una humana más y se mantenga alejada de la manada y de los peligros de los cazadores, estaremos a salvo. Y aunque tenga que vivir una vida de amargura y resentimiento por tener que renunciar a la única persona que podría hacerme feliz, merece la pena. Es un precio que estoy dispuesto a pagar por el bienestar de los míos.

Pero para que esto funcione, Everett no puede conocer el nexo que me une a Ivy. Por mucho que quiera a mi hermano pequeño, es demasiado entrometido y curioso para que las cosas vayan bien si le cuento lo ocurrido. Si Everett lo sabe, querrá ir tras ella, y entonces todo será un caos.

Confiando en que mi instinto no se equivoca, ignoro a mi hermano. Termino de vestirme y salgo de la habitación mientras él me sigue de cerca.

Mientras bajo las escaleras, oigo la voz de mi madre, que está reunida con una de las curanderas de la manada. Ambas mujeres nos miran y nos permiten unírnos a la conversación.

Para la manada, este ha sido un año de muchos cambios. El alfa anterior, mi padre, murió a manos de un asesino anónimo, lo que automáticamente me convirtió en el alfa. Al menos, así debió ser, pero Everett, que solo es dos años más joven, siempre ha considerado que tiene tanto derecho como yo a ser el alfa. Aunque el derecho a liderar debería corresponder al orden de nacimiento, no puedo negar que mi hermano lo tiene todo, o casi todo, para ser tan buen alfa como yo.

Hace meses que deberían haberse celebrado elecciones en el consejo de la manada, pero poco después, la droga conocida como Elixir comenzó a arrasar la ciudad, paralizando parcialmente nuestro mundo. Entre las persecuciones de los cazadores y el asedio de la droga nos vimos obligados a desviarnos de las normas por nuestro bienestar, así que durante el último año, ambos hemos compartido en cierto modo el puesto que corresponde al líder de la manada.

Es algo que debe cambiar pronto, pero entiendo que la ayuda de Everett me ha sido necesaria para mantener protegidos a todos en la manada. Si quizás durante este año hubiera contado con la ayuda de mi beta, Evander Cyrus, las cosas habrían sido diferentes, pero Evander se marchó hace más de un año a vivir a algún pueblo alejado de la ciudad con su compañera de destino, por lo que hemos perdido el contacto.

Por ahora, Everett y yo tenemos que aceptar la ayuda del otro para que todo vaya más o menos bien. En algún momento, las cosas serán diferentes, pero ahora mismo no tienen otra forma de ser.

—¿Cómo están los rescatados? —Le pregunto a la sanadora, mientras Everett saluda a nuestra madre con un beso en la coronilla.

—Por ahora están estables, aunque profundamente traumatizados. Sus familias los están apoyando en este proceso, pero debo decir que, aunque todos nos alegramos de tenerlos de vuelta, su juventud y el trauma que sufrieron no son elementos que ayuden a su pronóstico favorable de recuperación.

Los labios de Everett se fruncen en una mueca. Asiento con la cabeza, intentando mantener la calma.

—Utilizaremos todos los recursos de que disponemos como manada para ayudarles en su

recuperación —le digo. Sarah, la curandera, asiente.

—De hecho, Sarah me estaba comentando que sería buena idea pedir ayuda a las hadas en este sentido —dice mi madre con cierta inquietud.

Everett y yo fruncimos el ceño al mismo tiempo. —¿Por qué íbamos a pedirles ayuda? —El tono de Everett está cargado de amargura.

Entiendo su reticencia. Las hadas son seres odiosos. Tramposas, engreídas y petulantes. Ya es bastante malo tenerlas cerca como para tener que pedirles un favor del que, estoy seguro, no saldremos bien parados.

—Creemos que su magia puede ayudar a curar ciertas heridas causadas por el trauma. El Dr. Taylor fue... digamos que brutal es un eufemismo en este sentido. Algunos de los implicados son niños muy pequeños que podrían no tener una vida plena si no se recuperan de este trauma.

Las palabras de la sanadora hacen que apriete las manos con fuerza. El odio que aflora en mi ser hacia el doctor Taylor es tal que me hace pensar que tomé la decisión correcta al alejar a Ivy Taylor de mí.

—Es una decisión delicada de tomar, pero supongo que podemos discutirla con la junta. Si se decide que es lo mejor para las víctimas, lo haremos sin dudarlo.

—El consejo lo ha discutido esta mañana —dice entonces mi madre—. Y han dejado el peso de la decisión sobre los hombros del alfa.

Noto que la mirada de la sanadora también se posa en mí. Everett, por su parte, tiene una expresión adusta en el rostro. El significado subliminal de la frase es evidente. Aunque no he sido declarado de tal manera, todos me consideran el alfa de la manada.

Asiento lentamente y trato de mantener la serenidad en mis respuestas mientras digo: —Arreglaremos todo para solicitar una audiencia con la corte de las hadas.

Ambas mujeres asienten. —Eso es algo que agradezco oír —dice la curandera con un gesto amable.

Entonces alguien llama a la puerta, interrumpiendo nuestra conversación. Sadie corre a abrir las puertas y oigo pasos de varios miembros de la manada que entran con ella en la habitación.

Las personas que vienen junto a mi hermana son soldados que, de hecho, están de guardia. Su presencia en nuestra casa solo puede indicar que ha ocurrido algo.

Efectivamente, las palabras de uno de los omegas no tardan en confirmar mis pensamientos. —Señor, necesitamos su presencia. Hemos atrapado a una intrusa en la entrada.

—¿Una intrusa? —dice Everett con el ceño fruncido mientras se levanta.

—Es una mujer joven, mi señor. Ha solicitado una audiencia con usted.

Mi pulso se acelera de inmediato cuando el presentimiento sobre lo que está ocurriendo me asegura con certeza quién puede ser esta intrusa.

—Un humano... —Empiezo y el Omega asiente.

—Dice llamarse Ivy Taylor, señor... —Chasquea la lengua molesto y Everett se levanta.

—¿Ha vuelto Ivy? —dice Sadie emocionada.

—No por mucho tiempo —aseguro con un gruñido.

—¿Qué piensas hacer, Adam? —pregunta mi madre.

—Recordarle su sitio —digo molesto.

Salimos de la casa. Everett me sigue de cerca, y sé que no podré persuadirle de que se aleje de este asunto, ya que parece haberse encaprichado de la chica, lo cual no es más que una molestia adicional.

Los guardias nos conducen a una casa sencilla y apartada que sirve de cuartel a los guardias. No tengo más que llegar para percibir el olor de la chica, que flota en el frío aire invernal.

Cuando abro la puerta, la veo sentada frente a mí. Lleva ropa de viaje sencilla y práctica, toda oscura, con el pelo cobrizo recogido en una coleta. Tiene las manos desnudas y cerradas en un puño sobre las piernas, en una pose rígida con la que imagino que intenta contener su nerviosismo.

—¿Qué coño haces aquí? —Pregunto, mi enfado es evidente.

La visión de su rostro cuando me mira con determinación provoca una oleada de sensaciones en mi interior. Por un lado, siento furia ante su impertinencia, pero por otro, el regocijo de mi lobo interior es demasiado poderoso para ignorarlo sin más.

—He venido a reunirme contigo —dice simplemente.

—De ninguna manera —respondo inmediatamente, sintiendo el sabor amargo de mis palabras.

Ivy frunce el ceño, pero no se echa atrás. Tiene la determinación y la terquedad pintadas en la cara.

Everett, que se controla mucho mejor que yo, le pregunta: —¿Qué te hizo pensar que sería bueno hacerlo?

—Todo lo que dijiste de mi padre es cierto —confiesa, su rostro muestra su dolor—. Eso es nuevo —digo con sarcasmo, pero Ivy me ignora.

—No puedo vivir con él. Es un monstruo —me asegura.

—De todos modos, estarías más segura en cualquier otro sitio que con nosotros —aventura Everett.

—Por no hablar de que nos pones en peligro solo por venir —digo molesto.

Todos mis esfuerzos por alejarla por el bien de la manada fracasarán colosalmente si permito que se quede... renunciar a ella es la única opción posible para mantenernos a salvo.

Pero Ivy parece incapaz de ver ese punto. O al menos, de ceder al suyo.

—Puedo serte de ayuda —dice tras ponerse en pie—. Sé que probablemente me odies por todo lo

que mi padre te ha hecho, y tienes toda la razón al hacerlo, pero yo soy diferente. Puedo ayudarte.

—No te odiamos, Ivy —se apresura a decir Everett.

—Pero tampoco eres bienvenida —digo con firmeza.

Me mira con una muesca de dolor evidente en el rostro. Mientras la miro, no puedo evitar fijarme en lo hermosa que es... Por dentro siento que mi lobo se retuerce entre mis esfuerzos por apartarla.

—Conozco a mi padre. Sus movimientos, sus itinerarios... Lo sé todo sobre él.

—¿Y qué? —pregunto.

—Puedo darte toda esa información, para que puedas detenerlo. No puede seguir haciendo lo que hace. Necesita que alguien lo detenga.

Everett parece interesado en sus declaraciones. —Conocer los movimientos del Dr. Taylor podría ser útil...

—De ninguna manera. Es un hombre demasiado inteligente. ¿Y crees que no espera que su hija haya venido a ofrecernos ayuda? —Sacudo la cabeza—. No. Lo siento, Ivy, pero no puedes quedarte. Tenerte con nosotros es garantizar que tu padre vendrá a por ti.

—Dejarla ir tampoco es una alternativa —dice entonces Everett—. Olvidas que ella conoce nuestra ubicación. Sabe lo que somos.

—No se lo diré a nadie —dice Ivy muy seria.

—No tendrías que hacerlo. El Dr. Taylor tiene formas de sonsacarte la información. Estoy seguro de que podría obligarte a decir la verdad si quisiera —afirma Everett.

Ivy hace una mueca. Miro a mi hermano, sabiendo muy bien lo que quiere decir y odiándolo por ello.

—¿Qué pretendes? —pregunto con desprecio. Se encoge de hombros.

—Todo lo que digo es que Ivy debería quedarse con nosotros. Por un tiempo, al menos. Hasta que determinemos qué podemos hacer con ella sin que sea un peligro.

Excepto que tenerla cerca es en sí mismo un peligro. Al menos para mí. Cada momento que pasa a mi lado, me resulta más complicado dejarla marchar.

Miro a los ojos de la chica. Son de un azul increíble y, aunque está claramente asustada, demuestra una valentía envidiable.

Sé que no podré resistirme a tenerla cerca. Si se queda, tarde o temprano cederé a la llamada de mi lobo.

—No puede quedarse —es todo lo que consigo decir.

—No te gusto, lo sé —dice Ivy mientras me mira—. Pero por favor, Adam... Quiero ayudarte. Lo que está haciendo mi padre... Los cazadores, no está bien. Tenemos que hacer algo para

detenerlos.

—¿Y qué crees que puedes hacer para detener a toda la organización? —Digo con sarcasmo, intentando quitarle la idea de la cabeza, para que deje de insistir en complicarme las cosas.

Después de pensar un momento su respuesta, la mirada de Ivy se ilumina. —Dijo que utilizaba a los Hijos del Crepúsculo para sus experimentos...

—Una afirmación esclarecedora —confieso con sarcasmo, pero Ivy me ignora.

—Si es así, debe tenerlos presos en alguna parte. Papá pasa la mayor parte del tiempo en el sótano de nuestra casa. Hizo construir una especie de laboratorio fortificado antes de que yo naciera en ese lugar al que ni siquiera yo tengo acceso.

—¿Y...? —pregunto enarcando una ceja.

—Si tiene prisioneros, debe tenerlos allí. Y si es así, puedo hacerlos entrar. —Everett, a mi lado, parece decidido. La oferta de Ivy es tentadora, e incluso yo lo sé.

Pero eso no me facilita las cosas.

—Lo que me propones es colarme en tu casa... en territorio enemigo —le digo. Ella asiente—. ¿Cómo sé que no nos estás tendiendo una trampa?

Los labios de Ivy se dibujan en una mueca. —Créeme... Si entramos en ese lugar, no solo peligras tu vida. Mi padre me matará por esto —confiesa Ivy, y por su tono deduzco que no lo dice en sentido figurado.

—Parece una oferta demasiado tentadora para ignorarla... —se aventura Everett.

En mi interior, le odio por decir lo obvio. De hecho, los odio a los dos por ponerme entre la espada y la pared.

—Todos nos arriesgamos, pero yo me atrevo si tú lo haces —dice Ivy, dando un paso hacia mí y tendiéndome la mano—. Entonces, ¿qué dices?

La miro, fijamente a su palma abierta, y me pierdo en el frío azul de su mirada...

En mi interior siento que mi lobo saborea la victoria.

Maldita sea.

—Al parecer, la única opción que tengo es aceptar que te quedes —digo, acallando el "conmigo" que amenaza con colarse entre mis palabras al final de la frase.

CAPÍTULO 7: HISTORIA FAMILIAR



—Es bueno saber que te quedas. —La sonrisa de Sadie es sincera. Me acompaña a la habitación de invitados que me prestaron la noche anterior y me ayuda a dejar mis escasas pertenencias en la cama.

Miro a mi alrededor, pensando en mi propia habitación. Los cuadros y fotografías que llenaron las paredes durante años ahora tendrán que ser sustituidos por la parca presencia de este azul, blanco y gris que lo decora todo en silencio.

—Yo también me alegro de quedarme —le digo dedicándole mi mejor sonrisa.

Se sienta en la cama y me observa mientras ordeno mis pertenencias. —Siento que hayas tenido que enterarte así de lo de tu padre. —Sadie frunce el ceño.

—¿Había una forma mejor de enterarse de algo así? —Bromeo.

—Probablemente no —admite—. Pero aun así, es una verdad demasiado dura para que no te afecte.

—Lo es. —Suspiro—. Pero nunca he estado especialmente unida a mi padre. Y lo que él hace es...

—¿Monstruoso? —termina Sadie por mí.

—Creo que eso es quedarse corto —afirmo.

—No tenemos que hablar de eso ahora —dice Everett desde la puerta.

Se acerca a nosotros y Sadie se levanta de la cama. Los hermanos intercambian una mirada que me hace darme cuenta de que probablemente se entienden bastante bien sin necesidad de hablar. —Iré a ayudar a mamá con la cena —dice Sadie y sale de la habitación.

Miro a Everett, que lleva una sudadera gris a juego con sus ojos y una chaqueta vaquera encima. Mientras lo observo detenidamente, pienso que, en cierto sentido, mi padre tiene razón sobre ellos. Son criaturas increíblemente hermosas y seductoras.

—¿Cómo te encuentras? —me pregunta con sinceridad. Mis labios forman una sonrisa amarga, pero me contengo de comentar exactamente cómo me siento.

—He estado mejor, pero lo asimilo con cada nuevo segundo que pasa. —Mi mirada recorre la

habitación—. Supongo que esto no es muy diferente de mi habitación en el internado.

—¿Te gustó ir allí? —pregunta Everett, como para sacarme de la conversación.

—La verdad es que no. A decir verdad, estaba pensando en dejarlo —respondo. Una de sus cejas se alza, pero continúo—. Papá siempre tenía una especie de plan conmigo. Trazaba mi vida como un itinerario en el que cada minuto de cada día estaba perfectamente planeado, pero...

—Pero eso no era lo que querías para ti —termina, y yo asiento—. ¿Qué querías ser?

—Un artista. —Inmediatamente, Everett suelta una carcajada, y yo le abofeteo con una camisa—. ¡No te rías!

—Es que es un sueño tan revoltoso... —me dice, burlándose de mí.

Hago una mueca con los labios, pero sonrío ante su broma. —Ya te dije antes que me iba a mudar a París. Quiero dibujar el Sena.

—Lo que probablemente sea la declaración de rebeldía más tópica de la historia —dice, aún bromeando.

Pongo los ojos en blanco y le miro con interés. —Bueno, ¿cuál es tu sueño rebelde, chico malo? —le pregunto.

Parece pensárselo un momento. —Dar la vuelta al mundo en moto —afirma—. Primero cruzaré Europa y luego iré a otros continentes.

—Todo un rebelde —digo, imitando su tono condescendiente.

Me dedica una sonrisa perfecta de dientes blancos. —Di lo que quieras, pero mi sueño suena mejor que el tuyo. Dormir bajo las estrellas, escalar montañas, conocer diferentes ciudades, culturas, idiomas...

—Toda una aventura —digo.

—Quizá algún día combine algunos de mis sueños con los tuyos. Si tienes suerte, claro —bromea.

—Qué suerte la mía —le digo guiñándole un ojo.

Everett suelta una risita y yo le devuelvo la risita. Hablar con él es mucho más fácil que con Adam, que siempre parece estar de mal humor cuando estoy cerca.

El suspiro que sale de mis labios y la forma repentina en que cambia mi cara ante esa idea deberían alertar a Everett de que mis pensamientos rondan a su hermano.

—¿Por qué Adam me odia tanto? —Le pregunto.

Me siento a su lado en la cama y Everett permanece muy serio. —No es por ti —dice por fin, aunque despacio.

—¿Me vas a soltar el típico discurso de 'no eres tú, soy yo'? —pregunte.

Sonríe. —Puede ser. Pero solo porque en el caso de Adam, es verdad.

—Me vas a hacer llorar —digo con sarcasmo y un ceño falso en los labios.

Everett sonríe y afirma con empatía: —Mi hermano puede ser una piedra en el zapato a veces, pero no es mala persona. Cambió mucho tras la muerte de nuestro padre. Pero, en cierto modo, se vio obligado a hacerlo.

—Siento oír eso —digo con verdadera empatía, y Everett asiente—. ¿Puedo preguntar cuándo ocurrió?

—Hace un año, poco más o menos —dice Everett uniformemente—. Fue asesinado.

—¡Es terrible! —susurro grito consternado.

—Tras la muerte de nuestro padre, Adam asumió el papel de Alfa de la manada. Los lobos tenemos vidas muy largas. Envejecemos de forma diferente a los humanos. Eso significa que para asumir un cargo tan importante, nos entrenamos durante mucho tiempo. En cierto modo y para muchos, Adam y yo seguimos siendo niños en un puesto de adultos.

—¿Y no puede responsabilizarse otra persona? —Pregunto, curiosa.

Everett me mira como si le hubiera abofeteado. Sacude la cabeza y responde: —Ser el alfa no es solo una responsabilidad. Es un honor. Para nosotros, no hay otra persona a la que ceder el puesto. Esta es nuestra familia, y cuidar de ellos es nuestro deber. —Parece tenso mientras me habla.

—Es un bonito pensamiento —digo con una pequeña sonrisa—. Aunque eso te impediría cumplir ese sueño de salir a recorrer el mundo en moto.

—Tal vez —dice lentamente—. Pero merece la pena. Proteger a los nuestros es lo más importante. —Suspira y se pasa una mano por el pelo rubio plateado—. En fin... Adam cambió mucho tras la muerte de nuestro padre. Estaba sometido a una enorme presión. De por sí, el cargo sería abrumador para cualquiera, pero tener que soportar la carga de remediar el daño que la droga está causando a nuestro mundo... en fin. Sería una situación complicada, aunque tuviera los años de preparación necesarios para liderar la manada.

—Lo entiendo —digo con cierta tristeza, aunque, en realidad, lo único que entiendo es que, aunque la explicación de Everett parece perfectamente razonable, algo me dice que Adam me odia por el simple hecho de ser yo.

—De todos modos, te pido que le tengas un poco de paciencia. Sé que a veces es odioso...

—Más bien todo el tiempo —admito con una mueca, y Everett se ríe.

—Puede ser, pero es una buena persona y con el tiempo entenderá que eres nuestra aliada.

Asiento de forma apaciguadora. —Vale —digo sonriendo, pero me resigno a la situación.

Everett se levanta de la cama. —¿Nos vemos en la cena? —pregunta.

—Claro —digo sonriendo.

Le devuelvo la sonrisa y sale de la habitación, cerrando la puerta tras de sí.

Suspiro y me dejo caer en la cama. Las cosas serían mucho más fáciles si conversar con Adam

fuera tan sencillo como lo es con Everett... O si el más joven de los dos despertara en mí los mismos sentimientos que el mayor.

Odiándome a mí misma por compararlos, abro los ojos y me muevo por la cama, ordenando algunos libros y las pocas prendas de ropa y zapatos que he traído. La verdad es que no puedo negar que hay algo entre Adam y yo. O mejor dicho, siento algo por él... algo que me hace buscarlo, anhelarlo, como nunca antes he deseado a nadie.

Pero estar con Adam es una irrealdad. No está interesado en mí y, por alguna razón, ha decidido odiarme. Everett, en cambio, es dulce y amable, pero aunque atractivo, no puedo evitar verlo como un amigo.

—Te has convertido en toda una protagonista de telenovela —me digo, recordando cuánto odiaba siempre a esas chicas de los cuentos que suspiraban por el chico que las rechazaba.

Decido que ahora mismo es demasiado complicado pensar en el amor, así que termino de organizar mis pertenencias dentro del enorme armario y me doy una ducha antes de bajar a cenar. Para cuando lo hago, el aroma a orégano y salsa de tomate inunda el ambiente.

La mesa está puesta cuando bajo. Sadie me saluda con una sonrisa mientras termina de colocar los platos.

—¿Puedo ayudarle? —Pregunto.

—Sí, por favor. —Me pasa los cubiertos.

Ponemos la mesa en silencio. Es evidente que la chica está a gusto por su tarareo.

—¿No cenará Adam con nosotros? —Le pregunto, dándome cuenta de que la mesa está puesta solo para cuatro personas y no para cinco.

—¿Estás de broma? —dice la voz del alfa al entrar en el comedor con una bandeja cargada de comida—. Me muero de hambre.

Mis mejillas se sonrojan al pillarme hablando de él, y Sadie sonrío. —Mamá es la que no cenará con nosotros. Está ocupada ayudando en la enfermería.

—¿Hablas de los niños rescatados? —Pregunto y Sadie asiente.

Everett llega con una bandeja repleta de pan de ajo y mantequilla. Todos toman asiento y yo les imito mientras me sirven una ración de berenjenas a la parmesana.

La comida está buena. Empiezo a comer en silencio mientras Sadie sigue diciéndome: —Mamá suele cuidar de los enfermos. Es uno de sus trabajos como líder de la manada.

—¿Pensé que el líder era el alfa? —Pregunto.

—Hacen falta dos para liderar —afirma Adam—. Los lobos somos criaturas de pareja. Necesitamos a nuestra otra mitad. Sin ella, estamos incompletos.

Su mirada se detiene en mi rostro durante un largo instante. Siento la tensión que flota entre nosotros. Inmediatamente, vuelven todos mis sentimientos por él, mis pensamientos y mi tensión.

Aparto la mirada, avergonzada, y él también lo hace. Tomo un sorbo de té helado y digo: —Es un bonito concepto para crecer.

—¿Tus padres estaban unidos? —Sadie pregunta, fingiendo que mi padre no es un monstruo.

Mastico despacio antes de contestar: —En realidad no crecí en una familia especialmente unida. Mamá murió cuando nací, y papá siempre ha sido bastante... distante.

Omito la palabra que me viene a la mente. Adam me mira interrogante. Imagino que él hace lo mismo.

Sadie y Everett, en cambio, parecen interesados. Como ninguno de los dos dice nada al respecto, continúo: —Papá nunca fue el tipo de padre que... Bueno, estaba presente y todo eso. Cuando era pequeña, me cuidaba una niñera, ya que mi padre estaba siempre de viaje. Y cuando crecí un poco, me envió a un internado. Desde entonces, siempre he vivido fuera de casa. He pasado la mayor parte del tiempo en el colegio desde que tengo uso de razón.

—Qué triste —dice Sadie con voz nostálgica.

—No lo sé. Tal vez el médico te hizo un favor —Adam entona lentamente—. Quiero decir... te alejé de su lado. Es una mierda, pero al fin y al cabo, es un asesino.

—Sigue siendo su padre —reprende Everett con severidad.

—Sí, pero él es un monstruo. La habría convertido en lo mismo si hubieran pasado mucho tiempo juntos.

—Monstruo o no, todos los niños echan de menos a sus padres —dice Sadie, mirando a su hermano con reproche.

—Puede ser, aunque en este caso, echarle de menos ha sido lo mejor que te podía haber pasado —dice Adam, mirándome durante un largo instante.

Dejo los ojos fijos en él, sabiendo que probablemente tenga razón. Eso no hace que la verdad sea más soportable, el hecho de que mi padre siempre estuviera demasiado ocupado ocupándose de sus propios asuntos como para pensar en su única hija.

—La ausencia de un padre siempre es lamentable para un niño. Por muy detestable que sea, no es fácil de procesar cuando eres pequeño —admito frunciendo el ceño hacia Adam.

Algo en su rostro parece cambiar. Por un momento, casi parece empatizar. Como si sintiera el anhelo dentro de mi pecho.

Sin embargo, eso no impide que su rostro se vuelva serio mientras afirma: —De cualquier modo, el doctor Taylor es un monstruo y siempre lo será. Te hizo un favor alejándote de él.

CAPÍTULO 8: DEMASIADO TARDE



ADAM

— **T**e comportaste como un verdadero idiota con Ivy —dice Everett, molesto.

Le miro cuando termino de ponerme la camisa y la chaqueta. —Solo he dicho la verdad.

—Eso no te da derecho a tratarla como si fuera una mierdecilla —dice mi hermano frunciendo el ceño.

Está claro que sus sentimientos por Ivy van en aumento. La chica parece tener algo, una especie de atracción fatal que llama a los hombres de esta familia como si ella fuera luz y nosotros meras polillas.

La idea no hace más que disgustarme. El mero hecho de saber que no puedo acercarme a ella ya es lo bastante frustrante como para ponerme de mal humor todo el tiempo, pero ¿la idea de que le pueda gustar a mi hermano?

La mera perspectiva me revuelve el estómago.

—Escucha. —Everett me detiene antes de que pueda subir al coche. Se para frente a mí y me frunce el ceño.

Va vestido de negro, como siempre. Cada vez que salimos de misión, solo lleva ropa oscura. — Sé *bien* quién es su padre, pero ella es diferente. Ya se siente bastante mal por ello incluso sin que vengas a recordarle todo el tiempo que es la hija de un monstruo.

Por un momento, pienso en decirle a Everett que mi comportamiento está justificado y que odio alejarla de mí, pero actuar como un imbécil delante de ella es la única forma de conseguir que retroceda. Y tengo que conseguir que retroceda porque la atracción de los compañeros nos empuja el uno hacia el otro con tanta fuerza que, de lo contrario, acabaríamos cayendo con los brazos abiertos en nuestra perdición.

Peor aún, quiero decirle que sé exactamente dónde golpear a Ivy porque cuando mis palabras la hieren, también me hieren a mí. Siento su dolor, así que sé cómo hurgar en él.

Yo también soy un monstruo, creo.

Pero no puedo decirle eso a mi hermano, así que en su lugar, digo lo más cercano a la verdad. — Todo lo que hice fue recordarle qué clase de persona es su padre. Debería sentirse agradecida de que la mantuviera alejada.

—Y yo —dice Ivy, entrando en el garaje con una sonrisa tensa en los labios.

Everett y yo damos un respingo en respuesta. La conversación nos tenía tan inmersos que nos olvidamos de prestar atención al hecho de que la chica se acercaba.

Ivy se cruza de brazos. Lleva una sudadera gruesa y pantalones de pijama con puntos azules dibujados. No hay nada destacable en su aspecto y, aun así, me hace desearla, ahí de pie, delante de mí.

—Ivy no... Lo siento —empieza a decir Everett.

Ella sacude la cabeza. —No pasa nada. Lo que dice Adam es cierto. Quizá no sea la forma correcta de decir las cosas, pero tiene razón. Mi padre me hizo un favor alejándome de él.

Su sonrisa es tensa, y una parte de mí siente que la odio por ser tan noble, tan buena. Pero me odio más a mí mismo por no ser capaz de alejarme de ella a menos que sea de esta manera, poniendo una barrera entre los dos.

Tengo que recordar que lo hago por mi familia, por los nuestros y por los suyos. Ceder al deseo sería fatal en este momento.

Nos mira a nosotros y luego al coche mientras frunce el ceño. —¿Vais a salir? Es un poco tarde —pregunta con inocencia.

—Adam y yo vamos a patrullar la ciudad —explica Everett.

Ivy palidece. Su expresión es tensa. —¿Vas a buscar más de esas... cosas?

Asiento con la cabeza. —Los engendros están causando demasiados estragos en la ciudad —respondo.

—Alguien tiene que ocuparse de ellos. —Everett se encoge de hombros.

—¿No es demasiado peligroso? —pregunta llena de nerviosismo.

—Estaremos bien —aseguro, sin mirarla.

Subo al coche porque no soporto ni un segundo más su presencia, su olor y la preocupación reflejada en sus ojos.

Everett, en cambio, pone una mano con confianza en el hombro de Ivy. —Los necrófagos cazan de noche. Por eso debemos cazarlos cuando salen a jugar —explica sin inmutarse. Desde la distancia, observo cómo ella le guiña un ojo y le sonríe coquetamente—. Volveremos pronto. —Él le devuelve el guiño.

Por dentro, siento que me hierva la sangre. Toco la corneta y miro a mi hermano, con ganas de fulminarle con la mirada. —Se nos hace tarde —murmuro con amargura.

Everett dirige a Ivy una última mirada dulce y sube al coche, y mientras lo hace su gesto cambia. —¡Hablo en serio! ¿Qué tiene que te pone de tan mal humor? —Me sacude la cabeza, molesto.

Decido ignorar su pregunta. Subo el volumen de la música y salgo disparado, esperando que la distancia enfríe mi cabeza lo suficiente como para poder ponerla en otra cosa que no sea ella.

Pero eso no ocurre.

Empezamos a deambular por la ciudad, siguiendo las calles más oscuras y concurridas. Los necrófagos, independientemente de su raza, suelen volverse sensibles a la luz, pero sobre todo desarrollan una sed de sangre que les hace casi imposible prescindir de presas frescas.

Buscan el terror y suelen encontrarse cerca de clubes nocturnos o discotecas, ya que son el tipo de lugares donde abundan las drogas, debido a la facilidad con la que se pueden comprar y consumir. Por la misma razón, muchas de las presas suelen ser jóvenes, la carne favorita de los engendros.

"Mierda", la voz de Everett me saca de mi ensoñación. Tenemos las ventanas entreabiertas porque así podemos oler el aroma que llega de la ciudad. Pero aunque no hubiéramos tomado esa medida, el olor a sangre fresca se habría filtrado por las tuberías de la calefacción por lo evidente que es.

Detengo el coche en un punto cercano al callejón, con las luces apagadas, mientras Everett se despoja de su chaqueta. Su camisa y sus pantalones tienen cremalleras especiales en los laterales que hacen que se abran fácilmente si entra en fase, para que la ropa no se pierda.

Cargo una pistola con balas de munición especial y me pongo mis guantes forrados de plata, sabiendo que lo que vamos a encontrar no es bueno.

El olor se vuelve más potente en cuanto salimos del coche. Tejido humano, sangre y otras cosas en las que prefiero no indagar.

Everett corre hacia el callejón sin pensárselo. No da más de un par de pasos cuando un atronador chillido se eleva en el aire. Corro, dispuesto a alcanzar a mi hermano, e inmediatamente comprendo la ira que se ha pintado en sus ojos segundos antes de transformarse.

En el interior del callejón hay dos criaturas de cuerpo negro con grandes y afilados colmillos. Están posadas sobre una mujer, a la que han desgarrado el pecho. El corazón aún late, por lo que comprendo que aún debe de estar viva, aunque quizá no sea consciente de ello, ni lo será por mucho tiempo. Le han arrancado un brazo, pero el otro está unido al cadáver de un niño, probablemente de unos tres o cuatro años, mutilado y sin cabeza.

La mujer tiene la boca abierta en un rictus de dolor. Sus ojos, grandes y oscuros, se mueven lentamente hasta llegar a nosotros. Uno de sus ojos sangra, por lo que parece que llora lágrimas de sangre.

Inmediatamente pierdo el control de mí mismo y me abalanzo sobre las criaturas sin pensarlo.

El lobo de Everett, grande e imponente, y de pelaje blanco plateado, abre las fauces y destroza el brazo de uno de los engendros en cuanto entra en contacto con él. Yo, por mi parte, no espero, y ataco al otro, mientras éste se da la vuelta, ligeramente desconcertado. Mi puño golpea con fuerza su cara, pero aunque el golpe es letal, la criatura no empieza a sangrar ni a arder, lo que me indica inmediatamente que no se trata de un cambiante ni de un vampiro necrófago. Tal vez, un hada o incluso un hechicero.

Maldigo en voz baja y agarro el arma, pero antes de que pueda disparar, el necrófago lanza un zarpazo que casi me parte en dos. Salto a una distancia imposible para cualquier humano y saco

de mi bolsillo un pequeño frasco al que quito la tapa y se lo lanzo al necrófago.

Inmediatamente, comienza a chillar mientras el olor a rosas inunda fétidamente el callejón.

—Así que eras un hada... —Murmuro, sabiendo que las hadas necrófagos son vulnerables al agua de rosas o lavanda.

La criatura gime y yo aprovecho la oportunidad. Me abalanzo sobre ella mientras Everett desgarrar al otro necrófago con sus dientes. El sonido de la carne desgarrándose es repugnante, pero peor es la idea de tener la boca llena de sangre necrófaga. Los necrófagos son criaturas muertas y putrefactas, por lo que su sangre tiene un sabor similar.

Everett no me presta atención. En lugar de eso, se dedica a descuartizar a la criatura mientras yo arremeto contra el otro necrófago. Con las afiladas garras de mis guantes, le rajo el cuello y tiro de uno de sus brazos hasta arrancarle la extremidad. Los gritos y bramidos del necrófago se mezclan con las sirenas de la policía a lo lejos.

En cuanto cae al suelo, agarro la pistola y le apunto a la frente. No lo pienso, sino que disparo dos veces, dejando las balas incrustadas en su cerebro mientras la criatura se desploma y da un último suspiro antes de morir.

Me giro entonces y busco a Everett, que ha acabado con su objetivo y se ha dirigido a la salida del callejón a por su ropa. Se limpia la boca con la camiseta oscura y escupe al suelo mientras se acerca a la mujer tendida en el suelo.

Imito su gesto y me doy cuenta de que, sorprendentemente, la mujer sigue viva. Sus ojos llenos de terror nos miran con expresión suplicante.

—Sentimos no haber llegado antes —susurro.

Cierra los ojos. No responde a mis palabras, pero respira por última vez. Me agacho ante ella, inhalo lentamente y, reprimiendo mis propias emociones, atrapo su corazón entre mis manos y lo aplasto, deteniendo sus latidos.

La mujer muere al instante. Everett inspira lentamente mientras yo saco un pañuelo de mis pantalones para limpiarme las manos.

Caminamos en silencio hasta el coche. Everett se enjuaga la boca antes de subir al coche. Arrancamos y oímos a lo lejos las sirenas cada vez más cerca de nuestro destino.

Pero cuando llegan, ya estamos lejos. Durante lo que parece una eternidad, no decimos nada. Nunca es fácil enfrentarse a este tipo de cosas. Saber que el tiempo que perdiste le costó la vida a alguien.

El resto de la noche transcurre con cierta tranquilidad. Otras razas imitan nuestro gesto, por lo que patrullan los callejones en busca de necrófagos, para eliminarlos. Nos cruzamos con una bruja y un brujo que mataron a un necrófago antes de que llegáramos, y a lo lejos, vemos a un pequeño grupo de vampiros que saltan por los tejados y patrullan la ciudad en silencio.

Cuando volvemos a casa, horas más tarde, me sorprende descubrir que Ivy está despierta. Me da un vuelco el corazón cuando la veo de pie, esperando en la entrada del porche con nosotros.

—No entiendo cómo puedes odiarla —dice Everett, dejando que su mirada se detenga en ella.

Me gustaría decirle que no la odio, que lo que siento por ella es muy distinto. Ahora mismo, mientras la veo allí de pie, abrazada a su propio cuerpo con los labios pálidos por el frío, solo puedo pensar en correr hacia ella y estrecharla entre mis brazos. Que me gustaría poder besarla como sé que ella quiere ser besada, hundir mi cara en su pelo y descansar un momento, olvidando todas las visiones de la noche pasada.

En cambio, mis labios emiten un gruñido mientras aparco el coche fuera de casa.

—Puede que tú no la veas con buenos ojos, pero yo lo veo de otra manera —admite Everett.

Su mirada se detiene en Ivy, que trota hacia el coche. La sonrisa en sus labios revela el alivio que siente al vernos regresar.

Yo mismo siento ese alivio latiendo en mi pecho. Su ansiedad estuvo presente en cada latido de mi corazón durante toda nuestra ausencia.

Ivy se detiene a unos pasos del coche. Everett y yo la observamos durante un largo momento, hasta que por fin mi hermano confiesa: —Quizá haga algo al respecto.

—¿Qué quieres decir? —pregunto con el ceño fruncido.

Me mira y una lenta sonrisa se dibuja en sus labios. —Creo que tal vez debería... Podría conquistarla. —Me lanza una sonrisa arrogante.

Mi lobo ruge ante la mera mención de la idea. Pienso en estamparle el puño en la cara. Aprieto la mano, pero me contengo.

—¿De verdad crees que sería la mejor idea? —Murmuro en voz baja, con los dientes apretados.

—¿Por qué no? —pregunta con indiferencia.

—Porque es hija de un cazador —logro decir, soltando la primera excusa que se me ocurre.

Everett se echa a reír. —Eso lo hace más emocionante. —Su mano me palmea el hombro—. Por una vez, deberías dejar de lado tus prejuicios, Adam. Te sorprendería descubrir lo increíble que puede ser la gente si dejas de juzgarlos por su naturaleza y empiezas a verlos por lo que realmente son.

Contengo un gruñido cuando Everett sale del coche y trota hacia Ivy.

Le mira con una sonrisa dibujada en los labios mientras levanta la cara. Ha empezado a nevar y el frío le tiñe la nariz de rojo, dándole un aspecto terriblemente adorable.

Everett le pasa un brazo por los hombros. Ivy se muerde el labio y sus ojos buscan los míos, encontrándolos en la distancia.

Por dentro, siento sus emociones. La culpa, la sensación de que no es a mi hermano a quien quiere tener tan cerca.

Ella se da la vuelta y Everett la sigue. Los dos caminan lentamente hacia la casa.

Les miro marcharse, pensando amargamente que tal vez se hayan cumplido mis deseos más

profundos y oscuros. De un modo u otro, Everett me está ayudando a conseguir exactamente lo que quiero: alejar a Ivy.

Excepto que, en este instante, no hay idea que odie más que esa.

CAPÍTULO 9: COGER EL TORO POR LOS CUERNOS



Oigo sonar el teléfono nada más salir de la ducha. —¿Diga? —Respondo mientras me seco el pelo.

—Me preguntaba cuándo tendría noticias tuyas. —La voz de mi padre me coge por sorpresa. Mi cuerpo se tensa al instante y siento que me sube la bilis a la boca, pero me contengo para no expresar el asco que siento por él.

—He estado ocupada —respondo en un susurro.

—De eso me he dado cuenta —su voz es seria, tranquila—. Aunque admito que habría estado bien que dejaras una nota para que no me preocupara demasiado por ti. Pero tu reacción huyendo de casa era de esperar. Incluso debo decir que resulta un poco tópica e inmadura.

Su tono es neutro, pero eso no me impide notar la regañina que acecha en su voz. Contengo una mueca. —Sí, bueno, después de nuestra última conversación, no tenía nada más que decirte.

—Es curioso. Creía que en la universidad te enseñaban a debatir —dice de sopetón. Frunzo el ceño.

—Estoy en esa clase —afirmo.

—No lo parecería. Si así fuera, sabrías que la historia varía según el punto de vista.

—En este caso, no me gusta mucho tu punto de vista —le digo con voz inexpresiva.

Sé que mi padre no va a intentar recuperarme por amor, pero probablemente considera su secreto demasiado importante como para poner en riesgo toda su investigación tomando una decisión precipitada.

Y tal vez si supiera exactamente dónde estoy, incendiaría el lugar y se aseguraría de vernos a todos muertos. Debe preferir eso a que yo le dé cualquier tipo de ventaja a su enemigo.

Entonces, sé que él no debe saber la decisión que he tomado. —Pensé que un tiempo fuera de casa me vendría bien —respondo en voz baja.

Papá no contesta nada. Tras un momento de espera, decido contarle la verdad que, hasta hace apenas una semana, pensaba decirle. —Voy a dejar la universidad. He pensado hacer un curso de arte en Francia.

—Ya veo —papá mastica las palabras lentamente—. ¿Y qué beneficio traerá eso a tu vida?

—El beneficio de ayudarme a no volverme loca —afirmo, siguiendo el diálogo más cerca de la verdad—. Escucha, tú y yo no nos entendemos, y es obvio que no vas a cambiar de opinión sobre toda esta locura de asesinar gente.

—No son personas, Ivy —me corrige con el mismo tono cansado que utilizaba cuando yo era pequeña y no entendía algunas de sus lecciones.

—Bueno, para mí lo son, y creo que lo que estás haciendo está mal, pero no voy a debatir esto contigo. Eres mi padre y te quiero —afirmo, mintiendo, al menos en parte. Me muerdo el labio y continúo—. Quiero mantenerme bien lejos de esto. Que nada de este asunto de los cazadores me afecte.

—¿Y renunciar a tu carrera e irte a Francia es tu mejor opción? —pregunta en tono ligeramente burlón.

—Sinceramente, sí. Estoy cansada de fingir ser lo que no soy. Quiero tiempo para mí, para ampliar mis horizontes. Para borrar el pasado y empezar de cero.

Probablemente en otra ocasión el discurso le habría parecido un poco cursi a mi padre que, sin duda, no habría dudado en rechazar mi decisión. Pero justo ahora, debe gustarle la idea de tenerme lejos y saber que no pienso actuar a favor o en contra de su inhumana cacería.

Finalmente, y tras una larga pausa, papá dice: —Bien. Un poco de perspectiva podría ser beneficioso para ti.

Suspiro aliviada y asiento con la cabeza. —Gracias por entender.

—Claro. —Parece ocupado en otra cosa—. Hablaremos de ello más tarde. ¿Necesitas algo? ¿Dónde estás?

—Tengo todo lo que necesito conmigo.

—No lo dudo. —Puedo notar la mueca en su cara. Probablemente piense que me alivia no perder mis tarjetas de crédito.

Para papá, eso es realmente lo único que importa. El dinero y el estatus mueven su mundo.

—De todos modos, te llamaré cuando vuelva a Londres —dice.

—¿Vas a salir de la ciudad? —pregunto con el corazón palpitante.

—Ahora mismo, estoy cogiendo un jet privado a Vancouver. Voy a reunirme con algunos inversores.

—¿Cuánto tiempo estarás fuera del país? —le pregunto.

—¿Acaso importa? No estarás en casa por Navidad —dice en un tono casi aburrido.

—Pensaba enviarte un regalo de todos modos —miento.

—Qué considerado por tu parte, y más teniendo en cuenta cómo te fuiste —afirma con sarcasmo, pero tras un momento, dice—. Volveré en una semana.

—Luego hablamos, papá —le aseguro.

—Si me necesitas, tienes el número de mi asistente personal —dice mi padre.

Tras una breve despedida, termina la llamada. El corazón me late a mil por hora dentro del pecho, pero decido que, después de todo, la conversación ha ido mejor de lo esperado.

Sintiendo que los nervios se apoderarán de mí si no actúo pronto, decido levantarme y correr hacia el armario, buscando la primera prenda de ropa limpia que caiga en mis manos. Es muy tarde, pero últimamente no puedo dormir bien, así que me visto y salgo tranquilamente de la habitación, pensando en buscar a Adam o a Everett.

Pero un sonido lejano consigue captar mi atención. Me alejo de mi objetivo, bajo las escaleras y sigo en silencio el camino que atraviesa el salón hasta el patio trasero.

Cuando llego, observo que una de las ventanas ha sido ligeramente removida. La brisa helada sopla a través de la abertura, pero eso no parece molestar a la persona que está sentada fuera de la casa. Debido a la oscuridad, al principio no puedo distinguir su silueta, pero tras acercarme un poco, empiezo a ver de quién se trata.

Me da un vuelco el corazón cuando veo el pelo rubio dorado, ligeramente despeinado y sobre el que se posan los copos de nieve.

Adam me ignora. En lugar de eso, se sienta con los pies hundidos en la nieve. Sostiene una armónica en las manos y toca una triste melodía a ritmo lento.

Se detiene en cuanto siente que me acerco. Al girarse, sus ojos verdes se cruzan con los míos. Por un instante, creo que va a decirme que me vaya, ya que las cosas entre nosotros no han cambiado mucho en los últimos ocho días, pero Adam espera y yo me acerco lentamente.

—¿Tocas la armónica? Qué agradable sorpresa —digo con interés.

No soy como todos ellos, que soportan el frío invierno con facilidad, así que cojo una manta calentita que hay tendida en el sofá y avanzo hasta poder sentarme a su lado.

Me mira pero no me aparta, así que decido que, en cierto modo, nuestra relación avanza, aunque muy lentamente. —¿Por qué es una sorpresa agradable? —pregunta en voz baja.

Me encojo de hombros. —Es bueno saber que tienes otros intereses aparte de matar bestias sedientas de sangre —bromeo. Suelta una risita suave.

—¡Dios mío! ¿Es una risa lo que acabo de oír salir de tus labios? ¿Te estás muriendo? —Teatralmente, apoyo la mano en su frente, descubriendo que, en efecto, Adam tiene la piel caliente.

Me mira, divertido, pero al notar la cercanía, su rostro pierde parte de la relajación anterior —En fin... Todos somos más de lo que aparentamos a simple vista.

—Desde luego que sí —afirmo con naturalidad.

—¿Ah, sí? —levanta una ceja, divertido. Asiento con la cabeza.

—Por supuesto, de día parezco una chica inocente y dulce, pero de noche me convierto en toda

una amenaza para las sobras de la cena. —Esta vez la risa de Adam es genuina. Sube con facilidad y me hace sentir una cálida sensación dentro del pecho.

Sin poder evitarlo, le pregunto: —¿Qué te ha impulsado a ser amable conmigo hoy? Quiero decir... aquí y ahora.

Me mira intrigado. Tras dudar un momento, aparta la mirada y se concentra en la nieve. —Puede que me haya cansado de evitarte —dice sinceramente.

Mi corazón empieza a latir deprisa. —¿Y por qué me evitabas?

—Porque es lo mejor para los dos —dice sin vacilar.

Su mirada se posa en la mía. Veo cómo sus ojos verdes empiezan a vagar, perfilando mi cara, y siento que se me calienta aún más la sangre.

Adam suspira. —El problema contigo es que lo pones muy difícil —se queja.

—El... ¿Qué hago difícil? —Pregunto, confundida.

—Todo. —Suena exasperado—. Eres terriblemente... humana, frágil quiero decir. Pareces haber sido creada para atormentarme. —Sin poder evitarlo, se lleva las manos a la cara y se las pasa por el pelo. Le miro con dolor.

—Siento haber sido una molestia —digo, sintiendo de repente que la burbuja que se había formado entre nosotros estalla.

Sacude la cabeza. —No eres una molestia. Ese es precisamente el problema. Que eres dulce, amable, divertida y...

Me mira como lleno de agonía y, al mismo tiempo, mi mirada se encuentra con la suya sin entender lo que está pasando. —¿Estás insinuando... que te caigo mal porque soy demasiado amable? —pregunto aún confusa. Él asiente lentamente.

—Bueno, eres una piedra en el zapato. Esperaba casi cualquier excusa para tu reticencia, pero no esa.

—No lo entiendes.

—Explícamelo entonces —aventuro, sintiéndome ligeramente exasperada.

Me mira como si la verdad fuera tan obvia como para pintarla delante de mí. —El problema es que eres una debilidad. Eso es lo que está mal.

—¿Una debilidad? ¿Para quién? —pregunto.

—Para mí —afirma.

—¿En qué sentido?

—En todos los sentidos. No puedo simplemente ir tras una chica humana. Y menos aún, la hija de un cazador. No puedo esperar que las cosas salgan bien cuando eres tan frágil que tu mera presencia podría poner en peligro la vida de todos los que quiero y me importan.

Sus palabras duelen, pero poco a poco capto el quid de la cuestión. —Entonces... ¿estás sugiriendo que... como.... ?

Antes de que pueda terminar de hablar, Adam se da la vuelta y, de la nada, siento su boca chocar contra la mía.

Al principio, la sorpresa es demasiado grande para permitirme asimilar el gesto. Pienso en luchar, en zafarme de sus brazos, pero la idea pronto se desvanece de mi cerebro.

Mis ojos se cierran y entonces me rindo. El beso es voraz. Siento sus labios abrir los míos mientras se me eriza la piel. Sus manos se deslizan a través de la tela y mis dedos recorren sus antebrazos torneados, acariciando el pelo rubio que se enrosca agradablemente sobre su piel caliente. Su boca llena de labios presiona la mía, mientras su lengua me busca y se adentra en mi boca, haciéndome desear otro tipo de contacto, otra forma en que su lengua pudiera hundirse dentro de mí.

Inspiro rápida y profundamente. Su beso me consume. Me aprieta contra su cuerpo y siento sus manos rodear mi espalda. Su pecho se aprieta contra el mío...

La sensación es vigorizante. Inclino la cara y suelto un pequeño gemido cuando sus dientes atrapan mi labio inferior y luego su boca lo succiona. La reacción es instantánea, y de pronto noto cómo se me erizan los pezones por la fricción.

Adam gruñe y desliza la mano por la parte baja de mi espalda, y yo me permito enredar los dedos en su pelo suave y ondulado. ¿Esto es un sueño? Pero no, parece demasiado real. Es demasiado intenso para ser solo una idea mía.

Antes de que pueda acostumbrarme a que su boca esté pegada a la mía, Adam se separa de mí. Me mira, como si me viera por primera vez, luego murmura algo en voz baja y se levanta.

—No digas ni una palabra al respecto —me advierte, levantando los ojos al techo como si pudiera oír algo.

Un minuto después, Everett aparece en la entrada de la habitación. Para entonces, el frío me ha ayudado a disimular mis jadeos y mi rubor. Pero sé que si se demora demasiado, o si se acerca demasiado, será obvio que estoy preocupada.

Nos mira a los dos y frunce el ceño. —¿Va todo bien? —pregunta.

Antes de que Adam pueda contestar, digo. —Sí. He bajado porque tenía que hablar con vosotros dos. Mi padre llamó.

La sorpresa se dibuja en la cara de Adam. Me mira como si intentara descubrir la mentira en mis palabras. Pero por más que lo intenta, no encuentra nada. Estoy diciendo la verdad.

Les cuento brevemente la conversación que he tenido con mi padre.

—Así que piensas que es el mejor momento para colarte en la propiedad —dice Everett.

Asiento con la cabeza y entro en el salón. No me siento a su lado en el sofá, sino que ocupo un sillón de felpa que hay cerca del calefactor. —Mi padre no suele salir mucho del país porque le gusta supervisar todo en su fábrica —admito a regañadientes, y Adam frunce el ceño.

—Me imagino por qué —dice con un gruñido.

—De todos modos, supongo que no tendremos muchas oportunidades como ésta. Será mejor aprovecharla.

—No lo sé —dice Everett, cuya mirada busca la de su hermano mayor—. ¿Tú qué opinas? Creo que deberíamos tener más tiempo para prepararnos.

Adam asiente. Se levanta con los brazos cruzados. —Yo también lo creo.

—Eso puede ser mucho tiempo, teniendo en cuenta que no creo que mi padre vuelva a viajar pronto. Si alguno de tus amigos sigue prisionero en el sótano...

La sola idea me aterra. Adam y Everett parecen compartir mi disgusto porque ambos fruncen los labios en una mueca de desagrado.

—Lo pensaremos con calma y tomaremos una decisión —afirma Everett.

—No hay mucho que pensar —dice Adam, evidentemente molesto con la idea—. O nos lanzamos a una misión suicida o dejamos que los prisioneros del doctor perezcan lenta y dolorosamente.

Hago una mueca. —No pretendía hacerte sentir como si fueras la carne del sándwich... —Digo a modo de disculpa.

—No lo hiciste. —Everett intenta consolarme.

—Sí, no es culpa tuya que tu padre sea un monstruo asqueroso e insano que disfruta torturando niños.

La expresión de mi cara debe mostrarle a Everett que las palabras de Adam me afectan, porque mira a su hermano como si quisiera abofetearlo.

Pero Adam le ignora. Se pasa los dedos por el pelo despeinado y exclama: —Supongo que no tenemos elección. Es una mala idea, pero lo haremos.

—¿Entonces nos colamos en casa de mi padre? —le pregunto. Él asiente.

—Sí. Por una vez, pienso coger el toro por los cuernos. Me encargaré de golpear al doctor donde más le duele.

—Solo espero que no me devuelva el favor —dice Everett sombríamente entre susurros, y sé por su expresión que espera lo peor como Adam y yo.

CAPÍTULO 10: TRAS LA PUERTA DEL SÓTANO



ADAM

—¿C uándo volverás? —pregunta Sadie desde lo alto de la escalera.

Tiene los brazos cruzados y la ansiedad es evidente en su rostro. Mamá no sabe nada de nuestra misión suicida, ya que se ha ido de viaje por poco tiempo, pero Sadie nos ha oído hablar de ello y ahora se espera lo peor.

—Si no hemos regresado al amanecer, reúne al consejo y ponlos al corriente de la situación —le ordena Everett mientras pasa junto a ella y la besa en la frente.

Se pone la chaqueta. Hoy vamos todos de negro, así que hemos imitado un poco sus rutinas a la hora de salir de misión.

A Sadie se le empañan los ojos de lágrimas. —Todo va a ir bien —promete Ivy, tratando de consolarla.

La mirada de Sadie nos sigue hasta que los tres subimos al todoterreno, y sé que no piensa dormir hasta que lleguemos a casa. Probablemente se quede en el salón o en la habitación de Everett.

Pero ahora mismo, tengo otras cosas de las que preocuparme más allá de los nervios de mi hermana pequeña. Mantenernos a salvo, para empezar. Si la misión fracasa, Sadie tendrá todo el derecho a sentirse intranquila, ya que todos nos enfrentaremos a un peligro inminente.

Everett arranca el coche y nos adentramos en plena noche. Las calles de Londres nunca son tranquilas, pero él intenta tomar los caminos menos transitados.

—¿Seguro que la casa está vacía? —Le pregunto a Ivy, que está sentada en el asiento trasero.

Ella asiente inmediatamente. —A papá no le gusta tener el servicio en casa. Suelen trabajar con un horario determinado, y toda la seguridad de la mansión es digital. Puedo controlarla a través de mi reloj.

—Genial —susurro con sarcasmo.

—Entraremos y saldremos enseguida, para que el médico no sospeche de la intrusión —dice Everett con los ojos fijos en la carretera.

Las calles se desvían y Londres pasa ante nuestros ojos hasta que dejamos atrás las partes más céntricas de la ciudad y nos adentramos en las amplias zonas residenciales donde hacen su vida

los ricos y los magnates.

Tras casi veinte minutos, por fin llegamos a una elegante mansión que adorna la colina.

Decidimos que es mejor dejar el coche aparcado lejos de la casa, así que lo dejamos a una manzana y empezamos a andar a toda prisa.

—Escuchad, si pasa algo, no habrá tiempo de reacción. Cada uno tomará una ruta diferente e intentará huir —les digo a los dos.

—De ninguna manera —se niega Everett inmediatamente—. No voy a dejaros atrás ni a ti ni a Ivy.

—Si el doctor nos ha tendido una trampa, puede que sea la única opción para mantener a salvo a la manada —exijo, y mi hermano me lanza una mirada agria y cargada de rencor. Me odia, pero sabe que digo la verdad.

Luego me vuelvo hacia Ivy y la observo atentamente. —Si podemos, Everett y yo te daremos ventaja para que puedas huir. Si ese es el caso, y ocurre lo peor, coge el camión y vuelve a la manada inmediatamente. Tienes que hacerles saber que Everett y yo hemos quedado atrapados. —Extiendo la mano y le entrego a Ivy una copia de las llaves. Ella me mira taciturna, se muerde nerviosamente el labio inferior, pero finalmente asiente.

Cuando llegamos frente a la residencia, saca una pequeña tarjeta, la desliza por la ranura y abre la puerta.

—Todo irá bien —dice entonces—. Si papá pregunta alguna vez, le diré que he venido a por unas cosas que me dejé.

El Dr. Taylor no es idiota. Difícilmente se tragará esa excusa, pero no voy a decírselo a Ivy ahora mismo.

Atravesamos a toda prisa los jardines y llegamos a la casa, en la que entramos con paso acelerado. La mansión es enorme, teatral y de estilo antiguo, con un conjunto de escaleras de caracol que conducen al segundo piso, grandes ventanales ocultos por contraventanas cerradas e imponentes retratos pintados al óleo en las paredes.

—Crecer aquí debe de haber sido toda una experiencia para ti —digo frunciendo el ceño.

Ivy se echa a reír y gira a la izquierda, saliendo del vestíbulo y pasando por el salón. —Al final te acostumbras.

—¿Vivir dentro del decorado de una película de terror? —Digo con una ceja levantada, mirando las tallas de la elegante chimenea.

—De hecho, una vez rodaron el corto de una serie de suspense aquí, en el salón —nos cuenta con una sonrisa.

Tras pasar el vestíbulo principal, Ivy nos conduce por un pasillo que termina en una puerta sellada. Pulsa la tecla de seis dígitos del panel central y la puerta se abre.

Bajamos unas escaleras estrechas hasta llegar a otra puerta, ésta sellada y de aspecto mucho más sólido.

—Dudo que podamos abrirla con un código o usando su llave maestra —susurra Everett.

Ivy parece pensárselo un momento, tras lo cual sus ojos se iluminan de repente.

—Tengo una idea —dice.

Coge su móvil y empieza a buscar entre sus conversaciones guardadas hasta que encuentra una nota de voz del Dr. Taylor.

—Dr. Joseph Taylor —dice el hombre de la nota.

La puerta pita y se abre, tras lo cual Ivy sonríe victoriosa.

Entramos en la habitación, que es mucho más grande de lo que esperaba. Las luces se encienden en cuanto se abre la puerta.

—Espera, ¿qué mier...? —Empieza Everett.

La habitación es espaciosa y, en muchos sentidos, tan corriente como cualquier otro sótano. No hay un montón de Hijos del Crepúsculo encarcelados, pero hay celdas. O al menos una.

Al final del sótano y a la izquierda, se encuentra una habitación. Las paredes son transparentes, pero dudo que sean frágiles. Hay un catre con sábanas limpias y dobladas, una estantería con algunos libros, un escritorio y un pequeño cuarto de baño con todo lo necesario en él, además de un pequeño armario.

—Parece que el doctor trata muy bien a sus sujetos de prueba —dice Everett con amargura tras observar detenidamente la célula.

Pero hay algo más en el lugar. Sigo a Ivy a través de la habitación y veo un escritorio, que debe pertenecer al médico, meticulosamente organizado.

Con los guantes puestos, empiezo a revisar los papeles. Varios diarios hacen referencia a uno de los sujetos de prueba del doctor, al que investigó al parecer durante años.

—¿Pasa algo? —Everett le pregunta a Ivy.

Levanto la cara para mirarla y de repente siento su ansiedad dentro de mí. —Es extraño —dice, mirando a su alrededor con la mirada perdida—. De alguna manera siento que conozco este lugar.

—¿Nunca habías estado aquí? —Le pregunto frunciendo el ceño. Ella niega con la cabeza.

—No, pero siento como si hubiera venido aquí antes. Quiero decir, tengo... una especie de recuerdos borrosos. Creo. Siempre pensé que eran sueños...

—¿Qué estabas soñando? —Empiezo a sentir el pulso acelerado de su pecho. La forma en que la adrenalina corre por sus venas está guiada por la ansiedad.

—Que estaba encerrada —responde—. Pero es solo una visión borrosa. He soñado muchas veces que soy pequeña y estoy encerrada en una jaula de cristal, que golpeo con las manos para salir...

Ivy se acerca a la celda y pasa los dedos por uno de los cristales. —Juraría que he visto este sitio antes —dice.

Everett y yo nos miramos con el ceño fruncido. La preocupación brilla claramente en sus ojos, igual que en los míos.

Vuelvo a mirar los diarios y les digo a los dos: —Aquí dice que la prisionera que estaba encerrada en esa celda era un hada, llamada Diane. El doctor Taylor la tuvo prisionera durante cinco años.

—¿Diane? —dice Ivy, volviéndose para mirarme. Asiento con la cabeza.

—¿La conocías? —le pregunto. Ella niega con la cabeza.

—No lo creo. Pero mi madre se llamaba Diane. De todos modos, podría ser solo una coincidencia, ¿no?

—Supongo que sí —digo, poco convencido.

—¿Qué le pasó a tu madre? —pregunta Everett.

—Murió al darme a luz. O eso me contó mi padre —dice Ivy—. Todos los años vamos juntos a visitar su tumba.

Se acerca a mí y coge uno de los diarios. Lo hojea y luego empieza a revisar el resto de los cajones.

Hay varios diarios sobre el sujeto de pruebas y los experimentos del médico. Al parecer, al principio de su reclusión, Diane estaba embarazada.

Los diarios están emparejados con otras cosas. Hay fotos, muestras de piel o pelo, y también vídeos.

Ivy enciende el ordenador, pero requiere una contraseña, por lo que no podemos ver los vídeos. El resto de las pruebas parecen ser suficientes para alertarla de que aquí ha ocurrido algo más de lo que ella pensaba en un principio.

—Chicos, mirad esto —dice Everett al final del sótano.

Ivy se levanta de la silla en la que estaba sentada y se acerca a Everett. La sigo, metiéndome uno de los diarios en la chaqueta, y entonces llego al extremo más alejado del laboratorio, donde descansan muchas cosas que parecen recuerdos terroríficos.

Hay fotografías del doctor mucho más joven y de Ivy de niña, pero también, una imagen de unas pequeñas alas disecadas y fotografías de una hermosa mujer.

—Es mi madre —dice Ivy aterrorizada.

Miro las alas y me detengo en ellas. —La criatura de la que procede esto debía de ser pequeña. Probablemente solo tenía unos meses —consigo decir.

—Todo esto es imposible —dice Ivy, sacudiendo la cabeza—. ¿Por qué tendría mi padre estas cosas aquí? ¿Significa que mi madre le ayudaba en sus experimentos?

Nos mira aterrorizada. Ojalá pudiera abrazarla y decirle que todo va a salir bien, pero ahora mismo lo dudo.

—Más bien... creo que tu madre era la prisionera del doctor. El hada, Diane, de la que habla en sus diarios.

—¡No! —dice Ivy—. Eso es imposible. Mi madre era humana, y murió cuando yo nació...

—Piénsalo, Ivy —susurra Everett, intentando que se calme—. Dices que de alguna manera crees recordar este lugar.

—¡Pero solo eran pesadillas! —suplica.

—¿Y qué pasaba en tus pesadillas? —Le pregunto despacio.

—Yo... —tiene los ojos muy abiertos como si estuviera reviviendo algo.

—Ivy... ¿Qué pasaba en tus pesadillas? ¿Qué más te hacía el doctor además de tenerte encerrada? Sacude la cabeza. Se le escapa una lágrima.

Everett y yo nos miramos a los ojos, sabiendo que algo va mal.

—No podría... No sería capaz de... —susurra.

—¿El doctor... experimentó contigo? —Le pregunto con la voz más suave que puedo.

Los ojos de Ivy se cierran con fuerza. Está claro que se enfrenta a un gran trauma.

—Me temo que no es así como esperaba que descubrieras todo esto —resuena la voz del doctor Taylor desde la entrada del sótano.

Everett, Ivy y yo nos volvemos al mismo tiempo para ver cómo se cierra la puerta a espaldas del doctor, que entra en la habitación a paso tranquilo, como si nos hubiera estado esperando.

Su mirada salta de los rostros mío y de Everett para fijarse en la propia Ivy. —Si hubieras tenido paciencia, te lo habría explicado todo como es debido y, por supuesto, no te enfrentarías a semejante trauma.

Una voz de alarma se enciende dentro de mi cabeza. Sé que Everett siente la misma alarma porque sus ojos me delatan la verdad. Tenemos que salir de aquí. Pronto.

Pero Ivy está demasiado angustiada para darse cuenta. —Tú... ¿Todo este tiempo me has mentado? Dijiste que era tu hija...

—Porque lo eres. No te mentí. Solo omití la verdad. Lo que me dijiste, en cambio, era mentira. En parte, debo decir que estoy decepcionado —dijo el médico con calma, casi aburrido.

—¡No cambies de tema ahora! —grita Ivy, sollozando—. Me dijiste que era tu hija. Que mi madre había muerto durante el parto.

—Casi lo hizo —confiesa el médico—. Aunque para mí, ella murió mucho antes de eso.

—Era un hada —afirma Ivy, escupiendo cada palabra.

—Todavía lo es —afirma el médico.

—¿Sigue viva? —Pregunta incrédula. El Dr. Taylor asiente. —Y tú... ¿Me... me has quitado las

alas? —Pregunta Ivy con voz entrecortada. Su rostro palidece—. Yo... ¿Soy el bebé, la hija del hada... Diane... con la que... experimentaste?

El Dr. Taylor no dice nada. A veces, mi disgusto hacia esta persona que parece jugar libremente con los sentimientos de quienes le rodean parece crecer hasta límites inconmensurables.

—¿Por qué no te sientas, Ivy? —le pregunta ignorando su pregunta—. Podemos hablar... los cuatro. Por lo que parece, tus amigos lobos están muy interesados en esta conversación.

La tensión es evidente en el ambiente. En cuanto nos menciona, Everett y yo nos cuadrarnos, listos para luchar.

Pero el doctor ni siquiera parece nervioso por nosotros. Aunque debería.

—Responde a mi pregunta —exige Ivy, mirándole a los ojos con odio—. Diane, el hada de la que hablas en tus diarios... —El doctor Taylor suspira.

—Sí. Ella es tu madre. —Lo que me hace...

—Un híbrido —afirma, enarcando una ceja—. No mentí cuando dije que soy tu padre, tanto adoptivo como biológico.

El asco me recorre por dentro. No quiero ni pensar que el doctor Taylor haya sido capaz de obligar a esa hada a concebir un hijo para él...

—¿Y me cortaste las alas? —Pregunta Ivy, casi con incredulidad.

—Era lo mejor para ti —afirma el médico, con cara de aburrimiento, como si tratara de explicar a un niño pequeño por qué debe comer todas las verduras.

—¿Por qué? —exige Ivy—. ¿Por qué lo hiciste?

—Porque necesitaba respuestas —afirma el Dr. Taylor—. Y ésta era la única forma de obtenerlas.

CAPÍTULO 11: NUNCA MÁS



—**T**enemos que salir de aquí —le susurra Everett a Adam a mis espaldas.

Sé que probablemente debería sentir la misma ansiedad que ellos. El instinto de supervivencia es lo más importante ahora mismo, pero no puedo sentirlo, no cuando mi padre acaba de confesarme que, durante años, me utilizó como uno más de sus experimentos.

—¿Qué hiciste con ella? —Pregunto, sintiendo las lágrimas correr por mis mejillas.

Adam me coge de la mano y siento cómo tira de mí. Papá lo mira y enarca una ceja. No parece preocupado en absoluto por encontrarse delante de dos lobos.

—Tu madre está bien si eso es lo que preguntas. Se fue hace muchos años, y si quieres saberlo, nunca le importó mucho.

La brutalidad de sus palabras me atraviesa el corazón como un cuchillo. Siento el dolor, frío y mortal, atravesando mi entendimiento.

—Tienes razón en todo lo que dicen de ti. Eres un monstruo —grito mientras papá suspira.

—Creía que ya habíamos tenido esta conversación— dice.

Se levanta entonces y Adam salta delante de mí. —Esto se ha acabado —afirma con voz cargada de autoridad.

—Nos iremos ahora, doctor Taylor —dice Everett, que me estrecha a su lado para protegerme.

Por primera vez en esta conversación, los labios de mi padre esbozan una sonrisa.

—No lo creo. —Su sonrisa maníaca se ensancha—. Esa puerta está sellada y no se abrirá a menos que yo quiera.

—La abrirás —dice Adam—. O te obligaremos a abrirla.

—¿En serio? —dice—. Me gustaría verte intentarlo.

Adam no espera una segunda petición de mi padre, sino que arremete contra él sin pensárselo.

—¡No! —Grito.

Pero es demasiado tarde. Everett me coge de la mano y tira de mí hacia la puerta. —Intenta abrirla —me dice y luego corre a ayudar a Adam.

El problema es que mi padre, aunque parece un hombre mayor y por lo tanto más débil, parece poseer suficiente experiencia en batalla como para igualarlos. En cuanto Adam se acerca a él, se golpea el pecho con la palma abierta como si presionara algo, y una especie de nube de polvo vuela por el aire, cubriéndole el cuerpo.

La nube alcanza a Adam y Everett, aunque este último apenas es rozado. Adam empieza inmediatamente a toser y se da la vuelta, obviamente cegado. Mi padre le da entonces una patada en la cara y lo tira al suelo.

—¡Adam! —Grito.

Sé que Everett me pidió que abriera la puerta, pero ahora mismo no puedo apartar la vista de ellos. La cara y la piel de Adam se han puesto muy rojas, aunque mi padre ni siquiera parece sentir los efectos del polvo que flota a su alrededor, así que supongo que se trata de algún tipo de aleación de plata.

Mira a Everett, sonríe y le sopla a modo de broma. A cambio, Everett gruñe y salta sobre mi padre. Le da un puñetazo en el pecho, pero papá parece tener algún tipo de protección porque apenas reacciona. Sus manos están cubiertas por guantes, me doy cuenta entonces, parecidos a los que llevan Everett y Adam en las peleas con engendros.

Uno de los guantes consigue golpear a Everett en la cara. Grita, y las garras le dejan profundas marcas de las que empieza a manar sangre. Cuando papá lo lanza contra el escritorio, Everett rueda y coge una silla que lanza contra papá, y ésta le golpea, haciéndole caer también.

Sin importarme, corro hacia Adam y lo miro. —¿Estás bien? —pregunto aterrorizada.

Asiente, pero su piel está muy roja. Incluso noto que sangra por los poros. —Era polvo de plata —anuncia, tosiendo.

Miro a mi alrededor y le ayudo a levantarse. Adam se sacude la ropa y se pasa las manos por la cara para quitarse la sustancia mientras mi padre se ríe de los intentos de Everett de pegarle.

Y al parecer, papá tiene más trucos bajo la manga. Se le han caído unos frasquitos que ha reventado al pasar sobre ellos, y desprenden un potente olor lacrimógeno que parece estar afectando a Everett mucho más que a mí.

Es un aroma floral extraño, algo familiar...

—¿Te gusta el aroma del acónito? —se burla papá—. Es un veneno maravilloso. —Le da un puñetazo en la cara a Everett, lo agarra por el pelo y le estrella uno de los viales contra la cara.

En cuanto lo hace, Everett gruñe y empieza a sangrar a chorros. —¡No! —Grito, llena de terror.

Inmediatamente miro a mi alrededor. Cerca de nosotros hay una estantería llena de objetos que parecen adornos. Pequeños tarros y recipientes de contenido incierto, pero también fotografías mías y de papá de antaño, e incluso algunos de mis trofeos.

Entre ellos, veo uno de mis viejos arcos. Desde pequeña, papá me apuntó a todo tipo de clases de defensa personal. Clases de arco, de kárate, de boxeo...

Solo ahora empiezo a entender la razón. De una forma u otra, estaba tratando de entrenarme para

ser lo que él es.

Y planeo usar eso a mi favor.

Sin pensarlo, me lanzo directamente contra la estantería, haciendo añicos el cristal que enmarca el arco al lanzarlo contra el suelo. El fuerte estruendo debería alertar a mi padre, pero se encuentra de espaldas a mí, golpeando a Everett en el estómago.

No pienso en lo que estoy haciendo. Simplemente recojo el arco, que está encordado, cojo una de las flechas y miro a mi padre, sintiendo cómo la ansiedad florece en mi interior. Ni en un millón de años pensé que le haría esto. Nunca pensé, bajo ninguna circunstancia, que le dispararía...

Levanta la cara de Everett, le mira y, al hacerlo, hay algo en sus ojos. A mi padre le divierte la escena. Disfruta haciéndoles daño, como quizás lo hace con tantos otros...

No pienso en ello, sino que simplemente cuadro las piernas y tiro de la cuerda del arco, que está demasiado tensa para mí, pero no me importa. Inspiro despacio y, sin dejarme guiar por nada más, pongo la mente en blanco y disparo.

La flecha da de lleno en el hombro de papá. Suelta un grito y cae al suelo. Mientras lo hace, cargo una segunda flecha y le disparo en la pierna.

El grito de dolor de mi padre es aterrador. Everett se pone en pie y ayuda a Adam mientras yo me acerco con el arco armado.

Papá me mira como si no me reconociera. —¿Qué crees que has hecho? —exige como si no entendiera toda la situación—. ¿Olvidas quién es tu padre y quién es el enemigo?

—Ellos no son mi enemigo, y tú no eres mi padre —le digo con dolor.

Le doy una patada en la cara, sin pensar, y queda inconsciente.

En otro momento lloraré todas las lágrimas que retengo, pero ahora mismo no puedo hacerlo. Me agacho a su lado, apuntando una flecha contra su cuello por si decide hacerme algo, y, con la mano libre, empiezo a rebuscar en su abrigo. Hay cientos de pequeños frascos de polvos y líquidos diversos, de los que me aterra saber la finalidad, pero finalmente consigo una tarjeta que debe utilizar para controlar la entrada y la salida del laboratorio.

—¡Vamos! —Les digo a Adam y Everett, instándoles a salir corriendo.

Adam se ha limpiado la cara con un pequeño lavado y tiene mucho mejor aspecto, al igual que Everett, aunque su herida no deja de sangrar. Luego nos dirigimos a la puerta y la abro para que nos vayamos.

Antes de partir, echo un último vistazo detrás de mí. Mi padre, el hombre al que crecí admirando y temiendo, es quizá el peor monstruo que he conocido, y me he dado cuenta demasiado tarde.

Cierro la puerta y le encierro. Con el corazón en la garganta, los tres salimos corriendo, subimos las escaleras y llegamos a la planta principal.

—Esperad —les digo.

Sin pensarlo, subo corriendo las escaleras hasta el segundo piso.

Es entonces cuando aparece Aleksandra.

—Qué demonios... —empieza a decir.

Ve a Everett y Adam acercarse a mis espaldas y no tarda en darse cuenta. Se prepara y salta hacia mí, lanzándome una patada, pero Adam es mucho más rápido. En solo dos pasos, se coloca frente a mí y la ataca. Al principio, la lucha parece igualada, a pesar de que Adam está herido, pero pronto se impone.

Le dobla el brazo a Aleksandra, haciéndola gritar, y cuando la pone de rodillas, le da un puñetazo preciso en el cuello. Inmediatamente, Aleksandra cae desmayada.

—Enciérrala en el baño —les ordeno, señalando una puerta cercana.

Everett obedece, la carga y la mete en el cuarto de baño después de quitarle el teléfono para asegurarse de que no pueda despertarse y pedir ayuda. A continuación, bloquea la puerta con muebles muy pesados que decoran el pasillo.

Me miran, pero los ignoro. Corro por el pasillo y entro en la habitación del fondo, el estudio de mi padre, que abro con la misma tarjeta que le cogí antes.

En cuanto llego, empiezo a rebuscar en los cajones hasta dar con su portátil. Adam y Everett parecen comprender mis intenciones. Adam entra entonces en la habitación y me ayuda a registrar los cajones y las encimeras. Empieza a destruir todo lo que no puede sernos útil, coge lo que le interesa y me pasa las cosas mientras yo hago lo mismo. Everett se queda en la puerta, comprobando que no viene nadie más.

—Deberíamos irnos —nos insta.

Asiento con la cabeza, sabiendo que probablemente tengo conmigo todo lo que pueda llevar de interés. Nunca volveré a pisar esta casa, pienso. Nunca podré volver a mi habitación y recuperar mis cosas. Mis medallas, la ropa, las fotografías, el violín, los cuadros en los que he trabajado durante años, los cuadernos con recortes y notas sobre París...

—Hora de irse —dice Adam a mi lado, colocando su mano sobre la mía y envolviendo sus dedos alrededor de los míos.

Respirando hondo, echo un último vistazo al estudio de mi padre y salgo corriendo con Adam y Everett pisándome los talones.

Corremos porque no hay nada más que hacer. El corazón de mi pecho se acelera. A cada paso que doy, pienso en una nueva amenaza. En un nuevo enemigo surgiendo de alguna esquina y haciéndonos daño.

Pero no pasa nada. El peligro queda atrás y, cuando subimos a la furgoneta, casi me siento a salvo.

Adam arranca el coche sin pensárselo y conduce como un loco. El interior del coche pronto se llena del olor a sangre, sudor y flores que emana de la piel quemada de ambos.

—Mierda —dice Adam—. ¡Mierda, mierda, mierda! —Golpea el salpicadero y rompe la pantalla de las luces. El silencio se apodera del coche durante un largo momento.

—Lo siento mucho... —Empiezo a decir.

—No. No lo hagas. Nada de esto ha sido culpa tuya —dice Adam con voz cortante.

—Pero él... Vosotros casi morís por mi culpa.

—Sabíamos lo que hacíamos —dice Everett.

Se vuelve para mirarme. Me doy cuenta de que tiene la cara bañada en sangre, pero, por imposible que parezca, sigue sonriéndome.

Adam no nos guía de vuelta a casa, sino que se detiene en el puerto. Sin dar explicaciones, sale del coche, cruza la calle y abre a la fuerza la puerta de una pescadería.

Le veo desaparecer en la oscuridad, preguntándome qué planea hacer. Poco después regresa con algo en las manos, y me doy cuenta de que al otro lado de la carretera, en la oscuridad, un par de ojos escrutadores nos observan.

Adam entra en el coche. Huele a pescado y a frío. Cierra las puertas y deja caer unos tarros en su regazo.

—He alertado a la manada —nos informa.

Everett asiente y coge un pañuelo que Adam le tiende y se lo pasa por la mejilla, su piel emite inmediatamente un ceceo. Suelta un gruñido, pero parece encontrar alivio.

—¿Qué te hizo mi padre? —pregunto preocupada.

—Me tiró veneno a la cara —afirma Everett, con el rostro tenso y pálido.

—El extracto de acónito es letal para los lobos. En sí mismo, una pequeña dosis puede roer su piel hasta dejarla en carne viva.

—¡No! —Gimoteo—. Tenemos que llevarte para que te curen.

—Eso no será necesario. Ya he empezado a curarme —me asegura Everett, mostrándome su cara.

En efecto, la piel se regenera a una velocidad fascinante.

Adam se quita la chaqueta y la camisa. Veo cómo vuelve a salir del coche y embadurna las prendas que se ha quitado con algún tipo de aceite y luego les prende fuego. Las prendas arden a una velocidad increíblemente rápida, consumidas por un extraño fuego verde.

—Es fuego fatuo —explica Everett—. Sirve para que no puedan rastrearnos.

No entiendo qué está pasando, ni cómo hemos salido vivos de esta, pero al menos sé que estamos a salvo.

—¿Estás bien? —pregunta entonces Everett, mirándome.

Asiento con la cabeza, no muy segura de si es verdad o no. Adam entra en el coche y lo arranca. —Será mejor que nos vayamos a casa —dice con un gruñido.

Me mira por el retrovisor. Comprendo que en silencio me está dando todo el apoyo que puede en

este momento. De alguna manera, es como si pudiera sentir su corazón dentro de mi pecho. Su preocupación intenta reconfortarme, aportar algo de claridad en medio del sufrimiento.

Sé que he dejado atrás mi hogar. No tengo un hogar, no ahora. Pero cuando miro a Adam a los ojos, cuando arranca el coche y se dirige al centro de la ciudad, comprendo de una forma aterradora que dondequiera que él vaya, voy yo.

Mi nuevo hogar está junto a él.

CAPÍTULO 12: ADICTO



ADAM

—¿Qué te ha pasado? —pregunta Sadie, llena de preocupación en cuanto nos ve llegar.

—No te acerques a nosotros —le ordeno. Se detiene a tres pasos de donde estamos—. Estamos cubiertos de polvo de plata.

Sadie abre los ojos, preocupada. Retrocede mientras Everett y yo nos quitamos la ropa.

—Sube a tu habitación y date una ducha inmediatamente —le ordeno a Ivy—. Tira la ropa que llevas en una bolsa lejos de todo lo demás.

Se quita los zapatos, asiente y se va sin tocar nada. Everett y yo la imitamos, pero no vamos a nuestras habitaciones, sino que utilizamos las duchas del gimnasio privado de la mansión.

Cuando terminamos, volvemos con camisetas y pantalones de chándal puestos y el pelo mojado. La cara de Everett se cura rápido, pero probablemente tendrá fiebre y una costra durante al menos un par de días.

Sadie se acerca entonces a nosotros y empieza a limpiar nuestras heridas con un botiquín de primeros auxilios. Cuando Ivy vuelve a la habitación, Sadie está vendando la mejilla de Everett.

Entre Ivy y yo, empezamos entonces a sacar todos los documentos que hemos retirado de la propiedad, junto con el ordenador y otras cosas. Ivy aún lleva consigo la tarjeta de su padre, que también parece poder desbloquear el ordenador.

Antes de que Ivy pueda comprobarlo, Everett se asegura de mirar que el ordenador no tenga ningún dispositivo de rastreo activo.

—Todo listo —dice después de devolvérselo a Ivy.

Empieza a revisar el ordenador. Yo me aseguro de hacer lo mismo con los documentos y diarios que han registrado meticulosamente, a lo largo de los años, las diversas torturas aplicadas por el Dr. Taylor para sus supuestos estudios.

Por desgracia, el Dr. Taylor es espantosamente preciso en lo que se refiere a detalles escabrosos. Contiene notas muy precisas sobre el tipo de torturas a las que sometía a cada espécimen, incluidos detalles sobre la edad, el sexo o la raza de las criaturas.

Everett empieza a revisar una larga lista de nombres anotados en unos documentos impresos.

—¿Podrías comprobar esa carpeta de ahí? —pregunta a Ivy mientras señala un documento encriptado.

En cuanto Ivy la abre, Everett empieza a detallar la lista. Su rostro va perdiendo poco a poco el color que había recuperado tras las curas aplicadas por Sadie.

—¿Qué pasa? —le pregunto.

—Es una lista como la que te entregaría un proveedor de productos —explica Everett—. Durante el último año, el doctor parece haber estado recibiendo Hijos del Crepúsculo como algún tipo de pago proporcionado por una entidad anónima...

—¿Puedes averiguar quién es? —Le pregunto a Everett, que niega con la cabeza.

—No, pero escucha esto. La lista está ordenada por colores... Marrón para los lobos, rojo para los vampiros, y así sucesivamente —asiento—. Vale, pues los únicos sujetos que no le ha proporcionado esta fuente anónima como método de pago son las hadas. Del resto, aparecen todas las especies.

—Qué detestable —susurra Sadie, consternada.

—Y al parecer, todo esto era para financiar un experimento... ¿Y cómo adivinas que se llama dicho experimento? —pregunta Everett.

Los ojos de Ivy se abren como platos al leer el título que encabeza la lista. Su piel pierde color y se vuelve verdosa por el asco.

—No... —dice ella—. No, no, no, no... —Inmediatamente Ivy se levanta. La miro mientras sale corriendo de la habitación.

Dentro de mi pecho, siento su odio, su inmenso dolor. Algo en esa lista la molestó profundamente.

Everett parece saber de qué va todo esto. Me entrega los documentos impresos que estaba leyendo y que comparaba con la lista digital. —El experimento al que estaban destinados todos estos sujetos de prueba como método de pago se llama Elixir, Adam. El doctor Taylor ha estado detrás de la droga todo este tiempo.

Incrédula, leo los nombres uno a uno. Hay nombres de lobos de mi manada y de muchas otras, pero también de vampiros, brujas...

—Cada uno tiene un archivo al que se puede acceder en el ordenador —explica Everett —que contiene vídeos y notas de los "materiales" extraídos de cada espécimen, que se han utilizado para fabricar la droga que está arrasando en el país.

—No puede ser... ese maldito... maldito bastardo...

Dentro de mí, siento el dolor de Ivy. Los acontecimientos de la noche son demasiados para que ella no se sienta abrumada. Está angustiada, dolida y profundamente herida por esa especie de monstruo que es su progenitor.

No puedo evitar comprenderla y sobre todo sentir su dolor como propio. Todo lo cual no hace más que aumentar mi odio hacia el médico.

—Es suficiente por una noche —le ordeno a Everett—. Necesitamos descansar... Todos nosotros. Mañana convocaré una reunión con el consejo de lobos para informarles de lo que hemos descubierto y tomar medidas para informar a otras razas. Debemos detener al doctor y sus experimentos antes de que la situación empeore.

Everett intenta levantarse. Noto en sus ojos que va a por Ivy, así que le detengo. —Yo me ocuparé de ella. Por favor, ve a descansar.

—No —dice Everett inmediatamente—. Siempre eres odioso con ella.

—Confía en mí —suspiro—. Ha pasado por mucho. Por favor, vete y descansa.

—Vamos —le dice Sadie, dándose cuenta de que Everett piensa oponerse a mis palabras con su terquedad habitual.

Everett coge los papeles, los diarios y el portátil y se los lleva a su habitación. Les sigo escaleras arriba hasta que les veo cruzar la puerta del otro lado del pasillo.

Solo entonces inspiro lentamente y llamo a la puerta de la habitación de Ivy.

No contesta, así que abro en silencio. La habitación está a oscuras y ella está tumbada en la cama.

—Ivy —la llamo muy despacio, alertándola de mi presencia.

Levanta la cara y fija su mirada azul en la mía. Se sienta en la cama y yo me siento a su lado.

No me molesto en preguntarle si está bien porque sé que no lo está. La tristeza que lleva dentro se le nota en los ojos, en las lágrimas que corren por sus mejillas y en su expresión dolida.

—Tenías razón. Todo el tiempo tuviste razón. Es un monstruo —afirma con voz quebrada.

Le tiendo la mano y le enjugo las lágrimas. —Lo siento —es todo lo que me atrevo a decir.

Su llanto se hace más fuerte, más desgarrado. Sus hombros empiezan a temblar y la aprieto contra mi pecho, sintiendo cómo su corazón late al mismo ritmo que el mío.

—Todo este tiempo, me mintió... nos mintió a todos —susurra.

Me entierra la cara en el pecho. Siento la camiseta mojada y cómo se aferra a mí. —Mis pesadillas infantiles, mis terrores nocturnos... no son más que los recuerdos que intenté en vano bloquear sobre todo lo que me hizo...

—No te mereces todo lo que te ha pasado —susurro, deslizando los dedos por su pelo.

—Realmente no le reconozco. No sé con quién he vivido todos estos años —dice y se aparta de mí, secándose las lágrimas con el dorso de la mano—. Si no me di cuenta, ¿significa que soy como él? Tan despreciable. Tan...

—No. Escucha —le digo cortándola. Le sujeto la cara con las manos y hago que me mire a los ojos—. No pienses eso ni por un segundo. No te pareces en nada a él. No tienes nada en común con ese hombre.

Mis palabras parecen despertar algo en ella. Por primera vez, parece ser consciente de que estoy

aquí. Que estamos solos, cara a cara. Juntos.

Siento el ritmo de su corazón, el ritmo que marca el pulso dentro de su pecho. La sed empieza a crecer en mi interior al sentir en qué se convierte su ansiedad.

Y de repente, me encuentro besando sus labios mientras ella atrae mi cara contra la suya, y ya no puedo negar mis deseos.

Con un gruñido, la empujo de espaldas contra la cama, sintiendo la presión de su pecho, que sube y baja a un ritmo vertiginoso. Ivy abre los labios y me da acceso a su boca mientras su lengua húmeda se enreda con la mía. La beso, beso sus labios y sus mejillas saladas, y luego beso su cuello, sintiendo cómo mi lobo aúlla en su interior tras conseguir lo que tanto ha anhelado.

Como respuesta, suspira y cierra los ojos. Me clava las uñas y curva ligeramente la espalda mientras sus piernas se abren y se enredan con las mías. Mis caderas empujan contra las suyas, por encima de su ropa, y siento el gemido que brota de sus labios. Tan dulce, tan placentero...

Nunca he sentido por nadie lo que siento por ella. He amado a otras chicas y he estado con otras mujeres, pero nunca había sido así. Todos mis años como lobo, oyendo las leyendas que corren en la manada sobre las parejas destinadas y el amor, no podrían haberme preparado para una entrega tan irrevocable, tan fuerte, tan capaz de partirme en dos.

Ivy abre los ojos y me mira. Tiene el pelo revuelto alrededor de la cara y los labios entreabiertos. Contiene un gemido y mi lengua recorre su boca. Suspira, levanta la barbilla y me permite bajar por su cuello mientras mis manos la desnudan.

Sé lo que quiere incluso sin que me lo pida. La necesidad de su cuerpo penetra en el mío. Es abrumadora. Me dan ganas de hundirme en ella, de fundirme en su cuerpo y redimirme de todos mis pecados, entre sus orgasmos, no necesitar respirar nunca más un aire que no posea su aroma, no temer volver a escuchar una melodía distinta, solo la que brota de sus labios.

En respuesta, Ivy se levanta y me deja quitarle la camisa. Su piel es lisa, suave y tensa. Le paso la lengua por el abdomen, delineando su ombligo mientras jadea. Sus caderas se levantan y mi boca sube hasta encontrar sus pechos. Agarro uno con la mano y siento su formación, pequeña y precisa entre mis dedos. Tiene el tamaño perfecto para caber en mi palma abierta.

—Quítatelo —dice, refiriéndose al sujetador—. Quítatelo todo.

Obedezco porque no pensaba hacer otra cosa que desnudar su cuerpo y el mío hasta que no haya separación posible entre nosotros.

Ahora entiendo que no pude resistirme a ella. No había forma de hacerlo. Tarde o temprano, habría ido en su busca, aunque no viviera bajo mi mismo techo, respirando el mismo aire y compartiendo los mismos suspiros.

Las piernas de Ivy se levantan para permitirme arrancarle los pantalones del pijama, y la observo, fijándome en las curvas de su cuerpo. Tiene las piernas largas, la piel pálida y una lencería de encaje azul oscuro que resalta la crema de su cuerpo.

Me mira con las mejillas coloradas y se sienta en la cama. Me hace levantar la mano para quitarme la camisa mientras ella me desabrocha los pantalones, liberando mi erección, que asoma por encima de los bóxers.

Sus dedos suben y se pasean por su lengua. Las yemas de sus dedos se humedecen y, sin apartar los ojos de mí, los baja y roza la punta de mi erección. Contengo un gruñido, y ella sube buscando mi boca mientras su mano se hunde en mis bóxers para empezar a subir y bajar por mi sexo...

El deseo que siento por ella es demasiado grande. Contengo la respiración y la empujo sobre la cama, haciendo que se dé la vuelta. Ladea la cara y me mira con curiosidad mientras yo me deleito con la visión de sus nalgas. La desnudo de cintura para abajo, dejando su culo al descubierto, y disfruto de la imagen mientras me quito los pantalones.

Ivy gime al sentir mi erección presionada contra sus nalgas. Empujo contra ella para hacerle saber cuánto la deseo, y ella entierra la cara en las almohadas, para que sus gritos no rompan el silencio que solo los jadeos se atreven a romper. Pero no me importa. Esta noche, estoy dispuesto a hacer una excepción y despertar a toda la casa si es necesario, con nuestros gemidos.

Pero por ahora, la dejo estar. Levanto sus caderas con las manos y abro sus piernas. Mi lengua se hunde lentamente en su cuerpo, sintiendo el sabor salado de su excitación. Ella gime en cuanto mi lengua encuentra su entrada, y noto cómo empuja sus caderas contra mi boca, queriendo más, anhelando sentirme más profundo... La complazco y dejo que mi lengua se hunda en su interior, disfrutando de su sabor, salado para los demás, pero tan dulce para mí...

Mis dedos suben y empiezan a acariciar su clítoris. Ivy empieza a gemir a un ritmo desesperado. Por el ritmo de sus latidos y la forma en que empuja contra mi boca, sé que la tengo exactamente donde quiero.

Justo antes de dejar que se corra, me detengo. Entonces levanta la vista hacia mí y noto que su cuerpo está cubierto de una fina capa de sudor. Dejo que mi lengua recorra su espalda. Le quito el sujetador y la dejo desnuda mientras me siento en la cama y la cojo por los brazos, haciéndola ponerse de espaldas a mí.

Vacila, pero deja que la toque. Dobla las piernas sobre la cama. Está excitada y expectante, pero también ansiosa. La sumisión, sin embargo, no es una de sus características, porque puedo ver que, detrás de toda esa docilidad, se esconde un espíritu feroz que puja por hacerse con el control de la situación.

Con una de mis manos, le sujeto las muñecas. La hago abrir las piernas, me siento entre ellas, la cojo por las caderas y la hago bajar muy despacio contra mi erección.

Inmediatamente, Ivy levanta la cara, y de sus labios sale un gemido, débil al principio, pero que aumenta a medida que la penetro.

Su pelo me acaricia el pecho, y siento cómo sus caderas empujan contra mí hasta hacerme finalmente hundirme en ella. Espero, intentando calmarme, sabiendo que nunca he sentido nada parecido y que quizá nunca vuelva a sentirlo.

Ivy empieza a bailar. Mueve las caderas, poco a poco, y siento cómo mi polla entra y sale de su sexo, poco a poco, pero cada vez más rápido, a medida que aumenta su deseo.

Decido volver a tomar el control. La sujeto por las caderas y empujo profundamente dentro de ella. Alza la voz y una de mis manos se enreda entre sus pechos mientras juego con sus pezones erectos.

Gira la cara, aprieta sus labios contra los míos y me besa mientras dejo que una de mis manos se distraiga con sus pechos y la otra baje hasta su entrepierna, tanteando su sexo hasta que siento el deseado monte de Venus, que empiezo a estimular con los dedos.

Coloca su mano contra la mía, asegurándose de que estoy en el lugar perfecto para darle placer.

Y entonces sus gemidos se hacen cada vez más largos. Cada vez más rítmicos, cada vez más precisos.

—Sigue, por favor, sigue... —Ivy me suplica mientras apoya su cara contra mi hombro.

Contengo la respiración, me empujo hacia ella y permito que todo mi ser se concentre en este instante, en este momento en que me entrego a la mujer que amo.

Descubro demasiado tarde lo que he estado pensando, pero para entonces, su orgasmo irrumpe en la habitación. Su cuerpo se tensa, su espalda se curva y sus labios se abren mientras Ivy clava sus manos en mis piernas. Empujo dos veces más dentro de ella, y entonces siento que se corre, más intenso de lo que nunca, nunca lo había sentido.

Ivy pronuncia mi nombre. Una y otra vez, la palabra sale de sus labios como si fuera una oración, o un gracias.

En respuesta, susurro la suya, sabiendo que es demasiado preciosa para dejarla escapar.

Solo ahora me he dado cuenta de lo inevitable. En algún momento, probablemente en el mismo instante en que nos vimos, me enamoré de ella, de la mujer que estaba destinada a ser mi compañera, y ahora ya no hay vuelta atrás.

Nunca podré dejar que se vaya de mi lado. Nunca podré alejarme de ella.

Hacerlo sería como vivir sin una droga. Y sé que no soy lo bastante fuerte para hacerlo.

A partir de hoy, me declaro adicto.

CAPÍTULO 13: UN CONTACTO EN LA CORTE DE LAS HADAS



La presión del cuerpo de Adam contra el mío es deliciosa. Tiene la piel bronceada y sudorosa, con los abdominales tensos, sobre los que se deslizan mis dedos mientras él cierra la mano en torno a mis nalgas de un modo dolorosamente placentero. Gruesos rizos ondulantes contornean su rostro mientras su mirada verde bosque se eleva en mi búsqueda.

Sus labios se abren y se encuentran con los míos, y Adam me besa con un deseo feroz, haciéndome sentir, una vez más, algo etéreo pero real. Nunca me había sentido así, tan completa, tan satisfecha, solo por sentir la presencia de otra persona dentro de mi cuerpo.

Su pecho y el mío se rozan mientras Adam me pone una mano en las caderas y me acomoda contra las sábanas. Me coge de las piernas, las rodea con ellas y se aprieta contra mí.

Gimo y él me muerde el cuello mientras me levanta las manos y las coloca sobre nuestras cabezas. Su boca desciende y atrapa uno de mis pezones, y vuelve a empujar contra mi cuerpo, esta vez un poco más suave, marcando un ritmo algo más lento.

En las últimas dos horas, hemos hecho el amor tres veces, y aunque me encuentro agotada, siento que no he tenido suficiente de él. La verdad es que no.

Su cuerpo suave y húmedo se desliza sobre el mío. Lo siento cuando su lengua se introduce en mi boca, llevándome al paladar el sabor salado de nuestra excitación mientras él empieza a acelerar el ritmo contra mis caderas.

En respuesta, gimo contra su boca. Primero una, luego dos, tres veces más...

Adam parece ser capaz de leer mi cuerpo mejor que yo. Casi como si entendiera mi necesidad de él y cómo hacer que mi orgasmo sea más intenso. Se aprieta contra mí para ayudarme a sentirlo más profundamente. Sus dientes atrapan mi labio inferior y su mirada se detiene en la mía mientras mis ojos se cierran y mi espalda se curva.

Llego a un orgasmo prolongado, placentero, por cuarta vez en la noche mientras mis dedos se enredan con los suyos, y unos segundos después, también lo hace Adam, sus roncos jadeos se entrelazan con el aliento que se sumerge en mi pelo.

Me hunde la cara en el cuello. Sus manos se cierran en torno a mi espalda y me estrecha contra sí, abrazándome como si temiera soltarme, mientras su lengua recoge las gotas de sudor que resbalan por mi cuello.

—Basta —digo riendo roncamente, de tanto gemir que me ha dejado la garganta dolorida, aunque no puedo decir que lo lamente.

—¿Por qué? —pregunta sonriendo mientras me mira divertido y su nariz roza la mía.

Me quedo mirándole a la cara, maravillada por su belleza y sintiendo que nunca podré saciarme de su cuerpo, ni aunque me lleve en brazos hasta el borde de la extenuación.

—Me haces cosquillas —le digo riendo.

Adam me mira con asombro, como si viera el amanecer por primera vez. Su boca se hunde en mi piel, traza mi pelo y, al tiempo, ignora lo que le pido. Sus dedos se mueven sobre mis costillas y empieza a hacerme cosquillas mientras me río, desesperada por salir de debajo de su cuerpo. — ¡Para, por favor, para! —Suplico entre risas.

Como impulsado por el deseo de verme reír, sigue buscando los puntos débiles de mi cuerpo, pero además, su sexo, aún dentro de mí, empuja contra mis caderas, provocando que un gemido diferente salga de mis labios.

Parece comprender que ha conseguido lo que deseaba y sonrío. Busca mi boca y me besa lenta y dulcemente, una mano acaricia mi mejilla mientras la otra dibuja círculos en mis caderas.

En cuanto se separa de mi boca, me roza la nariz con la punta de la suya. Sus labios vagan, deslizándose por mi cara, besándome las mejillas, la barbilla y el cuello.

Suspiro y Adam se acomoda a mi lado. Me besa en la frente y luego me estrecha contra su pecho.

—Descansa —me ordena, acariciándome el pelo mientras me sujeta suavemente a su lado.

—¿Por qué, crees que me has agotado? —le pregunto divertida.

—Tal vez —aventura con el mismo tono divertido—. Pero lo necesitas. Has tenido una noche muy larga.

Sé que se refiere, no solo a la ardua jornada de sexo, sino también a todo lo demás: Los descubrimientos sobre la identidad de mi padre, sus experimentos y su relación con la droga Elixir.

La sensación de ansiedad vuelve a invadirme el pecho, pero como si percibiera cómo me siento, Adam me estrecha contra él y me abraza con fuerza. —No pienses en eso ahora —me dice—, solo descansa. Prometo cuidarte.

Cierro los ojos y asiento con la cabeza, sintiendo el cálido aroma de su esencia envolviéndolo todo.

Antes de darme cuenta, me he quedado dormida. Me despierto unas horas más tarde y me doy cuenta de que Adam no está en la cama ni en la habitación.

Aún no ha amanecido, así que intuyo que debo de haber dormido solo un par de horas. Bostezo, me levanto y me visto con la ropa que he dejado tirada en el suelo tras mi encuentro con Adam. Siento todo el cuerpo tenso, y me duelen lugares muy concretos que me recuerdan lo placenteros que han sido ciertos momentos de la noche.

Peinándome con las manos, salgo de la habitación y empiezo a bajar las escaleras, guiada por la única luz que queda dentro y preguntándome si será Adam.

De hecho, está en la sala con Everett. Ambos están revisando los documentos que robamos del escritorio de mi padre.

—Tiene que ser alguien muy poderoso para poder pedir un trato así —dice Everett mientras Adam revisa una lista de papeles.

—¿Quién es muy poderoso? —Les pregunto

Se giran al verme llegar y mi rostro enrojece ligeramente al ver a Adam, recordando lo que hemos hecho. Como él aparta la mirada y actúa con normalidad, yo hago lo mismo, fingiendo también indiferencia, mientras me siento en un sillón junto a Everett.

El hermano menor tiene ojeras, lo que demuestra que probablemente no ha pegado ojo en toda la noche. Pero no está solo, e intento no sonreír al pensarlo.

Por suerte, Everett no parece enterarse de mi reunión privada con Adam. —He estado estudiando las listas que encontramos en el ordenador de tu padre —explica Everett—. Y he descubierto que, durante más de un año, el doctor Taylor ha estado estudiando todas las razas excepto las hadas—. Reflexiona un momento antes de continuar—. Pero su caza de hadas cesó en cuanto empezó a trabajar en Elixir, lo que probablemente indica que quienquiera que esté financiando su investigación pertenece a la corte de las hadas.

—Y tiene que ser alguien lo bastante poderoso como para exigir como parte del trato que no experimenten por su cuenta —secundó Adam.

—¿Hay muchas hadas poderosas? —pregunto, sintiendo una gran curiosidad por la especie, ya que he descubierto que podría ser medio hada.

—Unas cuantos. Las más importantes pertenecen a la corte de la reina Diantha —responde Adam.

—¿Las hadas están gobernadas por monarquías? —pregunto sin entender cómo funciona su reino.

—Sí. Son las únicas criaturas del planeta que son inmortales, por lo que sus líderes suelen tener reinados muy largos. Y más, teniendo en cuenta que les cuesta mucho engendrar hijos —responde Adam.

—Las hadas son criaturas extremadamente orgullosas y egocéntricas. Tienen un temperamento peligroso —dice Everett.

—Se ofenden por todo y se creen más que los demás —dice Adam de mala gana.

Sonrío sin poder evitarlo. —No tienes en mucha estima a las hadas —afirmo, divertida.

—Eso es porque son odiosas —dice Adam con cara de asco, pero inmediatamente añade—. Tú no, claro... Pero eso es porque solo eres medio hada.

Le sonrío amablemente y trato de pensar en lo que me están diciendo. —Pero entonces... Si dicen que las hadas son eternas y como yo soy medio hada...

El descubrimiento me abruma de repente más de lo habitual. Adam se encoge de hombros y Everett no tarda en responder.

—Probablemente poseas una vida más larga de lo normal, aunque no llegarás a ser inmortal como un hada pura.

—¿Cuántos años pueden vivir los licántropos? —pregunto alzando las cejas.

—Unos trescientos años más o menos —me informa Adam.

La cifra me parece irrisoria. Mi boca se abre de asombro y Everett me dedica una sonrisa ladeada.

—De todos modos, como las hadas son inmortales, tienen peleas eternas, lo que hace muy complicado hablar con ellas. Especialmente con la corte de la reina Diantha. Esas criaturas son demasiado prejuiciosas y resentidas, sobre todo las de la corte, que se creen superiores al resto —argumenta Adam.

—Pero si están involucrados en un trato con mi padre, necesitamos averiguarlo con él. Necesitamos saber para qué necesitan esta droga.

—Lo sé —coincide Everett—. El problema es que ponerse en contacto con las hadas es algo complicado.

—¿Dónde viven? —Les pregunto.

—En un reino que está dividido entre este plano y otro —admite Adam, lo que me hace mirarle con interés, pero él se limita a encogerse de hombros—. Las hadas son criaturas extremadamente poderosas. —Asiente, indicando su seriedad.

—Ya lo veo. Si tienen un avión entero para ellos... —murmuro.

Everett suelta una risita. —Es una especie de dimensión espejo, muy parecida a ésta, pero en la que el tiempo transcurre de forma diferente.

—He oído historias sobre eso. Niños que se pierden en el bosque durante unas horas y al volver se dan cuenta de que han pasado años en otra dimensión —les digo.

—¡Exacto! —Everett asiente—. Para contactar con la corte de la reina, debemos contactar con las hadas. Solicitar una audiencia con un miembro en particular de la corte.

—El problema es que necesitamos a alguien que quiera colaborar con nosotros, pero las hadas son terriblemente leales a su reina. Y si la reina Diantha está implicada en esto, estamos como muertos —dice Adam, haciendo un mohín.

—¿No conoces a nadie dentro de la corte que pueda ayudarnos? —Everett pregunta.

Everett y Adam se miran a los ojos. —Hay alguien —explica Adam—. Pero no me gustaría recurrir a ella a menos que sea nuestro último recurso.

Intuyo por su tono que se trata de un asunto delicado.

Sin embargo, tras pensarlo un momento, pienso en alguien. —¿Y si contactamos con mi madre? —Mi tono contiene desesperación y esperanza.

Sus miradas se posan en mi rostro. La proposición es arriesgada, por supuesto, pero no puedo evitar la ansiedad y la excitación que me provoca la idea.

Mi madre, hasta ahora, era un misterio para mí. La creía muerta, y como papá no hablaba mucho de ella, nunca me atreví a imaginar más que los detalles básicos que componían a la mujer de los retratos que crecí admirando en secreto.

Pero ahora, descubrir que sigue viva me ha hecho replantearme las cosas.

—Si mi madre está viva, podría ayudarnos —les digo.

Adam y Everett se miran a los ojos durante un largo momento.

—No lo sé, Ivy... —comienza Everett.

—Tenemos que pensar que existe la posibilidad de que sea la persona que está compinchada con tu padre.

—Tal vez, pero lo dudo —admito—. Por cómo hablaba, intuyo que su relación se rompió hace tiempo.

—Ni por asomo, teniendo en cuenta cuánto tiempo la tuvo prisionera —dice Everett con amargura. Asiento con la cabeza.

—Exacto. Y tal vez ella está resentida con él. No sabemos en qué términos terminaron la relación, pero no pueden ser buenos. Y si le guarda rencor, podemos usarlo a nuestro favor —comparto con ellos.

—¿Crees que podrías convencerla de que investigue quién en la corte podría estar ayudando a tu padre? —pregunta Adam—. Un hada que es una extraña para... ti.

Por su tono, está claro que no lo considera plausible. —Es mi madre —digo simplemente, con una nota de desesperación—. ¿Qué hadas no se preocupan por sus hijos?

—Más de las que crees —admite Adam con una mueca.

Everett se apresura a añadir: —Las hadas son seres caprichosos, Ivy. Ven a los niños como una prolongación de sí mismas. Pueden amarlos u odiarlos según les dicten sus caprichos. —Se encoge de hombros a modo de disculpa.

—Lo entiendo —murmuro, pensando profundamente en ese hecho—. Pero, de todos modos, ¿qué otra opción tenemos? Es una teoría que merece la pena poner en práctica.

—Supongo que sí —dice Everett, cuyo suspiro es audible—. Si es así, tendremos que esperar a la próxima luna llena para llevarlo a cabo en ritual.

—¿Tiene que ser en luna llena? —les pregunto. Adam asiente.

—Los caminos entre los mundos se abren con la luna llena. La luna nueva es cuando se sellan —me informa Adam.

—Si realmente son las hadas cooperando con el doctor, necesitamos saberlo. Y esta puede ser nuestra única oportunidad por ahora —dice Everett.

—Empezaré los preparativos por la mañana —dice Adam, que se echa hacia atrás en el sofá. Tiene una expresión de agotamiento en el rostro, pero también parece pensativo, incluso satisfecho.

No puedo evitar mordirme el labio para contener una sonrisa mientras pienso que tal vez su satisfacción tenga algo que ver conmigo.

Sonrío sin poder evitarlo y borro el gesto antes de que ninguno de los dos se dé cuenta.

—Mañana hablaremos con los miembros del consejo. Les pondremos al corriente a ellos y a los líderes de todas las razas de lo que sabemos y nos pondremos a buscar los ingredientes para abrir el portal durante la próxima luna llena.

Everett suspira antes de levantarse y estirarse. Tras pasarse una mano por el pelo despeinado, coge el ordenador y un fajo de papeles y se marcha a su habitación después de desearnos buenas noches.

Le miro marcharse y Adam se levanta. —Tú también deberías dormir un poco. Necesitas descansar. —El recuerdo de su boca en mi frente y sus dedos acariciándome el pelo mientras me lo dice me recuerda nuestra anterior cercanía. Mis pasos me guían hacia él y, sin poder evitarlo, entrelazo mis dedos con los suyos, mirándole con curiosidad—. Esperaba que pudieras ayudarme con eso —susurro.

Quiero ponerme de puntillas y besarle, recordar el calor que me invade cuando su boca y la mía se encuentran. Pero antes de que pueda, Adam me detiene.

—Sobre eso, Ivy... —Mira a su alrededor, asegurándose de que no hay nadie más que pueda oírnos. Su pulgar se cierne sobre mi labio inferior y lo acaricia con cariño, pero al cabo de un momento se separa y su gesto se vuelve distante—. Lo siento —me dice con tono cansado. Parece volverse frío, igual que antes de nuestro encuentro "especial"—. Pero lo que pasó no puede volver a pasar.

CAPÍTULO 14: LA CORTE DE LA REINA



ADAM

—¿Cómo que no puede volver a ocurrir? —pregunta Ivy.

Su mirada encierra una nota de dolor que no pasaría por alto aunque no estuviera frente a ella. Decir "no" a lo que tenemos juntos es mucho más confuso y doloroso desde que saboreo sus labios y sé lo que su cuerpo puede ofrecerme. El calor de su piel, unido a la presencia envolvente de su aroma, ha bastado para hacerme comprender que no puedo alejarme de ella sin más.

Excepto que debo hacerlo. Tenerla a mi lado la pone a ella y a todos en peligro. Si quiero mantenerla a salvo, si la amo de verdad, lo mejor que puedo hacer es alejarme de ella.

—Lo siento —digo pasándome los dedos por el pelo.

—Espera. —Sacude la cabeza y cierra los ojos. La veo debatirse entre los sentimientos que afloran en su pecho. Confusión, miedo, dolor y rabia—. ¿Qué... fue solo... una... cosa de una sola vez? ¿Un rollo de una noche para ti?

Ivy abre los ojos y me mira. Su expresión está llena de dolor.

Quiero negarme, decirle que nunca podría verla solo como una aventura de una noche.

Pero si se lo digo, entenderá cómo me siento. Entenderá que hay algo más entre nosotros. Algo real de lo que ninguno de los dos puede huir y que nos pone a ambos en peligro.

Eres mucho más que eso. Lo eres todo para mí, pienso.

En cambio, mi expresión se vuelve dura cuando respondo. —No merece la pena complicar las cosas pensando que fue algo más de lo que fue. —El rostro de Ivy se descompone en el momento en que pronuncio esas palabras. Su dolor me atraviesa como una de las flechas que apuntó a su padre horas atrás, para salvar la vida de Everett y la mía.

Quiero retractarme, decirle que todo era mentira, pero cierro las manos en puños, sabiendo que si lo hago, acabaré con las pocas posibilidades que tengo de protegerla.

—Lo siento, Ivy —susurro.

Sacude la cabeza, conteniendo las lágrimas mientras su rostro se llena de ira. Pero por dentro, siento el dolor que nubla su corazón. Ivy se niega a dejarme ver la tristeza. Es orgullosa y no quiere parecer débil en mi presencia.

—No, soy yo quien lo siente —dice roncamente, con los párpados llenos de lágrimas—. Creía que eras diferente, pero al final has acabado siendo un idiota más. —Se da la vuelta y se aleja sin invitarme a seguirla, aunque, imagino, una parte de ella espera que lo haga.

Dentro de mi cabeza, me veo subiendo las escaleras, cogiéndole la mano y besándole los labios. Enjugo las lágrimas que se desbordan de sus ojos y le explico la razón por la que nos he mentado a los dos.

Pero desisto de la idea. Dejo que su puerta se cierre de golpe y espero una eternidad mientras la casa se queda en silencio, y finalmente decido subir a mi habitación.

Mientras entierro la cara en la almohada y cierro los ojos, puedo verla, su silueta moviéndose a un ritmo lento contra mi cuerpo mientras sus labios se abren en un suspiro previo al orgasmo. Al mismo tiempo, siento su corazón romperse mientras llora contra las almohadas. Y todo se mezcla en mi cabeza, me atormenta y me llena de agonías hasta que, muy lentamente, la mañana se lleva consigo la noche y trae el nuevo amanecer.

* * *

La semana pasa tranquilamente. En las noticias no hacen más que hablar de los incidentes que está provocando Elixir. La droga es cada día más potente y peligrosa. Decenas de expertos advierten del peligro de su consumo prolongado, y los telediarios comentan su propagación por todo el país.

—Dicen que ya ha llegado a Irlanda y Gales —dice Everett después de beberse un vaso de zumo de naranja. Sus ojos azules están fijos en la pantalla del televisor.

Sadie se sienta a su lado. Parece consternada, como todos nosotros con las noticias, pero parece no prestarles atención. Apaga el televisor y termina de servir el desayuno que Everett ha preparado mientras Ivy entra por la puerta que da al patio, después de haber salido a correr.

Desde la noche que nos acostamos, me ignora. Se limita a hablarme solo lo necesario. En cambio, su actitud hacia Everett y Sadie es de lo más dulce y amable.

—Buenos días —dice sonriendo al entrar en la habitación y quitarse los auriculares.

Lleva una sudadera gris y el pelo rojizo recogido en una coleta de la que se escapan mechones rebeldes. Su cuerpo huele a sudor, nieve y flores y sus mejillas están sonrojadas, pero su mirada permanece distante.

En mi mente, la veo acercarse y besarme, su mano apoyada en mi hombro mientras me sonrío.

En lugar de eso, pasa junto a mí y se sirve unos huevos revueltos que Everett nos ha preparado. Bromea mientras habla con Sadie y pregunta a Everett por las noticias del día, ignorando mi presencia.

—Creo que tenemos todo preparado para llevar a cabo la invocación —dice Everett, refiriéndose al ritual que debemos realizar para contactar con la corte de las hadas.

Ivy se atraganta con un sorbo de zumo y se limpia rápidamente la boca con una servilleta. Mira a Everett con los ojos abiertos como platos. —¿Cuándo vamos a hacer esto?

—Después del desayuno, si lo deseas.

—Creía que había que esperar a la luna llena —responde frunciendo el ceño.

—Ya es luna llena. Aún no ha salido en nuestro cielo. Pero seguro que lo ha hecho en algún lugar del mundo —bromea Everett.

Hay algo entre los dos. Puedo sentirlo. Desde la noche que rechacé a Ivy, se han vuelto mucho más cercanos. Y aunque mi hermano no es más que un amigo, la ve como algo más... algo extraordinario.

Él no puede verla como yo. El vínculo de pareja me hace ver a Ivy como mi única posibilidad de felicidad. Pero Everett la mira maravillado, disfrutando de las muchas cosas que sé que la hacen superior, lo que hace que le aborrezca, aunque no puedo decir nada.

Ivy se levanta inmediatamente, dejando atrás su desayuno. —Vamos a ello entonces.

Sadie los mira mal a los dos, ya que odia saltarse las comidas, pero Everett se levanta con las mismas ganas que la pelirroja.

—Si insistes... —dice Everett.

Las sigo a regañadientes al patio, observando cómo conversan Ivy y Sadie. Mi hermana pequeña también se ha encariñado con Ivy, por la que muestra un gran afecto.

Sin decir nada, empiezo a palear la nieve, dibujando un gran círculo de diámetro mientras Sadie me imita.

Ivy finalmente siente la curiosidad suficiente para preguntar: —¿Por qué haces eso?

—Para el ritual —explico—. Las hadas son seres elementales, así que si queremos contactar con ellas, tenemos que llevarlas a un lugar donde puedan estar en contacto con los elementos.

Mi mirada la busca, pero al cabo de un momento, Ivy aparta la vista y se concentra en lo que está haciendo Sadie.

Minutos después, Everett regresa. Trae un montón de cosas que deposita sobre la nieve. Lentamente lo dispone todo mientras le cuenta a Ivy en qué consiste el ritual.

—Tenemos que ofrecer un regalo a las hadas junto con nuestra petición si queremos llamar su atención —explica.

Pone cuatro platillos en el suelo y él y Sadie colocan diferentes cosas dentro. En uno, encienden un incienso con aroma floral, cuyas suaves llamas se elevan suavemente. En otro, ponen un cuenco con agua y algunas flores. En el último, vierten un pequeño frasco que emite un suave chorro de vapor al entrar en contacto con la cerámica.

Ivy lo observa todo, maravillada.

—¿Qué tipo de objetos les gustan a las hadas como regalo? —pregunta.

—El tipo de objetos que le gustan a todo el mundo —respondo, después de colocarme en el centro del círculo junto con un pequeño platillo en el que deposito varios objetos, entre ellos

pequeñas piedras preciosas con pepitas de oro al lado.

Ivy observa asombrada la ofrenda que tengo en las manos y coge una de las gemas. Por un momento se olvida de que me odia. —¿Son...?

—Diamantes —responde Everett con un movimiento de cabeza y una mueca—. Espero que éste funcione. Puedes imaginarte que no es un rito demasiado económico de realizar.

—No, ya veo que no —murmura Ivy.

—Escucha —le digo acercándome a ella, ajeno al resentimiento que merecidamente me guarda.

Ivy se cruza de brazos y me mira de mala gana, pero me deja hablar. —Las hadas son peligrosas.

—Ya me lo han dicho antes —refuta con empatía.

Sacudo la cabeza. —Esta vez es diferente, ya que probablemente estarás a solas con una —respondo.

—Si todo va bien, será con mi madre. Dudo que tenga que temerla.

—No lo sabes —le aseguro—. No sabes quién es ni cómo es. Pero aunque sea simpática, las hadas tienen reglas estrictas. Reglas que tienes que seguir al pie de la letra si no quieres ofenderlas.

—Vale, ¿y cuáles son esas normas? —pregunta Ivy, enarcando una ceja.

Su actitud infantil me inquieta, pero me recuerdo a mí misma que debo ser paciente. Al fin y al cabo, yo soy la causa de su actitud.

—No les mires a los ojos —digo inmediatamente—. Lo consideran una actitud desafiante.

—No hables muy alto —añade Sadie, poniéndose de pie—. Ni hagas movimientos bruscos.

—Pase lo que pase o te digan lo que te digan, intenta mantener la calma. En todo momento, debes controlar tus emociones —añade también Everett.

—¿Voy a acercarme a un tigre sin más? Me siento como si me dijeran cómo enfrentarme a un depredador —dice con sarcasmo, pero tiene la frente fruncida, revelando nerviosismo.

—Eso es porque lo son —le aseguro—. Las hadas son mucho más peligrosas que cualquier criatura que puedas conocer. Se toman todo muy en serio y se indignan con facilidad. Ganarse su desprecio es fácil, y conseguir su perdón, casi imposible. —Me mantengo firme, tratando de hacerle comprender lo cuidadosa que debe ser.

—Una vez activado el círculo, estarás sola —dice Everett con calma, intentando no asustar a Ivy más de lo necesario—. Debes entrar en él y decir en voz alta tu nombre, por qué llamas y el nombre del hada con la que deseas contactar.

—Vale —asiente Ivy lentamente, y yo exhalo un suspiro que estaba conteniendo.

—Si todo va bien, vendrán, pero eso podría llevar horas. Las hadas no responden con impaciencia a las peticiones de los mortales. Les gusta hacerles esperar —digo.

—Después de declarar tu propósito tres veces en voz alta, sal del círculo, y esperaremos hasta que atiendan o nieguen nuestra llamada.

—¿Cómo sabremos si se han negado? —pregunta Ivy.

—Porque las ofrendas desaparecerán y el círculo de luz se romperá —dice Sadie con voz neutra.

—¿Y ya está? ¿Se llevan la pequeña fortuna en oro y diamantes que les regalamos sin ni siquiera pasarse a saludar? —se queja Ivy. Sadie se encoge de hombros.

—Esa es la clase de cabrones que son —le digo, para que se haga una idea de con quién está tratando.

Ivy frunce el ceño pero asiente. Sadie y Everett salen del círculo y yo me acerco a ella. —Hay una cosa más —aventuro.

La cercanía entre nosotros, aunque sea fugaz, consigue despertar a mi lobo, haciendo que una punzada me recorra de ansiedad.

Miro a Ivy, perdiéndome en el azul de sus ojos, e inspiro lentamente.

Le tiendo una pequeña daga afilada. Ivy la mira nerviosa.

—¿No me digas que tengo que usarlo para defenderme de una especie de perro guardián astral? —pregunta desconcertada.

Contengo la sonrisa, que se esfuerza por salir de mis labios, y niego con la cabeza. —Hay otro sacrificio que debes presentar a las hadas para llamarlas. Dicen que demuestra que son más fuertes que quienes las piden, pero yo creo que solo les gusta el sadismo. —Ivy mira la afilada daga, y yo la coloco contra su piel—. Debes cortarte la palma de la mano y dejar que la sangre caiga sobre las ofrendas. Por cada llamada, debes cortarte la piel. Son tres llamadas, así que son tres cortes.

Su boca se dibuja en una mueca. —Sí, son sádicas.

—Permíteme recordarte que tienes un poco de sangre de hada —me burlo de ella y sonrío.

—Nunca dije que fuera un ángel —afirma, enarcando una ceja en medio de una mirada tentadora.

La sangre dentro de mi cuerpo empieza a hervir lentamente. Sé bien lo que está insinuando, y también sé lo que eso es capaz de causarme.

Me alejo de ella hasta salir del círculo. —Ten cuidado —le advierto.

Asiente, respira hondo y nos da la espalda.

Tras un minuto de silencio, la veo levantar las manos. Coge la daga y se atraviesa el dedo con el filo hasta que un pequeño hilo de sangre brota de su piel, manchando las piedras preciosas a sus pies. —Yo, Yvaine Taylor, invoco a Diane de la corte de las hadas para hacerle una pregunta. Yo, Yvaine Taylor, invoco a Diane... —repite Ivy.

Levanta la voz en un juramento. Sus plegarias se repiten tres veces hasta que un halo de luz comienza a elevarse desde el suelo y muy por encima de nuestras cabezas, desapareciendo al

alcanzar la altura de las copas de los árboles.

La voz de Ivy, el olor a sangre, todo se pierde, y solo queda la luz cegadora dibujada en medio del jardín. La angustia comienza entonces a subir por mi pecho al no poder sentirla, y a través del vórtice, no puedo encontrarla.

Pasa lo que parece un momento interminable y, finalmente, Ivy sale del círculo de luz.

La veo mirar hacia atrás con curiosidad mientras vigilo sus pasos, para que no se caiga por el mareo que debe estar sintiendo, pero parece estar bien.

Sadie corre a su lado y le entrega un pañuelo para que se limpie la sangre. Al mismo tiempo, Everett va a su encuentro y le pasa un brazo por los hombros.

—Supongo que ahora solo tenemos que esperar... —susurra Ivy.

—No será necesario —dice la voz de una mujer desconocida.

Entonces, el halo de luz se rompe y aparece la figura de una mujer alta en medio de lo que antes era un círculo de tierra desnuda lleno de adornos para llamar a las hadas.

En cambio, ahora la hierba primaveral brota del suelo mientras una mujer se sitúa en el centro mismo del círculo de flores y hierba verde.

La mujer es alta, probablemente cerca del metro ochenta, y por supuesto, como todas las hadas, es extremadamente bella, de piel y pelo oscuros. Sus ojos son dorados, sin pupilas. Tiene el pelo largo, espeso y rizado, casi tocando el suelo. Está ostentosamente adornada con todo tipo de joyas y ornamentos, mientras que una corona de pinchos que imita los rayos del sol deja sus rizos en la frente y rodea su coronilla. Su cuerpo está decorado con marcas doradas, como si estuviera cubierta de pintura, y éstas crecen, tiñendo sus manos y dedos de un color dorado. Su cuerpo es esbelto, con caderas pronunciadas que se enfundan en un vestido de blanco impoluto, cuyos adornos también son de oro.

La mujer levanta la barbilla y nos mira con gesto orgulloso. En mi interior, siento surgir una maldición.

—¿Quién...? —Ivy empieza a decir, pero la corto.

—¡No! —Avanzo hacia ella y Everett esconde a Ivy a sus espaldas. Ella nos mira sin entender qué está pasando.

La mujer sonríe orgullosa y me mira con altivez, esperando a que le explique la situación a Ivy.

En mi interior, siento que me hierve la sangre. Conozco a esta mujer y la odio por el peligro que supone su mera presencia.

—Ivy... —Digo, masticando las palabras—. Tengo el honor de presentarte a Diantha de Val, reina de las hadas.

CAPÍTULO 15: SECUESTRADA



IVY

La tensión en el ambiente es evidente. Incluso Sadie parece estar en alerta mientras la reina nos somete a su escrutinio de uno en uno.

Recuerdo lo que me han dicho y bajo inmediatamente la mirada, evitando sus ojos. Sin embargo, el magnetismo que ejerce la reina de las hadas es tan seductor como aterrador. Es una fuerza tan poderosa que me hace enloquecer, llevándome a creer que no puedo controlar mis actos.

—Puedes mirarme a los ojos —dice la reina y me señala.

Levanto lentamente la cabeza, me encuentro con su mirada y ella asiente. —Así es. Veo en ti la sangre de mi reino. Por eso he acudido a tu llamada.

—Mi señora... —Everett comienza a decir.

Hace un movimiento para arrodillarse ante la reina, pero ella se lo impide. —Ninguno de vosotros, mortales, os atreveréis a dirigirme la palabra. Me dirigiré solo a la chica o a ninguno de vosotros.

Da un paso, dispuesta a sumergirse en medio de la luz. Me mira por encima del hombro, esperando que la siga, y yo doy un paso en su dirección.

—Ivy, no —me advierte Everett—. Es demasiado peligroso.

—Tengo que hacerlo —respondo en un susurro—. Es la única forma de averiguar quién está cooperando con mi padre.

Me libero de su mano y sigo a la reina mientras veo la tensión en los ojos del hermano menor y la ira en el rostro del mayor.

Pero de momento no puedo oírlos. Inspirando con calma, sigo a la reina Diantha, que se sumerge en la luz y me invita a hacer lo mismo.

Al principio, la sensación es parecida a la de hundirse bajo una cascada, salvo que más ligera, como si fuera la presión del aire sobre mis hombros y no las corrientes de agua. Se me cierran los ojos por la luminosidad y tengo que parpadear un par de veces para volver a comprender dónde estoy, pero al final todo parece tener sentido.

El silencio aquí es abrumador. Me encuentro de pie en medio de un lugar enorme, cuyo horizonte está teñido de colores claros. Hay un suave aroma flotando en el aire, y a nuestro alrededor todo

es blanco, pero no puedo distinguir ninguna forma. Solo puedo ver formaciones de vapor, parecidas a nubes.

La reina avanza con regia serenidad, deteniéndose cuando está frente a mí. Entonces extiende la mano y me doy cuenta de que tiene dedos con uñas largas, afiladas y doradas; extrañamente, de su piel brotan flores como pequeños capullos. Al principio, creo que son adornos, pero veo el momento exacto en que uno de los capullos cae de su mano y se adentra en la niebla. Comienza a crecer una enredadera y luego otra pequeña flor emerge de su piel y ocupa el lugar de la anterior.

La reina Diantha coloca sus dedos bajo mi barbilla, haciéndome levantar la vista. Su tacto es frío y cálido al mismo tiempo, a una temperatura indeterminada que me hace sentir como si me quemara.

Aun así, no aparto la mirada y mantengo el rostro relajado. Me concentro en respirar, recordando lo que Everett y Adam me dijeron sobre mantener la calma ante cualquier miembro de la corte de las hadas, especialmente su reina.

Me dedica algo parecido a una sonrisa. Sus labios son dorados, igual que su maquillaje y sus ojos; dentro de la boca solo tiene colmillos.

—Bien. Veo que, efectivamente, perteneces al linaje de mis hijos.

—Perdone, mi señora, pero creo que no le entiendo —susurro en tono educado.

La reina levanta una fina ceja. —Fuiste criada por humanos. En su voz no detecto ningún signo de pregunta.

La reina tiene una voz fuerte y densa, llena de oscuridad. No es suave y melódica como cabría esperar, sino poderosa como un relámpago. —Sí, mi señora. Mi padre no me habló de la existencia de las hadas hasta hace unos días.

—¿Quién es tu padre? —pregunta en tono impasible.

—Dr. Joseph Taylor, milady. —Una de sus cejas se alza con intriga, pero su gesto es demasiado relajado. Intuyo que esa es toda la sorpresa que conseguiré vislumbrar en su gesto.

—Así que eres la hija del cazador —dice. Asiento a regañadientes.

—Yo tampoco lo sabía hasta hace poco —confieso. La reina me dedica una sonrisa tranquila, casi aburrida.

—Tu padre es un hombre lleno de secretos —dice.

Entonces aparta la mano de mí y levanta ligeramente la barbilla, mirándome con interés.

—Son sus secretos los que me han traído hasta vos, mi señora... O mejor dicho, hasta vuestra corte. —Me mira interrogante pero no pronuncia palabra y entiendo que me está dando permiso para seguir hablando—. Hay una droga que afecta a Londres en la actualidad...

—Lo sé —me corta Diantha de forma mortal—. Confiné a mi corte en nuestro reino para que no se viera afectada por la droga mortal. —Asiento lentamente y continúo—: Creemos que mi padre elabora la droga con la ayuda de alguien de vuestra corte, Majestad.

—Eso es imposible —dice con tono mordaz—. Mi familia no se mezcla con los asuntos de los mundanos.

El término "mundano" me produce un enorme desagrado, como si fuera algo más que un insulto. Que la reina se refiera así a los mortales me desagrada, pero evito contradecirla, así que contengo una mueca y asiento con la cabeza.

—Entiendo que pienses así, pero nuestras investigaciones nos llevan a pensar que sí...

—Las investigaciones de tres niños curiosos no me preocupan —afirma la reina con una sonrisa de suficiencia en sus gruesos labios.

Inhalo, intentando calmarme. —No somos niños, y no nos hemos inventado todo esto. Hay papeles en el despacho de mi padre que prueban que alguien de esta corte está suministrando Niños del Crepúsculo como sujetos de prueba a cambio de la fabricación del Elixir.

Demasiado tarde pienso que mi tono ha sido duro pero la reina no parece afectada, o al menos, no lo demuestra.

—Y quieres que traiga al miembro de mi tribunal que actúe en interés del doctor.

—Sí, Su Majestad... Estaría muy agradecido si...

—Me estás pidiendo un favor —interrumpe, enarcando una ceja—. Lo que significa que, a cambio, tengo derecho a pedirte uno.

La miro sin comprender, pero, de algún modo, siento que he caído en una trampa. Algún tipo de cláusula oculta entre los contratos de los mortales con los seres fae.

—¿En qué puedo servir a Su Majestad? —Pregunto con cautela.

—Tengo una hija —responde entonces con toda autoridad—. Se llama Nyx. La princesa fue secuestrada por un mortal y necesito saber dónde está.

Por primera vez, su gesto muestra alguna emoción. Hay rabia en su mirada y algo de valentía en su voz.

—¿Crees que mi padre la secuestró? —Pregunto, manteniendo mi voz suave.

—Si fuera él quien la tiene, lo sabría —asegura la reina con una peligrosa sonrisa en los labios. El instinto me advierte que no le pregunte el motivo de sus palabras.

—Si no es él quien la tiene, ¿cómo puedo ayudarlos, Majestad?

—Busca a la Princesa Nyx y dime su paradero. A cambio, encontraré al miembro de mi corte que está cooperando con el Dr. Taylor.

—Pero mi señora... no puedo hacer eso. No sé quién podría tenerla, o dónde...

Pero Diantha me interrumpe. Levanta la mano en un gesto exasperado y me mira con fastidio en los ojos.

—Acepto ayudarte solo porque por tus venas corre la sangre de mi reino. Pero no te equivoques, niña... Sigues siendo una mortal a mis ojos.

—Lo que quería decir, Majestad, es que no sé dónde podría buscar a la princesa Nyx...

—Entonces tienes mucho trabajo por delante —afirma Diantha con naturalidad y una sonrisa maliciosa. Sabe que me ha atrapado en un callejón sin salida—. Mi corte está cerrada y mis hadas tienen prohibido el contacto con el reino de los mortales. Así que, hasta que no aparezca la princesa Nyx, no tendrás otra oportunidad de dirigirte a nosotros.

Pero eso es injusto. Quiero gritar, pero me callo.

Diantha observa mi expresión, esperando ver algún rastro de emoción, pero no lo consigue. Tras un momento, continúa. —Si haces lo que te ordeno, a cambio cumpliré el favor que me pides y arrestaré al miembro de mi corte que colabore con el doctor Taylor.

Sé que no tiene sentido discutir, pues está claro que la reina no cederá en esto, así que asiento lentamente.

Sonríe entonces y extiende la mano, ofreciéndome una pequeña flor dorada cuyos pétalos son negros en el centro. —Cuando la encuentres, planta esto en la tierra y vendré, no importa el lugar.

Al cabo de un momento, la reina se da la vuelta. No espero una despedida, ni mucho menos, pero la observo caminar hasta que, poco a poco, el ambiente cambia a medida que el aire se vuelve frío.

De repente parpadeo, y ya no estoy en medio de la espesura y la luz. En su lugar, es de noche, y estoy de nuevo en el patio del Ajax, pero ha caído la noche, y hace mucho más frío que antes.

La nieve cubre mis pies. Descubro que los utensilios del hechizo han desaparecido. Con una maldición pegada entre los labios, avanzo hacia la casa, sacudiendo los pies para quitarme la nieve.

En cuanto entro en casa, Sadie levanta la cara. Estaba sirviendo pasta en unos cuencos hondos, pero se detiene, deja caer la sartén y corre en mi dirección. —¡Ivy! —grita emocionada.

Me abraza y yo le devuelvo el gesto, sorprendido por su reacción.

Inmediatamente oigo un ajetreo. Adam y Everett aparecen en la entrada de la habitación y se me quedan mirando como si fuera un fantasma.

—¡Has vuelto! —dice Everett, viniendo directo hacia mí.

Me abraza y veo que Adam también avanza en mi dirección, pero se detiene antes de tocarme.

—Claro que sí; ¿cuánto tiempo estuve fuera? —Les pregunto, intentando calcular las horas.

—Tres días —responde Adam con amargura.

Inmediatamente solté una carcajada nerviosa. —¡Me estás jodiendo!

—No. —La mirada de Everett es seria, preocupada—. Desapareciste durante casi cuatro días.

—Íbamos a llamar al consejo para pedir una audiencia forzosa con las hadas desde que las convocamos de nuevo para saber de ti, pero nadie respondió.

Los miro y sus miradas asustadas, y comprendo que me están diciendo la verdad. —Yo... lo siento mucho. Para mí, solo fueron unos minutos...

Adam asiente y Sadie me lleva al salón.

—¿Qué te ha dicho la reina? —me pregunta.

Les cuento con cara agria las peticiones de la reina, deseando poder darles buenas noticias después de lo que debe haber sido una larga espera para mí.

—Lo siento, pero la reina se niega a ayudarnos. Dice que a menos que encontremos a su hija Nyx, se negará a cooperar con nosotros.

Everett frunce el ceño y Adam se mira las manos.

—¿Hay alguna forma de encontrar a la princesa? —Le pregunto a Everett, que se pasa las manos por el pelo mientras piensa.

—Tal vez... quiero decir, no lo sé. Podríamos hablar con las brujas. He oído que hay un rastreador que...

—No hace falta —anuncia Adam, sin mirarnos. Tarda un rato en volver a hablar, pero cuando lo hace es en voz baja—. No servirá de nada. La princesa no quiere que la encuentren.

—¿Qué? —dice Everett, frunciendo el ceño—. ¿Cómo coño lo sabes? —Adam levanta la vista y se nos queda mirando con rostro serio, la cautela grabada en la mirada.

—Porque yo mismo ayudé a esconderla.

CAPÍTULO 16: COMPAÑEROS DE DESTINO



ADAM

—¿Qué has...? —Everett empieza a decir, su expresión de sorpresa oculta la rabia que sé que siente en su interior.

Se levanta y me mira indignado, así que levanto la cara y le miro, intentando mantener la calma.

—Nyx está con Evander —le explico.

Evander es mi beta, o lo era, pero abandonó la manada hace más de un año, al enamorarse de la Princesa Nyx, de quien descubrió que era su pareja.

Pero nadie lo sabe, ya que las razones por las que Evander dejó la manada han permanecido en silencio. Eran un secreto entre mi padre y yo.

—¿Quién es Evander? —pregunta Ivy entre susurros a Sadie, que responde del mismo modo.

—Beta de Adán. Un beta es... —Sadie comienza a explicar las conexiones que nos unen a los lobos, asumiendo que Evander era una especie de mejor amigo para mí. Pero se equivoca. Él es mucho más que eso y, por lo mismo, perderlo ha sido un golpe duro pero necesario.

En los ojos de Everett veo reflejada la ira. La ofensa de que le oculte algo así le corroe por dentro, pero, como siempre, intenta calmarse en aras del bienestar de todos.

Es algo que siempre he admirado de mi hermano, el hecho de que, pase lo que pase, parece poseer un enorme dominio sobre sus emociones. Seguramente, pienso con amargura, si Ivy fuera su pareja predestinada, encontraría la manera de que las cosas funcionaran entre ellos sin ponernos a todos en peligro.

Al cabo de un momento, Everett respira hondo. Veo cómo se traga su rabia mientras mastica sus palabras.

—Vas a contármelo todo. No me importa por qué me lo ocultaste, pero ahora me lo vas a explicar.

Asiento con la cabeza, sabiendo que probablemente no tengo otra opción, así que empiezo diciendo: —Hace aproximadamente un año, fuimos a una sesión especial en la que se debatieron diversos temas sobre los tratados raciales.

—Lo recuerdo —dice Everett.

—Pues bien. ¿Recuerdas que Evander nos acompañó? —De nuevo, Everett asiente.

Mi beta es el hijo del beta de mi padre, así que se estaba entrenando, igual que yo, para liderar algún día la manada.

Asiento despacio y digo: —La princesa Nyx estaba allí en aquella ocasión, representando a la corte de las hadas —explico, ya que Sadie no nos acompañó al evento e Ivy no nos conocía entonces—. Muy rara vez la reina Diantha sale de su reino, pero se nota que su hija no se parece en nada a ella.

—Vamos —me insta Everett.

—Una noche, Evander volvió muy tarde a la habitación. Parecía abatido pero también muy excitado. Era extraño, como si un rayo lo hubiera partido en dos, pero lo disfrutaba. —Solo ahora lo entiendo, pienso irónicamente. Me siento exactamente así cada vez que veo a Ivy—. Evander me dijo que la princesa Nyx era su compañera predestinada y que los dos estaban enamorados, pero, naturalmente, no era algo que pudieran decir. —Everett y Sadie asintieron muy despacio.

—¿Cuál era el problema en su relación? —pregunta Ivy inocentemente.

Le dirijo una sonrisa amarga. —¿Alguna vez te pareció la reina de las hadas el tipo de persona que aceptaría la relación de su única hija con un mortal?

—Tal vez no —dice Ivy—. Pero la princesa no tenía que seguir sus reglas, ¿verdad?

Sacudo lentamente la cabeza. —No es tan sencillo —argumento.

—Ya te hemos dicho que las hadas son caprichosas con su progenie. Los aman o los detestan, pero en cualquier circunstancia, los consideran parte de su propiedad —me asegura Everett.

—La reina Diantha es quizás el mejor ejemplo de esto. Para ella, la princesa Nyx le pertenece por completo. Creo que esa convención fue la primera y única vez que la princesa consiguió el permiso de su madre para separarse de ella siquiera unos días —digo.

Ivy frunce los labios y yo asiento. —Comprenderás que para ella, la idea de tener una relación con un mortal era impensable. La reina lo prohibiría. Mataría a Evander por el mero hecho de que se fijara en su hija.

—¿Y qué hiciste entonces? —pregunta Ivy, intrigada.

—Evander nos contó a mi padre y a mí lo que estaba pasando. Mi padre, Thomas, era alfa por aquel entonces. Tras darse cuenta de que Evander y Nyx eran una pareja destinada, decidió ayudarles a huir. Fue entonces cuando la princesa Nyx desapareció. El mismo día que Evander dejó la manada.

—¡Lo sabías todo este tiempo y no me lo dijiste! —La mirada aplastada de Everett muestra el dolor que siente.

—Es un secreto demasiado delicado y peligroso para compartirlo. Y sé que entiendes la razón por la que te lo oculté. Eres mi hermano, sangre de mi sangre, pero Evander es mi beta, y me pidió que guardara el secreto. Y así lo hice afirme. —Mis palabras no consiguen calmar la ira de Everett, así que añado—: A veces es necesario mentir, omitir cosas para proteger a los que amas.

—Mi mirada se vuelve involuntariamente hacia Ivy en cuanto digo eso. Pero ella no comprende el peso de mis ojos en su rostro, así que desvía la mirada en su lugar.

—¿Qué se supone que tenemos que hacer ahora? —pregunta Ivy en medio de un suspiro.

—No lo sé —afirma Everett, pasándose las manos por el pelo y sentándose pesadamente en el sofá.

—De todas formas, podrías ir a hablar con la princesa y con Evander —dice Sadie, que está abrazada a una almohada mientras nos mira a todos con circunspección—. Quizá si ella conoce a fondo la situación, pueda ayudarnos.

—Dudo que conocer la situación la haga abandonar su tranquila vida junto a su compañero predestinado para correr de nuevo a los brazos de su madre —argumenta Everett.

—No paráis de repetir eso de 'compañero destinado', pero no lo entiendo. ¿De qué estáis hablando? —Los tres la miramos, y mis labios se contraen en un gruñido. Irónicamente, el vínculo que nos une es una verdad desconocida para ella.

—A veces olvido lo humana que eres —digo con un tono amargo.

Ivy me lanza una mirada sarcástica y frunce el ceño. —Ilumíname entonces, oh gran alfa... —Pero es Sadie quien explica—. Los Hijos del Crepúsculo poseemos muchas cualidades que nos separan de los humanos. La principal, quizás, reside en el hecho de que tenemos parejas destinadas. Son... algo así como las historias de almas gemelas.

—Tu pareja predestinada es tu otra mitad —explica Everett con sencillez—. Antes de conocer a esa persona, tienes libre albedrío, pero en cuanto la conoces, todo lo demás se borra. No puedes amar a otra persona, desear a otra persona ni estar con otra persona.

—Es como si encontraras esa parte de ti que te faltaba sin que lo supieras, y al encontrar esa parte de ti, tus sentidos se conectan. Pensamientos, sentimientos y acciones, todo late en sincronía, como si fueras uno.

—Si uno muere, el otro podría morir de dolor —anuncio secamente, sin querer mirarla. En cambio, los ojos de Ivy permanecen clavados en mi cara—. La separación es casi dolorosa. No muchos de nosotros podemos soportar estar lejos de nuestra pareja destinada.

—Y tú... ¿Cómo... sabes quién es esa persona? —pregunta ella, titubeando.

—Tú no. Al menos no hasta que vuestros caminos se crucen —le asegura Everett.

—Es el llamado 'amor a primera vista', salvo que para nosotros no tiene defectos. El vínculo nos une de por vida. Una vez sellado ese vínculo, sentimos, pensamos y actuamos como el otro.

—Suenan... dependiente —dice con una mueca.

Un suspiro exasperado sale de mis labios.

—No lo entiendes —digo cansado—. No es dependencia. Es amor. El sentimiento más puro que podemos expresar. Nos encontramos conectados de por vida a esa persona, y haremos cualquier cosa para protegerla. Incluso si su protección significa nuestra destrucción. —Me quedo exhausto con el peso de mis actos y decisiones arremolinándose en mi interior.

Ivy parece enrojecer. Aparta la mirada nerviosa y se muerde el labio inferior.

—De todos modos, creo que podríamos intentarlo. Tal vez la Princesa Nyx podría ayudarnos —dice Ivy.

—La reina mataría a Evander si supiera dónde están —afirma Everett—. Dudo que eso sea un buen incentivo para ella.

—Eso solo ocurrirá si le decimos a la reina dónde están, pero no tenemos por qué hacerlo. Bastará con que hablemos antes con ella —insiste Ivy.

—Tal vez ella tenga una pista. Algo que la reina no quiere decirnos, pero que nos llevará en la dirección correcta —ofrece Sadie.

—Supongo que si no queda otra opción... —murmuro con amargura.

—¿Sabes dónde están? —pregunta Everett.

—Tengo una vaga idea. Papá se aseguró de esconderlos bien. Usó una bruja para eso, creo.

Everett hace pucheros. Detesta a las brujas. —¿Qué bruja?

—Alguien llamada Gwen... No recuerdo su nombre completo —explico, exasperada—. Es una rastreadora. Está especializada en esconder y encontrar cosas.

—Entonces ella podría encontrarlos por nosotros —anuncia Everett.

—Dudo que lo haga. Pero tal vez podríamos ir al campo y buscar. Papá dejó algunas pistas de dónde podrían encontrarse.

—Estupendo —dice Everett con voz seca mientras se levanta—. Iremos a por ellos y veremos cuánto podemos hacer para solucionar todo este inconveniente.

—Iré contigo —dice Sadie, y tanto Everett como yo la miramos.

—¡No! —decimos inmediatamente, al unísono.

—Es demasiado peligroso —afirma Everett con una sonrisa de disculpa.

Sadie hace una mueca y yo le revuelvo el pelo. —Será mejor que te quedes con Leo —le digo.

Leo es mi omega. Como mamá está fuera de la ciudad, él es la mejor persona para cuidar de Sadie.

Sadie nos mira con duda, pero sabe que no sirve de nada opinar.

Justo entonces todos nos acordamos de la cena. —¿Alguien quiere pasta fría? —ofrece Sadie.

—Paso —digo con una mueca—. Será mejor que vayamos a hacer las maletas. Si vamos a seguir adelante con esta loca idea, deberíamos irnos mañana muy temprano, para no perder más tiempo.

—Tomaré pasta —dice Everett amablemente.

—Y yo —dice Ivy con una sonrisa.

Me lanza una última mirada con esos expresivos ojos azules.

Quiero contárselo todo -creo- y preguntarle si no entiende lo que significa este vínculo para nosotros, los lobos, cuando, de hecho, ella está unida a mí, pero no puedo hacerlo.

En lugar de eso, la suelto mientras mi hermano le pasa un brazo por los hombros, acercándola y haciendo que se me revuelva el estómago de rabia.

En silencio, subo las escaleras hasta el segundo piso, a lo que solía ser el estudio de mi padre.

La habitación está en silencio, ya que Everett y yo sentimos un respeto casi reverencial por este lugar. No se ha movido nada desde que papá murió hace un año, y aunque mamá limpia a menudo el lugar, o pasa de vez en cuando a leer un libro en el sofá, no ha cambiado mucho. Es casi como si él siguiera aquí. Como si en cualquier momento fuera a doblar la esquina y entrar en la habitación con la cara sumergida en uno de sus libros.

Mis pasos quedan amortiguados por la gruesa moqueta que decora el centro del despacho. Me deslizo tras el escritorio y me siento en la silla giratoria mientras abro uno de los cajones, cuya llave llevo siempre conmigo.

De entre los fajos de papeles, saco un único número de teléfono. No hay nombre ni indicios de que pueda asociarlo a nadie en particular.

El teléfono suena varias veces en medio de una llamada privada. Tras un largo momento, deja de sonar y al otro lado se hace el silencio.

—Evander —digo, hablando en voz baja.

Una voz familiar me responde al otro lado de la línea. —Adam, ¿eres tú? —Su sorpresa da paso a la ansiedad—. ¿Qué ocurre? ¿Por qué llamas a estas horas? ¿Están todos bien?

—Lo están. Pero escucha, podríamos estar en grave peligro.

—¿Por qué? —Se nota el tono de alerta en la voz de Evander. Sé que mis palabras le han puesto en guardia.

Inspirando lentamente, digo: —La reina Diantha se ha puesto en contacto con nosotros. Está buscando a Nyx... y necesitamos encontrarla primero. La seguridad de todos podría depender de ello.

Evander guarda silencio. Tras pensarlo un momento, finalmente dice: —Adam... Sabes... Yo... Yo... No puedo hacer eso...

—¡Lo sé! —Susurro—. No te estoy pidiendo que le digas a la reina tu paradero y el de Nyx. Solo te pido que me lo digas.

—No puedo ponerla en peligro. Lo sabes —dice, con una nota de disculpa en la voz.

—Sé que lo que pido es arriesgado. Pero Evander... —Tras respirar hondo, comprende que pasa algo más de lo que le estoy contando.

—¿Qué pasa, Adam? —me pregunta.

—Es mi compañera —afirmo.

—¿Has encontrado a tu pareja? —pregunta, y su voz cambia de tono. Por un momento parece emocionado.

—Lo he hecho. Pero ella está involucrada en esto, Evander. Mucho más de lo que crees. Me temo que la seguridad de todos podría depender de si podemos o no hablar con la Princesa Nyx.

Evander hace una pausa para pensar. Tras un momento de silencio que me parece una eternidad, por fin habla. —Hay una pequeña taberna en Minster Lovell, cerca del río, donde podríamos encontrarnos —le oigo decir, e inmediatamente cuelga la llamada.

CAPÍTULO 17: CONFESIONES DOLOROSAS



IVY

—¿Volverás pronto? —pregunta Sadie, con el ceño fruncido y los brazos cruzados.

—Es un viaje de dos horas —responde Adam después de cerrar la maleta—. Así que no deberíamos tardar tanto.

—Probablemente volveremos en un día o dos, pero prometo que te mantendré informada —dice Everett en un tono más dulce, besando a su hermana en la coronilla.

Ella lo mira y asiente, mientras un chico se acerca a nosotros. Es más o menos de mi estatura, tiene el pelo grueso del color del chocolate oscuro que lleva despeinado, y tiene la piel bronceada por el sol, los ojos ligeramente rasgados, los labios gruesos y la nariz prominente. Es un chico atractivo, aunque algo malhumorado, con un acento y una voz algo gruesos.

Saluda a Adam y Everett e incluso se toma la molestia de despeinar a Sadie. —¿Con que te voy a hacer de canguro los próximos días? —se burla de ella.

Sadie le dedica una mueca, pero está claro que se siente a gusto con el desconocido. Me mira y yo sonrío, pero su gesto se torna agrio.

—Leo, esta es Ivy. Ivy, este es Leo, mi omega —nos presenta Adam de pasada.

—Es un placer —le digo tendiéndole la mano, pero no la coge.

—¿Estás seguro de que puedes confiar en ella? —le pregunta Leo a Adam, sin pelos en la lengua.

—Estoy totalmente seguro —le asegura Adam, ignorando la evidente hostilidad en el tono del chico.

Después de echarle una última mirada al coche, nos mira a Everett y a mí. —Es hora de irnos —dice.

Entra en el coche y Everett le da un fuerte abrazo a Sadie, que se escapa de las manos de su hermano y viene a abrazarme a mí también. —¡Cuídense!

—Tú también —le digo a la vez.

Subimos al coche y Adam arranca el vehículo mientras nos alejamos de la mansión. No puedo evitar mirar hacia atrás y notar a Sadie junto al extraño de mirada rasgada y hostil. —¿Qué he

hecho para ganarme su antipatía? —les pregunto a los dos.

—Eres humana —afirma Adam con naturalidad.

Everett sonríe y responde. —No se lo tengas en cuenta. Leo es una buena persona, pero su pasado es muy complicado.

—Vivió muchos traumas y, por eso, tiene prejuicios contra cualquiera que no pertenezca a la manada, pero se le pasa con el tiempo. Siento cómo te trató —dice Adam.

Asiento con la cabeza y decido concentrarme en el viaje que tenemos por delante.

El viaje es teóricamente rápido, ya que Minster Lovell no está demasiado lejos de Londres, pero debido a la nieve y al tiempo borrasco, probablemente tardaremos un poco más.

Adam pone música y Everett consulta su móvil. —¿Estás seguro de que están en Minster Lovell? —le pregunta a su hermano.

—No, pero probablemente están en algún lugar cerca de ese punto —dice Adam—. Evander me dijo que nos encontraríamos allí, y debería confiar en él.

—¿Qué pasará cuando veamos a la princesa? —Pregunto, nerviosa por mi anterior encuentro con su madre.

—La princesa no es como la reina de las hadas, si te refieres a eso —me asegura Adam, leyendo mis pensamientos, al parecer—. Sin embargo, harías bien en mantener ciertos protocolos basados en su naturaleza, como hablar en un tono de voz tranquilo y no mirarla demasiado a los ojos.

Asiento con la cabeza, intentando recordarlo, y pregunto: —¿Crees que nos ayudará a descifrar quién dentro del tribunal está colaborando con mi padre?

—Es una posibilidad. Probablemente nos dé alguna información sobre cómo funciona la corte de las hadas y a quién podríamos dirigirnos para obtener algunas pistas, lo que sería más que suficiente.

Sé que si encontramos a la persona implicada en esto, tendremos pruebas suficientes para pedir ayuda al resto de las razas y orientarlas en una línea concreta sobre cómo debemos actuar para detener a mi padre. Como mínimo, espero que podamos ejercer la presión suficiente para averiguar qué está pasando realmente y por qué las hadas tienen tanto interés en que el Elixir siga circulando en el mercado londinense.

Por ahora, solo podemos esperar que la princesa quiera ayudarnos, lo que resulta tortuoso. La carretera discurre lenta y con poco tráfico, a medida que nos alejamos de la ciudad y nos adentramos en el campo hasta que lo único que podemos ver durante un largo trecho son los árboles pelados y los montones de nieve que decoran lo que en primavera serán campos donde pasten las ovejas.

Después de casi tres horas, debido a la nieve, entramos en Minster Lovell, que se encuentra en el condado de Oxfordshire. Es un pequeño pueblo del sureste, con pocos habitantes y casas de piedra que parecen sacadas de una película antigua.

Adam atraviesa el pueblo, que parece tranquilo y desolado, y se detiene frente a una pequeña

taberna donde podemos descansar y pedir algo de comer.

—¿Crees que deberíamos registrarnos en el hotel local? —pregunta Everett.

—Dudo que Evander nos haga esperar tanto —asegura Adam.

El día de pleno invierno es frío, y la nieve lo cubre todo a la vista, convirtiendo el paisaje en un cuadro cuyos únicos tonos representativos son el blanco, el gris y el marrón de las piedras o la corteza de los árboles.

—Es el lugar perfecto para desaparecer —susurro mientras mi aliento dibuja una nube de vaho delante de mi nariz, que debe de estar muy roja por el frío.

—¡Vamos dentro! —dice Everett mientras me guía suavemente hacia el establecimiento—. Comeremos algo y beberemos algo caliente mientras esperamos a Evander.

Pero parece que la espera no será necesaria. En cuanto entramos en la pequeña taberna, es obvio que alguien nos está esperando. El lugar, después de todo, es solitario. Excepto por el tabernero y el chico sentado en un rincón desde donde puede ver la entrada. Adam se dirige directamente al desconocido y éste se levanta. Los amigos se abrazan con fuerza mientras Everett sonríe y se dirige en su dirección.

A diferencia de Leo, el rostro de Evander transmite mucha más simpatía. Tiene el pelo negro y liso, y lo lleva largo, recogido en una pequeña coleta en la nuca; sus ojos son rasgados y oscuros. Tiene los labios finos, la piel aceitunada y un cuerpo esbelto oculto por varias capas de ropa de abrigo. Parece un chico normal, pero sé que es un lobo, el compañero de la princesa de las hadas.

—Ha pasado mucho tiempo —le dice Everett a modo de saludo mientras ambos se dan la mano.

La felicidad en el rostro de Adam es evidente. Evander entonces me mira y me hace un gesto amable.

—Tú debes de ser Ivy —dice con voz suave y clara.

Asiento y me da la mano. —Siéntense, por favor —nos invita.

Pedimos algo de beber mientras nos aclimatamos y mientras Evander nos examina.

—Gracias por recibarnos —dice Adam después de esperar a que el camarero deposite nuestras bebidas y se marche. Evander asiente secamente. Su rostro es inexpresivo, pero intuyo que elige sus palabras con cuidado.

—No podría negarte nada, Adam, lo sabes... excepto quizá esto —argumenta con una disculpa dibujada en los labios.

—La princesa Nyx no quiere vernos, ¿verdad? —Dice entonces Adam, leyendo en la cara de Evander lo que sus labios no dicen.

—No sin cierto tipo de seguridad. Entiendes que no puede arriesgarse a que su madre nos encuentre.

—Nosotros nunca... —empieza a decir Everett.

—Sé que no lo harías —responde Evander—. Y te aseguro que posees toda mi confianza. Pero

esta vez no puedo actuar a ciegas. Necesito proteger a quien más quiero de aquellos que quieren hacerle daño.

Adam y Everett asienten lentamente. —Lo entendemos —dice Adam.

Evander coloca entonces un pequeño frasco sobre la mesa. En su interior hay un líquido transparente, solo que su movimiento es mucho más ligero, casi como si fuera un gas. —Nyx ha preparado esto —nos dice el Beta—. Es un tipo especial de poción. Te hará decir la verdad, sin importar lo que sientas al respecto.

Los labios de Adam se dibujan en una fina línea. —¿Quieres que nos lo llevemos? —pregunta y Evander asiente.

—Es solo para asegurarme de que tus intenciones al buscar a la princesa Nyx no esconden otras intenciones —afirma Evander en voz baja.

Asentimos entonces, y él sonríe, aliviado. —Siento tener que pedirte esto.

Adam niega con la cabeza, y Everett también. —Entendemos la situación —responde el hermano menor.

Evander coge entonces el líquido y lo vierte en nuestras copas. Me sorprende descubrir que, tal como imaginaba, no parece agua, sino que se mueve de forma vaporosa.

Miro entonces el té, sintiéndome extraño, pero decido beberlo, ya que es la única manera de demostrar que no tenemos malas intenciones.

Adam y Everett me imitan. Al principio, espero que la poción no sepa a nada, pero extrañamente tiene un sabor dulce y pegajoso contra mi lengua.

Contengo una mueca incrédula, y Evander coloca tranquilamente las manos sobre la mesa.

—¿Cómo te sientes? —pregunta con voz tranquilizadora.

—Como si me hubiera atropellado un camión —afirma Everett inmediatamente—. Llevo demasiados días sin dormir.

—Yo también —se queja Adam, con el cansancio grabado en la cara.

—¿Y eso por qué? —Evander pregunta en un susurro áspero.

—No dejo de pensar en Ivy —confiesa Everett—. Tengo miedo de que le pase algo.

—Es extraño. Yo tampoco duermo por ella. Pero no tengo miedo de que le pase nada. Lo que temo es que me la robes —Adam suelta una risita cansada—. Lo cual es absurdo. Obviamente, no puedes quitármela porque, aunque me odie, sigue siendo mi compañera predestinada.

Los dos hermanos se miran en cuanto Adam dice eso. Evander sonríe en voz baja, una disculpa insinuándose en sus ojos oscuros.

—Lo siento —susurra.

—¿Qué...? —Everett empieza pero me le adelanto

—¿Quieres decir que soy tu pareja destinada? ¿Como... Evander y Nyx? —Le pregunto a Adam.

—¡Mierda! —dice y se lleva una mano a la cara—. No quería que te enteraras así. O mejor dicho, no quería que te enteraras.

—¿Por eso eres tan cabrón con ella? —dice Everett, ofendido.

—¡Es por su bien! —reclama Adam.

—¿Cómo es esto por mi bien? —Digo con voz dolida.

—Porque estar conmigo a solas es un riesgo para ti. De hecho, es un riesgo para todos, ¡maldita sea!. —Suspira, exasperado—. Eres humana y también la hija del cazador de psicópatas. Nos pondrá a todos en peligro si el doctor Taylor sabe que puede usarte contra nosotros para llegar a la manada. Y le daré lo que me pida sin dudar si eso conduce a mantenerte a salvo.

—¡Mierda! —Dice Everett pasándose los dedos por el pelo. Parece molesto—. No me lo puedo creer. Eres un puto pretencioso de mierda...

—Solo intentaba protegernos —grita Adam.

—Tu protección me ha roto el corazón; lo sabes, ¿verdad? —Digo, dolida—. Estoy enamorada de ti, y tú simplemente me rechazas. ¿Cómo crees que me siento? Me destroza cada vez que me ignoras. Adam me mira con los ojos muy abiertos por la confesión. Por desgracia, Everett me mira de la misma manera.

—Es un sacrificio que tuve que hacer a cambio de mantenerte a salvo —afirma de mala gana.

Evander se aclara la garganta entonces. —Tus intenciones hacia la princesa Nyx... ¿son honestas? —pregunta volviendo el hilo a la conversación central.

—Lo son —responde Everett malhumorado—. No pretendemos hacerle daño.

—Solo queremos saber quién coño colabora con el doctor Taylor —dice Adam con el ceño fruncido.

—Solo quiero saber quién es mi madre —digo despreocupada, casi dopada por el efecto de la poción.

Evander me mira con una ceja levantada. —Eso es... interesante.

Mis mejillas se sonrojan por la sorpresa. —Yo... lo siento... no esperaba decir eso en voz alta...

—Lo sé. La poción revela las verdades que se ocultan en lo más profundo de vuestros corazones —dice Evander con calma.

—¡Pues vaya mierda! —se queja Everett—. La chica que me gusta ha resultado ser la compañera predestinada de mi hermano, que es idiota, todo hay que decirlo.

—Y mi hermano va detrás de mi compañera predestinada, a la que intento mantener alejada para protegerla. Sí, realmente es una poción maravillosa —se queja Adam.

Evito mirarles a los dos mientras noto cómo se me enrojecen las mejillas. —Dime que el efecto se pasa pronto —pregunto, avergonzada.

Sonríe. —Se te pasará en un momento, te lo prometo. Por ahora, vámonos. El frío te ayudará a despejar la mente.

Le seguimos en silencio, cada uno con los ojos en otra parte, mientras mi corazón sigue latiendo a toda prisa.

En menos de media hora he aprendido la razón por la que Adam me evade tanto. No me odia; simplemente me quiere demasiado para que no sea peligroso.

Por desgracia, Everett siente lo mismo por mí, lo que nos pone a todos en jaque.

Uno de los tres saldrá de este partido con el corazón roto, por no mencionar que, con toda probabilidad, los tres acabaremos derrotados, dadas las circunstancias.

CAPÍTULO 18: UNA VIDA MORTAL



Evander, que se ha subido al asiento del piloto, conduce el coche por una carretera poco transitada que se aleja de la carretera y de la ciudad a través de lo que parece un páramo desierto, que va subiendo hasta que, finalmente, perdemos de vista todo rastro de civilización.

El río que corre a nuestra izquierda parece ser la única indicación de la dirección, ya que el cielo sobre nosotros está demasiado nublado para usar las estrellas como guía, y la carretera está cubierta de tanta nieve que no puedo ver ningún punto de referencia.

Por fin, la carretera se abre, y frente a nosotros hay una pequeña pero bonita casita de piedra cuyo jardín está imposiblemente en plena primavera.

La valla que bordea la casa delimita lo que parece ser la estación del año. Fuera de la valla es invierno, pero en cuanto la cruzas, el jardín se transforma; el cielo se despeja y la luna descansa tranquilamente sobre la casa mientras un manto de estrellas bordea el lugar. Hay flores y hortalizas plantadas en el jardín, en el que florecen rosas, así como tomates, un melocotonero, un manzano y un peral al pie del camino que rodea la casa hasta lo que parece ser un pequeño lago, donde descansan dos patos.

—¿Es esto posible? —pregunto asombrada, saliendo del coche y aspirando el asombroso aroma fresco del aire.

—Lo es si sabes hablar con la naturaleza —afirma con fluidez una chica cantarina que sale de la casa.

La chica se detiene entonces a la entrada de la escalinata y sonrío mientras yo la observo. Es una joven hermosa, aunque su belleza difiere abismalmente de la de su madre, pues es más sencilla, mucho más natural. La princesa Nyx aparenta unos veinte años. Su cabello es espeso y negro como la noche, aunque lo lleva muy corto y en rizos que bordean su rostro en forma de corazón. Su piel es oscura, al igual que sus ojos, enormes y expresivos, como los de un cervatillo. Tiene labios carnosos, largas pestañas y un rastro de pecas que salpican sus mejillas y el puente de su nariz respingona.

Su figura está enfundada en un delantal que cubre una camiseta blanca y un jersey beige tejido a mano; tiene las manos llenas de anillos y una oreja cubierta de zarcillos, lo que confiere a su aspecto una actitud mucho más juvenil de lo que esperaba.

Va descalza, aunque el ambiente es fresco, y se abraza al cuerpo. Parece amable, pero también, ligeramente nerviosa al vernos.

Evander, que es mucho más alto, se acerca y la rodea con uno de sus brazos mientras le besa la boca. Hay tanta ternura en su gesto, tanto amor, que me emociona descubrir que me ruborizo de solo mirarlos.

—Es un placer conocerles a todos— dice.

Sus ojos se fijan un instante más de lo habitual en mi cara y le dirijo una sonrisa que ella me devuelve adorablemente.

—El placer es nuestro, princesa Nyx —dice Adam con voz educada.

—No me llames princesa —pide—. Ya no soy esa persona. Por favor... —Ella nos invita a entrar—. Hace mucho frío afuera, y todos deben estar muy cansados.

La seguimos al interior de la casa, cuyo salón tiene una curiosa forma circular. La casa mezcla a la perfección un estilo moderno con un aire campestre que resulta muy agradable.

—Nada de zapatos dentro de casa, por favor —pide Evander, que nos dedica una sonrisa y se desliza hasta la cocina junto con Nyx, a la que abraza y acompaña para servir la cena.

Obedezco en silencio, fijándome en todos los detalles que decoran la casa mientras sigo a Adam y Everett hasta el comedor. Tras el efecto de la poción que Evander nos ha dado para hacernos confesar nuestras verdades más ocultas, ninguno de nosotros se atreve a mirar a los demás a los ojos, por lo que nos evitamos constantemente.

Nyx y Evander sirven la cena, un estofado cargado de robusta carne oscura, cuyo sabor no puedo identificar, pero que está delicioso. También hay champiñones rellenos de queso fresco, pan recién horneado y una ensalada de verduras que seguramente no son de temporada en ningún otro lugar de Inglaterra salvo aquí.

La princesa nos sirve cortésmente y come en silencio, disfrutando de la comida y sin atreverse aparentemente a sacar a colación el hecho evidente que nos ha traído a todos aquí.

—Me alegro de ver que estás bien —dice Everett cortésmente, tomando un sorbo de sopa de champiñones y almendras.

—Lo estoy. De verdad que sí —dice la princesa con una sonrisa forzada y, al cabo de un momento, deja de comer—. Sé lo que mi madre ha contado al mundo, pero no he desaparecido. No fui secuestrada. Tu anterior alfa, Thomas, lo sabía, y creo que tú también lo sabes.

—Lo sabemos —dice Adam después de tomar un sorbo de sopa. Intercambia una mirada con Evander—. Evander sería incapaz de hacer daño a nadie.

Nyx sonríe a Evander y le coge la mano por encima de la mesa. —Deseaba una vida mortal más que nada en el mundo. Una vida sencilla, alejada de la política y los juegos de la corte de mi madre. Pero ella no lo entendía. Cuando le dije lo que quería, me dijo cosas terribles. Promesas que sé que cumpliría si me quedaba, y por eso me fui.

—Te entiendo— afirmo, y la princesa me lanza una mirada—. Sé lo que es eso. Mi padre es un

experto mentiroso que tampoco entendió mi visión de las cosas.

La princesa me mira atentamente durante un momento. Y puede que me lo esté imaginando, pero creo detectar un brillo dorado en sus ojos.

Contiene un gemido y sus labios dibujan una *O perfecta*. —Oh, pero tú eres la hija de ese hombre... —murmura Nyx, evidentemente preocupada.

De repente me siento incómoda en mi propia piel, pero la princesa no parece despreciarme por ello, sino que tiene una mirada empática. —Y tú eres la hija de un hada. ¿Sabes cómo se llama?

Asiento con la cabeza. —Lo único que sé es que se llama Diane —digo.

Nyx asiente inmediatamente cuando Evander le dice: —Uno de los deseos del corazón de Ivy es conocer a su madre.

—Conozco a una Diane —afirma Nyx—. Aunque la corte de las hadas es muy extensa. Pero sí, te pareces a ella...

Quiero preguntarle a Nyx más cosas sobre mi madre, pero en lugar de eso, Adam dice: —Nos gustaría saber si tal vez tienes alguna idea de quién podría estar conspirando dentro de la corte para ayudar al Dr. Taylor a crear y distribuir el Elixir.

Tras pensarlo un momento, Nyx sacude la cabeza. —Me temo que me vienen a la mente muchos nombres, pero ninguno que pueda usar con certeza.

—Entonces estamos en un callejón sin salida —dice Everett, suspirando.

—No necesariamente —anuncia con una sonrisa—. Quizá pueda ayudarte, aunque para eso tendremos que esperar a que la noche sea más profunda.

Una sonrisa serena se dibuja en sus labios. Al terminar de cenar, Nyx empieza a recoger la mesa y decido ayudarla.

Evander, Adam y Everett se ponen a charlar en el salón, poniéndose al día mientras Nyx y yo vamos a la cocina.

Saca una preciosa tarta de manzana del horno y empieza a servir té en tazas de porcelana mientras yo la ayudo.

—Puedo entender por qué elegiste esto —digo simplemente.

Me mira largamente y sonrío. —Supongo que te sentías incómoda en tu propia piel —afirma refiriéndose a mi pasado.

Asiento y le digo: —Tenía planes de dejarlo todo e irme a vivir a París, para poder estudiar arte.

—Es un bonito sueño. —Sonríe dulcemente.

—Por ahora, parece imposible —susurro.

—Nada lo es si te lo propones —dice en voz baja.

Sonríe a su manera especial, haciéndome saber que entiende mucho más de lo que imagino sobre

mi situación, y entonces me doy cuenta de algo.

Everett deja la conversación con sus amigos, que están ocupados hablando y sale de la casa en silencio.

—¿Te importaría...? —Pregunto a la princesa, señalando la puerta trasera de la cocina.

—En absoluto —responde ella.

La princesa me dedica una sonrisa y se va al salón a servir el postre.

Sigo a Everett fuera de la casa, bordeando los terrenos, y por un camino que serpentea entre árboles frutales y se abre a un pequeño jardín de flores desde el que puedo ver perfectamente el cielo.

—Este lugar es mucho más grande de lo que imaginaba —confieso a Everett, después de encontrarlo sentado en el banco mirando las estrellas.

Me dedica una sonrisa triste y me hace sitio para que me siente a su lado.

Evito mirarle, pero al cabo de un momento me resulta imposible resistir la tensión. —Everett, yo... quería pedirte disculpas por todo lo que pasó en la taberna.

Sonríe, pero al cabo de un momento niega con la cabeza. —No tienes nada que lamentar —dice amablemente—. No has dicho nada de lo que debas arrepentirte.

—Pero me arrepiento —confieso—. Porque sabía que sentías algo por mí, y siento que he estado jugando contigo.

—No, no lo has hecho —me asegura—. No me has dado falsas esperanzas.

—De alguna manera siento que sí —suspiro—. Pero no era mi intención. Realmente quería que me gustaras.

Everett me mira a los ojos y su sonrisa se vuelve dulce. —Lo sé —afirma con ternura—. Nadie en su sano juicio elegiría a Adam antes que a mí con ese carácter que tiene.

Me río y asiento. —Probablemente tengas razón.

Suspira y sacude la cabeza. —Es una pena, pero el vínculo de pareja va más allá de lo que podemos entender o controlar. Solo lamento que fueras suya y no mía.

La sinceridad de sus ojos me dice todo lo que callan sus labios. Siento cómo se me enrojecen las mejillas al mirarle y me muerdo el labio con nerviosismo. —Yo también lo siento —susurro nerviosa.

Everett extiende una mano y me aparta suavemente los dientes del labio inferior. Se acerca y me besa la boca con ternura.

Por un momento siento que mi corazón ruge acelerado. Un cierto instinto me dice que debería apartarme, pero hay algo dulce en él, una cierta despedida que me hace comprender que éste es el único beso que me dará en su vida. Un beso que simboliza todos los que no pudo, ni podrá, darme.

Se separa lentamente de mí. Sonríe suavemente y se levanta.

—Sinceramente, sospeché desde el principio de tus sentimientos por Adam —afirma Everett, mientras caminamos despacio de vuelta a la casa.

—¿Qué te hizo sospechar? —pregunto con una ceja levantada.

—Adam es especialmente odioso cuando está cerca de ti —dice Everett, lo que me hace reír.

También se ríe, pero luego aclara: —Está claro que algo le incomodaba, pero yo no sabía el motivo. Ahora entiendo mejor lo que pasa.

—¿Lo que pasa es que está como un niño pequeño tirándole del pelo a la chica que le gusta? —Pregunto con una ceja levantada.

Everett suspira y luego se cubre la cara con una mueca triste. —Se trata más bien de la manada. Adam tiende a pensar demasiado las cosas. Cree que el bienestar de todos depende de él.

—Y estar conmigo es un riesgo —afirmo con amargura. Everett asiente.

—Desde su perspectiva, lo es, tanto para ti como para el resto. El alfa de la manada siempre será el blanco de muchas especulaciones y de las miradas de todos a su alrededor.

—Y su punto débil, naturalmente, sería yo. —Suspiro, sintiéndome de repente muy cansada—. Y él me considera débil.

—Más bien, te considera inestimable —dice con una sonrisa a medio camino de la mueca—. Me temo que debe pensar que alejarte es la mejor forma de protegerte.

—Bueno, eso es difícil —digo con una mirada sombría.

—Todo es siempre complicado con Adam —me asegura Everett, después de darme una palmadita en la espalda.

Luego entramos en la casa y vamos al salón, donde Evander y Nyx están sentados y hablando.

En un rincón se encuentra Adam, con cara de circunspección. En cuanto nos ve llegar, se acerca y toma asiento.

La Princesa Nyx me mira y entonces sonríe. —Estaba pensando... Si lo que necesitas es saber quién está ayudando a tu padre a crear esta droga, quizá yo pueda ayudarte.

—¿En serio? —le pregunto emocionada—. ¿Cómo?

—¿Por casualidad tienes algo que haya pertenecido a tu padre, o que él haya tocado?

Asiento con la cabeza y me quito del cuello el colgante que siempre llevo conmigo y que me regaló mi padre.

Everett, Adam y Evander la miran con mala cara. —Solo un cazador le da acónito a su hija —dice Evander con una mueca.

Nyx sonríe, pero es una sonrisa tensa. La observo mientras noto que tiene mucho cuidado de no tocar de primera mano el contenido del colgante.

Coloca el collar sobre la palma de la mano y espera. Levanta la mano libre sobre el objeto y murmura algo.

En respuesta, el collar se mueve en su mano, pero lo hace solo ligeramente, como si hubiera recibido algún tipo de tirón.

Nyx asiente entonces y me lo devuelve. —Después de todo, puedo ayudarte. —Sonrío, emocionada por la afirmación.

—¿Qué piensas hacer? —le pregunto con curiosidad.

Me dedica una sonrisa de anticipación que me hace darme cuenta de que, en realidad, su madre y ella se parecen mucho más de lo que pensaba. —Es un secreto. Tendrás que esperar a que la luna esté alta para descubrirlo.

Evander se acerca y besa a Nyx en la coronilla. Ella levanta la cara y lo mira con dulzura, pero Evander me mira a mí mientras habla.

—Será todo un espectáculo —promete—. Nyx es experta en dar sorpresas.

—Como todas las hadas —murmura Adam—. Solo espero que no sea otra sorpresa como la poción que nos diste a beber.

La risa de Nyx es cantarina y confiada cuando responde: —Oh, te aseguro que te sorprenderás. Pero, descuidado hijo de lobos, tu corazón y sus secretos están a salvo. Al menos de mí... Aunque si yo fuera tú, vigilaría lo que le enseño a mi compañera. Te aseguro que es mucho más intuitiva de lo que esperas.

Me mira y sonrío con confianza, haciendo que me ruborice al verla.

Adam aparta la mirada, y Everett también, aunque una sonrisa se dibuja en sus labios.

—Entonces esperaremos a que anochezca —murmuro para romper el hielo.

—Sí. Solo espero que no haya más sorpresas después —responde Adam hoscamente.

Pero algo me dice que su deseo está lejos de cumplirse.

CAPÍTULO 19: COMO QUIERAS



U nos golpes repetidos en la puerta me hacen levantarme de la cama para abrirla.

—¿Estabas dormido? —pregunta Nyx, bajando la mano. Me doy cuenta de que estaba a punto de volver a llamar.

—No. Solo... me distraje —confieso.

A decir verdad, llevo dos horas mirando al techo, sin poder dormir ni pensar en otra cosa que no sea Adam y lo que siento por él, así como en el beso de despedida que me dio Everett.

Nyx me dedica una sonrisa amable, como si entendiera lo que pienso, y hace un gesto. —Ven conmigo entonces. Todo está listo.

Asiento con la cabeza y la sigo, abrochándome la cremallera del jersey sobre el pecho. Mientras camino junto a Nyx, me doy cuenta de que es mucho más baja que yo. Su esbelta figura se mueve de forma danzante, casi como si levitara en lugar de caminar.

Nyx me guía hasta el patio trasero, iluminado por el resplandor de la luna, que se posa justo sobre nuestras cabezas. La claridad es tan abrumadora que, por un instante, me pregunto si no está amaneciendo ya.

Pero entonces noto que las sombras parecen evitar nuestro camino. No es como si se torcieran, sino más bien como si Nyx las atrapara con las manos mientras camina. Al observarlas más de cerca, noto un gesto que hace mientras susurra algo que suena como una canción. Aparta los dedos con cuidado, como si tuviera un tic nervioso, y cada vez que lo hace, una de las sombras que rodean el camino desaparece como si la hubiera tirado de la punta y la hubiera enrollado entre los dedos.

—¿Cómo has...? —pregunto conmocionada.

Nyx se vuelve y me mira, notando la confusión en mi cara. Me dedica una sonrisa adorable, completamente inocente. —Vamos a necesitarlos a todos para el círculo —me explica como si lo que dice fuera lo más obvio del mundo.

No puedo evitar fruncir el ceño, ya que me encuentro totalmente confusa, pero decido dejar que la situación se explique por sí sola, así que sigo a la princesa hasta que llegamos al centro del jardín, muy cerca del lago.

Adam, Everett y Evander están de pie, esperándonos. Los tres vuelven la mirada al ver llegar a

Nyx, y Evander se levanta y sonríe a su compañero mientras camina hacia ella.

—¿Lo has traído todo? —pregunta Nyx.

—Sí —afirma Evander con el ceño fruncido y luego le muestra un corte que tiene en el brazo—. Aunque algunos de los ingredientes eran un poco difíciles de conseguir.

—¡Pobrecito mío! —Le dice Nyx con dulzura y le pasa un dedo por el corte—. Ya me encargaré de curarlo más tarde. —La sigo hasta la orilla del lago, en cuya superficie se refleja la luna.

Nyx se agacha junto al lago y deja caer algo entre sus manos. Parece una bola negra, o quizá una bola de pelo. No puedo identificarlo, pero el hecho es que sea lo que sea lo que tiene en las manos tiene una forma borrosa y redondeada que me hace pensar que es un animal pequeño porque juraría que puede moverse.

La princesa sumerge entonces las manos en el agua, y la pelota, o lo que sea que tenga en las manos, se sumerge también. En un instante, la superficie del agua empieza a oscurecerse, hasta volverse completamente negra.

—¿Era tinta...? —le pregunto, desconcertada.

—Eran sombras —explica retorciéndose las manos sobre la superficie. Gotas oscuras gotean de sus dedos y caen al agua sin reflejarse.

En mi interior, siento que bullen mil preguntas más, pero me muerdo el labio y decido callar. Está claro que, aunque no están tan perdidos como yo, Everett y Adam también tienen muchas preguntas.

Al darse cuenta, Evander nos dice con orgullo: —Nyx es la princesa de la noche. Su elemento son las sombras y la oscuridad.

Adam asiente, y yo le imito, aunque no estoy muy segura de lo que eso significa. Nyx, mientras tanto, parece decidida a ignorarnos. Sigue cantando suavemente, entre susurros, con una suave voz de ruiseñor que se funde en el aire.

Entonces coge una daga blanquecina y brillante y se corta la palma de la mano sin rechistar. Contengo un gemido y me sorprendo al descubrir que su sangre no es roja, sino plateada, como si fuera de metal.

Nyx deja caer las gotas sobre el agua y emite un susurro, y entonces el agua se mueve como si la perturbaran.

A cambio, Nyx extiende su palma hacia mí. —¿Me das el medallón?

Asiento y le doy la joya. Se unta la mano con un aceite que huele a romero y luego unta el collar con él. Susurra algo y lo deja caer en el agua.

Inmediatamente, la tinta se la traga. El agua burbujea y Nyx me tiende la mano de nuevo. "Yo también necesito un poco de tu sangre", dice.

Me agacho junto a ella, extendiendo la mano y Nyx me hace un corte que arde como el fuego. Me mira y sumerge mi mano en el agua, y de repente siento como si algo me succionara, como si el agua hubiera cobrado vida e intentara chuparme la sangre de las venas.

La sensación no es del todo desagradable, pero me produce ansiedad. Al cabo de un momento, Nyx me deja apartar la mano. Entonces se levanta y le dice a Evander: —¿Has traído el bastón? —Él asiente y le entrega lo que parece ser una rama de árbol, ya que la madera aún tiene pequeños brotes verdes.

Nyx se mete en el agua hasta que le llega a los tobillos. Entonces se detiene y empieza a dibujar un círculo en la superficie del agua con la punta de la rama.

Una parte de mí espera que ocurra algo, pero no veo nada. Aun así, lo que sea que esté haciendo Nyx parece funcionar, ya que asiente como para sí misma. Está tan concentrada que no parece prestarnos atención.

Finalmente, tiende la mano a Evander, que le entrega un vial con algo gris en su interior. Nyx se agacha y lo abre sobre la superficie del agua, y entonces veo el círculo que formó con el bastón, que se dibuja como si fuera de cristal. Lo que había dentro del frasco sale y se eleva en nubes de vapor gris, mostrando que el círculo contiene algo que parecen gritos.

Nyx asiente entonces y me mira. —Ya puedes pasar, Ivy —dice tendiéndome la mano.

—¡Espera! —Inmediatamente Adam se pone delante de mí. Me pone la mano en el hombro como para frenarme y mira a Nyx con el ceño fruncido—. ¿Qué demonios es eso y qué le hará a Ivy? —La preocupación en su semblante es tan sincera que desata el nerviosismo en mí.

Nyx responde con calma: —Es un círculo de recuerdos. Nos permitirá ver lo que haya en los recuerdos del Dr. Taylor.

—Podría ser una forma de averiguar quién le ha estado ayudando —asegura Evander, que se cruza de brazos—. Por eso Nyx pensó que podía ayudarle.

—De acuerdo —dice Adam—. Iré contigo. —Empieza a quitarse los zapatos, pero Nyx le detiene.

—Me temo que no funciona así. Solo Ivy puede atravesar el círculo. Pero te prometo que estará a salvo conmigo.

Adam la mira con duda, con la boca fruncida en una mueca. Entonces le cojo la mano y la aparto suavemente de mi hombro, mirándole a los ojos mientras le digo: —¡No te preocupes, confío en Nyx!

Me mira como si intentara decidir si puede, de hecho, confiar en ella, pero finalmente se aparta lentamente y asiente.

Nyx me tiende la mano y yo entro en el agua, que está sorprendentemente fría. Mientras le cojo la mano, miro atentamente detrás de mí, desde donde Adam, Evander y Everett nos observan.

La princesa de la noche me da un ligero tirón y camino hasta situarme dentro del círculo, y entonces ocurre algo.

Lo primero que noto son los gritos, que se manifiestan a nuestro alrededor. Es extraño porque, fuera del círculo, no los oía bien, mientras que ahora no oigo nada más allá de la superficie del lago, como si el mundo se hubiera callado de repente.

Lo segundo que noto es que Nyx ha cambiado de repente.

La chica que está a mi lado se parece a la joven que nos recibió en su casa, pero al mismo tiempo no tiene nada que ver con ella. Tiene el pelo largo y rizado. Le llega hasta los tobillos y tiene una especie de brillo. Manchas plateadas surcan su cara, donde antes estaban sus mejillas, así como sus manos, que ahora son plateadas, incluidas las uñas, que ahora son largas y puntiagudas. Sus ojos carecen de iris, pero son plateados en todo su contorno, y su piel desprende un extraño aroma.

Me mira y sonrío con una sonrisa dulce pero extraña. No posee nada humano, sino algo más, algo antiguo, peligroso, pero hermoso.

—Sumérgete en el agua —me dice Nyx, cogiéndome las manos—. Yo cuidaré de ti durante el viaje. Me doy cuenta de que su voz también ha cambiado. Es gutural, ligeramente ronca y, al mismo tiempo, aterciopelada.

Me mira pacientemente, así que comprendo que está esperando a que siga sus indicaciones. Inhalo inmediatamente y me agacho, sumergiendo la cara en el agua.

En cuanto lo hago, la presión tira de mí y caigo. Las manos de Nyx desaparecen y todo se vuelve negro y frío a mi alrededor.

Quiero gritar, pero me encuentro en medio de la nada que no es líquida, ni gaseosa, ni aérea. No sé cómo definirlo, ni encuentro el arriba ni el abajo, así que me encuentro pataleando, desesperada en medio de la niebla hasta que una voz parece centrar todos mis pensamientos.

—Ella no puede morir —dice la voz desesperada de un niño—. Ella es lo único que me queda.

De repente, mi vista se enfoca y siento como si el mundo a mi alrededor se dibujara a partir del sonido de esa voz.

En el instante en que soy consciente de ello, me doy cuenta de que estoy en una habitación a oscuras, iluminada únicamente por el resplandor de las velas dispuestas en círculo en el suelo. Dentro del círculo de luz hay cuatro jarras, una con flores y tierra, otra con humo, otra con agua y la última con un fuego que arde lentamente.

En la superficie del círculo hay una mujer de increíble belleza. Tiene el pelo rojo, largo y rizado, que le llega por debajo de las rodillas. Lo lleva entrelazado con cientos de flores diminutas. Sus ojos son absolutamente dorados, y su piel está surcada de marcas del mismo color que trepan por toda la superficie de su cuerpo.

La mujer es alta y orgullosa. Tiene la piel blanca como la leche y unos pequeños colmillos que sobresalen de sus labios, pero su belleza es tal que me sobrecoge. La miro consternada, sabiendo que es mi madre.

Delante de ella hay un niño de no más de diez años. El niño tiene las manos manchadas de sangre y mira a la mujer con ojos llorosos.

Sé que ese niño es mi padre en cuanto lo veo.

—¡Por favor! —suplica con la voz quebrada—. Tienes que salvarla.

—¿Qué me darás a cambio? —pregunta la mujer con una voz que suena a aire.

—Lo que me pidas. Solo... por favor... no la dejes morir —suplica el chico.

La mujer levanta la vista. No sé cómo, pero sé que se posa en una mujer de mediana edad que duerme fuera de esta habitación. Esa mujer se está muriendo.

—Sálvala... —ruega el niño extendiendo las manos hacia el hada.

Se moja las yemas de los dedos con la sangre. Tras un largo minuto, dice entre susurros: —Como deseas.

Entonces el recuerdo desaparece, y todo da vueltas hasta que finalmente caigo de golpe en un prado en medio de un día de verano.

Para entonces mi padre ya ha crecido. Es un joven de unos dieciocho años, con el pelo rubio blanqueado por el sol y grandes hombros.

Sus ojos están fijos en la mujer, que permanece intacta y tan bella como antes.

—¿Has venido para quedarte? —le pregunta mi madre, mirando nerviosa hacia la mansión que hay detrás de ella.

La coge de la mano y juntos se adentran en el bosque. Mientras caminan juntos, el cuerpo de ella cambia. Su piel pierde su brillo dorado, y su pelo parece volverse ligeramente más apagado; sus ojos se transforman y se vuelven de un color ámbar que no es natural, pero que no intimida tanto como los anteriores.

Mi padre se detiene en seco y mira a la mujer, a la que observa fascinado. En medio de lo que parece ser un impulso, le agarra la cara y la atrae hacia su cuerpo, besando anhelante los labios del hada.

Ella le devuelve el beso, pero noto que, aunque hay pasión en su gesto, sus maneras son más frías, mucho más controladas. Como si el deseo ardiera de otra manera en su cuerpo.

—Quédate conmigo —le dice.

Y de nuevo, como la vez anterior, dice: —¡Como quieras! —con voz clara y ligeramente ronca.

Entonces el recuerdo desaparece.

Cuando se vuelve a dibujar la escena, han pasado años. Probablemente otros diez, quizá más. Mi padre parece un hombre. Su barba es espesa y en ella empiezan a aparecer las primeras canas.

Sus ojos son sombríos y su mirada seria. Mira a la mujer, que a su vez observa el bosque tras las ventanas.

Pero esta vez la mujer llora. No solloza, sino que una sola lágrima con reflejos dorados recorre lentamente su mejilla.

Las manos de mi padre se cierran en puños y mira a la mujer con rabia contenida. —No puedes dejarme —dice.

Su voz delata su desesperación. Sus palabras suenan como una orden, no como una petición.

Se acerca a ella entre movimientos apresurados. —¡Diane, mírame! —grita, mientras le toma la cara entre sus gruesas y grandes manos.

Ella hace lo que él le ordena, pero no hay vida en sus ojos. Sus emociones están contenidas en su gesto.

Solo al notar la tensión en sus hombros me doy cuenta de que, en realidad, mi padre sostiene una cuerda entre las manos. Ligera y fina como el hilo de una araña, sale de sus manos y se enreda entre las muñecas del hada.

—¡Eres mía! —afirma con severidad, con el rostro surcado por la ira y la locura. Su boca golpea con fuerza la boca del hada, y percibo su pasión, su deseo. Pero de ella no hay nada, ni siquiera una respuesta, una llama de lo que sintió en el pasado.

Papá se aparta entonces. La mira molesto, dándose cuenta de que puede abrazarla, pero no obligarla a quererle.

—¡Te quedarás hasta que entiendas que tu lugar está conmigo! —ordena.

Baja la cara y se mira las manos, atadas por la cuerda. Y con voz moribunda y ronca repite igual que las otras veces: —Como quieras...

Y entonces todo desaparece.

El llanto de un bebé me despierta. Abro los ojos y veo a Diane, el hada, tumbada en un catre. Tiene la cara sudorosa y la piel muy pálida, pero sonríe.

Extiende la mano hacia una pequeña criatura que mi padre sostiene en brazos. —Es imperfecta como tú —dice con voz dura. Su ceño ha cambiado, me doy cuenta. Tiene la voz quebrada y la mirada perdida.

Lleva a la niña a una mesa de laboratorio y la examina detenidamente. La piel de la niña está cubierta de manchas doradas y tiene pequeñas alas de libélula en la espalda.

Papá suspira y dice: —Tendremos que hacer una extracción.

En el rostro de Diane veo tristeza, pero también resignación. Suelta la mano y vuelve la cara, no quiere mirar al hombre ni al bebé que ha dado a luz.

De repente todo cambia, y solo veo oscuridad hasta que el mundo se difumina ante mis ojos.

Mi padre está tendido en el suelo. Hay sangre manchando el suelo y una figura se postra ante él.

Diane le mira impasible, con el cuerpo resplandeciente. Extiende una mano y acaricia el rostro de mi padre. Pero hay un borde, un peligro perdido en su gesto.

Un sonido a sus espaldas les avisa de que tienen compañía. Al girarse, Diane se da cuenta de que una niña de no más de tres años las observa desde la puerta de la habitación. La niña tiene los ojos brillantes y llorosos.

La niña corre hacia el hada, pero antes de que pueda tocarla, mi padre tira de una cuerda dorada y la niña cae al suelo.

—Puedes irte —dice con disgusto en la voz— ¡pero Ivy se quedará conmigo!

La niña solloza y tiende las manos al hada, y la llama entre llanto y llanto. —¡Mami, mami! — repite una y otra vez.

Diane cierra los ojos, conteniendo todo el dolor, y toda la pena, y cuando los abre, tiene la mirada de hielo.

—¡Como quieras! —declara y da unos pasos, desapareciendo en medio de la oscuridad.

Entonces el mundo se transforma. Un grito desesperado, lleno de dolor cruza la tierra y me hace sentir rota, fragmentada entre las estaciones mientras mi cuerpo se reconstruye del dolor.

Y solo veo una imagen. La de mi padre, muchos años después, con el pelo canoso. Hay alguien de pie junto a él, una mujer, deduzco, y un resplandor desvanecido se dibuja sobre su cuerpo.

El reflejo de la mujer permanece nublado. Su voz es borrosa y confusa, y no entiendo nada de lo que dice. Mi padre está agachado ante ella y, aunque se contiene, tiembla.

La mujer tiende una mano hacia él y el recuerdo se fragmenta. Siento que lo veo a través de los fragmentos de un espejo roto.

—No aceptaré nada menos que obediencia absoluta —ordena la mujer con voz quebrada. En algunos fragmentos del recuerdo, creo que su voz es ronca, y en otros, parece tan clara como el agua.

Mi padre baja la mirada, aprieta la mandíbula y aprieta los puños con rabia.

Pero su voz es gélida cuando dice: —Como quieras...

Y entonces todo desaparece.

El mundo se bifurca entonces y, tras un gemido aterrador, se desgarrar y me arroja al vacío más absoluto, que me recibe con los brazos abiertos en medio de un frío desgarrador.

CAPÍTULO 20: EL OJO DEL CUERVO



ADAM

Tras un momento tormentoso que transcurre entre una multitud pasmosa, Ivy saca por fin la cabeza del agua y empieza a toser mientras jadea desesperada.

Nyx tira de ella y ambas caen al agua, mientras el círculo se rompe y la superficie empieza a recuperar su aspecto cristalino, con las sombras disipándose en sus bordes.

Inmediatamente, los tres corremos en su ayuda. Evander coge a Nyx en brazos mientras yo me apresuro a sujetar a Ivy.

—¿Estás bien? —le pregunto.

Ella asiente e intenta respirar. Le aparto los mechones de pelo empapados de la cara y la miro mientras tose agua.

—¿Qué ha pasado? —pregunta a Nyx.

Cojo a Ivy en brazos y la llevo a un banco cerca del lago, donde la dejo. Everett coloca inmediatamente una toalla sobre sus hombros y otra sobre los de Nyx.

—No lo sé —responde la princesa, apartándose los húmedos mechones de pelo de la cara—. Alguien nos sacó de la memoria.

—¿Cómo? —Ivy y Evander preguntan al mismo tiempo.

Evander tiene cara de asombro. Es como si no se esperara nada de lo que ha pasado.

Nyx sacude la cabeza. Su mirada se pierde en un punto lejano. Ella misma parece conmocionada por la situación. —Todo lo que sé es que alguien ha bloqueado los recuerdos de tu padre.

—Debe ser alguien extremadamente poderoso para poder bloquearte —le dice Evander con cara de preocupación.

Nyx asiente. Su cara no tiene mejor aspecto. —Deberíamos ir a casa —anuncia—. Será más seguro hablar allí.

Con cuidado, ayudo a Ivy a ponerse en pie. Ella apoya su peso en mi hombro y yo le paso el brazo por la cintura para ayudarla a caminar. Everett mantiene la mirada fija en nosotros, pero al cabo de un minuto decide apartarla y se concentra en cambio en observar la carretera.

Al entrar en la cabaña, nos quitamos los zapatos mientras Nyx e Ivy se quitan lo que pueden de

sus ropas mojadas.

Evander sube las escaleras. Al cabo de un momento vuelve con ropa limpia y seca para Ivy y Nyx.

—¿Puedes explicarme qué ha pasado? —pregunta Ivy, mientras se quita los pantalones después de ponerse un jersey tan grande que hace las veces de vestido.

Nyx sacude lentamente la cabeza. Se quita descaradamente la camisa y deja al descubierto sus pequeños pechos, que solo quedan cubiertos por una prenda de lencería bordada mientras Evander la mira circunspecto. Todos sabemos que las hadas consideran que la desnudez es natural, pero eso no hace que sea más agradable o soportable que tu novia se desnude delante de tus amigos.

Por respeto, Everett y yo apartamos la mirada mientras Nyx explica. —Los recuerdos de tu padre fueron manipulados por alguien muy poderoso. Quienquiera que sea no quiere que veamos los recuerdos implicados en la creación del Elixir, así que creó un sello para proteger esos recuerdos.

—¿Y no puedes romperlo? —pregunta Ivy.

—Como hija de la reina, hay muy pocas hadas más poderosas que yo —admite Nyx con cierta nota de orgullo en la voz—. Pero incluso así, hay algunas. Debe de ser precisamente una de esas hadas la que ha bloqueado los recuerdos del doctor Taylor para que no podamos verlos.

—¿Podría haberlo hecho mi madre? —pregunta Ivy,

Nyx responde: —No, tu madre pertenece a la corte. La reconocí, pero no es lo bastante fuerte para bloquearme.

—Entonces... —Ivy empieza a hablar y Nyx suspira.

—Me temo que estamos ante un callejón sin salida.

Ivy se deja caer en el sofá y Evander nos hace señas para que nos demos la vuelta. Mientras miro, me doy cuenta de que las dos chicas ya están vestidas.

—¿Qué era... esa frase del final? ¿La que repetía mi madre? —pregunta Ivy.

—Como quieras —repite Nyx en tono solemne—. Es una especie de juramento para las hadas. En nuestra lengua tiene mucho más significado, pero en el lenguaje humano viene a ser como el cierre de un trato. Es algo que decimos cuando concedemos un favor a cambio de un precio que estamos dispuestos a cobrar después.

—Así que mi padre... Él... ¿Estaba negociando con mi madre? —Nyx asiente.

—Por lo que he entendido, tu padre la invocó de niña para que curara a su propia madre, que estaba enferma. Debió de enamorarse de ella después de aquello y, con el paso de los años, siguió invocándola, aunque me pregunto qué le ofreció a cambio para que le diera un hijo.

Mi ceño se frunce, al igual que el de Ivy. Al cabo de un momento, Nyx suspira. —Siento no haber podido ayudarte más en esto —comenta.

—Quizá... Quizá haya algo que nos pueda servir —dice entonces Ivy, y se le iluminan los ojos

—. ¿Me das un trozo de papel y un lápiz? —Nyx asiente y corre hacia un pequeño escritorio que hay en un rincón. Cuando vuelve, le da a Ivy lo que le ha pedido.

Empieza a garabatear sin pensar. Al acercarme, descubro que, en realidad, sus trazos son delicados y precisos.

Ivy está dibujando una habitación similar a la que encontramos en el sótano de su padre, pero parece mucho más grande y tiene una fila de jaulas y puertas cerradas al final.

—Vi esta habitación en los recuerdos de mi padre —afirma Ivy, y Nyx asiente.

—Lo recuerdo —murmura.

—No sé por qué, pero tengo la sensación de que los Niños del Crepúsculo con los que mi padre ha estado experimentando podrían estar presos allí —afirma Ivy.

Miro atentamente la habitación y luego a Nyx. —¿Podrías ayudarnos a encontrarla? —Tras un momento, el hada niega con la cabeza—. Quizá no pueda, pero creo que sé quién puede ayudarlos.

Se levanta y sube las escaleras. Al cabo de un rato, regresa y le tiende a Ivy una pequeña tarjeta con un sello plateado en el centro.

El sello tiene la forma de un cuervo que está encerrado dentro de un ojo. —Esta es una tarjeta de invitación con la que podrás conocer a una bruja muy especial —dice Nyx—. Se llama Gwen.

Asiento con la cabeza. —He oído hablar de ella.

—Gwen es especialista en encontrar y esconder objetos. En Londres no hay nadie más poderoso que ella en ese campo. Si alguien puede ayudarte a encontrar esa habitación, esa es Gwen —afirma el hada princesa.

Ivy coge entonces la tarjeta y la analiza detenidamente. —¿Y cómo la encuentro? —pregunta, al darse cuenta de que la tarjeta no tiene nada escrito.

—Cuando la necesites, podrás encontrarla —dice Nyx enigmáticamente.

Siento que me desespero ante cada nueva intriga del hada, pero comprendo que su naturaleza es hablar con acertijos, así que me contengo para no decir nada.

—Si es así, debemos volver a la ciudad lo antes posible. Tenemos que ponernos en marcha y encontrar a esa Gwen —dice Ivy.

—Cuando la veas, dale recuerdos de mi parte —dice Nyx—. Fue ella quien me ayudó a esconderme de mi madre.

—Así lo haré —dice Ivy y se levanta. Sus ojos vagan y finalmente se centran en el rostro de Nyx—. ¿No te unes a nosotros?

Nyx hace una mueca. —Por mucho que me gustaría, no puedo hacerlo. En cierto modo soy prisionera en mi propia casa —admite.

—Si sale de esta casa, la reina Diantha podrá sentirla, y entonces irá tras ella —comenta Evander tras poner las manos sobre los hombros de su amada.

Nyx pone cara de pena, pero Ivy le sonríe. —No te preocupes. Estoy segura de que podremos resolverlo nosotros solos —le dice como para tranquilizarla.

—De todos modos, deberíamos irnos ya —les insto.

—¿Por qué no te quedas? Es tarde —dice Evander, pero Everett se niega.

—No. Será mejor que volvamos. La manada nos necesita, y debemos apresurarnos a encontrar a esa Gwen y a los prisioneros del doctor —anuncia Everett.

Evander asiente, comprendiendo la prisa de sus amigos. —Iré a por vuestras cosas entonces —responde.

Al cabo de un momento, Nyx se acerca a Ivy y le coge las manos. —Ten mucho cuidado —le dice.

Está claro que las dos han congeniado. Ivy asiente y aprieta las manos de Nyx. —Lo haremos —promete.

Mientras se despiden, salgo de casa dispuesto a arrancar el coche para irnos cuanto antes.

Pero entonces, Ivy me alcanza. —¡Adam, espera! —Ivy viene corriendo hacia mí. Está preciosa, aunque lleva un jersey que le dobla la talla y aunque aún tiene el pelo mojado.

En definitiva, es lo más bonito que he visto en mi vida, y me quiere. Su vida y la mía están entrelazadas, lo que solo lo hace más complicado, sabiendo que ella no se siente bien al respecto.

Aunque he sido un capullo con ella, nunca lo hice porque la odiara. Lo hice para protegerla, pero a Ivy no parece importarle.

Se acerca a mi lado y me dedica una tímida sonrisa. —Me preguntaba si podríamos hablar de lo que dijiste en el bar...

—¿Te refieres a la parte en la que te confesé mis sentimientos? —Le recuerdo. Ella asiente con las mejillas sonrojadas mientras juega nerviosamente con los dedos.

—Vale, pero ¿y si hablamos primero de ese beso con mi hermano?

Ivy me mira como si no supiera de qué estoy hablando. —No entiendo... —Pero de repente sus ojos se abren de par en par y parece ser muy consciente de lo que quiero decir—. Adam, no es lo que piensas...

Pero antes de que pueda continuar, la interrumpo. —¿De verdad? Me ha parecido ver claramente cómo te liabas con Everett después de admitir que preferías estar emparejada con él que conmigo.

Me mira horrorizada. —No me refería a eso —me asegura.

—Me importa una mierda lo que hayas querido o no decir —le espeté—. A partir de ahora, puedes fingir que es tu pareja si te apetece porque entre tú y yo no hay ni habrá nada.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunta Everett al acercarse, notando las lágrimas que pugnan por desbordarse de los ojos de Ivy.

—Nada. Estábamos poniéndonos al día —digo con voz seca.

Ivy me lanza una mirada de odio y se apresura a pasar a mi lado e incluso se sube al coche.

Miro la puerta cerrada y luego a Everett. —¿Nos vamos o qué? —le pregunto.

—¿Qué le has dicho? —pregunta poniendo los ojos en blanco.

—Nada que no fuera cierto —afirmo con una fría sonrisa en los labios.

Le doy la espalda y me arrepiento de no haberle abofeteado. Puede que Ivy no entienda nada del vínculo entre un lobo y su pareja destinada, pero con Everett es diferente. Él sabe lo que simboliza esta conexión y que aún se atreva a besar a Ivy y a insinuarle que estaría mejor con él que conmigo...

He decidido tragarme todo lo que siento, ya que por el momento tenemos asuntos más urgentes que resolver.

—Mantente en contacto —me dice Evander antes de que subamos al coche.

Nyx está de pie en la entrada. Se despide de nosotros con la palma de la mano levantada y apenas se mueve. Parece circunspecta y preocupada, pero ya nos ha ayudado todo lo que podía.

—¡Lo haré! —Le prometo a Evander y le doy un apretón de manos antes de irme.

Everett se despide y sube al coche. —¿Estás bien? —le pregunta a Ivy, que asiente y aparta la mirada.

Empiezo a conducir sin pensar en ellos dos, o mejor dicho, intentando no hacerlo. Desgraciadamente, el hecho de que sean casi tres horas de viaje, encerrado en un pequeño espacio lleno de su olor, no me facilita las cosas.

Justo cuando creo que estoy a punto de volverme loca, empiezo a ver la línea que delimita Londres. Para entonces, el cansancio y el estrés empiezan a hacer mella en mí, pero parece que la noche no ha terminado. Todo lo contrario.

Cuando llego a la residencia, tras cruzar el círculo cerrado que delimita nuestro territorio, me encuentro con una sorpresa. Hay una mujer de pie delante de la casa. Alta e imponente, de piel oscura y pelo negro rizado que cae casi hasta el suelo.

—Os estaba esperando —dice la reina de las hadas en cuanto Everett, Ivy y yo salimos del coche.

Su sonrisa es peligrosa y me hace saber que su presencia aquí será cualquier cosa menos agradable.

—¡Tenéis algo que me pertenece! —dice extendiendo la mano en actitud exigente hacia nosotros.

—¡Mierda! —Everett susurra a mi lado, expresando perfectamente mis sentimientos.

—¡Me entregarás a mi hija o, de lo contrario, te atenderás a las consecuencias! —declara la reina de las hadas.

CAPÍTULO 21: DECLARACIÓN DE GUERRA



ADAM

—¿Qué haces aquí? —le pregunto inmediatamente a la reina, interponiéndome entre su camino y el de Ivy.

La mujer me mira con cara de aburrimiento, ya que está claro que no soy su objetivo. Su mirada se desvía un momento y finalmente se posa en Ivy. —Hemos hecho un trato —declara—. Dime lo que deseo saber y, a cambio, te diré quién dentro de mi corte se encuentra cooperando con tu padre para crear la droga.

—¿Así que ya lo sabes? —pregunta Ivy dando un paso hacia la reina, pero yo la detengo.

La reina Diantha asiente. —Nada ocurre dentro de mi corte sin que yo lo sepa.

Dentro de mi cabeza, contengo una maldición. —Así que nos enviaste a esta misión solo para averiguar si éramos capaces de hacer lo que tú no pudiste al encontrar a la princesa —digo enfadada.

La cara de Diantha se crispa de fastidio. —¡Cuida tu tono, lobo! —decreta.

—¡Y una mierda! —Declaro, molesto, mientras Everett da un paso y se pone a mi lado para proteger a Ivy—. Yo soy el alfa y este es mi territorio. Has cruzado mis fronteras sin invitación y, por lo tanto, puedo tratarte como me plazca.

Diantha tuerce los labios. —¡No eres más que un mortal! —declara con el mayor disgusto.

—Y tú no eres más que una vieja hada resentida —le digo con el mismo tono—. Pero no hemos venido aquí a echarnos las verdades a la cara, ¿verdad? —Una sonrisa tímida se dibuja en mis labios.

Everett, a mi lado, me tiende una mano hacia el hombro, recordándome que debo controlarme, aunque mi ira se revela justificada, pero ahora mismo no puedo hacer otra cosa que ladrar contra esta bruja que se alza ante nosotros como si fuera dueña y señora de todo lo que nos rodea.

La reina nos mira con odio en el mismo instante en que Sadie abre la puerta y sale de la casa.

—¡Sadie, vuelve adentro! —ordena inmediatamente Everett, avanzando un paso hacia ella. Pero no podemos alcanzarla. Sadie está al otro lado de la reina, que se encuentra justo en medio del camino entre la entrada de nuestra casa y el jardín.

La reina se vuelve y mira a Sadie, analizando la situación. Mi hermana se queda petrificada

mientras mira a la imponente reina de las hadas. —¡Obedece, Sadie! —Le ordeno en tono cortante pero contenido.

Nos mira y entra inmediatamente, cerrando la puerta tras de sí. Unos segundos después, la veo asomarse por una de las ventanas. La reina Diantha vuelve a centrar su atención en nosotros. — Vosotros también tenéis hijos de los que preocuparos —recalca en un tono que me hace imposible determinar si es una amenaza o una aclaración.

—La princesa Nyx apenas es una niña —afirma Everett en un tono tranquilo, mucho más controlado que el mío.

—Es una niña a mis ojos y a los de los míos —declara la reina con naturalidad.

—Aunque así sea —interviene Ivy—. Parece feliz con la decisión que ha tomado. ¿Qué, no deseas que tu hija sea feliz?

La reina mira a Ivy como si de repente se hubiera dado cuenta de que está tratando con un caniche feo que no para de ladrar. Su enfado es notable. —Su felicidad es una ilusión. Comprenderá demasiado tarde que ha renunciado a su inmortalidad por algo que en realidad no vale la pena. No pienso perderla por un error de juicio suyo.

—Siento que lo veas así —dice Ivy, sin sentirlo realmente.

—Por lo que tengo entendido, no piensan decirme dónde está mi hija —dice Diantha.

—¡No! —responde Ivy sin vacilar.

—Teníamos un trato —dice la reina con los ojos entrecerrados.

—Un trato que tú asumiste, pero que yo nunca acepté —responde Ivy.

No importa. Para la reina asumir es lo mismo que declarar, y cada palabra que sale de su boca debe tomarse como una orden.

Diantha da un paso hacia nosotros y, a cambio, yo doy uno para colocarme delante de Ivy. —¡No tienes autoridad aquí! —declaro con voz firme.

Me mira con fastidio en los ojos: —¡Soy la reina de las hadas! —ruge como si fuera Dios en persona.

—Exactamente. Y tu poder acaba donde termina tu reino. Así que ya puedes irte —respondo con autoridad.

—Te lo advierto —arremete Diantha—. No querrás empezar una guerra conmigo.

—Nadie le está declarando la guerra, reina —dice Everett con ecuanimidad—. Simplemente os hemos dejado claro que no pensamos deciros lo que nos pedís.

—En este caso, es lo mismo— afirma la reina con fastidio—. Cualquiera que conozca el paradero de mi hija y se niegue a decírmelo está conspirando contra mí.

—Siento que tengas esa perspectiva —le digo en un susurro, pero sin dejarme intimidar.

Ella asiente como si acabara de tomar una decisión. —Entonces no me dejas otra opción.

Un ruido extraño, como si algo se rompiera, ruge a nuestro alrededor, haciendo que Ivy, Everett y yo nos volvamos mientras buscamos la razón del ruido. La reina que tenemos delante permanece impassible, pero nos mira esperando nuestra reacción.

Mientras tanto, empiezan a surgir figuras en mitad de la noche. Son como fantasmas que caminan por la nieve. Cada una de ellas, criaturas del reino de las hadas, trae algo consigo. Son un ejército de criaturas ansiosas. Algunas llevan harapos y otras están terriblemente deformadas por la adicción. Pero todas muestran los mismos símbolos de un adicto en abstinencia. Tienen los ojos desorbitados y se arrastran por la nieve. Sus cuerpos están sucios y, en muchos casos, los huesos son visibles a través de la piel.

Everett contiene una palabrota. Agarra a Ivy por un brazo y la oigo cuando suelta un gemido.

—¿Qué coño crees que estás haciendo? —Le digo a la reina, rugiendo de rabia—. ¡Esta invasión viola todos los tratados entre los Hijos del Crepúsculo!

—Has violado los tratados al secuestrar a mi hija —declara la reina con altivez mientras levanta el rostro—. ¡Ahora me dirás lo que quiero saber o sufrirás las consecuencias!

—¡Nosotros no secuestramos a Nyx! —grita Ivy.

—¡Saber dónde está sin decirme su paradero es lo mismo que tenerla cautiva! —Levanta una mano de dedos finos y sus sirvientes sacan pequeñas jeringuillas, cristales y píldoras que innegablemente delatan lo que son sin que ella tenga que preguntar a nadie.

—¡Basta! —grita Ivy—. ¡Nos matarás a todos!

—Dime dónde está mi hija —dice la reina Diantha con veneno en la voz.

—¡Para! —Ivy grita.

—¡Adam! —me llama Everett, pero yo sé exactamente lo que tengo que hacer sin necesidad de que nadie me lo recuerde.

—¡Estás a punto de cruzar una línea sin retorno, Diantha de Val! —Afirmo mientras llamo a los lobos a través del vínculo que nos une como manada—. ¡Esto desatará la guerra!

La reina nos mira con insolencia. —Será como dices entonces, alfa de los lobos...

—¡No! —grita Everett, avanzando hacia la reina para intentar detener su orden, pero ya es demasiado tarde.

Los siervos del reinado entregan la droga a los adictos, que inmediatamente la ingieren, la inhalan y se la inyectan.

Es como un suspiro generalizado. Se siente en el aire. Por un segundo, es como oler una tormenta eléctrica que se cierne sobre la atmósfera segundos antes de que empiece a llover. Solo que el olor es mucho más pútrido que el de la lluvia.

—¡Entra en casa AHORA MISMO! —Ordeno a Ivy mientras la empujo.

Ella obedece e inmediatamente echa a correr mientras la reina nos dedica una sonrisa vengativa y desaparece.

En cuanto ella se marcha, sus sirvientes también lo hacen, pero dejan atrás a las criaturas, cuyos rugidos desafían al silencio.

Dentro de la casa, oímos el sonido de un grito, e inmediatamente los tres nos giramos. —¡Sadie! —grita Everett, cambiándose inmediatamente.

Alcanza a Ivy y corre junto a ella hacia el interior de la casa, mientras yo observo la devastación a mi alrededor como si el día del juicio final se hubiera adelantado.

Y de repente, las alarmas de todo el lugar comienzan a sonar. Inmediatamente, cientos de lobos empiezan a salir de sus casas, corriendo por todas las esquinas mientras los gritos desesperados de los niños y de los que están demasiado viejos o enfermos para desplazarse brotan de todos los rincones.

—¡Lobos, en formación! —Grito mientras empiezo a correr y a moverme.

Mi cuerpo conecta inmediatamente con las mentes de todos los lobos que componen la manada. Somos más de trescientos, y los adictos son algo menos de cien, y aun así sé que la lucha es terriblemente extraña.

En mi cabeza, les oigo llamarme desde todas las direcciones. Los siento cuando sus pensamientos se cruzan con los míos. Los veo rugir y desgarrar la carne cuando el enemigo hace lo mismo con ellos. Y su dolor, su ira, su ansiedad y sus muertes pronto se convierten en las mías.

Mi cuerpo choca con uno de los engendros que acaba de transformarse y cuyo chillido se eleva en el aire en forma de grito de guerra. La criatura cae al suelo y sus garras intentan alcanzarme. Siento cómo el filo de sus colmillos busca cerrarse sobre mi espalda y, en respuesta, sin pensarlo, hundo mis dientes en su yugular, sintiendo el sabor a sangre podrida que llena mi boca.

Mientras lucho con la criatura, siento el miedo de Ivy subir por mi cuerpo. A través de los ojos de Everett, la veo correr. Se estabiliza a su lado y agarra la mano de Sadie en cuanto la alcanzan.

Nuestra casa ha sido destrozada por una serie de engendros que estaban en el patio y han roto ventanas y puertas. Everett se sube a Sadie y a Ivy a la espalda y sale corriendo de la casa, seguido de cerca por al menos cinco necrófagos, que le persiguen.

Inmediatamente sé lo que Everett está tratando de hacer. Me deshago del cuerpo inerte del necrófago y dejo atrás al resto mientras mi manada empieza a darles caza y yo corro para alcanzar a Everett.

Sale de la casa con Ivy y Sadie aferradas a su pelaje. Lo alcanzo justo cuando uno de los engendros se abalanza sobre ellas. El grito de mi hermana pequeña se eleva en el aire y yo atravieso la distancia, salto por encima de la criatura y le desgarró las garras y las patas mientras aullidos de dolor salen de la boca del monstruo.

A continuación, Everett lleva a Ivy hasta el coche y la deja junto a él. La pelirroja baja de la espalda de Everett y coge la mano de mi hermana.

Veo cómo abren la puerta, dispuesta a subir al coche para huir cuando, de repente, noto algo. Un chillido de la manada hace que se me erice el vello ante la aparición de una nueva amenaza.

Mis ojos se cierran por un momento mientras intento recuperarme. Justo entonces me giro y los veo emerger en medio del caos.

Son al menos cinco camionetas blindadas negras. La primera de ellas se detiene unos metros antes de llegar a donde estamos, y alguien se baja a toda prisa. Una chica morena vestida toda de negro sonríe a Ivy.

—¿Me has echado de menos, cariño? —pregunta bromeando la chica, que no duda en lanzar una pulla a Ivy y Sadie.

El aullido de Everett se interrumpe mientras Ivy cae. Siento el dolor en mi interior y sé que la bala la ha alcanzado, pero no la ha matado. Es más bien una herida a la altura del antebrazo que, con todo, solo la hace rugir de dolor.

Sadie se arrodilla entonces frente a ella, y yo corro en su ayuda mientras Everett se lanza sobre Aleksandra sin dudarlo.

La chica se ríe y dispara el arma contra mi hermano, que esquiva el golpe y la tira al suelo mientras el doctor Taylor y un grupo de cazadores salen corriendo de los coches.

Lo único que sé es que a mi alrededor reina el caos, y no tengo tiempo ni capacidad para lidiar con todos los problemas que se han desatado de la nada.

—Tenemos que correr —digo a través de mis pensamientos a la manada, mientras corro hacia el Dr. Taylor para detenerlo.

—¡Es nuestro hogar, mi señor! —grita uno de los lobos.

—Lo sé y no podemos defenderlo —declaro con rabia e impotencia—. No voy a perderte solo para defender un grupo de casas. Mete a todos los que puedas en los túneles. Evacuen el lugar. Los que puedan luchen para distraer a los necrófagos y cazadores el mayor tiempo posible, para que los demás puedan huir.

Sé que muchos de los lobos quieren negarse a obedecer, pero no tienen elección. Una orden dada por el alfa es irrefutable.

El Dr. Taylor sonríe entonces ampliamente y avanza hacia mí. —¡Qué placer volver a verle! —dice y me apunta con una pistola.

Soy más rápido que él y consigo apartarme de su camino, pero sé que no tendré la ventaja por mucho tiempo.

—¡Ivy! —La llamo a través de mis pensamientos, sabiendo que la conexión puede hacer posible que nos comuniquemos, o al menos, que ella entienda la línea de mis pensamientos—. ¡Métete en el coche con Sadie y lárgate de aquí!

—¡No lo haré! —declara ella—. No pienso dejarte.

La veo en el instante en que se levanta, agarra a Sadie y la empuja al coche para intentar protegerla, y luego corre hacia Everett, que sigue forcejeando con Aleksandra.

Quiero detenerla, pero antes de que pueda correr hacia ella, el doctor me lanza un polvo plateado, y tengo que moverme a toda prisa antes de que me alcance. Sin embargo, el viento no juega a mi

favor, y siento que la plata me quema la piel cuando las esporas me alcanzan.

—Hoy me llevaré a un buen puñado de tus amigos y te devolveré el favor que me hiciste en mi sótano —afirma el Dr. Taylor con una risita.

Un gruñido sale de mis labios. Me abalanzo sobre él y consigo morderle la pierna. El sabor de la sangre penetra en mi boca mientras él grita.

Me clava un cuchillo de plata en la espalda, y yo gimo, pero me muevo antes de que pueda clavármelo profundamente. El arma cae al suelo y empuja al doctor en otra dirección.

Mientras tanto, siento a Everett rugir dentro de mi cabeza. —¡Tenemos que sacar a Sadie e Ivy de aquí! —me dice.

Justo entonces aparece un gran grupo de cazadores. Se retrasaron al ver a los necrófagos, que no distinguen entre un grupo u otro y atacan sin más a todo lo que ven.

Tres de ellos se abalanzan sobre Everett, y veo como uno de ellos consigue asestar un golpe en la espalda de Everett.

—¡NO! —El rugido dentro de mi mente es desgarrador. Siento que me rompe mientras mi hermano cae al suelo inconsciente, y mientras lucho por correr hacia él.

Justo entonces Ivy y Sadie dejaron escapar un grito detrás de mí.

Al darme la vuelta, veo a uno de los cazadores, que sujeta a Sadie y arroja a Ivy con un ruido sordo al suelo, mientras agarra a mi hermana y la mete en uno de sus coches.

—¡Sadie! —Grito en mi cabeza.

Pero es demasiado tarde. Antes de que pueda llegar hasta ella, el coche arranca y se aleja en la distancia, seguido de otro, en el que cargan a Everett y se marchan con él y con Aleksandra, la amiga de Ivy, que tiene la cara manchada de sangre.

El grito de Ivy perfora la distancia y destroza lo poco que quedaba de mi control. Entonces el mundo se vuelve rojo y solo miro a mi objetivo, que ríe frente a mí, cargado con el aire de la victoria.

Sin pensarlo me lanzo contra el Dr. Taylor, sabiendo que la muerte no es un castigo suficientemente justo para él.

CAPÍTULO 22: LA BRUJA, EL CUERVO Y EL LOBO



A mi alrededor, siento rugir el caos. Lo oigo a través del grito desesperado de los caídos; lo huelo en el aire, en los olores a pelo quemado y sangre que pueblan la antaño blanca nieve; lo veo en los tintes de rojo que adornan los caminos, y lo saboreo mientras las lágrimas caen de mis ojos, incapaces de contener el dolor.

Hay un círculo de muerte alrededor de mi visión. Los lobos que han acudido a la llamada de Adam no han quedado impunes. Uno de los necrófagos devora el cuerpo aún con vida de uno de los lobos a unos metros de distancia, mientras otros tres luchan con un necrófago que ha destrozado el brazo de una niña, que yace inerte en la nieve.

Y a través de todo el terror, oigo a Adam luchando con mi padre, sus gritos voraces y feroces, mientras los cazadores luchan por capturar tantos lobos como sea posible y, por el camino, destruir a los engendros que se interponen en su camino.

La rabia es demasiado grande dentro de mí para poder abarcarla en una sola palabra. Pensar que soy hija de este monstruo me hace sentir asco de encontrarme dentro de mi propia piel, pero ahora también comprendo que no tengo más remedio que someterme a mi propio instinto. Para sobrevivir, debo dar muerte a aquellos que nos cazan, que me cazan sin cesar.

Me tiemblan las manos, pero finalmente me pongo en pie y subo al coche. No soy consciente de lo que ocurre a mi alrededor, solo del momento en que cojo las llaves y enciendo la enorme furgoneta, que ronronea bajo mis manos frías y manchadas de sangre. La música que Adam había estado escuchando al otro lado de la carretera retumba en mis tímpanos y llena mi cuerpo de un nuevo tipo de vibración mientras los gritos de batalla a mi alrededor se acallan por un momento.

En un instante, solo sé que piso el acelerador mientras un grito cargado de impotencia sale de mis labios. El vehículo ruge como una bestia salvaje y se lanza sobre los engendros. Aplasta sus cuerpos y los desgarran mientras paso por encima de ellos con el todoterreno, e inmediatamente los cazadores se dan cuenta de lo que estoy haciendo. Empiezan a dispararme desesperadamente, pero por suerte el camión está blindado y es antibalas, así que las balas resbalan por el capó y el cristal.

A toda velocidad, voy a por ellos. Hago rodar las ruedas sobre los cadáveres sin querer pensar en los huesos que se rompen a mi paso, en el sonido de los gritos y en los ojos que se salen de sus órbitas tras dejar que sus labios se abran por última vez, justo antes de saludar en silencio a la muerte.

Sin más, arraso con todo a mi alrededor mientras los pocos lobos que quedan con vida huyen mientras dirijo el vehículo hacia Adam y mi padre.

No soy consciente de lo que hago, ni me importa. Hay una camioneta aparcada cerca, pero al pasar, debido a la velocidad a la que conduzco, se aparta sobresaltada por la colisión, y entonces lo veo. Mi padre está furioso, lleno de ira, mientras Adam le destroza una mano.

Sin pensarlo, acelero el vehículo. Adam me ve llegar justo a tiempo y se aparta, pero mi padre no tiene tanta suerte.

La parte delantera del coche le golpea, y su cuerpo sale volando, cayendo inerte contra la nieve.

'Espero no haberlo matado', empiezo a pensar con pánico. 'Si lo hice... no podría...'

Adam corre hacia mí. Se echa hacia atrás, sin importarle la desnudez de su cuerpo, y golpea el cristal para que le deje entrar.

—¡Abre la maldita puerta! —trueno.

Obedezco inmediatamente, haciéndome a un lado para dejarle sitio mientras sube al coche y, sin pensarlo, lo arranca.

—Mi padre... Él está... ¿Yo...? —Empiezo a decir.

—No está muerto —responde Adam, con la cara manchada de sangre.

Un suspiro sale de mis labios, pero no sé si es de alivio o de miedo. Entonces miro a mi alrededor y observo que a través de lo que una vez fue una bonita residencia, lo único visible son cuerpos cercenados y los cadáveres de los lobos, humanos y criaturas que han perecido en la batalla. En definitiva, no hay tantos lobos como debería haber dada la carnicería. —¿Dónde está el resto de la manada? —Pregunto a Adam con voz ronca.

—Les hice huir —responde Adam, con voz seca.

Tiene las manos cerradas y la mirada fija en la carretera. Al girarme, veo que dos de los vehículos de los cazadores nos siguen. —Espera —ordena Adam.

Hago lo que me dice y me abrocho el cinturón de seguridad. Gira sin previo aviso en medio de la carretera, adentrando el vehículo en medio del bosque y la nieve mientras apaga los faros del coche.

Nos adentramos sin rumbo en el bosque hasta que, en un punto muerto, Adam se detiene en la abertura que desciende entre dos árboles. Cruza una esquina y entra en un túnel oculto.

Los coches de los cazadores nos han perdido la pista, pero seguramente podrán seguir el rastro de la furgoneta, o eso creo, hasta que observo que Adam dobla una esquina y luego otra del túnel, cuyas intersecciones se entrecruzan de forma irregular y sin sentido.

—¿Qué es todo esto? —pregunto en un susurro.

—Hemos establecido una serie de medidas de seguridad alrededor de la ciudad, para poder eludir a los cazadores si es necesario —dice Adam, con la voz crispada por la ira.

—¿Quiénes, los lobos? —Pregunto.

—Más bien los Niños del Crepúsculo, en general —explica.

Por fin, después de una eternidad, Adam detiene el coche cuando salimos a lo que parece un aparcamiento desierto. Solo entonces, y tras comprobar que nadie nos ha seguido, se permite golpear con fuerza el salpicadero. —¡Mierda, mierda, mierda! —grita, lleno de ira.

Su dolor es el mío. Lo siento brotar dentro de mí. Mientras inhalo, intentando calmarme, busco en el asiento trasero las mochilas con nuestra ropa y el botiquín que preparamos para el viaje.

Le tiendo algo de ropa y enseguida comprende mis intenciones, así que empieza a vestirse en silencio. —Déjame ver la herida de tu brazo —me dice.

Obedezco y le permito que me revise. Retira algunos restos de los perdigones de la herida abierta, luego la limpia y empieza a vendarla.

Mientras le miro, con la cara bañada en sangre y el pelo revuelto, no puedo evitar sentirme impotente y empiezo a llorar.

Me mira, y algo dentro de su cara se quiebra y se ablanda. —Eh, ven aquí —me hace señas.

Adam me acaricia el pelo y, sin esperarlo, me atrae contra su cuerpo, permitiéndome subir a su regazo y enterrar la cara en su pecho mientras sus brazos envuelven mi cuerpo.

Me consuela en silencio, dejándome llorar y mientras me acaricia el pelo con los dedos. —Han muerto tantos... —Digo con voz entrecortada.

—Lo sé —murmura, su tono dolido.

—Y ellos... se llevaron a Everett y a Sadie... —Exclamo entre gemidos lastimeros y llenos de dolor.

Los brazos de Adam se cierran un poco más contra mi cuerpo mientras aparto la cara de su pecho y le miro. —Tenemos que encontrarlos —le digo desesperada.

—No sabemos dónde los tienen prisioneros. A estas alturas podrían estar...

—No —le corto, sabiendo perfectamente lo que va a decir—. Mi padre no los mataría... No los quiere para eso —le aseguro, moqueando, mientras me limpio la cara con la manga de la chaqueta.

Entonces bajo del regazo de Adam y me siento a su lado, en el asiento del copiloto. Cuando empiezo a quitarme la ropa para ponerme algo limpio, se me cae algo de los pantalones. Una pequeña tarjeta negra con un cuervo plateado dibujado dentro de un ojo abierto.

—Eso es —le digo a Adam y le enseño la tarjeta—. Tenemos que buscar a Gwen, la bruja. Ella podrá guiarnos hasta Sadie, Everett y los demás que se llevaron los cazadores.

Adam mira la tarjeta y me la quita de las manos. —¿Cómo coño vamos a aprovechar esto? —Le quito la tarjeta de las manos y digo—: No lo sé. Nyx acaba de decir que cuando estuviéramos realmente necesitados... ¿Qué es eso? —Señalo a alguien que nos mira desde lejos.

Adam también se da cuenta y sale del coche. Le sigo, porque la intriga me puede y levanto la vista.

En una de las farolas hay algo, una figura del tamaño de un gato, tal vez, cuyos ojos amarillos brillan en medio de la oscuridad.

—Un cuervo —dice Adam frunciendo el ceño.

Miro a la criatura y luego a la tarjeta, comprendiendo lo que está pasando. —Es de ella —le aseguro a Adam. Me mira desconcertado, pero avanzo hacia el cadáver—. ¿Nos llevarás hasta Gwen?

El cuervo suelta un chillido a modo de respuesta y, desplegando las alas, echa a volar antes de que pueda decir nada más.

—¡Síguelo! —Ordeno Adam, saltando en el coche.

Obedece sin rechistar. Sube a la furgoneta y empieza a conducir, siguiendo al cuervo por la ciudad. —Esa maldita cosa... —se queja Adam—. ¡Es demasiado pequeño para seguirle la pista!

—Lo que sea, ¡pero no lo pierdas! —Le insto.

Adam suelta un gruñido, pero acelera de todos modos, cruzando a toda prisa, hasta llegar a un barrio bohemio donde todos los negocios, salvo dos, están cerrados debido a la hora.

Uno es un pequeño estudio de tatuajes abierto las veinticuatro horas, mientras que el otro es una diminuta librería repleta de volúmenes de segunda mano.

—¿Qué demonios hace una librería abierta a estas horas? —pregunta Adam con el ceño fruncido.

Me encojo de hombros y salgo del coche, mirando a todas partes en busca del cuervo, pero no lo veo.

—Mierda —dice Adam y chasquea la lengua—. Tú espera aquí. Yo iré a ver si alguien conoce a esa tal Gwen.

Sale del coche y entra en la tienda de tatuajes, atendida por una chica de pelo largo y negro.

Les miro hablar mientras decido salir del coche, cruzar la calle y entrar en la librería.

—Bienvenida —dice una niña sentada al otro lado de un mostrador abarrotado de tomos.

Al principio pienso que es una chica, pero luego me doy cuenta de que es solo porque su cara es tan dulce que casi parece infantil. La joven, que no puede tener más de diecisiete o dieciocho años, lleva el pelo corto hasta la barbilla, muy negro, con un flequillo que le cae sobre las cejas. Tiene los ojos verde oliva, los labios carnosos pintados de un tono oscuro y la piel ligeramente bronceada, con un rastro de pecas que le recorre la nariz respingona. Va vestida con un vestido de tirantes de estilo vintage, lleno de florecitas blancas y rojo burdeos, sobre el que lleva una chaqueta de cuero oscuro, al igual que sus uñas, que van a juego.

—¿Buscabas algo especial? —pregunta con una gruesa ceja perfilada en alto.

La miro a ella y luego a mi alrededor, fijándome en la cantidad de volúmenes que me rodean. Todos son libros de mitos o brujería. —¿Quién busca un libro de hechizos a las cuatro de la mañana? —pregunto en un susurro.

—Te sorprendería saber cuántos adolescentes drogados se reúnen aquí en mitad de la noche para invocar a un demonio —dice riendo mientras baja de la silla en la que estaba sentada. Al fijarme mejor, me doy cuenta de que la chica lleva botas militares negras y es más baja de lo que pensaba.

Se detiene a mi lado y coge uno de los libros. Empieza a hojearlo sin interés aparente y luego me mira, dedicándome la más adorable de las sonrisas.

—Eres Gwen, ¿verdad?

La sonrisa de sus labios se ensancha. —Y tú eres la niña que ha causado tanto alboroto esta noche —dice con voz cantarina.

—¿Niña? —Digo frunciendo el ceño. —Soy mayor que tú...

—¿Tú crees? —pregunta con una ceja levantada y una risita.

Adam entra entonces en la librería. —Los chicos de la tienda de al lado no tienen ni idea de... empieza a decir pero se corta a mitad de frase y frunce el ceño— Mierda. Pues claro. Debería haberlo adivinado. —Mira a Gwen y respira hondo, como si algo en el aroma del lugar delatara a la bruja.

Le lanza la más adorable de las miradas y vuelve a su pedestal detrás del mostrador donde está la caja registradora. —Un lobo y una niña híbrida. Qué visitantes tan inesperados —comenta, sonriendo con simpatía—. ¿Qué os trae por aquí? Sonríe como el gato con nata.

Adam frunce el ceño ante la bruja, así que decido ser la primera en hablar. —Necesitamos tu ayuda —me apresuro a decir.

—Ya veo —responde Gwen en tono desinteresado, hojeando pacientemente un libro—. Si no, no habrías sido capaz de encontrar este lugar. Mis hermanos y buena parte de mi manada fueron secuestrados por los cazadores tras un ataque de la reina de las hadas —dice Adam de forma apresurada, dando un paso hacia la morena—. Necesito encontrarlos antes de que les ocurra algo.

—Veo que has tenido una noche ajetreada, aunque ya me lo habían contado —le asegura.

El cuervo de ojos amarillos que nos guiaba entra entonces volando por la puerta trasera y se detiene sobre el mostrador, dejando escapar un graznido.

—¿Nos estabas vigilando? —pregunta Adam, que parece indignado por lo sucedido.

Gwen asiente lentamente. —Desde que Nyx te dio mi tarjeta...

Las manos de Adam se cierran en puños. —¿Y no se te ocurrió enviarnos ayuda? —dice. Ella le mira con interés.

—¿Habrías puesto tu vida y la de tus lobos en peligro para salvar a un aquelarre de brujas a cambio de nada? —pregunta en tono frío.

—Sí —responde Adam enfadado, pero tras un momento de vacilación.

—Qué noble por tu parte —responde Gwen con una nota de sarcasmo en la voz.

—De todos modos, ¿puedes ayudarnos ahora a encontrar a nuestros amigos? —le pregunto.

Tras pensarlo un momento, Gwen suspira. —Lo haré, pero debo recordarte que todo tiene un precio.

—Ahora mismo no tenemos dinero con nosotros —me apresuro a decir—. Pero te pagaremos en cuanto... —Gwen niega con la cabeza.

—No se trata de eso —explica—. La magia siempre pasa factura.

—Lo pagaremos —responde Adam sin vacilar.

—Bien —dice y, al cabo de un momento, le tiende la mano—. Pon tu palma sobre la mía —le dice a Adam.

Él obedece, y ella toma asiento mientras desenvaina un pequeño cuchillo que lleva atado a la pierna.

Contengo una mueca y veo cómo abre la palma de la mano a Adam, que dibuja una mueca con los labios. —¿Por qué no podías usar la sangre de una de las heridas que tengo abiertas? —se queja.

—No es lo mismo la sangre que derramas que la que entregas —afirma Gwen con voz misteriosa.

—¿Por qué para todos los hechizos usan sangre? —le pregunto entonces.

Coge un péndulo de cristal blanco y lo coloca sobre la palma de la mano de Adam. Moja el cristal hasta que se tiñe de rojo y se levanta del asiento.

—Porque la sangre es el mejor conductor —explica, sin explicar realmente nada.

Al cabo de un momento, va detrás del escritorio y coge un mapa. Deja caer unas gotas de sangre de Adán y empieza a mover el péndulo.

Lentamente la vemos mover la piedra por todo el mapa. Su atención parece centrada en los movimientos de la piedra, que no deja de girar y girar perezosamente.

—No están aquí —susurra mientras deja atrás la ciudad del mapa y avanza por las carreteras que llevan a Gales.

Gwen frunce el ceño y comienza a recorrer Inglaterra lenta, decidida y casi aburridamente hasta que, por fin, el péndulo se le cae de las manos. —¡Los tengo! —dice.

Adam y yo nos apresuramos y divisamos la pequeña ciudad costera que señala el mapa, en el interior de Gales. —¿Seguro que están ahí? —pregunta Adam.

—Por supuesto —afirma Gwen.

Mira atentamente el mapa, tomando notas del lugar. Yo también lo hago, y entonces me fijo en algo.

—Adam —digo con un nudo en la garganta.

De repente, todo empieza a confluir dentro de mi cabeza. La insistencia de mi padre con respecto a mi carrera, los comentarios de Aleksandra y las visiones pasadas de un sótano lleno de prisiones. —¡Ya sé dónde está! —Gwen me mira con interés, y Adam también.

—¿Qué quieres decir? —pregunta—. ¿Has estado allí antes? —Asiento con la cabeza, señalando con el dedo la mancha que el péndulo ha dejado con la sangre de Adam en el mapa.

—Sí —digo entre susurros—. Porque esa es mi universidad.

CAPÍTULO 23: CAMINOS DE SOMBRAS



—**N**o me lo puedo creer —digo, después de soltar una risa nerviosa—. Todo este tiempo he estado viviendo con secuestradores y asesinos.

Empiezo a ver borroso. Tengo que darme un momento para respirar e intentar calmarme, ya que el mundo sigue girando.

Como puedo, respiro, pero siento que mis pulmones no se llenan de aire. Saber que mi padre me mintió solo empeora la opinión que tengo de él.

Tal vez no debería sentirme tan mal por haberlo atropellado. Debería sentirme peor por no haberlo asesinado.

—Eh, vamos. Respira —me dice Adam desde mi lado, agarrándome del brazo y tirando de mí contra su cuerpo.

—Vamos a la parte de atrás —dice Gwen tras ver mi reacción. Coge el mapa y nos guía a través de una pequeña puerta y sube unas diminutas escaleras hasta un apartamento que ocupa toda la segunda planta.

El lugar es mucho más fresco y agradable de lo que podía imaginar, dado el aspecto rancio de la populosa librería. Gwen nos guía hasta una pequeña cocina pintada de un alegre tono amarillo y llena de plantas. Espera a que Adam me siente en una de las sillas y se pone a preparar té.

—Bebe esto —me dice, colocando una infusión ámbar frente a mí.

—¿Es algún tipo de hechizo? —pregunta Adam con el ceño fruncido. Gwen sonríe.

—Sí. Es un embrujaador té de manzanilla con miel. —Ella suelta una risita, mirándole, divertida.

Al cabo de un momento, empiezo a beber y me calmo lentamente mientras me concentro en soplar el té. —Buena chica —dice Gwen con simpatía.

Da una vuelta por la cocina. Prepara algo de comer y nos sirve el desayuno en dos platos mientras yo me acabo el té.

—No tenemos tiempo para esto —dice Adam molesto, apartando el plato de sí—. Tenemos que ir a buscar a Everett y Sadie.

Hace un intento de levantarse, pero Gwen lo detiene. —Iremos a por ellos, pero primero tenemos

que armarnos, chico lobo. Además, recuperar fuerzas no te vendrá mal.

—No lo entiendo... —Adam frunce el ceño—. ¿Vendrás con nosotros? —Gwen asiente—. ¿Qué te hace querer ayudar a un grupo de lobos sin recibir nada a cambio? —se burla con acidez en la voz.

Gwen le mira con indiferencia. —Destruir el escondite de un grupo de cazadores y liberar a un puñado de prisioneros no es tarea de una sola raza —responde—. Pero lo que planeas es arriesgado, y vamos a necesitar ayuda.

—No puedo poner en peligro a más miembros de mi manada —afirma Adam—. Hemos perdido a demasiados, y los que quedan están organizando cosas para curar a los heridos y proteger a los indefensos.

—Lo entiendo, pero por suerte, tenemos algo más que lobos para esto —anuncia Gwen.

Se levanta y señala nuestros platos llenos. —Comed. Haré algunas llamadas y prepararé algunas cosas. Nos iremos en un par de horas —promete.

Adam le hace una mueca y la observa salir de la habitación mientras yo decido que pelearme con Gwen no me aportará ningún beneficio, así que empiezo a comer.

Me imita y, al cabo de un rato, terminamos de comer. Está claro que tenemos mucha más hambre y estamos más cansados de lo que queremos admitir, pero ninguno de los dos toca el tema.

En cambio, hay algo que me da vueltas en la cabeza.

—Adam... —Le digo.

Me mira, aparta su taza de té y frunce el ceño. —¿Qué pasa?

Le miro a los ojos y le digo: —Sobre ese beso... Lo que viste y oíste entre Everett y yo no es lo que piensas. —Aprieta la mano alrededor de la taza, pero no dice nada—. Yo... siento mucho lo que pasó... ¡Lo que hayas podido interpretar! Pero te aseguro que no siento nada por Everett. Es mi amigo. Pero a quien quiero es a ti.

Parece dudar, pero al cabo de un momento se levanta y se inclina sobre mí. Su mano se posa en mi mejilla y me hace levantar la cara cuando sus labios se encuentran con los míos.

Sus besos saben a miel, té, sangre y dolor. Los conflictos de la noche y de la mañana que acaba de empezar se mezclan en su lengua y se suman a los sabores que ya conocía de él cuando sus labios me reclaman con insistencia. —Cuando todo esto acabe, hablaremos de ello —me promete.

Su mirada es intensa, y yo asiento con la cabeza, sin aliento y sin poder apartarme de esos ojos verdes que me han enamorado desde el mismo instante en que los conocí.

—¿Interrumpo algo? —dice Gwen, entrando en la cocina.

Se ha cambiado de ropa. Va toda de negro, como suele vestir Everett en la batalla, con las mismas botas militares, pero con unos pantalones ajustados, la camiseta desgastada de un viejo grupo de rock y su cazadora de cuero negra.

Nos sonrío amistosamente, y al verle la cara pienso en una adolescente rebelde. Excepto por sus ojos, que son demasiado inteligentes para ser solo una niña.

Pone algo sobre la mesa. Es una pequeña bolsa cargada con un montón de cosas, y ella sostiene varios artículos para cada uno de nosotros. —Será mejor que os preparéis —dice.

Adam coge el pequeño tarro que le ha entregado Gwen y lo mira con desconfianza. —¿Qué es esto? —pregunta frunciendo el ceño.

La chica suspira y le dirige una mirada paciente. —¿Dudas de todo, lobito? —se burla.

—Me llamo Adam.

—Lo sé. Sé más de ti y de tu familia de lo que crees —responde sin una gota de petulancia. En lugar de eso, parece divertida.

Tras un momento, se limita a responder: —Eso que tienes en las manos es una aleación especial que aísla la plata y otros venenos, como el acónito. Asegúrate de cubrirte con ella.

Gwen me tiende entonces un pequeño frasco de líquido transparente. —Eres alérgica al metal —me dice, completamente segura de sí misma.

Me encojo de hombros. —La verdad es que nunca he notado ninguna reacción cuando...

—Lo eres —afirma sin vacilar—. Tienes sangre de hada en el cuerpo, y el metal las afecta. Por eso las hadas no viven en nuestro reino. Porque el metal las debilita.

—¿Qué hago con esto? —le pregunto, cogiendo el vial.

—Bébelo. Es un potenciador. Inhibirá los efectos del metal en tu cuerpo y aumentará tus poderes. Debería funcionar por un tiempo.

—¿Tengo poderes? —le pregunto con una ceja levantada. Ella sonrío.

—Todas las hadas los tienen. Son la definición de 'magia' por naturaleza.

Mientras Gwen termina su explicación, oigo que llaman a la puerta. Al girarme, veo al cuervo en el picaporte. Suelta un graznido y Gwen se dirige a él. —Haz lo que te he dicho. Nos iremos pronto —dice.

—¿Será siempre así de mandona? —murmura Adam molesto, pero de todos modos se unta el líquido por toda la piel.

Contengo una risita y le miro, divertida. —Me recuerda a otra persona que conozco —bromeo.

Obedezco a Gwen y bebo el líquido, que tiene un sabor extraño y perfumado. Cuando acabo, oigo los pasos de Gwen dirigiéndose a la cocina. Pero junto a ella oigo otros pasos.

Cuando la morena asoma la cara por la cocina, aparece alguien más con ella. Dos personas nos sonrían. El chico es alto y lleva el pelo negro recogido en una coleta; tiene los ojos rasgados y una sonrisa amable. La chica que está con él tiene la piel oscura y el pelo corto y rizado. Su sonrisa es dulce y complementa armoniosamente su bonita cara en forma de corazón.

—¡Nyx! —Grito emocionada, corriendo hacia ella para abrazarla.

—¡Evander! —dice Adam feliz y corre a abrazar también a su mejor amigo.

La princesa de las hadas me suelta una risita cantarina mientras la abrazo. —¿Qué estáis haciendo aquí?

—Gwen nos contó lo sucedido a través de su cuervo —explica Nyx—. No podíamos dejarte sola.

En sus ojos brilla una expresión de tristeza. —Mi madre... siento mucho lo que te hizo...

—No lo sientas —le dice Adam—. Nada de esto es culpa tuya.

Ella lo mira, y sé que sus palabras no evitan que la situación la afecte, pero asiente de todos modos. —Les dije que tendríamos un poco de ayuda —se jacta entonces Gwen.

—¿Pero seremos suficientes para poder luchar contra una horda de cazadores? —le digo a Gwen.

—No subestimes el poder que tenemos trabajando juntas —bromea Gwen, que me guiña un ojo. Nyx le sonríe y gira sobre sus talones al tiempo que lo hace la morena—. Muy bien. Es hora de irnos.

—Con suerte llegaremos a Gales en un par de horas —empieza a decir Adam, y sé que se encuentra calculando cuánto tardaremos en llegar por carretera.

—Oh, llegaremos pronto, créeme, pero no utilizaremos ningún vehículo humano —promete Gwen, divertida.

Nyx se dirige a la puerta que conduce a las escaleras y la cierra. Murmura unas palabras y su cuerpo adquiere el brillo que he visto antes en su piel. La piel de sus dedos es plateada, y las motas se adhieren a su cuerpo como tinta.

Sus ojos se tiñen y cambian de color, y las sombras de la habitación trepan por la madera hasta cubrir la puerta. Ella extiende una mano, que permanece inmersa en medio de la espesa oscuridad, y luego abre la puerta. Pero donde debería estar la escalera solo hay un oscuro vacío que nos recibe en silencio. —Entrad —nos dice Nyx.

Evander le dedica a Adam una especie de sonrisa de disculpa. —Te recomiendo que mantengas la calma. El viaje puede ser un poco... desagradable —afirma.

Da un paso y, al cabo de un momento, se impregna de las sombras. Gwen le sigue y Adam me coge de la mano. —¿Listo? —pregunta.

Sacudo la cabeza, pero avanzo con él de todos modos y, juntos, nos sumergimos en la oscuridad.

Por un momento, dudo de la mera existencia de mi propio cuerpo, que desaparece en medio de la oscuridad. Mis sentidos se borran y, de repente, soy incapaz de ver, oír o sentir nada a mi alrededor, ni siquiera la mano de Adam, que hace un segundo apretaba la mía, o el sonido de mi respiración.

La privación total de mis sentidos es abrumadora y exasperante y me dan ganas de gritar, salvo que sé que no podré oír mis gritos. Pero entonces, tras un tiempo demasiado largo que realmente no puedo contar, porque no tengo forma de medir el tiempo en este lugar, todo desaparece y caigo contra la hierba en medio de un campo abierto.

Jadeo desesperada y los sonidos que me rodean, por delicados que sean, me resultan abrumadores. Percibo el color del cielo al teñirse en pleno amanecer, el sonido de los pasos de mis amigos al levantarse tras la caída, y las manos de Adam sujetándome y ayudándome a ponerme en pie mientras me tiemblan las piernas.

Solo Nyx emerge de la oscuridad como si nada. Nos mira, con una disculpa escrita en el rostro, y luego fija su atención en el lugar vigilado por Evander, Gwen y Adam. Sigo su mirada y me fijo en la Universidad Colossus, un alto edificio de antigua edificación con campos abiertos y verdes bosques rodeando el espacio.

—Aquí es —susurro con un nudo en el pecho, contemplando el lugar que hasta ahora había considerado seguro.

Evander dice entonces: —¿Cómo entramos ahí?

—El laboratorio está en una especie de búnker subterráneo —explica Gwen, agachándose y dejando una de sus manos apoyada en la hierba. Frunce el ceño y sacude la cabeza—. Las defensas son fuertes. A primera vista, no veo cómo podemos entrar. Sobre todo porque está fuertemente custodiado.

—Déjame a mí —murmura Nyx, con voz seria.

Extiende las manos y empieza a susurrar algo mientras las sombras que nos rodean cobran vida mediante vibraciones. Éstas se extienden y se tocan entre sí, formando una serie de enlaces aparentemente normales, pero que no se corresponden con el tiempo. —Camina solo entre las sombras, y procura que tu cuerpo se mantenga siempre dentro de ellas —ordena Nyx.

Da un paso y se introduce en la sombra de un árbol, que la cubre por completo. Inmediatamente su cuerpo desaparece.

—Otra vez no —murmura Adam con el ceño fruncido, pero hace lo que le dice la princesa.

Imito sus movimientos y me sumerjo en las sombras, solo que esta vez la sensación no es tan opresiva. El mundo exterior se dibuja en una especie de blanco y negro, mientras que aquí todo es silencio.

Empiezo a caminar, siguiendo al grupo, y noto algo extraño. Y es que, mientras estoy dentro de las sombras de Nyx, puedo atravesar las paredes y los objetos que me rodean, como si carecieran de materia.

Al entrar en el recinto, me fijo en la gente que empieza a moverse por los pasillos. Son vigilantes y algunos de los profesores ya están despiertos, pero no reparan en nosotros, aunque caminamos a su lado. Guardo silencio, por miedo a ser escuchada y cuido que mi cuerpo no salga de las sombras, como nos ha ordenado Nyx.

Juntos comenzamos a descender por la estructura. A medida que nos adentramos entre los pasillos, las sombras se vuelven más difusas, ya que muchas están pegadas a la pared, pero Nyx siempre encuentra la forma de unirse a ellas y, al hacerlo, nos mantiene en movimiento.

Al final, después de una eternidad, y tras descender por varios pasillos y escaleras, llegamos a un lugar enorme, que es tal y como lo vi en los recuerdos de mi padre. Aunque quizás ahora sea un poco más tecnológico.

A nuestro alrededor hay cientos, si no miles, de celdas dispuestas por todo el espacio, y dentro de ellas hay un número inimaginable de prisioneros... algunos parecen recientes. Por sus ropas, las heridas y la forma en que miran el lugar, sé que están aterrorizados y que no llevan mucho tiempo aquí. Pero otros, evidentemente, llevan aquí bastante tiempo. Sus miradas tristes y sus cuerpos desnutridos revelan la crueldad a la que han sido sometidos.

Sin pensarlo, cojo la mano de Adam y entierro mi cara en su pecho, sintiendo el dolor que me causa esta escena. —¿Podemos sacarlos a todos? —le pregunto, pero es Gwen quien me responde.

—Le aseguro que no pienso abandonar ni una sola alma en este recinto maldito.

Su voz está cargada de ira. Abre uno de los pequeños frascos que lleva en los bolsillos y sus ojos adquieren un brillo extraño. —Es hora de jugar.

Gwen sale entonces de las sombras creadas por Nyx y se detiene en medio de un círculo de luz. Extiende las manos con las palmas abiertas y los dedos separados e inspira lentamente. Inmediatamente, su rostro se tuerce en una mueca de concentración. Suelta un gruñido y oigo un chasquido.

A nuestro alrededor empiezan a estallar cosas, tanto las bombillas como las cámaras e incluso las alarmas antes de que puedan empezar a sonar. Entonces Gwen cierra las palmas de las manos, que brillan con una extraña energía. Suelta un sonido desgarrador lleno de ira y vuelve a soltar las manos, y es como si una goma elástica se hubiera roto porque una onda se expande por todo el espacio que nos rodea, y las puertas de las celdas se doblan y fragmentan mientras las entradas al laboratorio se deforman hasta que los dispositivos que las abren se rompen.

—¿Qué has hecho? —pregunta Nyx, saliendo de las sombras como hacemos todos y cogiendo a Gwen en brazos en el preciso instante en que le tiemblan las piernas y amenaza con caerse.

Pero Gwen nos dedica una sonrisa cansada y victoriosa. —He ganado tiempo —afirma y luego mira a Nyx—. ¿Puedes crear una salida que nos aleje de este lugar? —Nyx asiente.

—Por supuesto —dice sin rechistar.

—Genial. —Gwen saca otro vial de su bolso y se bebe el contenido. Inmediatamente parece sentirse mejor. Se levanta y nos mira—. Hacedlo entonces y cubrid este lugar de sombras para protegernos. Liberaremos a los prisioneros lo antes posible —nos asegura.

—¡Cuenta con ello! —Nyx corre hacia las sombras y vuelve a meterse en ellas mientras Adam y yo salimos corriendo.

—Abran las jaulas —ordena Adam a Gwen y Evander—. Y enviar a todos los lobos conmigo.

—Lo haré si me envías a las brujas —dice Gwen y le guiña un ojo.

Los dos se separan y empiezan a destrozar las entradas, liberando a los presos de las celdas, que les miran desorientados.

Algunos están demasiado débiles o asustados para luchar, así que Adam me dice. —¡Lleva a todos los que puedas a Nyx!

Obedezco y empiezo a romper las rejas empujándolas, con la ayuda de los prisioneros. En cuanto están libres, les digo por dónde deben huir. —¡Seguid las sombras! —Les digo.

Mientras tanto, mi corazón late con fuerza. El sudor me corre por la nuca y me falta el aire. Tras derribar varias puertas, siento el cuerpo pesado. Pero hay demasiados prisioneros y, por desgracia, entre los rostros no veo ninguno que me resulte familiar.

Entonces llego a una celda donde hay una chica acurrucada contra una esquina. Tiene el pelo oscuro esparcido por el suelo y parece muy débil.

—Oye, ¿estás bien? ¿Puedes levantarte? —pregunto, entrando en la celda mientras agarro a la chica por los hombros para ayudarla a levantarse.

—Por supuesto —dice la chica, riendo, y se da la vuelta.

Sin esperar, se abalanza sobre mí, clavándome en el cuello sus manos enfundadas en guantes con afiladas uñas. Siento la sangre correr por mi piel y la sensación de ahogo subir por mi garganta.

Sonríe divertida. —¿Me has echado de menos? —pregunta Aleksandra, mientras se sube encima de mí y levanta la mano libre, dispuesta a asestar su golpe final.

CAPÍTULO 24: LA ÚLTIMA ESCAPADA



ADAM

El dolor de Ivy es un aviso suficiente de que algo le pasa. En cuanto siento que la opresión nubla mis sentidos y me ahoga, sé que debo ir a por ella.

—¡Ivy! —Grito, sabiendo muy bien que si no llego a ella pronto, podría morir.

Corro desesperado, sin preocuparme de nada más mientras a mi alrededor se desata el caos. Los Niños del Crepúsculo, que han sido liberados, huyen o luchan por liberar a los que siguen atrapados en las jaulas. Sus gritos equivalen a sirenas de incendio. Me llenan el cuerpo de miedo y rabia mientras luchan por sus vidas, igual que siento que hace Ivy.

Mi cuerpo salta las distancias y, mientras corro, la siento gritar. Un susurro brota de su mente, algo se quiebra, y entonces la siento, atrapada en una jaula con Aleksandra encima.

En ese mismo segundo, una explosión de luz atraviesa el cuerpo de Ivy y lanza a Aleksandra por los aires.

El impacto hace que me tape la cara y me gire, mientras el aire empuja mi cuerpo, queriendo hacerlo caer. Abro los ojos y miro a mi alrededor entonces, notando que Ivy se ha puesto de pie mientras un extraño resplandor cubre su cuerpo. Su pelo se ha teñido de ámbar, volviéndose cobrizo y dorado, mientras la luz recorre sus manos, surcando su cuerpo.

—Así que los rumores eran ciertos —dice Aleksandra mientras se levanta y escupe sangre al suelo. Mira a Ivy con disgusto—. Todo este tiempo era cierto. Tu padre se tiró a un hada y tuvo una paria por hija.

—Esta paria te va a patear el culo —gruñe Ivy.

Salta contra Aleksandra, y yo la miro, notando que las marcas en su cuello, las que le causó su antigua amiga han desaparecido. En su lugar, hay una especie de luz que brilla a través del cuerpo de Ivy, como si su piel fuera de papel, y las llamas se reflejan muy cerca de ellas.

La veo lanzarse contra el cuerpo de su antigua amiga, mientras una luz brota de sus manos y una ola de energía se expande contra Aleksandra.

Sin pensarlo, corro hacia Ivy, notando el momento en que la fuerza de su magia la impulsa y la hace caer. La atrapo en el mismo instante en que ocurre, antes de que caiga mientras, a nuestro alrededor, todo se hace añicos.

Ivy cae en mis brazos. Su piel está muy caliente y sus ojos se han desdibujado. El azul ya no es

evidente en ellos, en su lugar, son dorados, pero sin perder el blanco.

—¿Estás bien? —le pregunto, la preocupación me consume.

Asiente y se levanta. —Lo que sea que me haya dado Gwen, está funcionando —afirma con voz ronca.

La miro y percibo el aroma de su cuerpo. No huele a humano, ni a hada, sino a otra cosa. A algo diferente.

Luego mira a Aleksandra, que arremete contra nosotros, y yo me adelanto a los movimientos de Ivy. En menos de tres pasos, me encuentro frente a la chica, que extiende sus puños enguantados contra mí. Pero por muy fuerte que parezca, la cazadora no es rival para un alfa. Especialmente cuando está herida.

Le rodeo el hombro con la mano. Esquivo el golpe que intenta asestarme en la cara y, en su lugar, la hago doblarse mientras le doy un puñetazo en el estómago. Al caerle la cara, la noqueo y cae al suelo inconsciente.

—Vamos a por los demás —le digo a Ivy.

—¡Cuidado! —grita alguien detrás de nosotros.

Evander salta y se desplaza a medio camino, aterrizando sobre un cazador que nos apuntaba con un arma. Sus dientes destrozan el brazo del hombre, que empieza a sangrar copiosamente mientras mi beta le desgarran la garganta.

En cuanto el cazador cae al suelo, Evander cambia de forma. Camina hacia nosotros, manchado de sangre y ajeno a su propia desnudez, mientras nos advierte. —Los cazadores se han disfrazado de prisioneros. Nos atacan mientras abrimos las jaulas —explica.

—¿Cómo sabían que estaríamos aquí? —dice Ivy.

—Probablemente sabían que vendríamos a por miembros de nuestra manada —respondo chasqueando la lengua—. No importa. Ordena a los lobos que liberes que protejan a todos los Niños del Crepúsculo. Debemos ayudar a todos los que podamos a salir de aquí, así que condúcelos a Nyx.

—Entendido —dice Evander y vuelve a cambiar de forma. Sale corriendo mientras se pierde entre la multitud.

—Deberíamos ir a buscar a Everett y Sadie —dice Ivy.

Asiento con la cabeza y me quito la ropa para cambiarme inmediatamente. Ivy parece entender mis intenciones y se sube a mi espalda mientras rompo a correr.

Juntos, cruzamos el recinto y vemos la magnitud del caos. Los cazadores se han colocado en medio de todas las jaulas, creando el caos a su alrededor. Lo que quizá no esperaban es que actuáramos como uno solo en ese momento. Las brujas y los vampiros se están reuniendo con sus respectivos grupos y, a medida que lo hacen, forman frentes cada vez más unidos para luchar contra sus captores.

Solo entonces me doy cuenta de que muy pocos huyen y que los que lo hacen son en su mayoría

niños, o personas muy enfermas. Pero el resto nos quedamos a luchar.

Al doblar una esquina, veo a Gwen, que se reúne con un grupo de brujas. La morena las dirige mientras entonan un cántico que crea una extraña vibración en el aire. Una bola de energía negra se forma entre las manos de Gwen y la lanza hacia un grupo de cazadores, que empiezan a gritar al ser tragados por una especie de arenas movedizas.

No me detengo a hablar con ellos, sino que sigo corriendo, con Ivy a la espalda, doblando cada esquina y asomándome a cada una de las celdas, hasta que, por fin, Ivy grita: —¡Ahí está! — Señala una celda a mi derecha y yo me giro en esa dirección, percibiendo el olor de mi hermano a lo lejos.

Acelero, e Ivy entiende de algún modo mis intenciones, así que se aferra a mi pelaje y agacha la cabeza mientras gano impulso y rompo el cristal de la celda con el hocico.

Inmediatamente caemos dentro de la celda. Mientras me sacudo los fragmentos de cristal roto del cuerpo, Ivy corre hacia Everett y le pone una mano en la cara.

Mi hermano está inconsciente. Tiene la cara pálida y los labios amoratados. —Está vivo —dice Ivy, mirando en mi dirección—. Pero su pulso es lento. Creo que le pasa algo.

Acerca la mano al pecho de Everett y la palma se ilumina. Observo hipnotizado cómo pequeñas chispas empiezan a bailar entre sus dedos hasta que levanta la cara y grita: —¡Adam, cuidado! —Inmediatamente, me doy la vuelta con el pelaje erizado, presintiendo el peligro. Salto sin pensarlo y mi cuerpo choca con el del Dr. Taylor, que está detrás de nosotros.

—¡Esperaba su visita! —dice el hombre, riendo como un loco.

No espero su ataque, sino que gruño y lanzo mi peso contra su cuerpo para apartarlo del camino de Ivy y Everett. El doctor se ríe e intenta empujar sus guantes forrados de plata sobre mi cuerpo, pero las defensas de Gwen han funcionado. Su mano se aparta de mí como un imán al chocar con la otra, y el doctor mira por un momento extrañado la reacción involuntaria, frunciendo el ceño.

A cambio, aprovecho la distracción y le ataco. Mis dientes se clavan en su pierna mientras hundo mis colmillos en la carne, y el sabor de la sangre me llena la boca. El doctor gruñe e intenta lanzarme un líquido espeso y brillante, pero lo empujo antes de que pueda y lo arrojo lejos de mí.

Se cae, pero vuelve a ponerse en pie. Noto la ira en su semblante y sé que viene a por mí.

Al girarme, veo que Ivy está concentrada en Everett. Sus manos destilan luz y deja que se filtre en el cuerpo de mi hermano. A medida que lo hace, el color comienza a volver a su cuerpo.

—¡Me has abandonado! ¿Cómo te atreves? —le dice Diantha a Nyx, mientras la ve arder por la luz—. ¡Yo... tu madre, TU reina! ¡Y me has traicionado por estos simples mortales!

—Son mis amigos... mi familia —dice Nyx con voz entrecortada. Levanta la cara orgullosa y mira a su madre con lágrimas plateadas en los ojos—. ¡Entienden más de amor de lo que tú jamás entenderás!

—¡Basta! —Diantha ladra—. No puedes hacerme esto. ¡Te prohíbo que vuelvas a dejarme!

—Tendrás que asesinarme entonces —dice Nyx—. Porque es la única forma de que me

mantengas contigo.

La reina mira con dolor a su hija. Por un momento, creo que va a reconsiderar las cosas. Pero entonces, parece cambiar de opinión.

—Si eso es lo que prefieres... —dice la reina.

En ese momento se oye el grito de tres voces a la vez. Evander, Gwen e Ivy gritan: —¡NO!

Pero solo Ivy consigue atravesar el cerco de luz. Su cuerpo se llena de un extraño resplandor. Parece arder, y de hecho siento el calor en su piel; pero a medida que avanza, la veo cambiar. No tiene alas, pero su cuerpo muta y se transforma en la forma etérea de un hada.

Salta y se coloca frente a Nyx en el instante en que la reina levanta las manos. A cambio, extiende las suyas y crea un círculo de luz para proteger a su amiga.

Sin embargo, sé que esto no será suficiente para salvarlas. Ambas morirán a manos de la reina.

Con horror, observo a mi compañera, con su bello rostro equilibrado entre el miedo y el valor, mientras la ira de Diantha desciende en un halo de luz sobre la pelirroja y Nyx.

Y entonces, alguien se acerca a la reina y le hace apartar la mano, y el rayo se desvía, estrellándose contra la superficie de luz que protege a las hadas mientras se fragmenta y se hace añicos.

—¡Ivy! —Grito en mi cabeza.

Inmediatamente, Evander y yo corremos en nuestras formas de lobo hacia ella. El resplandor nos ha cegado por un momento, pero eso no nos impide avanzar mientras Nyx cae al suelo. Evander entonces se desplaza y la coge en brazos, asegurándose de que sigue viva.

Corro hacia Ivy y la protejo con mi cuerpo mientras los fragmentos de luz se esparcen por todas partes. A nuestro alrededor, la gente grita y huye mientras mi rostro y el de Ivy se alzan para ver quién se ha entrometido en el camino de la reina.

Es entonces cuando la vemos, la mujer del pelo rojo fuego de pie frente a la reina. La mujer de ojos claros y rostro increíblemente bello.

La mujer mira a Ivy. Sus ojos revelan lo que ambos sabemos.

—¿Mamá...? —dice Ivy, con una lágrima corriendo por su mejilla.

—Huye —dice.

Sin esperar, la mujer, Diane, se vuelve hacia la reina. Sus manos se encienden en luz y salta, envolviendo a la reina de las hadas en un torbellino resplandeciente, mientras el grito desgarrador de la mujer se lanza por los aires.

Gwen corre hacia nosotros. —¡Tenemos que salir de aquí! —grita.

Se apresura a agarrar la cara de Nyx y le mete algo entre los labios. Un líquido espeso y púrpura mancha la boca de la princesa. Gwen la mira desesperada y le dice a Nyx: —Sácanos de aquí, por favor...

Y Nyx abre los ojos, coge la mano de Gwen y asiente.

Se miran y, con una fuerza imposible de predecir, Nyx se levanta. Su cuerpo brilla en plata mientras sus ojos se transforman, y ella misma cambia. Levanta las manos y veo cómo las sombras de todo el complejo se cierran sobre nosotros, rodeando a todos los Niños del Crepúsculo mientras los engulle y los expulsa de este lugar.

El rostro de Ivy se vuelve en el momento exacto en que ve a su madre antes de que la oscuridad nos engulla, y siento su dolor, su miedo, mientras el rostro de la mujer se graba en su retina.

Me giro, busco a mi hermano y capto su mirada de miedo, segundos antes de que todo a nuestro alrededor se derrumbe y el mundo se desvanezca.

Caemos sobre la superficie de un prado. Lo reconozco en cuanto siento la nieve y miro a mi alrededor. Es entonces cuando me doy cuenta de que Nyx nos ha transportado al único lugar que considera seguro, la casa del prado que ella y Evander poseen en la pequeña ciudad de Minster Lovell.

A nuestro alrededor, decenas de cuerpos comienzan a caer esparcidos sobre la nieve. Los Niños del Crepúsculo levantan la vista con el terror grabado mientras Ivy se abraza a mi cuerpo, temblorosa.

Acuno su rostro y miro a mi hermano, cuya mirada devuelve mi gesto de preocupación. Entonces Nyx se desploma, y Evander soporta su peso, mientras las sombras desaparecen y Gwen se eleva por encima de todos los caídos. Sus manos, enarboladas con fuerza, cruzan el cielo y lanzan un haz de luz que nos envuelve a todos.

Ella misma cae al suelo, exhausta, y sus hermanas corren en su ayuda, mientras a nuestro alrededor el mundo se llena de un extraño siseo, el último regalo que nos hace Gwen antes de perder las fuerzas.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta entonces Everett, y se acerca a Ivy y a mí.

Ivy me tiende la ropa, que llevaba en una mochila que, por suerte, no ha perdido. Me cambio y me visto rápidamente, miro a nuestro alrededor y me doy cuenta de que el enemigo no nos ha seguido. Por ahora, las hadas y los cazadores no nos han encontrado.

Aunque nos encontramos heridos, en medio de un desierto de frío y a cientos de kilómetros de casa, no dudo en responder mientras cojo a Ivy en brazos y la acuno contra mi cuerpo para resguardarla del frío.

—Una protección. Por ahora, estamos a salvo.

CAPÍTULO 25: LA TORMENTA Y EL CUERVO
BLANCO



ADAM

La nieve cae a través de las ventanas cerradas. Es una tormenta que lleva unos días llegando y parece querer quedarse con nosotros para siempre.

—¿Quieres café? —pregunta Everett, acercándose a mí.

Asiento y acepto la taza, viéndole marchar hacia la mesa del comedor donde están sentadas Nyx e Ivy.

Hace menos de tres días, esta casa era un hervidero de movimiento, cuerpos mutilados y gente enferma y sangrante tirada por todas las superficies mientras los que estaban en mejores condiciones intentaban ayudarles. No puedo negar que muchos de ellos murieron. Algunos estaban tan aberrantemente heridos o cambiados que la muerte sería la salida más misericordiosa para ellos.

Los que sobrevivieron recuperaron fuerzas y partieron en cuanto los líderes de las distintas razas se enteraron de lo ocurrido. Para que la encontraran, Nyx tuvo que bajar las defensas de su propio hogar y guiar a los cuidadores de los heridos y rescatados por los caminos nevados hasta la pequeña y abarrotada vivienda.

Poco a poco los Hijos del Crepúsculo se habían manifestado, llorando de alegría o de tristeza al descubrir a los suyos, pero, marchando aliviados al menos al no tener que dudar si sus seres queridos vivían o sufrían en una celda, prisioneros de los cazadores.

Tras un tiempo interminable, todo quedó en silencio. Nyx parece débil pero establece las defensas de su hogar, aunque las plantas han muerto y la nieve cae indiferente sobre lo que antes era un prado rodeado de rosas y árboles frutales.

Parece agotada. Tiene gruesas ojeras y los labios agrietados; le tiemblan las manos y, por su expresión, veo que quiere dormir, pero no puede más que cualquiera de nosotros.

Yo mismo, y el resto de nosotros, no nos vemos mejor, pero con la creciente preocupación por la situación actual, no podemos hacer otra cosa que prepararnos para lo peor tomando medidas precipitadas.

La guerra está declarada y poco más podemos hacer que esperarla con los brazos y las garras abiertos, dispuestos a luchar.

—Tu poder deriva de la luz —le dice Nyx a Ivy, llamando la atención de todos.

La princesa de las hadas parece elegir bien sus palabras. Tras tomar un sorbo de té, Nyx dice: — Las hadas obtienen sus poderes de tres fuentes principales: la luz, la oscuridad y el crepúsculo.

—Igual que las brujas —añade Everett con una mueca.

Sé que a mi hermano nunca le han gustado las brujas, con las que tenemos cierta enemistad jurada. Aparte de las hadas, hay pocas cosas que Everett deteste más que las brujas.

Irónicamente, son las hadas y las brujas las que nos han salvado el pellejo. Incluida Ivy, cuyos poderes han resultado estar más latentes de lo que pensábamos.

—Las hadas somos las propietarias originales de toda la magia y, de hecho, las leyendas antiguas dicen que fuimos nosotras las que otorgamos sus dones a todas las demás razas —nos dice Nyx con una nota de orgullo insinuada en su voz.

—Seguro que eso lo dicen las hadas —comento entre susurros mientras me siento junto a Everett y noto cómo asiente.

Nyx finge no oírme y continúa: —Pero de todos modos, al igual que ocurre con las brujas, nuestros poderes proceden de lo natural. A partir de ahí, derivan en múltiples dones que dependen totalmente de la persona. Sin embargo, con la realeza, al igual que con mi madre o conmigo, el poder es puro. Yo soy sombras, pura y simplemente, y ella es luz del mismo modo —dice Nyx.

Ivy asiente mientras escucha a Nyx con total atención. Sus poderes eran un emblema desconocido para todos, lo que provoca una intriga que Nyx parece saciar, al menos en parte.

—Básicamente, lo que has demostrado es que tus poderes están asociados a la luz. Esto significa, obviamente, que eres más fuerte de día que de noche, pero también implica otras cosas. Como, por ejemplo, que puedes controlar el fuego —añade Nyx.

—¿Cómo voy a saberlo? —Ivy pregunta.

—Es algo complicado. Incluso a nosotros nos lleva años desarrollar y comprender bien nuestros poderes. Lo principal, quizá, es comprender que, al igual que el alma de un lobo, tus poderes están vivos. Poseen conciencia, por así decirlo.

Asiento con la cabeza mientras bebo un sorbo de café. Todos los miembros de una manada saben que las identidades personal y lobuna no están necesariamente asociadas. Nuestros lobos son criaturas instintivas, naturalmente intuitivas que reaccionan siguiendo una inteligencia guiada por las emociones. Poseen una capacidad de comprensión del entorno diferente a la nuestra, por eso a veces las personalidades más fuertes chocan con las de sus propios lobos.

A veces, cuando llega un nuevo miembro a la manada, alguien que, por ejemplo, no conoce las leyendas y las historias, el choque es abrumador. Sentir una conciencia viva y dominante dentro de tu cuerpo y saber que gobierna tu voluntad sin obedecer tus propias reglas es exasperante.

Me pregunto si tal vez sea lo mismo para Ivy con su poder. Si, como nosotros, se enfrentará al reto de comprender esa conciencia dormida.

Ella no parece percibirlo, pero Nyx parece tener las mismas preguntas que Everett y yo. Su cara muestra duda.

—¿Cómo sabré lo que puedo hacer o no? —inquire Ivy y sus labios dibujan una mueca—. Dudo que la solución sea meter la mano en el fuego para ver si me quemo o no.

Everett dibuja una sonrisa cansada en sus labios, escuchando a Ivy mientras Nyx responde: —La mayoría de las veces, todo es instinto. Como cuando curaste a Everett o a toda esa gente.

Recuerdo el momento. La piel de Ivy se iluminó; sus ojos ámbar y las chispas que salían de sus dedos se clavaban en la piel de los heridos y les devolvían un poco de vida.

—¿Pueden hacer eso muchas hadas? —pregunta Ivy.

—Algunas, aunque la curación es un don un poco extraño —asegura Nyx con una mueca—. Tu madre posee un don particularmente fuerte. Imagino que lo heredaste de ella.

Ivy mira su taza de té y sus dedos juegan con el asa. —Sobre mi madre... —pregunta, y noto el miedo en sus ojos. Lo siento dentro de mí—. Dijiste que creías conocerla.

—Al principio pensé que sí. Por el parecido, tenía idea de a quién te referías. Sin embargo, lo confirmé en nuestro encuentro de hace unos días —me tranquiliza Nyx.

—Ella atacó a la reina Diantha para salvarnos —dice Ivy con desesperación, y comprendo la angustia dentro de su pecho—. La reina... ¿La asesinaría por esto?

Tras una pausa, Nyx responde: —Podría... Pero dudo que lo haga. Tu madre es un hada poderosa. Vienes de un linaje con mucho poder dentro de la corte de las hadas.

—¿Significa eso que estará a salvo? —pregunta Ivy, esperanzada.

Por desgracia, Nyx sacude la cabeza. —Yo no he dicho eso. Ya has visto de lo que es capaz mi madre cuando se la desafía —añade, refiriéndose al hecho de que estaba dispuesta a asesinar a Nyx delante de todos por contradecirla—. Mi madre no es de las que perdonan la insolencia. No creo que asesine a Diane, pero le hará pagar por ayudarnos a escapar.

Ivy se queda boquiabierta y le pongo la mano en el hombro. —Todo va a ir bien —le prometo, y le beso la coronilla.

Ella asiente y esconde la cara contra mi pecho. Está claramente angustiada por la situación.

En cambio, Nyx sigue mirando su taza, como si en el fondo estuviera la respuesta a algún tipo de duda. —Respecto a tu madre... —Dice Nyx, e Ivy levanta la cara—. Hay algo más que quería decirte. Y es que...

Justo en ese momento se abre la puerta principal, trayendo consigo una ráfaga de nieve y aire que atraviesa la habitación y corta la conversación, dejando tras de sí una estela de silencio.

Evander entra en la casa. Está empapado por el aguacero y los copos blancos le cubren el pelo. —Maldita ventisca —murmura molesto.

—¡Ev! —grita Nyx y corre hacia él.

Nos levantamos mientras Nyx ayuda a Evander a quitarse las botas, la chaqueta y la bufanda. Se sacude la nieve del pelo y una estela de pequeñas gotas heladas cae contra el suelo de madera.

—Iré a por una toalla —dice Ivy y corre hacia el armario, mientras Nyx ayuda a Evander a

quitarse la ropa mojada.

—¿Qué ha pasado? —le pregunta.

Después de quitarse el jersey, dejándole solo con la camiseta que lleva debajo, Evander suspira y añade: —El pueblo está cerrado. Apenas he llegado a casa por culpa de la ventisca.

—Es cosa de mi madre. Eso lo sé —confirma Nyx, frunciendo los labios.

—¿Puede hacerlo tu madre? —pregunta Everett, mirando la tormenta que arrecia fuera.

La ventisca está afectando no solo a esta pequeña ciudad, sino a gran parte del país. La situación ha provocado el cierre de negocios y estados de alerta.

Nyx asiente. —Mi madre es capaz de muchas cosas. Incluso más cuando está enfadada.

Ivy vuelve y le da la toalla a Evander, que se seca el pelo.

—¿Qué noticias hay en la ciudad? —pregunta Nyx cuando volvemos a sentarnos a la mesa.

—Aparecimos en las noticias —explica con una sonrisa que se supone divertida.

Al coger el periódico, me fijo en los titulares grandes y pequeños. Atribuyen a una filtración la destrucción de los edificios centrales de la universidad a la que asistía Ivy, mientras destacan una convención de fenómenos en las páginas de entretenimiento como obvia referencia al desfile de personas que pasaron por la ciudad durante los últimos días.

Aparte de eso, se habla de la extraña tormenta que afecta al país e instan a la población a mantener todas las medidas de seguridad.

—Esto es increíble —digo suspirando mientras le entrego el papel a Everett.

—Por suerte, los humanos tenemos una capacidad impresionante para cubrir nuestras huellas. Rara vez saben lo que está pasando —garantiza Everett, con los ojos clavados en el resumen de lo sucedido en la universidad.

—No lo entiendo. ¿Siempre pasa esto? —pregunta Ivy, leyendo el periódico por encima del hombro de Everett.

Todos en la mesa asienten. —Cada vez que un humano descubre algo que no quiere creer lo encubre con otra cosa. Algo que su cerebro pueda explicar.

—En todo caso, lo que hacen es desdeñar a los pocos que aún creen en nosotros —nos dice Evander con una especie de sonrisa de disculpa hacia Ivy, ya que hasta hace poco ella formaba parte de la sociedad a la que nos referimos—. Pero nunca creen que se haya producido un suceso paranormal.

—De cualquier forma, esto nos beneficia —dice Everett, suspirando, y deja el papel sobre la mesa.

—Sí, pero ¿hasta qué punto? —pregunto—. Al final, los cazadores o la reina de las hadas vendrán a por nosotros.

Todos sabemos que Nyx está cansada y que la fortificación que puede establecer en esta pequeña

casa no se compara con los miles de personas que están en peligro por lo ocurrido en la ciudad. Y eso no quiere decir que las tormentas no cesen hasta que la reina llegue a ella.

Intento pensar en eso y no en el hecho de que mi hermana pequeña está sufriendo en una celda, a manos de los monstruos que no pude matar cuando nos enfrentamos a los cazadores y a las hadas.

—Creo que tenemos que protegerlos a todos —dice Ivy.

—No tenemos forma de hacerlo. —Nyx suspira—. Me encuentro demasiado débil para ser una oponente digna de mi madre, y Gwen aún está en recuperación.

La bruja, que tanto nos ayudó, estaba al cuidado de su propio aquelarre, que velaba por ella mientras se recuperaba.

Gwen nos había hecho el regalo definitivo de crear un círculo de protección alrededor de este recinto, que era la razón principal por la que ninguno de nosotros se había marchado, pero esa protección no duraría el resto de nuestras vidas.

Y tampoco podía quedarme escondida como un topo dentro de su madriguera en esta casa para siempre. No cuando mi hermana fue secuestrada; cuando mi manada no tenía hogar.

—Tendremos que pensar en una solución —dice Evander en tono conciliador, tratando de mantener la calma.

El sonido de un repiqueteo nos alerta a todos de que algo estaba pasando. Cuando todos nos volvemos hacia la ventana de la cocina, vemos un cuervo blanco con una mancha negra en la frente que golpea el cristal con el pico.

—Es un mensajero —dice Nyx, corriendo hacia el cuervo.

Abre la ventana y la criatura entra volando en la habitación. Se sacude la nieve de las plumas y señala una de sus patas, donde tiene atada una carta.

—Gracias —dice Nyx, tras desatar la carta y entregar unas semillas al cuervo. El cuervo emprende su viaje de partida al instante.

Nyx cierra la ventana y se acerca a nosotros, leyendo la carta mientras camina.

—Es del Alto Consejo del Crepúsculo —nos explica, levantando la vista.

Ivy pregunta: —¿Quiénes son?

—Son los líderes de todas las razas —explico—. Cada raza posee un líder que habla por todos nosotros ante el consejo. Son los líderes de nuestra sociedad.

—Entiendo... —murmura y luego mira a Nyx—. ¿Y qué quieren?

—Están llamando a todos los Niños del Crepúsculo. Es una convocatoria especial para discutir lo que pasó en la universidad con los cazadores y las hadas.

—Bueno, han tardado demasiado —dice Everett, suspirando—. Tendremos que ir y...

—Pero eso no es todo —dice Nyx, leyendo despacio.

Su rostro se levanta y se cruza con el nuestro con preocupación. —Hablan de sanciones a las hadas por lo ocurrido. Dicen que en la reunión se discutirá si exiliar a las hadas del consejo o declararles la guerra.

—¿Qué? —exclama Evander con voz ahogada.

Yo mismo miro a Nyx, incapaz de creer lo que está diciendo.

—Si lo que dicen es cierto, entonces... —comienza Everett, y Nyx asiente.

—Las hadas seremos enemigas acérrimas de todas las razas. Seremos cazadas igual que los Necrófago, y tan vilipendiadas como los cazadores —confirma Nyx, mirando a Ivy, cuyo rostro reflejaba una comprensión real de lo que esto implicaba.

Si se acepta tal propuesta, tanto su vida como la de Nyx estarían en peligro.

CAPÍTULO 26: PARA SIEMPRE



—¡P ero no pueden hacer eso! —Exclamo, incapaz de contener la impotencia que siento brotar en mi interior—. No pueden declarar enemiga a toda una raza por las acciones de su líder.

—Sé que tiene poco sentido en teoría, pero teniendo en cuenta los hechos... —comienza Nyx y, tras un largo momento, exhala un suspiro—. Esto es un desastre.

Se deja caer en un sofá y Evander coloca una manta sobre los hombros de Nyx al notar que tiembla. —No te preocupes. Lo solucionaremos, ¿vale? —Le dice, intentando que la ansiedad no se apodere de ella.

Nyx asiente, pero sé que está preocupada.

Al darnos cuenta de que es un momento en el que necesitan estar solos, salimos de la habitación y cada uno toma un camino diferente.

—Necesito descansar —dice Everett mientras se frota el puente de la nariz con los dedos y se dirige a su habitación, al otro lado del pasillo.

Adam me sigue hasta el dormitorio que Nyx y Evander han preparado para mí. Cuando llegamos, esta habitación daba a los manzanos que Nyx había plantado, pero ahora, en lugar de los frondosos árboles cargados de fruta madura, solo veo nieve, que cubre incluso las montañas que se veían al fondo de la escena.

—Esto es horrible —digo en un susurro, después de sentarme en la cama.

Adam me sigue y se sienta a mi lado. Sus ojos verdes permanecen fijos en la lámpara del techo. —Lo sé —dice. Sé que se siente más presionado que yo por la situación, ya que Sadie sigue desaparecida.

Aunque Everett se ha recuperado de la mayoría de sus heridas, todavía es visible lo preocupado que está por Sadie. Ha cambiado. En los últimos días, se ha vuelto hosco y antipático. Rara vez habla, parece aturdido y a veces lo pillamos deambulando por la casa en mitad de la noche, incapaz de dormir.

—¿Qué haremos si declaran a las hadas enemigas de las demás razas? —Le pregunto a Adam—. ¿Y qué significa eso?

—Es un asunto serio —advierte Adam, cuya mirada permanece fija en la pared—. Solo tengo

constancia de que ocurriera una vez, y fue hace mucho tiempo.

—¿De qué raza era? —Pregunto.

—Los conocéis como demonios, aunque eran algo más. La verdad es que su raza poseía un terrible gusto por la sangre y el sadismo. Nos pusieron en peligro a todos, y luego fueron desterrados y cazados hasta casi su extinción.

—¿Es eso lo que les pasará a las hadas?

—Puede que no —responde Adam y se pasa una mano por su rebelde pelo dorado—. Las hadas son poderosas, y más dentro de su reino. Pueden habitar durante largos periodos en sus tierras, y la naturaleza depende de ellas. Así que no deberían ser cazadas... O eso creo yo. Pero, ¿quién sabe qué se le ocurrirá al consejo?

—No podemos dejar que eso ocurra —le digo a Adam y me siento en la cama, girando el torso para mirarle.

Me mira y asiente. —Antes de morir, mi padre era el líder del consejo —dice—. Ahora es otro lobo el que está al mando, pero su manada es cercana a la nuestra. Ellos son los que han acogido a la mayor parte de mi manada tras el ataque de los Necrófagos. Si puedo, hablaré con algunos amigos y miembros de la manada. Seguro que no somos los únicos que pensamos que es absurdo vetar a toda una raza por las acciones de su reina, por muy crueles que sean.

—De acuerdo. —Asiento y me dejo caer contra su hombro.

Pasa su brazo, rodeando el mío, y me atrae contra su pecho.

Al sentir la cercanía de su piel, me late el corazón. Es un ritmo diferente el que marca ahora mis pensamientos, y me pregunto si él también lo siente.

—Hay algo más de lo que quería hablarte —digo entre susurros, jugando con el borde de su camisa.

—Lo sé —responde Adam con un suspiro.

Me apoyo en un codo y levanto la cara para mirarle. —Sé que no es el momento... —le digo.

—Nunca lo es —afirma con una sonrisa burlona en los labios.

Alarga el dedo y me acaricia la cara, me pasa un mechón de pelo por detrás de la oreja y sigue la línea que marca mi mejilla hasta la barbilla.

Su tacto es firme pero dulce. Le miro a los ojos, notando las pequeñas motas verdes que se dibujan en ellos, y le digo: —¿Has pensado ya... en nosotros?

—No hay mucho que pensar —insinúa Adam, inclinándose cerca de mí.

Su piel se siente cálida, y aprecio su aroma bailando entre nosotros. Huele a jabón, a perfume y a algo más.

Me muerdo el labio, asiento con la cabeza e intento mirarle a los ojos, pero me siento incómoda y nerviosa. —Sé que dijimos que hablaríamos de esto si sobrevivíamos al incidente de hace unos días, pero...

—No, Ivy —me corta—, no hace falta. Entre nosotros, creo que ya lo hemos dicho todo.

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunto, tratando de descifrar el mensaje en sus ojos.

Pero no necesito mucho tiempo para entenderlo. —Juzga tú misma —responde.

Sus labios buscan los míos cuando sus palabras salen al aire, y siento la presión de su cuerpo cuando me empuja sobre las sábanas.

Adam se apodera entonces de mi cuerpo, y ya no tengo tiempo de pensar en nada. Es como si una corriente eléctrica activara mis sentidos, haciéndome olvidar el panorama general, los miedos y todo lo que me preocupa.

Inspiro, sintiendo sus labios y el sabor de su boca. Con Adam, todo ha sido siempre incierto, pero aquí y ahora se siente tan real que su presencia hace que un delicioso estremecimiento me recorra la espalda y me recubra las terminaciones nerviosas.

Al sentir sus dedos recorriendo mi piel, dejo que me quite el jersey mientras le miro: el pelo rubio dorado despeinado y sus labios húmedos de besarme. Lleva un jersey de lana verde sobre una camiseta de manga larga que se quita con facilidad.

Su torso desnudo al descubierto muestra sus músculos trabajados y un abdomen tenso. Una pequeña estela de vello dorado recorre su piel, desde el pecho, hasta los pantalones.

Sin poder evitarlo, me siento en la cama y acerco mi boca a él, saboreando su piel contra mi lengua. Escucho el ronroneo que brota de su garganta y le miro a los ojos, llenos de deseo.

Mi lengua se mueve hacia abajo; mis manos desabrochan sus pantalones y lo apartan de su cuerpo, sintiendo su peso mientras caemos de nuevo sobre la cama.

Me tira de la falda por encima de los muslos y aparta las medias, sintiendo mi piel caliente y acariciándola con los dedos mientras sus labios se mueven para encontrar mi cuello, la piel de mi torso y luego mi pecho.

Respiro, sintiendo la deliciosa reacción de mis terminaciones nerviosas cuando se ponen alerta a su contacto. La cercanía me hechiza. Me hace sentir fuera de este mundo.

Cada parte de mi ser está conectada a él cuando lo hacemos. Los breves encuentros con Adam me han demostrado que, para nosotros, hacer el amor no es lo mismo que para los simples mortales. En el pasado, he tenido relaciones sexuales y he estado con otros hombres; con compañeros a los que creía amar, y entre relaciones que solo duraron unas pocas noches apasionadas. Con muchos disfruté y con otros aprendí sobre mí misma.

Pero con Adam, es diferente. No se parece a nada que haya experimentado antes. Su lengua me recorre como si supiera qué puntos estimular y en cuáles detenerse para vencer la impaciencia y excitar mi piel. Sus dedos me desnudan como si fueran míos, y cuando su boca llega a mí, siento el paraíso en la punta de mis dedos.

Respiro mientras termina de quitarme la ropa interior y me deja desnuda sobre la cama. Solo entonces se levanta y se detiene, dispuesto a admirarme.

La visión de sus ojos, de su cuerpo esbelto, es suficiente para dejarme sin aliento. Anhele

sentirlo dentro de mí, su miembro erecto y palpitante presionando con fuerza contra mi cuerpo segundos antes de llegar al orgasmo, unos labios suaves colocados contra los míos y las yemas de los dedos presionándome y sujetándome con precisión y delicadeza.

—Eres perfecta —dice, siguiendo la línea desde mi pecho hasta mi pubis, húmedo por la ansiedad de sentirlo dentro de mí.

—Tú tampoco estás mal —bromeo, enarcando una ceja mientras él me dedica la más acogedora de sus sonrisas.

Como un león, o tal vez como solo lo haría un lobo, se abalanza sobre mí, dándome caza mientras me muerde el interior de los muslos.

Suspiro y elevo la pelvis, sintiendo el contacto de su lengua tan cerca, y a la vez tan distante, que resulta exasperante.

Pero eso es lo que intenta hacer. Lo sé, y por eso me contengo. En lugar de eso, dejo que se acerque a mi boca, enredando los dedos en su pelo mientras saboreo la sensación de su húmeda y firme erección pinchando contra mi entrada.

Le miro a los ojos y saboreo el deseo que veo en su sonrisa.

—¿Siempre es así entre los de tu clase? —le pregunto entre jadeos.

—Para nosotros es más intenso que para los humanos —aclara después de besarme y pasarme la lengua por el cuello.

Inhalo y siento cómo me muerde la piel. —Somos criaturas más sensibles y, por eso, lo percibimos todo de forma diferente. La estimulación es más placentera, y el placer, más duradero.

—No lo dudo —respondo entre susurros, con una risita entre los labios.

Dirige su erección hacia mi entrada. Siento cómo se hunde en mí mientras un gemido sale de mis labios y mi espalda se curva ante la exquisita presión.

—Pero solo... Solo nos sentimos así con nuestras parejas —explica—. En comparación, cualquier otra relación pierde sentido. El mundo se vuelve aburrido, incoloro... porque nada puede ser más placentero, más atractivo que esto.

—No lo dudo... —Digo entre gemidos, sintiendo el movimiento pausado de su cuerpo.

Adam se retira de mi cuerpo y, justo antes de abandonarme, vuelve a hundirse por la humedad de mi cuerpo.

Contiene un gemido que, en cambio, sale de mi boca y declara: —Por eso... los lobos anhelamos encontrar el vínculo. Nada es más sagrado para nosotros. No podemos amar a nadie como amamos a nuestros compañeros, ni disfrutar de la misma manera...

—¿Eso significa...? —Digo entre jadeos, mis dedos enredándose en su nuca.

Atraigo su boca contra la mía y saboreo el ritmo de su lengua, que se marca contra la mía. Adam acelera a medida que el beso se intensifica, y los gemidos se convierten en una canción acelerada

entre nuestros labios.

—Significa que eres mía —asegura, hundiéndose en mí con más fuerza.

Con cualquier otra persona, la afirmación me habría sonado posesiva, incluso aterradora. Pero sé lo que Adam quiere decir.

Puedo sentirlo dentro de mí, y no solo de forma sexual. Sus pensamientos, sentimientos y deseos se entrelazan con los míos de una forma que no comprendo, pero que me envuelve.

Es como si una parte de mí hubiera estado vacía. Como si siempre hubiera vivido sin saber que me faltaba uno de mis sentidos. Y ahora puedo verlo todo por primera vez, saborearlo, oírlo...

—Y tú... Tú eres mío... —Insisto entre jadeos.

Sus labios se acercan a los míos y muerde el inferior. —Lo soy —jura.

El ritmo de sus caderas se acelera contra mí. Mis piernas se cierran en torno a su cuerpo mientras él baja hasta mis pechos con su lengua. Nuestras manos permanecen unidas y él me muerde los pezones mientras yo me recuesto para disfrutar del placer que me proporciona su lengua.

Es en ese momento, cuando vuelve a besarme, cuando siento que llega mi liberación. Se descarga contra mi cuerpo como una embestida que arrasa con todo, dándome ganas de gritar y ascender al cielo, victoriosa por haber comprendido lo que es el auténtico placer.

Suspiro y caigo entre las sábanas, jadeando, mientras Adam se apoya en mi pecho. El sudor le mancha la frente y jadea, pero tiene una sonrisa triunfal en los labios.

—¿Podrías sentir esto por otra mujer? —Pregunto entre susurros, acariciándole el pelo.

—No —afirma con resolución, levantando la vista para encontrarse con mi mirada—. Para nosotros, los lobos, solo hay *una* pareja. Solo *una* oportunidad de sentirnos completos, o pasar nuestra existencia vacía.

—Es tan... triste —digo, conmovida por el sentimiento.

—¿Lo es? —pregunta con una ceja levantada y una sonrisa—. Mi alma solo tiene una mitad, y eres tú. Estoy segura de que nada ni nadie podría compararse. No hay otra Yvaine Taylor en el mundo. Eres tú o nadie más para mí.

Su cuerpo se hunde una última vez en el mío y luego se separa. Tira de la manta y me acerca la cara a su pecho.

Respiro su aroma y le rodeo con los brazos, dejando que su calor me inunde. —Entonces solo hay un Adam Paxton Ajax para mí —bromeo.

—Quizá sea un nombre un poco difícil de imitar —dice riendo.

—Pues sí —confirmo y me apoyo en un codo para mirarle a los ojos.

Mi pelo cae contra su pecho y él lo aparta de mi cara. —Eso significa que solo puedo quererte a ti —digo entre susurros.

Asiente con la cabeza. —Para bien o para mal, así será el resto de nuestras vidas —promete.

De algún modo, sus palabras parecen un rito. Como si le estuviera jurando amor eterno frente al altar.

Pero sé que esto es más íntimo, más personal. No es una promesa de la que podamos arrepentirnos después, sino algo que nos acompañará el resto de nuestras vidas.

—Para siempre entonces —le respondo después de besarle.

Y sé que para siempre seré suya y solo suya.

CAPÍTULO 27: COMO SI FUÉRAMOS UNO



ADAM

Me despierto después de lo que parece una eternidad, pero después de tres días, he descansado, lo que me sienta bien. Quizá lo único que necesitaba era tener a Ivy entre mis brazos, su aroma y la seguridad de su presencia.

Pero cuando me despierto, Ivy no está en la cama, aunque quizá no lleve mucho tiempo fuera, ya que las sábanas aún están calientes. Me froto los ojos y miro la hora en mi nuevo teléfono, ya que el anterior se rompió en plena batalla, y me doy cuenta de que son casi las siete.

Me levanto y me visto. Al abrir la puerta de la habitación, el aroma de la comida inunda el pasillo del segundo piso, haciéndome la boca agua.

Bajo los escalones de dos en dos y descubro a Everett, que está cocinando junto a Ivy. Ella levanta la cara en cuanto entro en la cocina y sus mejillas se sonrojan. Me dedica una hermosa sonrisa y sigue ayudando a Everett a sazonar la carne.

—¿Has descansado? —pregunta Evander con una sonrisa, mientras me lanza una mirada divertida. Entiendo que debe intuir que había una razón para mi desaparición y la de Ivy. Me aclaro la garganta y me siento a su lado.

—Algo, sí —digo, evitando la mirada de Ivy. No quiero avergonzarla—. ¿Dónde está Nyx? —Pregunto.

—La he convencido para que duerma un poco. La despertaré para cenar —dice Evander con expresión extraña.

—Le vendría bien descansar —digo con comprensión.

—A todos nos vendría bien —afirma Everett en tono amargo, apartando la mirada.

Sé que no puede dejar de pensar en Sadie. Durante los últimos días, he intentado tranquilizarme. Me digo que mi hermana está bien, pero la idea de no saberlo nos atormenta, especialmente a Everett.

Sadie y Everett siempre estuvieron muy unidos. Ella era una niña tímida y él un hermano sobreprotector. Cuando Sadie era pequeña, se puso muy enferma y pensamos que moriría. Desde entonces, Everett la protege de *todo*.

Aunque no lo dice, se culpa de todo lo ocurrido. No puede perdonarse por no salvar a Sadie. Pero aunque desearía que pudiera, no sirve de nada decírselo. Sé que se culpará hasta que Sadie

vuelva con nosotros, sana y salva.

—He estado pensando —dice Evander, cortando mis pensamientos y devolviendo mi atención al presente—. Sobre algunos lugares donde podríamos construir el nuevo refugio de la manada.

—Lo más seguro sería irse de Londres —dice Everett, pero niego con la cabeza.

—Sabes que no podemos hacer eso —respondo, ya que la ciudad depende de nosotros—. Con el aumento de los ataques de los necrófagos, no podemos dejar la ciudad sin defensa.

—Pero ponemos a nuestra gente en peligro quedándonos aquí —refuta Everett y me mira con cara seria—. A mí tampoco me entusiasma dejarlo todo atrás, pero debemos pensarlo bien. Hay cientos de niños, ancianos y enfermos. Gente que depende de nosotros más que el resto de la población.

Sé que tiene razón, pero los lobos siempre hemos defendido la ciudad. Manejamos el equilibrio de las cosas.

Evander nota mi ansiedad y sabe que estoy a punto de contradecir a Everett. Evander dice a su vez: —Bueno, pensé que podríamos quedarnos dentro de la ciudad. Pero tal vez aliarnos con otras manadas sería útil.

—Desde luego que no —respondo con firmeza.

—¿Por qué no? —pregunta Everett.

—Ya sabes cómo son los otros alfas —le digo.

—¿Cómo son? —pregunta Ivy.

—Los lobos son territoriales —le explico, sin apartar los ojos de Everett—. Cuidan mucho su territorio. No tienen problema en ayudarse unos a otros, pero la autoridad del alfa siempre está marcada y es respetada. Si juntamos demasiados, pronto crearemos una guerra de autoridad.

—Estoy seguro de que, dada la situación actual, podríamos hablar de un acuerdo de paz —afirma Everett—. Dudo que las manadas lo rechacen, ya que implica mantener a salvo a nuestro pueblo.

—¿Qué tal un recinto para protegerlos a todos? —dice la voz de Nyx, y todos nos giramos para mirarla.

La princesa de las hadas está apoyada en el marco de la puerta que da a la cocina. Las ojeras siguen ahí, pero parecen haberse atenuado. Lleva un jersey medio enrollado sobre el pecho, mostrando una camiseta transparente que deja ver la parte superior de sus pechos, y el pelo revuelto.

Nyx se acerca y se sienta en el borde de la mesa, mirándonos a Evander y a mí a los ojos, y dice: —Yo podría ayudarlos. Podríamos crear un recinto lo bastante grande para proteger no a una, sino a todas las razas.

—Sería una idea brillante —digo.

—Extravagante pero brillante —asiente Everett y se vuelve hacia Nyx—. ¿Cómo lo harías?

—Aún tengo que recuperarme y no poseo la fuerza suficiente. Pero... creo que con la ayuda de

Gwen podríamos crear un recinto fortificado y lo suficientemente espacioso para albergar a todas las razas.

—¿Tiene Londres un espacio similar? —pregunta Ivy, desconcertada.

—No tiene por qué ser un único espacio —añade Evander, sumido en sus pensamientos—. Hay muchas manadas que ya tienen territorios marcados y sellados, pero quizá, con la ayuda de Nyx, podríamos conectar esos territorios a través de túneles de sombra, similares a las puertas dimensionales por las que se movían las hadas... ¿O me equivoco? —Pregunta Evander.

Nyx asiente y dice: —Eso es lo que estoy pensando. Podríamos tener subdivisiones y crear un único gran recinto, como el centro de una ciudad que abarcara los comandos de las razas más afectadas por los ataques de los necrófagos. Con la ayuda de Gwen, incluso podríamos crear una protección especial que mantuviera el recinto cerrado, aunque parte de sus divisiones estuvieran en medio de la ciudad.

—¿Tan fuerte eres? —pregunta Everett, impresionado—. ¿Es esa Gwen chica también?

Frunce el ceño. Aunque sus caminos se cruzaron, Everett y Gwen no se conocen desde que Gwen se desmayó antes de poder acercarse a nosotros.

Por la misma razón, es natural que Everett sospeche de los dones de la bruja. Yo también lo haría, excepto que he visto de lo que es capaz.

—Soy más fuerte que la mayoría de las hadas. Casi tan fuerte como mi madre —añade Nyx—. Y en cuanto a Gwen... Ella posee la ayuda de las brujas. Si se lo pides, podrían entregar sus fuerzas a ella y conjurar un hechizo lo bastante poderoso como para ponernos a todos a salvo.

—Es una idea arriesgada y excelente, pero brillante al fin y al cabo —la tranquiliza Everett con una sonrisa.

Nyx devuelve el gesto con una mirada cansada pero agradece el voto de confianza mientras Ivy y Everett se mueven para sacar las cosas del horno.

Ivy se acerca entonces a Nyx, que sé que le ha tomado un tremendo cariño, y coloca su mano sobre la de Nyx. —Pero Nyx —susurra—, si vuelves a salir de este recinto, tu madre te encontrará. Hacer algo así... ¿Empezaría a buscarte de nuevo?

Los labios de Nyx forman una mueca melancólica. —Este lugar ya no representa un refugio para mí.

—Lo siento mucho —dice Ivy, con la pena grabada en el rostro.

—No lo sientas. —La morena le dedica una cálida sonrisa—. Nada de esto fue culpa tuya. Mi madre no pararía hasta encontrarme. Ahora me doy cuenta de que no viviré segura o en paz hasta que pueda crear una protección lo suficientemente fuerte como para que ella, los cazadores, o los Necrófagos, puedan dañar a mis seres queridos.

—Lo que propones es arriesgado —digo con un suspiro—. Si antes no creía que los lobos pudieran llevarse bien si les obligábamos a convivir bajo el mismo territorio, imagínate lo que pasaría si pones a todas las razas juntas en medio del mismo recinto.

—Adam tiene razón —dice Evander con el ceño fruncido—. Licántropos y vampiros solo se soportan en las reuniones del consejo, y eso solo por respeto a los líderes prominentes. Pero no puedo imaginar qué pasaría si los obligáramos a vivir juntos de por vida y a compartir territorios.

—Podemos establecer reglas —anima Everett, que parece tan convencido como Nyx de que esto podría funcionar—. Al fin y al cabo, es un plan elaborado, pero creo que si contamos con el apoyo de los líderes destacados, podremos hacerlo.

—Son tiempos desesperados —dice Nyx, suspirando—. Y todos hemos perdido mucho. Me gustaría decir que el peligro ya ha pasado, pero esto no ha hecho más que empezar. Si *antes* mi madre estaba disgustada por mi desaparición, ahora hará todo lo que esté en su mano para destruir a cualquiera que se interponga en su camino. Para ella, todos somos sus enemigos por no ponernos de su parte.

—Eso es un pensamiento de mierda —dice Ivy.

—Sé que puede ser difícil, Adam, pero tú conoces a los lobos mejor de lo que yo nunca podría...

—Y por eso sé que este plan va a fracasar... —le digo.

—Al contrario. Por eso puede funcionar —me asegura Nyx. Su mirada permanece fija en la mía—. Porque conoces a los lobos, a las razas y sus rencillas entre sí. Si podemos idear un plan sólido, los líderes principales y los miembros de cada raza cooperarán.

—Es eso o enfrentarse solo al peligro —afirma Everett, cruzado de brazos.

El suave tintineo de la alarma anuncia que la comida está lista. Evander y yo ayudamos a poner la mesa mientras Everett y Nyx se dedican a servir los platos.

Ivy se acerca a mí y me apoya la mano en el brazo. —¿Crees que la idea de Nyx es tan loca? —me pregunta.

Sé que percibe en mí la duda que genera la oferta del hada princesa; del mismo modo, siento cómo Ivy piensa que sería una solución maravillosa.

Pero ella no conoce a los Niños del Crepúsculo como yo.

—Los humanos se pelean todo el tiempo por mil cosas. En tu mundo, las disputas por el poder son normales. Las encuentras en la religión, la política e incluso con bandos opuestos de equipos de fútbol, por ejemplo. Con esto ocurre algo parecido, solo que son disputas mayores. Muchas de nuestras razas se odian por el mero hecho de existir. Dejamos de destrozarnos unos a otros hace unos años con la promesa de que no invadiríamos los territorios de los demás —insisto, y tras un momento, suspiro—. Me encantaría que lo que propone Nyx fuera factible, pero lo veo muy complicado.

—Creo que podemos hacerlo —interviene Everett, sentándose a la mesa frente a mí mientras los demás toman asiento.

Sus ojos se encuentran con los míos, y sé que hay un desafío implícito en sus palabras. Mi hermano cree, a diferencia de mí, que puede encontrar una solución a este asunto, y eso lo posicionaría como mejor candidato a alfa de nuestra manada.

—En cualquier caso, propondré la idea al consejo —aclara Nyx mientras se sirve un poco de ensalada—. Y me encantaría que estuvieras de mi lado en esto. Como hijos del antiguo jefe del consejo, respeto vuestra opinión.

—Cuenta con ello —dice Everett en tono firme, sin esperar mi opinión.

Asiento con la cabeza y como en silencio, pensando en la situación y en una salida que nos permita unificar las razas y ayudarlas a convivir sin traer la destrucción a todos.

Por desgracia, por más vueltas que le doy, no se me ocurre ni una sola idea que pueda hacer funcionar el plan de Nyx.

CAPÍTULO 28: EN SOLITARIO



El siseo del aire rompe el silencio y penetra en la pequeña habitación mientras resuenan los cristales. Es como estar dentro de una bestia, donde cada rugido, cada sonido, representa el latido de un corazón dormido, o el crujido de los huesos cuando el gigante se tambalea y despierta.

Pero me duermo, lo cual es una maravilla, pues hacía mucho tiempo que no dormía tan bien. Sentir el cuerpo de Adam contra el mío alivia mis miedos y me da la paz que necesito el tiempo suficiente para encontrar a Morfeo.

Por eso resulta casi ofensivo cuando unos suaves golpes en la puerta me despiertan antes de que amanezca.

—¿Quién puede ser? —Pregunto después de frotarme los ojos y levantarme.

—Es Nyx —dice Adam con un gruñido y se revuelve en la cama—. Lo sé por su olor.

Después de decir eso, se vuelve a dormir, y sé que está tan cansado como yo, así que decido no molestarle. En lugar de eso, me pongo unas zapatillas y una sudadera y me dirijo directamente a la puerta.

—¿Qué pasa? —le digo a mi amiga, después de intentar en vano contener un bostezo.

Me coge de la mano y me saca de la habitación. —Ven —me dice con urgencia.

Bajo las escaleras con ella, sintiendo que el sueño se borra de mis sentidos. —Nyx, ¿qué pasa?

—Esto está pasando... —Me lleva hasta la puerta de la cocina y entonces la veo. Está sentada en el taburete de la encimera tan guapa como siempre, aunque parece un poco vencida y cansada, como todos nosotros.

Aun así, reconozco a la bruja cuando la veo. Sus botas militares, sus mallas oscuras, su vieja camisa de banda de rock y su chaqueta desgastada, junto con el flequillo sobre los ojos y la sonrisa pintada sobre sus labios oscuros.

—¡Gwen! —Digo con emoción.

Me apresuro hacia ella, feliz de volver a verla y sintiendo la risita que brota de su cuerpo cuando me saluda.

—No tan fuerte o harás que se me rompa otra vez la costilla —bromea.

Me devuelve el apretón y Nyx cierra la puerta de la cocina.

—Hacía días que no sabíamos nada de ti. Nos estábamos volviendo locos. —Nyx estaba tan feliz como yo de volver a ver a Gwen.

—Lo siento. —Gwen suspira y se lleva una mano a la cara para sacudirse el cansancio—. Han sido unos días duros.

—Lo sabemos —dice Nyx—. Ha sido así para todos.

—¿Quieres un poco de té? —Pregunto.

—Sí, por favor —responde con voz amable.

Pongo la tetera y me siento a su lado. Nyx y yo la miramos con la misma expresión de alivio e incertidumbre.

—Cuéntanos qué te pasó —pregunta Nyx.

—Bueno... no mucho. Depende de cómo se mire, supongo. —Gwen deja escapar un suspiro—. Mis hermanas me llevaron al refugio del aquelarre. Tardé dos días en recuperarme. Cuando lo hice, creía que seguía en el sótano de la universidad —dice y sus labios dibujan una mueca—. Intenté matar a todos los que me rodeaban hasta que me di cuenta de lo que estaba pasando. Y entonces quise huir, pero no pude.

—¿No te gusta estar con tu aquelarre? —Pregunto, curiosa por saber por qué Gwen cuenta la historia con voz tan lúgubre.

Menea la cabeza. —Mis hermanas y yo no tenemos tanto en común como imaginas. Ellas utilizan sus dones en beneficio propio, mientras que yo creo que hay que compartírlas. Por eso hace tiempo que tomamos caminos separados.

—Pero te ayudaron cuando lo necesitaste —dice Nyx con voz amable.

—Creo que lo hicieron para poder reñirme cuando me despertara —dice Gwen y pone los ojos en blanco—. De todos modos, me libré de ellas y me fui a casa, donde me puse al día y recuperé fuerzas antes de venir a visitarte.

La tetera silba y me levanto para servir el té. Nyx saca un poco de tarta y la sirve en pequeños platos de porcelana mientras Gwen le da un bocado.

Pone los ojos en blanco y se mete otro bocado en la boca. —Está buenísima —le dice a Nyx, que se sonroja.

—Gracias —murmura Nyx.

—¿Cómo van las cosas en la ciudad? —Le pregunto a Gwen.

—Está en un estado terrible —afirma tras tomar un sorbo de té y dejar la comida a un lado. — Los necrófagos han aumentado su número y ni siquiera la tormenta puede detenerlos. Después de lo ocurrido en la universidad, los niños del crepúsculo se refugiaron en sus escondites. Temen las consecuencias de la participación de las hadas en esta guerra.

—¿Así que nadie está luchando contra los necrófagos? —pregunta Nyx horrorizada, y Gwen niega con la cabeza.

—En los últimos días se han producido al menos diez ataques en las calles, y la policía ha descubierto al menos a dos familias mutiladas en sus casas. La situación no mejora. Como la tormenta es imposible de controlar, los equipos de emergencia no pueden acudir a las llamadas a tiempo antes de que las cosas se descontrolen. Siento decirlo, pero el país está en crisis.

Nyx deja escapar un largo suspiro, sacudiendo la cabeza.

—No puede ser —murmuro horrorizada—. No podemos dejar que esto siga pasando.

—¿Qué podemos hacer? —pregunta Gwen, consternada—. La influencia de los Hijos del Crepúsculo controlaba a los necrófagos. Las razas hicieron pactos para proteger la ciudad en beneficio de los territorios de cada criatura, pero ahora todas están demasiado débiles o asustadas para hacer nada.

—¿Así que dejan a los humanos indefensos mientras ellos se esconden como ratones? —dice Nyx, molesta.

—¿Y los cazadores lo permiten? —pregunto indignada—. Sé que no son amigos de los Niños del Crepúsculo, pero ¿no se supone que justifican sus atrocidades diciendo que su misión es proteger a los humanos?

—A los cazadores solo les importa una cosa... ellos mismos —replica Gwen con un gruñido—. Se han retirado a sus escondites o han abandonado el país. Y que se jodan los humanos.

Es extraño oír hablar así a la bruja, pero entiendo su enfado.

—¡Tenemos que hacer algo! —Digo.

—He estado pensando lo mismo —asiente Gwen—. Por eso he venido a verte. Necesito la ayuda de todos los que quieran colaborar para detener esta masacre.

—Tengo una idea al respecto —anuncia Nyx y le cuenta a Gwen todo sobre la creación de una fortaleza unida que incluya a todos los niños del crepúsculo.

Pero los labios de Gwen se fruncen en una mueca. —Nunca pensé que diría esto, pero estoy de acuerdo con Adam —afirma—. Poner a todas las razas en un mismo lugar y esperar que no se maten entre ellas es una idea absurda. Además, los humanos siguen siendo vulnerables al ataque de los necrófagos.

—Creo que si coordinamos fuerzas, como la última vez, sería posible controlarlos y disminuirlos. La droga circula por la ciudad, pero podríamos frenar su influencia, al menos en nuestras carreras.

—Pero los humanos siguen utilizándola —dice Gwen y sacude la cabeza—. Y aunque lo que dices tiene sentido, tardamos una eternidad en conseguir el tratado durante la última crisis de los necrófagos. Dudo que el consejo ceda y ponga a su gente en peligro para patrullar las calles cuando sabemos que las hadas y los cazadores podrían atacarnos.

—Hay formas de frenar a ambos. Y creo que si utilizamos a los miembros más fuertes de cada

raza, podremos luchar contra las fuerzas de los necrófagos, los cazadores e incluso contra mi madre. Además -añade Nyx-, si conseguimos que trabajen juntos, las razas crepusculares serán invencibles. Quizá podamos utilizar varias combinaciones para ayudar a suplir las carencias de los demás y presentar así una fortaleza mucho más unida.

—Lo que piensas es un sueño agradable —aventura Gwen con dulzura—. Pero dudo que pueda funcionar.

Da un sorbo a su té, ahora tibio, y suspira.

—Lo mismo digo. ¿Me apoyarás mañana ante el consejo cuando haga la propuesta?

—Lo haré —afirma Gwen, y Nyx sonríe.

—Bien. Si presentamos un frente unido, quizá podamos meterles la idea en la cabeza. Consiguiendo que unos cuantos les apoyen, podemos conseguir que los demás lo consideren.

—En los calabozos de la universidad, todos trabajaban juntos —digo.

—Aquello era diferente. Era 'o ellos o nosotros' y nadie iba a parar si la persona que le salvaba el culo era un vampiro, un cambiante o un hada.

—Exactamente —declaro—. Si mañana podemos presentar el mismo sentido de urgencia ante el Consejo, podremos motivarles para que trabajen juntos. Ellos no estaban allí, pero nosotros estábamos con cientos de personas. Esas personas se deben la vida unas a otras. Podemos hacerles ver y confiar en que el sentido de urgencia de esta situación es lo suficientemente fuerte como para que comprendan que cooperar es la única manera de resolver esto.

—No sé... —Gwen suspira—. Parecen más seguras que yo, pero de todos modos, presentaré mi apoyo, e incluso hablaré con mi aquelarre, para influir en la reina de las brujas a nuestro favor.

—Muchas gracias —dice Nyx y coge las manos de Gwen.

—De nada. Esa zorra me debe un favor, ya que su hija pequeña fue prisionera. No le gustará la idea, pero al menos, no se opondrá ante el consejo.

—Excelente —dice Nyx y junta las manos con esperanza.

Gwen termina su té y se levanta. —En fin, será mejor que me vaya. Aún tengo algunas cosas que hacer antes de la reunión de mañana.

—Espera —digo—. Pensé que te quedabas.

—No puedo hacerlo —dice sacudiendo la cabeza—. Tengo mucho trabajo todavía. Y además, ustedes tienen la casa llena. —Sonríe a modo de broma.

—A Adam y Everett no les importará compartir habitación. Por favor, Gwen... —Le digo.

—No, no te preocupes. Nos veremos y resolveremos esto como un equipo. O lo más cerca que podamos estar de serlo.

—Hay algo más —digo y le cojo la mano antes de que pueda irse—. Sadie, Everett y la hermana pequeña de Adam siguen desaparecidos.

—Es una pena. ¿Sabes dónde...? —pero antes de que pueda continuar, sacudo la cabeza.

—Mi padre la tiene, pero no sabemos dónde.

—Cuentan con la ayuda de mi madre —explica Nyx—. Así que podrían esconderse muy bien.

—No te preocupes —dice Gwen—. Ahora mismo no tengo fuerzas, pero salgamos de todo este jodido asunto del consejo y empezaré a buscarla. Si está en nuestra dimensión, podré encontrarla.

—Muchas gracias —susurro.

Nyx y yo abrazamos a Gwen y la acompañamos hasta la puerta. La bruja se pone una chaqueta y un sombrero, y nos guiña un ojo mientras sale a la ventisca.

Da unos pasos en la nieve, levanta las manos, el viento azota a su alrededor durante un elaborado momento y luego, cuando la brisa se va, desaparece.

—Admítelo, tiene estilo —le digo a Nyx, impresionada por los poderes de Gwen.

Nyx se echa a reír. —Sí. Es casi como si fuera un hada con todo ese drama... —bromea.

—Sí —añado, divertida—. Pero con más clase.

—Eso es algo que solo Gwen puede conseguir —bromea Nyx, entrando de nuevo en la casa.

La sigo, sabiendo que tiene razón.

CAPÍTULO 29: DIVISIONES Y ALIANZAS



—O dio esto —dice Adam frunciendo el ceño.

Evander lo mira con una disculpa escrita en el rostro, mientras que la expresión de Everett es un poco más perpleja. —¿Qué es lo que te incomoda tanto de todo este asunto? —pregunta el hermano menor, con su voz gruesa y firme.

—Todo —aventura Adam. Su expresión destila disgusto y resignación mientras mira hacia el túnel.

Delante de mí, una sombra se eleva sobre el suelo. Parecería la sombra proyectada por la puerta de una gran catedral, en las últimas horas de la tarde, justo antes de que se ponga el sol. Pero la sombra se extiende y se expande sin que nada la guíe ni la cree, como un vigía silencioso que nos espera.

Tras echar un vistazo al túnel y luego a su hermano, Adam frunce el ceño y dice: —Lo entenderás en cuanto pongas un pie dentro de esa... cosa.

Coge la mano de Ivy y se adentran en las sombras. Un solo paso basta para que sus cuerpos desaparezcan.

—¿Listo? —le dice Evander a Everett, y se dirigen a las oscuras profundidades.

Cuando sus cuerpos desaparecen, alzo las manos y siento cómo la vibración atraviesa el aire. Me atrae como una honda que me llama por mi nombre y, al mismo tiempo, me atrae, quiere que me hunda en ella.

Obedezco a la llamada y las sombras me tragan, o tal vez soy yo quien se las traga a ellas. Por un momento, prevalece la oscuridad, pero no el silencio.

Sé que nadie más puede oírlo, porque este mundo habita en mí y mi mundo oscuro pertenece a las entidades dormidas. Privar a la conciencia de la propia identidad provoca el movimiento entre mundos como las avenidas de una ciudad. Si no tengo cuidado, cualquiera que cruce mis portales podría perderse para toda la eternidad.

Pero puedo oírlos. Sus voces, sus pensamientos hundidos por la privación de sus sentidos. Se transportan hasta mí porque, por un momento, se convierten en parte de mi propia esencia. Al menos mientras están entre las sombras.

Cuando todo termina, caigo de pie en medio de un pasillo secundario. Al final, oigo cientos de

personas cuyos pasos cruzan la vasta construcción, todos siguiendo la misma dirección que se cruza en medio de conversaciones fluidas.

Miro a Adam, Ivy, Everett y Evander, compadeciéndome de ellos, ya que el viaje no les resulta tan agradable como a mí.

Evander es el primero en recuperarse. Se levanta y, aunque tiene la cara pálida, me sonrío mientras viene a mi lado. Poco después, Ivy se une, y también Adam y Everett.

—¿Lo entiendes ahora? —pregunta Adam a su hermano pequeño, que tiene un tinte verdoso en la cara.

Éste se levanta y sacude la cabeza, pero no dice nada. Nos mira un momento, intentando concentrarse, y luego sigue caminando.

—¿Estás bien? —le pregunto a Evander mientras me coge la mano.

—Nada que no pueda curarse —promete con su habitual tono dulce.

Le dedico una suave sonrisa y les sigo mientras nos abrimos paso por el grandioso edificio.

Ivy mira a su alrededor con asombro. Entiendo que para ella es la primera vez que entra en el consejo.

—¿Dónde estamos? —pregunta.

—En una estructura subterránea —explico—. Es una construcción mágica, diseñada para no ser detectada.

Los pasillos son enormes y están pintados de morado y dorado, con pinturas ornamentadas que decoran cada sección. Si se presta atención, se ve parte de la historia de cada raza; los techos son ovalados, igual que las capillas, y la moqueta cubre el suelo.

Al final del camino se encuentra una sala grandiosa, tan ancha como un estadio, con un techo altísimo que hace dudar de la verdadera profundidad del recinto y con una media luna formada por asientos frente a un podio dorado que se asemeja a los cuernos de un toro si te sitúas al otro lado del mismo. En el centro hay un podio más pequeño y se colocan los exponentes de cada caso y pegados a las paredes hay una serie de paneles y gradas para que los invitados tomen asiento.

Siguiendo a Adam y Everett, nos deslizamos entre las largas filas de gente y tomamos asiento en la parte delantera. Normalmente, cada raza se sienta con los suyos, pero ahora que el caos se ha extendido, la gente no inspecciona las divisiones que de otro modo tendría tan marcadas.

Esto me parece bien, ya que puede inclinarles a escuchar mi propuesta sobre asegurar las carreras creando un gran complejo para alojarnos a todos.

Evander me aprieta la mano, sintiendo el nerviosismo que me invade, y me da un beso en el dorso de la palma. —Todo irá bien —me promete.

Por el brillo de sus ojos sé que me apoya, así que sonrío y asiento con la cabeza, agradecida por su presencia.

Entonces entra el consejo. Observo cómo el silencio se adueña de la sala. Los ojos de todos se fijan en los representantes de cada raza.

A mi lado, Evander se tensa, y también Everett y Adam. El padre de los hermanos era antes el líder del consejo y, por tanto, el representante de los lobos. Ahora un anciano, Robert Fudge, ocupa el cargo. Su rostro permanece inexpresivo mientras se dirige al centro de la mesa.

Conozco a Robert solo de vista y me pregunto si es buena o mala persona. Thomas fue muy bueno ayudándonos a Evander y a mí a escondernos cuando mi madre amenazó con separarnos, y por eso siempre le estaré agradecida.

Por dentro, no puedo evitar sentirme culpable por lo que le ocurrió. Siento que su muerte fue culpa mía y la culpa me acompañará todos los días, aunque Evander insista en que no debe ser así.

—¿Quién es esa chica? —Ivy pregunta.

Sigo su mirada y me fijo en la joven de pelo rubio que camina junto a Robert Fudge.

—Adriana Marsh —le dice Adam entre susurros—. No es una chica. Es un vampiro.

—No solo es un vampiro —añade Everett—, sino que es el vampiro más longevo que se conoce. Se supone que tiene unos quinientos años.

—Nadie sabe cómo se convirtió, ni nadie quiere saberlo —añade Adam—. Su edad es un misterio. No habla mucho de ello y nadie se atreve a preguntar. No es la persona más agradable del mundo.

El vampiro toma asiento a la izquierda de Fudge mientras entra el resto de los líderes del consejo. Las brujas y los brujos compiten cada uno con sus representantes, ya que se identifican como razas diferentes, aunque teóricamente no lo son.

Al final del breve desfile, el único asiento que queda vacío es el que pertenecía a mi madre, la reina de las hadas. Su ausencia entre las sillas llenas es como un diente que falta entre una dentadura perfecta. Aunque quieras, no puedes evitar fijarte en el vacío.

—Nos reunimos hoy aquí para discutir los acontecimientos del pasado martes. El rescate de los miembros secuestrados pertenecientes a varias razas y la destrucción de los centros de tortura de un cazador parecen palidecer ante la evidente alianza de la reina de las hadas con los cazadores y sus declaraciones de guerra —concluye Fudge, mientras su mirada ambarina recorre la sala, mirando uno a uno a los presentes hasta encontrar nuestros rostros entre la multitud.

Sé que sus ojos permanecen fijos en mí más tiempo del habitual, pero tras una desapasionada inspiración, continúa su recorrido por la sala y añade: —Por eso mismo, estamos aquí para discutir si las hadas deben seguir contando como nuestras hermanas, o si debemos tomar la dura decisión de aislarlas como nuestras enemigas.

—Ya estamos listos para escuchar los testimonios de los presentes en el caso —nos dice Adriana, con voz aburrida e infantil.

Uno a uno, los testigos se levantan de sus asientos, hablando de sus verdades desde sus perspectivas. Todos ellos, excepto nosotros cinco, sin contar a Everett, fueron prisioneros, por lo

que hablan de los días de secuestro y tortura a los que les sometió.

—Me cogieron de camino a casa —explica un hombre con la cara llena de cicatrices—. Me llevaron a rastras, medio muerto tras asesinar a mi mujer. Pasé cinco días encarcelado hasta que me soltaron. Cuando desperté, estaba al cuidado de mis hermanas, pero descubrí que mi hija había muerto a manos de los cazadores. —Una lágrima recorre la mejilla del brujo mientras vuelve a sentarse.

—Me secuestraron cuando dormía. Entraron por la ventana y me llevaron a ese recinto. Pasé dos semanas atrapada antes de que alguien me salvara. No me quedaba ninguna esperanza. Solo quería morir —dice un cambiante de unos quince años.

Los testimonios son interminables. Todos empiezan con "me secuestraron" y terminan con "me salvaron, pero quería morir".

Los ojos de Ivy se llenan de lágrimas y Adam le aprieta la mano. No puedo mirarlos y mantengo la vista al frente, resignada.

—El valor de los implicados en el rescate es admirable, pero hay algo preocupante —dice uno de los miembros del consejo, al que reconozco como el líder de los magos—. Y es que nada de esto habría empezado si Nyx De Val, hija de la reina de las hadas, no se hubiera fugado. La reina de las hadas empezó todo este incidente para recuperar a su hija.

—No podemos olvidar que la joven que dio con el paradero de los laboratorios es la hija del doctor Taylor, el más conocido y odiado de todos los cazadores —añade entonces la líder de las brujas.

Gwen se levanta. La veo al otro lado del estrado. Su rostro me parece evidente, aunque se oculta entre las sombras.

—Lo que dicen es absurdo —añade sin la menor vacilación en su voz—. Conozco a Ivy Taylor y a Nyx de Val, y ninguna de ellas comparte los ideales de sus padres. ¿Estamos aquí para juzgar a inocentes e inculparlas por los actos cometidos por sus progenitores, o estamos aquí para encontrar una solución a la creciente amenaza que se centra sobre nosotros?

—Habla cuando te toque —impone Robert Fudge, golpeando el mazo como si fuera un juez y mirando a Gwen, pero sin ninguna ofensa en los ojos—. Lo que dices puede ser cierto, pero tenemos que considerar todos los aspectos de este asunto.

—¿Por qué no consideras entonces el hecho de que sin Nyx e Ivy, no habríamos podido salvar a todos aquí? —grita Adam, que se levanta y mira a Robert directamente a los ojos.

Sé que odia doblemente al nuevo líder del consejo. No solo está amenazando a su compañera de destino, sino que está ocupando el antiguo lugar de su padre, que pertenecía a su manada, algo que Adam no puede perdonar.

Robert mira fijamente a Adam. Sus ojos son fríos y calculadores. —Adam Paxton Ajax —dice—. Sin duda influye en tus palabras que Yvaine Taylor es tu compañera.

—Al diablo con eso —declara Adam, sin mostrar el más mínimo temor por la líder del consejo—. Sea o no mi compañera, fuimos nosotros los que entramos allí, e Ivy luchó como una heroína, al igual que Nyx. Sin sus habilidades y conocimientos, no habríamos dado con el

complejo, ni habríamos salvado a esos miles de personas.

—Bueno, estoy pidiendo algo del reconocimiento que merezco por mi parte en este asunto —dice Gwen con una sonrisa y un guiño, obviando las peticiones del líder del consejo cuando intenta silenciarla a ella y a Adam—. Pero sin nosotros, todos los prisioneros seguirían en las celdas, muriendo. Sus amigos, su familia, sus hijos... —La mirada de Gwen recorre el consejo hasta llegar a la líder de las brujas, que aparta la mirada, incómoda—. Nos deben tanto, ¿y aún así consideran acusarnos como si hubiéramos llevado a cabo los actos? Eso es absurdo.

Muchos parecen estar a favor de su comentario, y eso me alivia. El caos sigue aumentando en la escena dentro de la sala.

—¡Silencio todo el mundo! —ladra el líder del consejo, y entonces su mirada se desvía hacia mí—. Nyx de Val —grita—. Para ser una de las acusadas, estás muy callada. ¿Tienes algo que decir?

Sé que aunque él no lo pretenda así, es mi momento de actuar.

—Sí —digo, poniéndome en pie—. Soy Nyx de Val, princesa de las hadas y heredera de la noche, y no temo ser quien soy, pero pido perdón por las acciones de mi madre.

—Tu madre no tiene perdón por lo que hizo —aclara la líder de las brujas.

—Sé que no lo tiene, pero mi raza no debería pagar por sus actos, igual que no esperaría que tu raza pagara hoy por crímenes cometidos por ellos en el pasado. Las hadas, como los vampiros, tenemos una larga memoria. No olvidamos —digo, refiriéndome a los muchos crímenes que sé que han manchado las manos de otros líderes de otras razas en el pasado.

Adriana Marsh asiente. Sus quinientos años de vida deben de haberle dado suficiente experiencia para que comprenda que no podemos castigar a los herederos del caos del pasado.

—Y por eso sé que todos tenemos una historia que contar. Pero este consejo está aquí para hacer algo más que acusaciones. Debe proteger a los Hijos del Crepúsculo de amenazas latentes. Y aunque mi partida ha iniciado este incidente, te garantizo que mi madre no tendría reparos en declarar la guerra a las demás razas, por este o por cualquier otro motivo —anuncio.

—¿Estás insinuando que la reina de las hadas pretendía declararnos la guerra antes? —pregunta Robert.

—Lo que digo es que mi madre es una mujer orgullosa cuyo ego se resiente con facilidad —insisto—. Cualquier opinión contraria a la suya se la toma como una ofensa. Sus deseos pueden ser contrarios a los míos, a los de mi raza, pero eso no le impedirá decidir en función de lo que considera mejor, no para todos, sino para ella misma. Y porque mi raza no tiene la culpa de sus actos. De hecho, son los que más ayuda necesitan en este momento.

—¿Y las hadas aceptarán nuestra ayuda? —se burla el líder de los magos.

—Si podemos darles cobijo, entonces sí, lo harán —juro con la frente en alto—. Ahora mismo, creo que más que nunca, es necesario que pensemos en crear una ciudad unificada que dé cobijo, no solo a las hadas, sino a todas las razas.

La afirmación levanta murmullos en toda la sala. La gente mira a sus compañeros de asiento y

vecinos y exclama con pasión la idea que acabo de lanzar al aire.

—Es una propuesta revolucionaria... —advierte Robert Fudge, pero lo dice no como si fuera una idea brillante, sino peligrosa.

—Tal vez. Pero las revoluciones a veces son necesarias —advierto—. Como sociedad, no hemos sabido defendernos los unos a los otros. Durante décadas nos hemos limitado a convivir y soportarnos, sin comprender que unidos somos más fuertes.

—Nyx tiene razón —dice Gwen, cumpliendo su promesa y poniéndose en pie—. Piensa en cómo luchamos contra los cazadores y las hadas cuando unimos nuestras fuerzas sin importarnos quién luchaba con nosotros... Un vampiro, un lobo o una bruja.

—Pero esto es absurdo —dice el líder de los brujos—. Las razas tienen sus territorios por una razón. Reinaría el pandemónium si no respetamos las diferencias que poseemos.

—Moriremos si no dejamos a un lado nuestras diferencias y nos fijamos en nuestras semejanzas —exhorto con voz impasible—. Todos sucumbiremos a la guerra si no unimos nuestras fuerzas para hacer frente a este enemigo común —digo con convicción.

Justo en ese momento, las puertas del vestíbulo se abren. Al principio, pienso que se trata de algún rezagado que se ha equivocado y ha utilizado por error la entrada principal, pero entonces veo de quién se trata y se me hiela la sangre.

Los murmullos se extienden por la sala. El hombre que camina hacia el podio del líder es un joven apuesto, pelirrojo, de piel teñida de oro y elegante túnica.

—¿Quién es usted? —pregunta Robert Fudge, observando que el recién llegado pertenece a la corte de mi madre.

La tensión recorre el aire mientras el apuesto caballero sonrío. —Me llamo Sorin Crius —declara el joven con voz aterciopelada y acento fluido—. Y soy el mensajero personal de la reina Diantha de Val, señora de la luz y reina de las hadas.

El murmullo que recorre la sala se hace más fuerte. Los ojos dorados de Sorin se fijan en mí mientras declara: —En nombre de la reina, doy aviso a todos los Hijos del Crepúsculo: rendid vuestras fuerzas y entregad a la princesa Nyx de Val o, de lo contrario, enfrenaos a la guerra.

CAPÍTULO 30: SUPERIOR A NOSOTROS



ADAM

El joven que está frente al consejo mira a Nyx, que ahora parece muy tensa. Ella lo reconoce, y él la reconoce a ella, aunque es un desconocido para el resto de nosotros. Sin embargo, la expresión de Nyx muestra lo que las palabras del joven han dejado claro: representa un peligro para todos nosotros.

Le observo y me doy cuenta de que no puede tener más de veinte años. Posee un cierto aire de familiaridad que me resulta desconcertante. Tal vez sea el pelo rojo o las manos doradas, pero hay algo en su rostro que me resulta familiar, aunque no puedo definir qué ni por qué...

Tras su declaración, las cuatro puertas que dan a la sala se abren de golpe y entra un ejército silencioso. Tiñen sus pieles de oro, plata, violeta y púrpura; son hermosas criaturas de mirada estoica que siguen al único líder que parecen conocer.

En cuestión de segundos, las hadas nos rodean y la tensión rompe el ambiente.

Me pongo en pie, al igual que Ivy, Everett y la mayoría del público.

Evander toma la mano de Nyx y la esconde detrás de su cuerpo. —¡Te la llevarás sobre mi cadáver!

—No tengo ningún problema —declara Sorin con expresión divertida.

Los miembros del Consejo también se ponen en pie. Robert Fudge golpea el mazo con la mano mientras exclama a voz en grito: —¡Esto es inaudito! Todas las razas han pactado que este es un recinto sagrado.

—Tus reglas no se aplican a mí, Hijo de los Lobos —responde Sorin en tono molesto—. Solo obedezco a mi reina, y ella me ha pedido una cosa. Debes devolverle a su hija. O quien la proteja será un enemigo de la corona y de nuestro reino.

—Entonces que así sea —ladra Gwen desde el estrado mientras las brujas comienzan a levantarse una a una. La niña parece poseer el respeto de sus hermanas—. Porque no pienso entregarles a mi amiga.

—No cederemos a las peticiones de una terrorista —anuncia la líder de las brujas, a pesar de que hasta ahora se oponía a ayudar a Nyx.

—Es tu decisión —dice Sorin, encogiéndose de hombros, como si toda la escena le divirtiera.

—Si cumples tu promesa, estarás condenando a los tuyos. A partir de ahora, los Hijos del Crepúsculo no consideraremos a las hadas como nuestros iguales —argumenta Robert, lo que desata la risa de Sorin.

—¿Tus iguales? No me ofendas, lobo. Los mortales no son, ni serán nunca, comparables a nosotros, los hijos de la naturaleza y el tiempo. No sois más que meras cenizas que se pegan a nuestros zapatos. Desechos innecesarios del tiempo —anuncia con una nota de disgusto dibujada en su voz.

—Entonces ya has tomado una decisión —dice Adriana y se levanta. Su rostro infantil de ojos azules y pelo rubio rizado no posee una sola nota de amabilidad, sino todo lo contrario. Las advertencias tiñen sus iris—. Será como deseas.

Y entonces todos los vampiros se levantan.

—Tenemos que sacar de aquí a todos los que podamos —dice Everett, mirando a las entradas del recinto, ahora abarrotadas de hadas.

—Habrá soldados incluso en los pasillos —susurra Nyx.

—¿Puedes crear puertas para sacar de aquí a todos los que podamos? —pregunta Everett a Nyx. Ella asiente.

—Los distraeremos —le digo a Nyx—. Asegúrate de crear esas salidas de emergencia.

—Gwen y yo te protegeremos —dice Ivy, imperturbable, mientras sus ojos se vuelven dorados.

Veo la determinación en su rostro, la fuerza que emana de su aura, y siento una oleada renovada de amor por ella. Por un lado, detesto la idea de ponerla en peligro, pero no puedo evitar sentirme orgulloso de su valentía.

Nyx se adelanta entonces, trepa por el muro de la tarima y salta, cayendo varios metros hacia abajo hasta encontrarse cara a cara con Sorin, que se encuentra a unos metros.

—Soy la señora de la noche, Sorin Crius, y me has desafiado. Te prometo que te haré pagar por ello.

—¡No permitiremos que esto ocurra en nuestro recinto! —ladra Robert, indignado.

—Demasiado tarde —digo mientras chasqueo la lengua, sintiendo la tensión cargarse como electricidad en el aire—. Ya ha empezado.

Sorin se ríe entonces de las palabras de Nyx. —Que así sea —declara.

De la nada, algo tiñe sus manos de un dorado cegador. Chasquea los dedos y una sonrisa se dibuja en sus labios mientras un estruendoso destello recorre la habitación.

—¡Cúbranse! —Grito.

Nyx levanta las manos en respuesta mientras unos gritos recorren la sala. Veo a Ivy imitar el movimiento y sus manos se vuelven doradas como sus ojos. Una cúpula de luz nos cubre mientras la onda atraviesa el espacio y resuena por toda la sala, derribando a cualquiera que no esté protegido.

Por suerte, las sombras de Nyx han protegido a muchas personas que se lanzaron al ataque de las hadas.

El desorden se extiende. Todos gritan y corren en todas direcciones mientras miro a mi hermano y a mi beta. —¡Despejen las entradas! —Ordeno.

Me levanto de un salto sin pensar y me quito la camisa a toda prisa; los pantalones tienen cremalleras, así que se abren cuando mi cuerpo se desplaza, mientras corro hacia las hadas sin pensar, actuando por instinto.

Entro en contacto con mi manada dispersa por el recinto. Hay cientos y todos se mueven, siguiendo la orden que he dado a Everett y Evander. —Proteged a los niños y a los heridos. Abran los caminos para que la gente pueda huir.

Mi manada responde entre pensamientos de alerta, con una vibración recorriendo mi piel cuando los lobos saltan en la distancia y comienzan a desgarrar la piel de las hadas.

Pero pronto, su dolor se convierte en el mío. Cada lobo herido, cada uno que perece a manos de las hadas, me marca con una herida fresca. —Everett, lleva a los lobos a tu izquierda. Evander, ve a la derecha y trae todos los que puedas de la manada —le ordeno.

Me obedecen y se separan mientras salto entre los cadáveres de las hadas, con el sonido de los gritos rodeándonos mientras el resto de los Hijos del Crepúsculo se dispersan, siguiendo las órdenes de sus propios líderes de abrir los caminos.

Un lobo grande y de pelaje oscuro me alcanza entonces y desgarrar con sus dientes la garganta de un hada cuya sangre dorada mancha su hocico. Lo reconozco como Robert Fudge.

—¿Qué estás planeando? —pregunta en mi mente, en una frecuencia diferente. No puedo sentirle como al resto de mi manada; sus sentimientos no forman parte de los míos, ni me siento sometido a su voluntad ni la suya a la mía, pero es un eco en mi cabeza. Como si fuera una llamada con interferencias.

—Abriremos las carreteras para evacuar a todos los que podamos —le digo. Robert asiente.

—Daré la orden al resto de las manadas. Te ayudaremos a contener el peligro.

Una horda de hadas aparece frente a nosotros mientras Robert y yo montamos guardia. Pero justo entonces, los lobos vienen hacia nosotros con los vampiros.

Nuestros enemigos más odiados saltan con sus cuerpos ágiles y firmes; tienen garras afiladas como navajas y dientes como agujas.

Su líder, Adriana Marsh, es una criatura que disfruta con la sangre en todos sus conceptos. Toma impulso, salta hacia nosotros y desgarrar el pecho de un hada mientras bebe su sangre.

El dorado tiñe sus iris, y levanta las manos con la boca coloreada del mismo tono mientras la luz brilla en sus palmas. —Siempre he odiado el sabor dulce que posee la sangre de hada —dice la niña, relamiéndose los labios—. Pero admito que me gusta esta sensación de poder.

Me sonrío, una sonrisa sin compasión, y se lanza contra los enemigos, ayudando a los lobos a abrirse paso mientras destellos de luz brillan entre sus dedos.

Aparto el susto y corro por el recinto, atacando a las hadas y aprisionando a las más indefensas mientras trato de guiar al mayor número posible hacia las entradas que estamos despejando.

Mientras tanto, en el centro del recinto se desata el caos. Gwen, con un grupo de brujas y varios miembros del consejo, el líder de las brujas y el líder de los brujos, lucha contra Sorin Crius y sus soldados más fuertes, que intentan abrirse paso hasta Nyx.

Mis órdenes la han separado de Evander, así que puedo sentir su ansiedad mientras se mueve por el recinto. No puedo decir que no lo entienda. No tener a Ivy cerca me causa aprensión, pero puedo verla a través de nuestro nexo y eso alivia algunos de mis temores.

Brilla en medio de la luz que cubre su cuerpo. Su piel se ha vuelto ardiente y su pelo es de fuego. Ha creado una esfera de luz con la que protege a Gwen mientras Nyx, que se encuentra detrás de ella, extiende las manos e invoca a las sombras.

Las sombras se elevan sobre la sala, cubren los techos y atraviesan las entradas. Las veo moverse como fantasmas, engullir a cualquiera que ataque a los inocentes y vaciar todo un pasillo que antes estaba poblado de hadas.

Robert, ahora en su forma de lobo, se vuelve hacia Nyx, impresionado por el poder de la chica, que abre los portales.

—¡Guarden los portales! —grita Nyx—. ¡Evacuen la sala!

Las brujas sobrevuelan nuestras cabezas mientras se colocan en las entradas de cada uno de los portales para mantener a raya a las hadas.

—¿No queríais jugar? —Pregunta Gwen divertida, poniéndose al lado de Ivy y levantando las manos—. Pues entonces, ¡a jugar!

Cinco de las hadas se lanzan sobre ellos dos. Veo como una tira a Ivy al suelo mientras mi compañera grita de rabia. Sus manos calientan y queman la cara del hada, que se recompone, pero Ivy hace algo extraño.

Contrariamente a su don para curar a la gente, toca la cara del hada justo cuando la magia regenera la piel y en su lugar absorbe la magia. Me doy cuenta de que ni siquiera Ivy sabe muy bien cómo lo hace, pero para ella es instintivo. La veo iluminarse, su cuerpo recupera energía mientras el cuerpo que tiene encima se marchita y se convierte en polvo.

—¿Estás bien? —le pregunto a Ivy, y ella asiente mientras se levanta.

—Creo que sí —afirma asustada. Puede ver la escena sangrienta a través de mis ojos, pero Ivy se vuelve y me busca a lo lejos—. ¿Has visto a mi madre entre los presentes? —pregunta, llena de miedo.

—No. No creo que tu madre esté aquí —confirmo.

—Bien. Espero que no —responde Ivy.

Ivy se lanza contra otra hada mientras Gwen se ríe. Veo a la bruja a través de los ojos de Ivy y noto las ondas que salen de su cuerpo. Susurra algo y, mientras habla, sus iris se ennegrecen. Tres brujas se acercan a Gwen y murmuran el mismo cántico y, al terminar, sus enemigos caen al

suelo. El resto de los atacantes sangran por la boca, los ojos y los poros.

—Recuérdame que nunca me vuelva contra ellos —le digo a Ivy a través de nuestro enlace, y su risa llena mi cabeza.

—Te lo recordaré —promete con la mente.

Gwen retrocede y se enfrenta a un grupo de hadas que atacan a sus hermanas con magia mientras Sorin se acerca paso a paso a Ivy, Nyx y Gwen.

—Sí que sabes pelear, princesa —pregunta divertido el joven.

Ve su mirada a través de los ojos de Ivy. Sus manos vibran en medio de una extraña resonancia, y entonces me doy cuenta de que no ha participado en la pelea como el resto de nosotros. —Pero vamos a ver si te gusta un poco de desorden.

Sorin abre los labios y de su boca sale un vibrato que surca la atmósfera. No es un sonido, sino una resonancia que me hace caer en cuanto lo oigo.

A mi alrededor, todos caen, llenos de dolor y gritando de agonía.

—¡Deténganlo! —Grito en mi mente a Ivy.

La vibración se apodera de mis sentidos. Parece romperme por dentro, y comprendo al abrir los ojos, mirando a mi alrededor, que la vibración recorre los cuerpos de la gente hasta destruirlos. Sus restos vuelan por los aires mientras las hadas se levantan y se recuperan.

Gwen ha caído presa del sonido y Nyx se cubre con las sombras, pero su rostro aparece pálido. Está poniendo todo su empeño en mantener los túneles abiertos y no puede luchar también contra Sorin.

Entonces veo que Ivy se levanta, y es extraño, porque aunque la reverberación la afecta, no parece dañar a Ivy del mismo modo que al resto de nosotros. Es como si algo dentro de ella lo absorbiera.

—Adam —llama a nuestras mentes unidas, y yo me refugio en sus pensamientos y su voz.

Ahora siento alivio. Es como si el eco rebotara de algún modo en la superficie de mi cuerpo. Aliviado por la sensación, expando mi conciencia y absorbo la de mi manada, cobijándolos dentro de mis pensamientos antes de que la vibración acabe con alguno más de nosotros.

Sorin se da cuenta de que los lobos se están levantando. Mira a Ivy, que se encuentra cara a cara con él.

—Pero, ¿qué tenemos aquí? —dice entretenido.

Aumenta la frecuencia y siento el dolor desgarrador, pero Ivy empuja contra la conciencia de Sorin y arremete contra él.

Él la espera, pero quizá no sabe de lo que es capaz. Ivy suelta un grito aterrador y sus manos se llenan de luz. La veo brillar como nunca, y su pelo rojo se transforma en llamas. Levanta una mano y, de algún modo, recoge las ondas sonoras que recorren el ambiente entre sus manos y las devuelve a Sorin.

Entonces el joven se atraganta, cae al suelo y la vibración se detiene. Gwen y Nyx se levantan.

—¿Qué coño ha sido eso? —pregunta Everett en mi cabeza.

—No lo sé, pero tenemos que sacar a todo el mundo de aquí lo antes posible —le dicen mis pensamientos.

Everett corre y empieza a llevar los cuerpos hacia los túneles que Nyx ha creado mientras Nyx se levanta. Las brujas la rodean e invocan un escudo para protegerla con sus cánticos.

Mientras tanto, Sorin se levanta. Lo veo levantarse y gruñir hacia Ivy, mientras truena los dedos, y una resonancia cruza el aire, golpeando a Ivy en el pecho.

—¡Ivy! —Grito, corriendo hacia ella.

Pero las hadas me cortan el paso. Se levantan y se lanzan contra mí. Sus afiladas uñas y las llamas que brotan de sus dedos me desgarran la piel mientras sus gritos de guerra me atraviesan el alma.

Los vampiros y lobos que me rodean se levantan y los atacan. Destrozo la pierna de uno de ellos y arremeto contra la cabeza de otro mientras mis garras destrozan sus globos oculares, mientras dentro de mi cabeza sigo observando con desesperación cómo la sombra de Sorin se cierne sobre Ivy.

—¡Ayúdenla! —Ordeno a mis lobos.

Pero es imposible llegar hasta ella. Gwen está ocupada intentando proteger a Nyx, que mantiene los portales abiertos. Everett está luchando contra una horda de hadas, y Evander intenta llegar hasta las chicas.

El resto de mi manada está dispersa o herida por todo el recinto.

—¡Ivy! —Grito de nuevo, tratando de llegar a ella.

Mientras tanto, Ivy se pone en pie. Tiene una herida cerca del cuello y está sangrando, pero no parece importarle. Invoca las vibraciones del aire y las toma en sus manos, como si fueran palpables, y las empuja de nuevo hacia Sorin.

Pero el hada está preparada y los esquiva. Soren arremete contra Ivy, le golpea en la cara y la tira al suelo.

—¡No! —Grito.

Con todas mis fuerzas, lucho, desgarrando los cuerpos, bloqueando mi camino, e incluso deshaciéndome de ellos. Solo entonces corro, desesperado, hacia mi compañera.

Antes de que pueda alcanzarla, oigo la voz de Sorin resonando en la conciencia de Ivy. Sus ojos de oro y sus labios manchados de sangre muestran una crueldad de la que no tiene precedentes.

—Ha sido divertido conocerte, pero creo que es hora de decir adiós. *Despídete* del mundo, querida hermanita. —Cacarea triunfante.

Y entonces lanza un último puñetazo hacia Ivy, y todo desaparece en medio de esa inesperada declaración.

CAPÍTULO 31: CAMINO DE LA ALIANZA



NYX

El cuerpo de Ivy golpea el suelo con un crujido que parece destrozarla. Tiene los ojos cerrados, y la sangre que corre por su pelo es espesa como el fuego, mientras la figura de Sorin se cierne sobre ella. Su sonrisa diabólica es tan aterradora como su bello rostro, marcado por el dorado y el rojo del cabello.

—Despídete del mundo, hermanita —le dice a Ivy con aire triunfal.

—¡Sobre mi cadáver! —Grito con indignación.

Con esfuerzo, expulso mi conciencia, lanzando un grito de guerra y sintiendo que me parto en dos. Un dolor ensordecedor me recorre mientras los gritos entre las sombras colapsan mis sentidos, como si se quejaban de los esfuerzos que les obligo a hacer, pero no puedo actuar de otro modo. Tirar los portales es perder a todos en medio de la guerra, pero si no me muevo con premura, Ivy morirá.

Así que ignoro el dolor y, con un grito ahogado, permito que las sombras tomen mis ojos, mi conciencia. Se abren para mí como una flor, y con el caos surge la negrura y el silencio.

Sorin se da cuenta en el momento en que las sombras lo alcanzan. Veo que Evander viene a protegerme, mientras su grito de dolor atraviesa el aire cuando Sorin lo agarra por el cuello, lo levanta, le rompe una pierna mientras ríe, para arrojarlo a la negrura de mi magia.

—¡No! —Grito mientras siento su dolor como si fuera mío.

—Esto pasa cuando te involucras con ese animal. Te ha ablandado —responde Sorin con odio pero disfrutando del dolor que causa a los demás.

La rabia que llevo dentro hierve, así que acabo con él enviando mis sombras a su alrededor. Siento las miles de voces, los pensamientos dispares y discrepantes de todos: la luz abrazadora de las hadas. La luz me quema por su presencia invasora que transforma mi mundo oscuro en uno lleno de luz que las sombras intentan en vano absorber.

En medio del caos, el grito de Sorin se acalora en las sombras y lo veo surgir en la distancia como una amenaza. Sus movimientos son precisos mientras intenta lanzarse contra mí.

—¡Traidor! —parece gritar, lleno de rabia, tratando de escapar de mis sombras—. Te haré pagar por lo que le has hecho a mi reina, pequeña zorra —reprende mientras se esfuerza por acercarse a mí a cada paso.

—Quiero ver cómo lo intentas —murmuro en el momento en que agarra uno de mis brazos y lo quema con su fuego interior, inútil en este momento ya que los poderes de las hadas se enlazan con sus emociones, y ahora mismo, no quiero otra cosa que eliminarlo con mis sombras para toda su destrucción.

Así que, a pesar de que su fuego me quema la piel, las sombras se tragan su luz, y sus ojos expresan furia y confusión al mirarme fijamente.

Pero Sorin no se aparta. Sus manos se acercan a mi cara y me queman la piel. El calor mezclado con el frío de mi noche eterna me hace gruñir un instante antes de enfurecerme más.

—¡Morirás por oponerte a los designios de tu reina! —ruge Sorin, mientras las sombras cubren su rostro y su cuerpo.

Me empuja, y las sombras parpadean mientras la oscuridad se lo traga entero, pero Sorin no es un guerrero débil, y para liberarse de mi poder, noto cómo la luz de su energía lucha por escapar de mi prisión.

—¡Que se vaya! —Grita Evander al salir de las sombras y, por primera vez, siento el miedo en su voz por lo que Sorin podría ser capaz de hacerme.

Y yo obedezco por mero instinto, reuniendo las fuerzas que me quedan y poniendo mi mente en las sombras. Reúno los rayos de luz, todas las presencias conocidas de mi raza, y las envío lo más lejos posible, a un plano más cercano al de las hadas que al de los humanos.

Sin poder controlar mis piernas, me derrumbo, sintiendo que no puedo dar más de mí. Mis poderes son demasiado débiles y mis sombras se pierden. Los Hijos del Crepúsculo, antes protegidos por mi capa oscura, caen, dispersándose por el interior de la sala, rodeados por la anarquía reinante tras la batalla.

Caen como piezas de un puzzle roto en la sala de conferencias, desmayados, incluso inconscientes, mientras yo intento recuperar el aliento.

—¿Qué demonios...? —pregunta Gwen mientras se incorpora.

Veo a Ivy tirada en el suelo. Parpadea y se levanta. Adam se precipita hacia delante hasta alcanzarla, rodeándola con los brazos, lleno de ansiedad.

—¿Estás bien? —le pregunta, ahuecando su rostro entre sus poderosas manos. No le preocupan sus heridas, ya que los lobos se curan casi tan rápido como las hadas.

—Lo estoy —le dice Ivy y se deja caer contra su pecho mientras Adam la abraza como si su vida dependiera de ello.

Los ojos del alfa encuentran los míos, y sé lo que me está comunicando sin palabras: Gracias por salvar a mi compañera de una muerte segura.

Mientras tanto, los miembros del consejo me miran asombrados porque no pueden soportar que un hada les acabe de salvar el culo.

—¡Nyx! —grita Evander, corriendo hacia mí y dejándose caer a mi lado. Su cuerpo se acerca al mío mientras una oleada de alivio nos recorre a los dos, y suspiro, llena de felicidad por que esté

a salvo y a mi lado—. ¿Estás bien? ¿Qué demonios crees que has hecho?

Sacudo la cabeza, agotada. —Hice lo único que podía hacer. Protegerlos a todos.

—¿Qué ha pasado? —pregunta una voz gruesa que se acerca a nosotros. Cuando abro los ojos, descubro a un hombre desnudo que huele a lobo. Robert Fudge, líder del consejo, se viste mientras la gente se reúne.

—¡Fue Nyx! —Explica Evander, mientras Adam e Ivy se acercan a nosotros—. Ha ahuyentado a los atacantes y ha envuelto el recinto en sombras para protegernos.

—Tú sola...—aventura Fudge, impresionado—. ¿Echaste a todas las hadas tú sola?

—Nyx es la princesa de las hadas y señora de las sombras —anuncia Evander en tono orgulloso—. Y no es la primera vez que deja claro que protegerá a los Hijos del Crepúsculo de las amenazas que les acechan.

—Pero no dudará mucho —les advierto, apoyándome en Evander para mantener el equilibrio, mientras un dolor agudo atraviesa mis sentidos—. Saben dónde estamos. Temo que puedan volver en cualquier momento.

Miro a los líderes del consejo, esperando que comprendan que debemos apresurarnos a salir de aquí antes de que las fuerzas de las hadas regresen renovadas para acabar con esta batalla de una vez por todas.

Gwen parece comprender la urgencia de la situación, y también Adam. Dan un paso al frente y se enfrentan a Robert Fudge y al resto de los líderes del consejo.

—Lo que ha ocurrido es prueba suficiente de lo que Nyx intentaba decirnos antes de que intentaran acusarla a ella y a Ivy de traición. Necesitamos un recinto seguro. Un lugar donde todos podamos refugiarnos, independientemente de nuestra raza o estatus. Debemos cooperar si queremos mantenernos a salvo —dice Gwen con determinación.

—Nada de esto habría ocurrido si la princesa no se hubiera encontrado aquí —dice el líder de los magos—. La reina ha aclarado que solo la quiere a ella.

—Aclaró que considera enemiga a cualquier raza que no obedezca sus órdenes. Y que yo sepa, todas las razas existentes han luchado hoy contra ella —vocea Adam en tono impasible y desafiante.

—¡Por eso ahora somos enemigos de la corona! —dice el líder de los magos en tono molesto.

—No tiene sentido lamentarse por eso. La reina habría buscado una excusa para convertirnos en su enemigo —argumenta el líder de los vampiros.

—Siempre seremos sus enemigos —termina Gwen, cruzada de brazos.

Ella y Adam forman un frente unido, y veo cómo Ivy se levanta para apoyarlos. Everett se pone a la cabeza del grupo. —Me temo que tendrás que elegir, Robert —afirma Everett con voz peligrosa—. Al final, todos tendréis que hacerlo. Si queréis sobrevivir para contarlo, solo hay dos opciones: formar una sociedad y aliarnos entre razas, o separarnos y escondernos como ratas esperando a que las hadas os den caza.

Tras un tenso momento de silencio, las palabras de Everett parecen tener cierto impacto en la población. Los miembros de cada raza miran a sus líderes, esperando una decisión que parece obvia para todos.

Para mi sorpresa, el líder de los vampiros es el primero en manifestarse. —Los vampiros se unirán a la tregua de las razas —declara, mirando hacia los lobos—. Pero esto es solo temporal. Nada bueno sale de que vampiros y cambiantes trabajen juntos.

—Y los lobos también —asegura Adam, hablando en nombre de su manada y mirando al vampiro—. Mientras os guardéis los colmillos, los lobos harán lo mismo con sus garras.

La afirmación hace que el resto de las manadas se levanten en medio de la aceptación. Aunque no es el alfa de todos ellos, ha hablado en su nombre.

Robert comprende que no puede oponerse a Adam, no ahora. Hacerlo implicaría un problema importante con su manada, así que tras un minuto de silencio, dice: —Entonces decreto que todas las manadas sin excepción se unan para crear un recinto que pueda protegernos a todos...

—Los magos no se unirán a ninguna causa común para que alguien responsable de la reina Diantha dé la espalda al resto de las razas —proclama el líder de los magos, lleno de ira.

—Las brujas tampoco se unirán —dice indignada la Reina de las brujas.

—Prometiste que nos apoyarías en esto. Debemos permanecer juntos. —La voz de Gwen le exige.

—Me temo que no puedo apoyarte en esto. Ser enemigos de la reina Diantha solo nos traerá problemas a todos —dice la bruja.

Sus declaraciones me escandalizan. Después de lo ocurrido, ¿cómo pueden oponerse a la idea de proteger a todas las razas? Sentimos la tensión en el aire, pero está claro que la diferencia entre especies es un problema demasiado grande para que trabajemos juntos.

—Como hija de la reina y princesa de las hadas, os prometo que mi madre no se rendirá, estéis o no de su lado. Os dará caza uno a uno, raza a raza, y nuestra mejor oportunidad para evitarlo es creando un frente unido contra ella.

—En ausencia de tu madre, es justo que ocupes su lugar como miembro del consejo, Nyx de Val —dice Adriana mientras me mira con ojos cansados—. Ya puedes hablar en nombre de todas las hadas del mundo.

—Como representante de mi especie, sé que hay hadas que no están de acuerdo con las acciones de mi madre —respondo con tono decidido.

—No seas tonta; ni siquiera con la ayuda de todas las hadas tendríamos alguna posibilidad contra la reina Diantha —responde el líder de los magos—. Y a pesar de ser la princesa, ni siquiera tú puedes hacer mucho contra ella.

—Es obvio que no estamos a salvo y, por ahora, lo mejor es que cada uno se reúna por su cuenta y se prepare para lo peor —finaliza la reina de las brujas, agraviada por la arrogancia.

—Esto es una pérdida de tiempo. Esta gente no cede por nada, ni siquiera cuando les amenazan

de muerte —dice Everett, agitado y cansado de la situación—. Vámonos de aquí. Nos estamos exponiendo demasiado.

No puedo creer a estas criaturas... ¿Después de todo lo que hice por ellos y por el bien común, deciden actuar de forma egoísta? Mi madre no dudará en aprovecharse de esto y darles caza. Estoy segura de que será demasiado tarde cuando se den cuenta de que las decisiones que están tomando ahora significarán la perdición de sus razas.

CAPÍTULO 32: MÁS ALLÁ DEL PORTAL



— **V** en aquí —dice Adam, siguiéndome a la habitación.

Su mano envuelve la mía y me atrae hacia él. Su aroma varonil, impregnado de sudor, sangre y otras cosas, se mezcla con el almizcle crudo de su aura, con la cálida presencia de su piel, llamándome con fuerza.

Dejo que me rodee con sus brazos, me rodea la cintura y atrae mi cara hasta que queda pegada a su pecho. —¿Estás bien? —me pregunta.

—He estado mejor —confieso con una mueca—. Pero me recuperaré.

—Todos lo haremos —promete.

Sus manos levantan mi cara y me miran. En sus ojos verdes percibo el amor, pero también el miedo que sintió antes de la batalla. —Pensé que te perdería —confiesa.

—¡Eso no va a pasar! —Le prometo.

Acerca sus labios a los míos y siento el sabor de su boca, que lo impregna todo, haciendo que otros recuerdos se borren de mi mente.

Y aunque me siento rota, dolorida y cansada, ahora mismo quiero que me abrace. Quiero que nuestros cuerpos se fundan, y que el dolor se borre con el roce de sus caricias.

Sintiendo que el deseo me invade, dejo que Adam me lleve a la cama. Sus manos se cierran sobre mis nalgas y me levanta mientras me besa, dejándome enredar los dedos en su pelo dorado. Contengo un gemido de dolor y me dejo caer sobre las almohadas mientras me quita la camiseta rota y sucia.

—¡Mierda! —Le oigo jadear.

Miro mi cuerpo y me doy cuenta de los moratones que cubren mi piel. Adam sigue mirando las marcas. —Parece peor de lo que parece —admito encogiéndome de hombros.

—No perdonaré a ese bastardo por lo que te ha hecho —dice Adam en un tono oscuro cargado de ira.

Su boca se mueve y se desliza por mi cuerpo, siguiendo el camino trazado por las venas desde mi cuello hasta mis pechos.

Mientras su lengua explora mi ropa interior, siento que me vuelvo loca. Quiero que me quite lo que me queda de ropa y me haga suya. Enredo mis piernas en torno a sus caderas mientras nuestros cuerpos marcan un ritmo afín.

Pero entonces oímos que alguien llama a la puerta y nos separamos.

—Joder —dice Adam molesto.

Se sienta en la cama y se ajusta la camisa. Yo me pongo la mía y marchó hacia la puerta.

—Oye, ¿podemos hablar un minuto? —Nyx me pregunta.

Su expresión muestra agotamiento, pero sé que es crucial que esté aquí ahora en vez de descansando.

Así que abro la puerta y asiento con la cabeza.

—Claro —le digo, invitándola a pasar.

Adam se levanta y suspira. Se pasa las manos por sus rizos dorados y dice: —Os dejo solos.

—¡No! —dice Nyx—. Esto es algo que os concierne a los dos.

Su expresión no deja lugar a dudas. Adam la observa con una gruesa ceja rubia levantada y vuelve a sentarse en la cama.

—¿Qué pasa? —Le pregunto a Nyx, mientras tomo asiento junto a Adam.

Nos mira y suspira.

—Imagino que tienes preguntas sobre Sorin.

—Entonces, ¿lo sabías? —pregunta Adam, mientras su ceño pasa del asombro al enfado—. ¿Sabías que Ivy tenía un hermano?

—¿Es mi... hermano? —Pregunto, mirando a Nyx, incapaz de procesar la noticia.

Nyx asiente, se mira las manos entrelazadas en el regazo y me mira a los ojos. —Sabía lo de Sorin —dice—. Pero tienes que creer que no sabía que era tu hermano. No lo supe hasta que...

—¿Hasta cuándo? —pregunto.

—Después de la batalla en el laboratorio, cuando tu madre te salvó. Fue entonces cuando supe la verdad. Hasta entonces, no había confirmado que Diane era tu madre, así que no hice la conexión con Sorin.

Adam hierve de rabia a mi lado, pero se contiene. Sabe que Nyx no tiene la culpa de nada de esto. Solo está frustrado, como el resto de nosotros.

—¿Podrías decirme quién es? Quiero decir, además de mi hermano —le pregunto.

—Sorin pertenece a la corte de la luz; la corte de mi madre. Es su mensajero personal, y creo que también su amante.

—Pero solo es un niño —dice Adam, frunciendo el ceño.

Nyx sacude la cabeza y explica en tono cortante: —Las hadas envejecemos mucho más despacio que los demás, por no decir que podemos manipular nuestro aspecto. Sé que Sorin aparenta solo diecinueve o veinte años, pero es mayor que yo. De hecho, es mayor que muchos en la corte. Lleva allí desde que tengo uso de razón, y siempre ha servido a mi madre con un peligroso fanatismo. —Nyx ladea la cabeza y alza las cejas, permitiéndonos comprender el peligro de sus palabras.

—Como todo lo que rodea a la reina, parece —dice Adam con sorna, y luego se corrige al mirar a Nyx.— No pretendo ofenderte.

—No me ofendes —dice, y un suspiro sale de sus labios—. Tienes razón. A mi madre le encantan los elogios y cualquiera que la adule se ganará un lugar en su corte. En mis años de vida, tuve muchos desencuentros con Sorin, pero él nunca se atrevió a tocarme por la devoción que mi madre siente... O sentía por mí. —El rostro de Nyx adopta una mueca—. Pero ahora, sé que hará todo lo posible por destruirme.

—¿Qué pasa con él y mi madre? —Pregunto, intentando averiguar algo más o algo sobre ella.

Siento celos de Sorin, no porque Diane tenga otro hijo, sino porque ha compartido con ella mucho más de lo que yo compartiré nunca.

—Sorin y Diane no están muy unidos —admite Nyx—. Hay muchas peleas en la corte. La familia de Diane es poderosa a su manera y orgullosa, pero Sorin dejó atrás a los suyos cuando se unió a la corte. Diane Inara es un hada demasiado poderosa para ser declarada enemiga oficial del reino, pero mantiene las distancias con la corte y la realeza; no así con Sorin, que lo dejó todo para ganarse el afecto de mi madre.

—¿Así que mi madre y Sorin no están unidos?

—Que yo sepa, no —dice Nyx con mirada lejana—. Sorin lleva muchos años viviendo en la corte, a la sombra de mi madre. Mientras que Diane confina su vida cerca de la realeza solo cuando los acontecimientos sociales lo requieren. Pero puede que pasen muchos años antes de que su presencia sea requerida en el castillo. —Un suspiro sale de los labios de Nyx—. De todos modos, Sorin es un hombre peligroso: vengativo, inteligente, cautivador. Disfruta con la tortura, y comparte la ideología de mi madre respecto al resto de razas y su inferioridad frente a las hadas.

—Una persona encantadora —dice Adam, con desgana en la voz. Sus manos se cierran en puños y sé que, como siempre, no piensa dejarme sola en esta lucha.

Contengo mis propias preguntas y cojo la mano de Adam, intentando encontrar fuerzas en su tacto mientras le digo a Nyx: —Gracias, por lo que nos has contado y por lo que has hecho hoy por mí y por todos nosotros.

—Has asumido un riesgo enorme al convertirte en representante de las hadas —admite Adam, impresionado.

—Lo sé —corroborra Nyx, y un ceño fruncido abandona sus labios—. Pero merece la pena. Es un sacrificio menor, en pos de todo lo que a cambio pienso obtener.

Adam asiente, comprendiendo bien lo que se siente al llevar el peso de toda una manada sobre

los hombros. —Siempre puedes contar con nosotros, ya lo sabes.

Mientras hablamos, suena un timbre y todos levantamos la vista, sabiendo que es la señal para cenar.

Sin mediar palabra, bajamos al segundo piso, Adam cogiéndome de la mano. Nyx cojea un poco, pero baja las escaleras sin incidentes y se sienta a la mesa mientras Evander sirve la cena.

Gwen tarda en aparecer, pero luego toma asiento. Evita mirar a su alrededor, así que no se da cuenta de la comida que hay en la mesa hasta que Adam pregunta: —¿Dónde está Everett? — Todos miran a Evander, que se encoge de hombros.

—Salió al jardín hace un rato. No ha querido entrar, ni siquiera con este frío.

Adam suspira. —Iré a buscarlo.

Le veo marcharse mientras bebo a sorbos mi crema de calabaza caliente, que reanima mi cuerpo. El sueño se apodera de mí, ya que la bebida me calma, pero entonces oímos las voces de Adam y Everett. El sonido de voces alzadas nos alerta de que algo pasa.

Todos nos levantamos, dirigiéndonos a la salida que lleva de la cocina al patio, donde los dos hermanos están inmersos en una fuerte discusión.

—¡y nadie parece preocuparse por ella! —grita Everett, con las mejillas enrojecidas por el frío y la emoción.

—Puede que a ti no te lo parezca, pero tengo una manada entera de la que ocuparme, además del molesto asunto de los necrófagos —grita Adam, cuyo enfado también es evidente en su semblante.

—Me importa una mierda. La manada está a salvo, ¡pero nuestra hermana sigue a merced del puto doctor Taylor! —grita Everett, lleno de furia.

Es inconfundible. El tema le tiene amargado por dentro, y no hay segundo que no deje traslucir lo preocupado que está por Sadie.

—¡Everett! —Le digo, y aunque me fulmina con la mirada, intenta relajarse—. Todos estamos preocupados por Sadie. Por favor, no pienses que no lo estamos.

—En la maldita reunión de hoy, nadie mencionó su nombre. Ni una sola vez —brama Everett, con el dolor grabado en el rostro.

—Quizá tenga algo que ver con un ejército de hadas furiosas que nos atacan... —recuerda Adam, con un tono más suave, pero serio.

—Antes y después, ha habido tiempo de sobra para discutirlo. Pero a nadie le importa. Nadie ha movido un maldito dedo para rescatarla —señala Everett, y sus ojos se vuelven fríos como el hielo—. Durante los últimos días, hemos pensado en todo menos en una forma de recuperar a la única persona que no tiene la culpa de nada de esto. La única que sigue prisionera a manos de un sádico.

Se le corta la voz. Es obvio para todos el dolor que siente; lo mucho que ambos están sufriendo por esto, ya que las manos de Adam se cierran en puños ante la mención del nombre de su

hermana. La tensión es más que evidente en su rostro.

—Everett... —Trato de decirle para calmarlo.

—¡No, Ivy, basta! —grita—. Me importa una mierda todo esto, y no seguiré adelante hasta que encuentre a Sadie. ¡No debería pasar ni un segundo más en manos de ese bastardo!

—Yo podría encontrarla —dice Gwen, rompiendo la discusión y todos nos volvemos hacia ella.

A la bruja se le cae la cara de vergüenza. Se mira las botas. Lleva un jersey grande y grueso de color verde oliva que parece abrigar, pero Gwen sigue pareciendo muerta de frío.

Evitando la mirada de Everett, Gwen le dice a Adam: —Al menos puedo intentarlo. Ya les dije a Ivy y a Nyx que si está en alguna parte de nuestra dimensión, puedo encontrarla.

—¿Cómo? —pregunta Everett con un atisbo de esperanza en los ojos por primera vez.

Da un paso hacia Gwen y, aunque no está cerca de ella, es obvia la diferencia de estatura entre ambos. Comparada con Everett, Gwen parece una diminuta muñeca de trapo, con su corto pelo oscuro y sus vivos ojos verdes.

La determinación no abandona sus rostros. Gwen se muerde el labio inferior y dice: —¿Tenéis algo suyo?

Everett mete la mano en uno de sus bolsillos y saca una coleta rosa, que le entrega a Gwen. Que lleve consigo algo tan insignificante que le recuerda a su hermana me rompe el corazón. —Sí, es de ella —explica Everett, dejando caer la coleta en las manos de Gwen—. Se la puso cuando...

Everett no termina la frase, las palabras se le atascan en la garganta. Gwen le salva diciendo: —Bien. Eso funcionará. —La bruja vuelve a entrar en la casa.

Todos la seguimos en tropel. Gwen se acerca a la mesa de la cocina y aparta los platos y fuentes llenos de comida. Abre un hueco y saca un mapa y un péndulo, que coloca en la estantería.

Se pincha un dedo, mancha el péndulo con su sangre y me susurra algo comprensible. Al hacerlo, la cadena entre sus dedos se vuelve roja y deja de moverse. Por un momento, parece permanecer estática, como tirada por una mano invisible.

—Dame la mano —le dice Gwen a Everett.

Extiende la palma de la mano y un escalofrío recorre la espalda de Gwen, que pincha el dedo de Everett. Contiene una mueca y de la única gota de sangre que sale de su dedo, Gwen mancha la punta del péndulo para dejarla sobre el mapa, justo encima de la coleta de Sadie.

—¿Cómo se llamaba? —pregunta sin mirar a nadie, con la atención fija en el mapa.

—Sadie. Sadie Lisa Ajax —dicen Everett y Adam al mismo tiempo.

Gwen parece ignorarlos, pero asiente. Pronuncia el nombre completo de Sadie y, por un momento, su voz cambia; es como si lo dijera con otra voz, una voz alterada por una resonancia que no puedo identificar.

A continuación, el péndulo se desplaza por el mapa y Gwen lo guía por toda la superficie con movimientos lentos. Atraviesa cada continente con deliberada suavidad, incluso el mar, pero la

punta del péndulo sigue moviéndose de un lado a otro.

—Esto es extraño —dice Gwen, observando cómo el péndulo baila sobre África y luego salta sobre Japón.

—¿Cómo de extraño? —pregunta Adam, observándola con dureza.

Con brusquedad, el péndulo se detiene sobre Inglaterra. Algo sucede y el cristal oscuro oscila sobre todo el territorio del Reino Unido, hasta que entonces cae sobre el mapa, escapando de los firmes dedos de Gwen y aterrizando dentro de la coleta rosa de Sadie. Al hacerlo, un sonido similar a un crujido atraviesa la habitación y, a continuación, la piedra del péndulo se resquebraja y se parte en dos.

—¡Mierda! —dice Gwen, preocupada.

—¿Qué... qué pasa? —pregunta Everett.

—No me digas que ella... —Adam se desahoga y da un paso atrás, aterrorizado.

En mi interior, siento la duda, el miedo.

Pero Gwen se niega. —No. No está muerta. Si lo estuviera, podría rastrear su cuerpo, aunque estuviera bajo el mar —responde sin emoción—. Me temo que esto es peor.

—¿Peor en qué sentido? —exige Everett, mirando a Gwen con una animadversión contenida en los ojos.

Pero Gwen le ignora. En su lugar, sus ojos se centran en el mapa y la piedra rota.

—Solo hay una razón por la que no puedo encontrarla —sugiere Gwen, y mucho antes de que lo diga, sé a qué se refiere.

Nyx contiene un gemido, sabiendo muy bien lo que está pasando, también. —La única razón por la que no puedes encontrarla... —dice la princesa entre susurros y Gwen asiente.

—Me temo que tu hermana no está en esta dimensión. La encarcelaron en otra —dice.

—El reino de las hadas —susurra Nyx, y siento que el peso del mundo cae sobre mis hombros.

—La reina de las hadas la tiene —expreso horrorizada, dándome cuenta de la realidad.

En ese momento, Everett golpea el mostrador, partiendo la madera en dos. Su ira, inconfundible y llena de impotencia, nos invade a todos. Sale corriendo de la habitación y vuelve a salir a la intemperie.

Tras él, solo queda un denso silencio, que habla de nuestro sentimiento de derrota.

*Los secretos permanecen ocultos y los destinos entrelazados.
Recuerde que la saga dista mucho de estar completa. La emoción perdura en la secuela. Sigue leyendo para conocer el segundo libro de Descendientes de Crepúsculo.*

Más información